ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

— LOS CUATRO CLANES —

EL BOSQUE DE LOS SECRETOS





La escasez de comida y la crecida del río a causa del deshielo ponen a prueba la relación entre los clanes.

Látigo Gris no ha podido elegir peor momento para enamorarse de una gata de un clan rival, situación que se tornará insostenible cuando la pareja tenga dos cachorros.

Por su parte, Corazón de Fuego se empeña en averiguar la verdad sobre la misteriosa muerte de Cola Roja, un antiguo lugarteniente, lo que le llevará a descubrir una serie de secretos que algunos creen que

sería mejor no revelar jamás. Y es que, en el seno de su propio clan, un traidor se dispone a conquistar el poder del modo más artero y siniestro.

A raíz de estos acontecimientos, las jerarquías del Clan del Trueno cambiarán para siempre.



Erin Hunter

El bosque de los secretos

Los gatos guerreros: Los cuatro clanes - 3

ePub r1.0

Kars 09.06.14

Título original: *Warriors - Forest of Secrets*
Erin Hunter, 2003
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Kars
ePub base r1.1

Para Schrödi*, que ya está cazando con*
el Clan Estelar, y para Abbey Cruden, que
ha conocido al verdadero Corazón de Fuego

Gracias en especial a Cherith Baldry

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

• Líder

—ESTRELLA AZUL: gata gris azulada con tonos plateados alrededor del hocico.

• Lugarteniente

—GARRA DE TIGRE: enorme gato atigrado marrón oscuro, con garras delanteras inusualmente largas.

• Curandera

—FAUCES AMARILLAS: vieja gata gris oscuro, de cara ancha y chata;

antiguo miembro del Clan de la Sombra.

—Aprendiza: CARBONILLA: gata gris oscuro.

• **Guerreros *(gatos y gatas sin crías)*.**

—TORMENTA BLANCA: gran gato blanco.

—Aprendiza: CENTELLINA

—CEBRADO: lustroso gato atigrado negro y gris.

—RABO LARGO: gato atigrado de color claro con rayas muy oscuras.

—Aprendiz: ZARPA RAUDA

—VIENTO VELOZ: gato atigrado muy veloz.

—ZARPA DE FUEGO: hermoso gato

rojizo.

—SAUCE: gata gris muy claro de singulares ojos azules.

—MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

—Aprendiz: ESPINO

—CORAZÓN DE FUEGO: hermoso gato rojizo.

—Aprendiz: NIMBO

—LÁTIGO GRIS: gato de pelaje largo y color gris uniforme.

—Aprendiz: FRONDE

—MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

—TORMENTA DE ARENA: gata melado claro.

• **Aprendices *(de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros)*.**

—ZARPA RAUDA: gato blanco y negro.

—FRONDE: atigrado marrón dorado.

—NIMBO: gato blanco de pelo largo.

—CENTELLINA: gata blanca con manchas canela.

—ESPINO: atigrado marrón dorado.

• **Reinas *(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)*.**

—ESCARCHA: dotada de un bello pelaje blanco y ojos azules.

—PECAS: bastante atigrada.

—FLOR DORADA: de pelaje rojizo claro.

—COLA PINTADA: bastante atigrada, la mayor de las reinas con crías.

• **Veteranos *(antiguos guerreros y reinas, ya retirados)*.**

—MEDIO RABO: gran gato atigrado marrón oscuro, de cola rabona.

—OREJITAS: gato gris de orejas muy pequeñas; el macho más viejo del Clan del Trueno.

—CENTÓN: pequeño gato blanco y negro.

—TUERTA: gata gris claro; es el miembro más viejo del Clan del Trueno;

prácticamente ciega y sorda.

—COLA MOTEADA: en sus tiempos, bonita gata leonada con un precioso manto moteado.

—COLA ROTA: gato atigrado marrón oscuro, de pelaje largo; ciego. Antiguo líder del Clan de la Sombra.

CLAN DE LA SOMBRA

- **Líder**

—ESTRELLA NOCTURNA: viejo gato negro.

- **Lugarteniente**

—RESCOLDO: gato delgado y gris.

- **Curandero**

—NARIZ INQUIETA: pequeño gato blanco y gris.

- **Guerreros**

—RABÓN: gato atigrado marrón.

—Aprendiz: MANTO PARDO.

—PATAS MOJADAS: gato atigrado gris.

—Aprendiz: ZARPA DE ROBLE.

—CIRRO: atigrado muy pequeño.

- **Reinas**

—NUEVE DEL ALBA: atigrada y pequeña.

—FLOR OSCURA: gata negra.

—AMAPOLA: atigrada marrón claro

de patas muy largas.

CLAN DEL VIENTO

• **Líder**

—ESTRELLA ALTA: gato blanco y negro de cola muy larga.

• **Lugarteniente**

—RENGO: gato negro con una pata torcida.

• **Curandero**

—CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

• **Guerreros**

—ENLODADO: gato marrón oscuro con manchas.

—Aprendiz: TRENZADO.

—OREJA PARTIDA: macho atigrado.

—Aprendiz: ZARPA VELOZ.

—BIGOTES: joven atigrado marrón.

—Aprendiz: ZARPA BLANCA.

- **Reinas**

—PERLADA: gata gris.

—FLOR MATINAL: reina de color carey.

CLAN DEL RÍO

- **Líder**

—ESTRELLA DOBLADA: enorme gato atigrado de color claro, con la mandíbula torcida.

- **Lugarteniente**

—LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

- **Curandero**

—ARCILLOSO: gato marrón claro de pelo largo.

- **Guerreros**

—PRIETO: macho negro grisáceo.

—Aprendiz: ZARPA POTENTE.

—PEDRIZO: gato gris con las orejas marcadas con cicatrices de peleas.

—Aprendiz: ZARPA OSCURA.

—TRIPÓN: gato marrón oscuro.

—Aprendiz: ZARPA ARGÉNTEA.

—CORRIENTE PLATEADA: esbelta y bonita atigrada gris.

• **Reinas**

—VAHARINA: gata gris oscuro.

• **Veteranos**

—TABORA: gata gris, delgada, con el pelaje parcheado y el hocico lleno de cicatrices.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

—CENTENO: gato blanco y negro; vive en una granja cercana al bosque.

—PATAS NEGRAS: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache; antiguo lugarteniente del Clan de la Sombra.

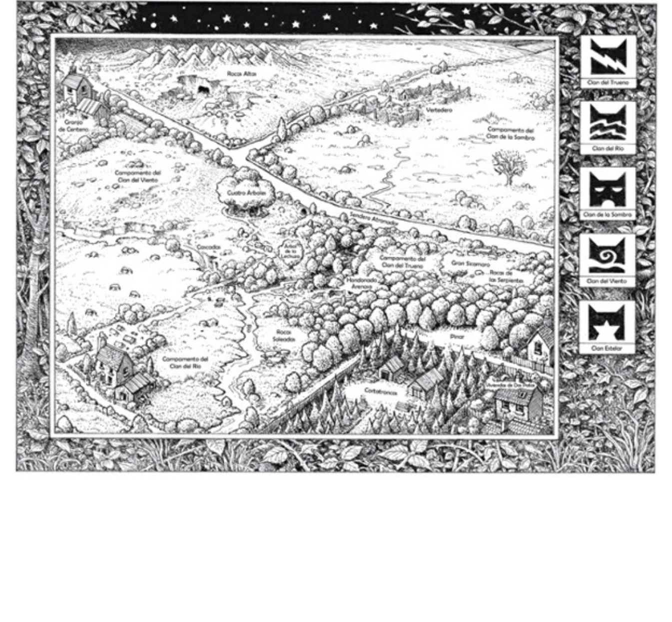
—GUIJARRO: gato atigrado plateado; antiguo miembro del Clan de la Sombra.

—PRINCESA: atigrada marrón claro, con el pecho y las patas blancas; es una gata doméstica.

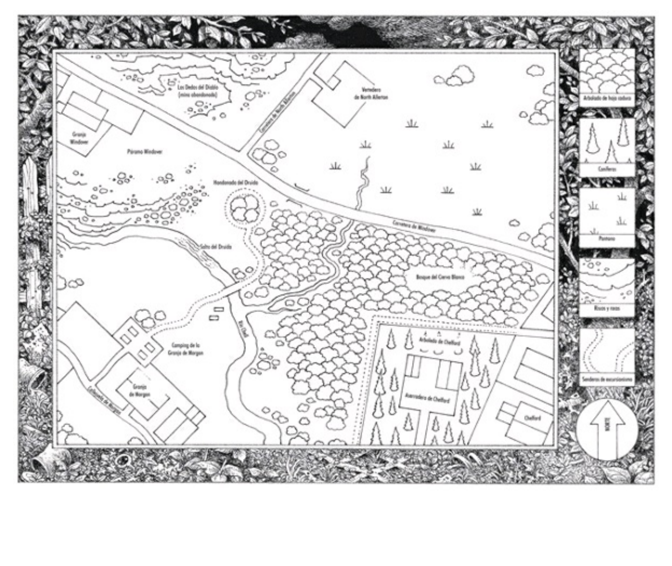
—CUERVO: gato negro y lustroso, con la punta de la cola blanca; vive en la granja con Centeno.

—TIZNADO: rollizo y afable gato

blanco y negro; adora vivir en una casa junto al bosque.



Rocas Altas
Granja de Centeno
Vertedero
Campamento del Clan de la Sombra
Campamento del Clan del Viento
Cuatro Árboles
Sendero Atronador
Cascadas
Campamento del Clan del Trueno
Gran Sicomoro
Rocas de las Serpientes
Hondonada Arenosa
Rocas Soleadas
Pinar
Campamento del Clan del Río
Cortatroncos
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar



Los Dedos del Diablo
(mina abandonada)
Vertedero
de North Allerton
Granja
Windover
Páramo Windover
Hondonada del Druida
Salto del Druida
Carretera de Windover
Bosque del Ciervo Blanco
Camping de la
Granja de Morgan
Granja
de Morgan
Arbolado de Chelford
Aserradero de Chelford
Chelford
Arbolado de hoja caduca
Coníferas
Pantano
Riscos y rocas
Senderos de excursionismo
NORTE



Prólogo

El frío atenazaba el bosque, los campos y los páramos semejaban una garra de hielo. La nieve lo cubría todo, reluciendo débilmente bajo la luna. Nada quebraba el silencio del bosque, excepto el suave susurro de la nieve que ocasionalmente caía de las ramas y el quedo roce de los juncos secos agitados

por el viento. Incluso el murmullo del río quedaba silenciado por el hielo que se extendía de orilla a orilla.

Hubo un leve movimiento en el margen del río. Un gran gato marrón rojizo, con el pelaje ahuecado para protegerse del frío, apareció entre los juncos. Se iba hundiendo en la blanda nieve con cada paso que daba, tras lo cual sacudía las patas con impaciencia.

Delante de él, dos cachorritos se afanaban por avanzar con leves quejidos de angustia. Trastabillaban en la nieve y tenían el pelo de la barriga y las patas apelmazado en mechones helados. Cada vez que intentaban detenerse, el macho

los obligaba a continuar con suaves empujones.

Los tres caminaron a duras penas a lo largo de la ribera hasta que el río se ensanchó. Aguardaron frente a una pequeña isla, no muy alejada de la orilla y rodeada por densos cañaverales. Los tallos secos de los juncos asomaban a través del hielo. Sauces achaparrados y desnudos ocultaban el centro de la isla, detrás de sus ramas cubiertas de nieve.

—Ya casi hemos llegado —anunció el macho con tono alentador—. Seguidme.

Se deslizó por el margen del río hasta un paso congelado a través de los

juncos, y al final saltó a la tierra seca y crujiente de la isla. El mayor de los cachorros lo siguió dando traspiés, pero el más pequeño se desplomó sobre el hielo y se quedó allí, maullando lastimeramente. El macho se le acercó e intentó ponerlo en pie, pero el gatito estaba demasiado exhausto para moverse. Le dio un lametón en las orejas, consolando rudamente a aquella criaturita desvalida, y luego lo agarró por el pescuezo para llevarlo a la isla.

Más allá de los sauces había un campo abierto salpicado de arbustos. La nieve cubría la tierra, surcada de huellas de numerosos gatos. El claro parecía

desierto, pero desde los refugios relucían ojos brillantes, observando cómo el macho se encaminaba a la zona de arbustos y cruzaba el muro exterior de zarzas enmarañadas.

El aire gélido del ambiente dio paso a la calidez de la maternidad y el olor a leche. En un mullido nido de musgo y brezo, una gata gris estaba amamantando a un cachorro atigrado. La gata levantó la cabeza cuando el macho se acercó para dejar a la cría en el suelo delicadamente. El segundo gatito entró en la maternidad tambaleándose e intentó abrirse paso hasta el nido.

—¿Corazón de Roble? —maulló la

gata—. ¿Qué traes?

—Cachorros, Tabora —respondió el macho—. ¿Te ocuparás de ellos? Necesitan una madre que los cuide.

—Pero… —Los ojos ámbar de Tabora reflejaron su conmoción—. ¿De quién son? No pertenecen al Clan del Río. ¿De dónde los has sacado?

—Los he encontrado en el bosque. —Habló sin mirarla a los ojos—. Tienen suerte de que no los haya encontrado primero un zorro.

—¿En el bosque? —repitió Tabora, con voz ronca de incredulidad—. Corazón de Roble, no me hables como si tuviera el cerebro de un ratón. ¿Qué gata

abandonaría a sus crías en el bosque, sobre todo con un tiempo como éste?

El gran felino se encogió de hombros.

—Tal vez lo hayan hecho gatos solitarios, o Dos Patas. ¿Cómo voy a saberlo? No podía dejarlos allí, ¿no crees? —Olfateó al cachorro más pequeño, que yacía inmóvil excepto por el ritmo de su respiración—. Tabora, por favor… Tus demás hijos han muerto, y éstos morirán también si no los ayudas.

Los ojos de la gata se empañaron de dolor. Miró a las dos crías. Sus boquitas sonrosadas se abrían en penosos

maullidos.

—Tengo mucha leche —murmuró al fin, en parte para sí misma—. Me ocuparé de ellos.

Corazón de Roble soltó un suspiro de alivio. Agarró primero a un cachorro y luego al otro para depositarlos junto a Tabora. Ella los atrajo dulcemente a la curva de su vientre, junto a su propio hijo, donde empezaron a mamar ansiosamente.

—Sigo sin entenderlo —maulló la gata cuando los pequeños estuvieron bien acomodados—. ¿Por qué dejarían a dos cachorros solos en el bosque en medio de la estación sin hojas? Su

madre debe de estar loca de inquietud.

El gato marrón rojizo toqueteó un trozo de musgo con una de sus enormes zarpas delanteras.

—No los he robado, si es lo que estás pensando.

Tabora lo miró entornando los ojos.

—No, no creo que lo hayas hecho —repuso al fin—. Pero no me estás contando toda la verdad, ¿me equivoco?

—Te he contado todo lo que necesitas saber.

—¡No es cierto! —Los ojos de Tabora llamearon—. ¿Qué pasa con su madre? Yo sé lo que es perder hijos. No le desearía esa clase de dolor a ninguna

gata.

Corazón de Roble levantó la cabeza y la fulminó con la mirada, con un quedo gruñido desde lo más profundo de la garganta.

—Probablemente su madre sea una gata desarraigada. No es cuestión de salir a buscarla con este tiempo.

—Pero, Corazón de Roble…

—¡Tú ocúpate de los pequeños, por favor! —Se puso en pie y dio media vuelta bruscamente para salir de la maternidad—. Te traeré algo de carne fresca —dijo por encima del hombro antes de marcharse.

Una vez a solas, Tabora se inclinó

sobre los cachorros y empezó a lamerlos para que entraran en calor. La nieve derretida se había llevado casi todo su olor, pero aun así todavía pudo distinguir los aromas del bosque, de hojas secas y tierra congelada. Y debajo de todo aquello había algo todavía más tenue…

Tabora dejó de lamer. ¿De verdad había percibido eso o se estaba imaginando cosas? Volvió a bajar la cabeza y abrió la boca para aspirar los olores de los cachorros.

Se le dilataron los ojos y se quedó mirando sin ver las oscuras sombras que bordeaban la maternidad. No se había

equivocado. El pelo de aquellos dos gatitos sin madre —cuyo origen Corazón de Roble se negaba a explicar— ¡tenía el inconfundible olor de un clan enemigo!



1

El viento helado empujaba la nieve contra la cara de Corazón de Fuego mientras éste se afanaba en descender la quebrada que conducía al campamento del Clan del Trueno, con el ratón que había cazado bien sujeto entre los dientes. Los copos caían tan densamente que apenas podía ver por dónde iba.

La boca se le estaba haciendo agua con el olor de la presa. No había comido nada desde la noche anterior, una cruda señal de lo escasa que era la caza durante la estación sin hojas. El estómago le dolía de hambre, pero no pensaba quebrantar el código guerrero: primero había que alimentar al clan.

Una punzada de orgullo lo distrajo brevemente de la fría nieve que salpicaba su manto anaranjado: recordó la batalla en la que había participado tan sólo tres días antes. Se había unido a los demás guerreros del Clan del Trueno para ayudar a los del Clan del Viento, que vivían en los páramos y habían sido

atacados por los otros clanes del bosque. Muchos gatos habían resultado heridos en el enfrentamiento, de modo que todavía era más importante que los que pudiesen cazar llevaran comida a casa.

Al avanzar por el túnel de aulagas que conducía al campamento, parte de la nieve que cubría las espinosas ramas le cayó en la cabeza y el joven guerrero sacudió las orejas. Los espinos que rodeaban el campamento ofrecían cierta protección contra el viento, pero el claro que se abría en el centro estaba desierto. Los gatos preferían quedarse en sus guaridas cuando la nieve era tan

espesa. Por el manto helado asomaban tocones y las ramas de un árbol caído. Una línea de huellas iba desde el dormitorio de los aprendices hasta el zarzal donde se cuidaba de los cachorros. Al ver el rastro, Corazón de Fuego no pudo evitar recordar que en esos momentos él no tenía ningún aprendiz, ya que Carbonilla había resultado herida junto al Sendero Atronador.

Atravesó la capa de nieve hasta el centro del campamento y dejó el ratón en el montón de carne fresca, junto al arbusto en que dormían los guerreros. El montón era penosamente pequeño. Las

presas que conseguían eran escasas y escuálidas, apenas suponían un bocado para un guerrero hambriento. No habría más ratones rollizos hasta la estación de la hoja nueva, para la que aún faltaban muchas lunas.

Corazón de Fuego se disponía a seguir cazando cuando un fuerte maullido sonó tras él. Se volvió al instante.

Garra de Tigre, el lugarteniente del Clan del Trueno, estaba saliendo de la guarida de los guerreros.

—¡Corazón de Fuego!

El joven guerrero se acercó a su superior, bajando respetuosamente la

cabeza, pero consciente de cómo lo abrasaban los ojos ámbar del enorme atigrado. Volvió a recordar todas sus sospechas sobre Garra de Tigre. El lugarteniente era fuerte, respetado y un guerrero excepcional, pero tenía el alma negra.

—Hoy no tienes que salir otra vez de caza —gruñó Garra de Tigre—. Estrella Azul os ha elegido a ti y a Látigo Gris para que asistáis a la Asamblea.

Corazón de Fuego sacudió las orejas de emoción. Era un honor acompañar a la líder del clan a la Asamblea, donde los cuatro clanes se reunían en paz cada

luna llena.

—Será mejor que ahora comas algo —añadió el lugarteniente—. Partiremos cuando salga la luna. —Y empezó a cruzar el claro en dirección a la Peña Alta, donde tenía su guarida Estrella Azul, la líder del clan, pero se detuvo y giró su gran cabeza hacia Corazón de Fuego—. En la Asamblea, asegúrate de recordar a qué clan perteneces —siseó.

El joven notó que se le erizaba el pelaje.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó con atrevimiento—. ¿Acaso crees que sería desleal a mi propio clan?

Garra de Tigre se volvió para mirarlo de frente, y Corazón de Fuego procuró no arredrarse ante la amenaza que irradiaban los tensos omóplatos del atigrado.

—Te vi en la última batalla. —Hablaba con un gruñido bajo y tenía las orejas pegadas al cráneo—. Vi cómo dejabas escapar a esa guerrera del Clan del Río —bufó.

El joven guerrero se estremeció, recordando la batalla del campamento del Clan del Viento. Lo que decía Garra de Tigre era verdad. Había permitido que aquella guerrera huyese sin un solo rasguño, pero no por cobardía ni

deslealtad. La gata en cuestión era Corriente Plateada. Sin que lo supiera el resto del clan, Látigo Gris, el mejor amigo de Corazón de Fuego, se había enamorado de ella, y había sido incapaz de herirla.

Él había hecho lo imposible por convencer a Látigo Gris de que dejara de ver a Corriente Plateada, pues su relación iba contra el código guerrero y los ponía a ambos en un grave peligro. Pero, aun así, jamás traicionaría a su amigo.

Por otro lado, Garra de Tigre no tenía derecho a acusar a ningún gato de deslealtad. Durante la batalla se había

mantenido al margen, presenciando cómo Corazón de Fuego luchaba a muerte contra un guerrero enemigo, y se había alejado en vez de ir a ayudarlo. Y ésa no era la peor acusación que podía hacer contra el lugarteniente. Sospechaba que Garra de Tigre había asesinado a Cola Roja, antiguo lugarteniente del Clan del Trueno, y que incluso había planeado deshacerse de la mismísima líder.

—Si crees que soy desleal, díselo a Estrella Azul —le espetó desafiante antes de enseñarle los colmillos gruñendo y empezar a agazaparse, desenvainando las uñas.

—No hay por qué molestar a Estrella Azul —siseó Garra de Tigre—. Puedo encargarme de un minino casero como tú.

Lo miró sin parpadear un largo instante. Con un sobresalto, Corazón de Fuego advirtió que, además de desconfianza, en los ardientes ojos ámbar había un rastro de temor. «Se está preguntando cuántas cosas sé de él», pensó de repente.

Cuervo, amigo de Corazón de Fuego y antiguo aprendiz del propio Garra de Tigre, había presenciado el asesinato de Cola Roja. Garra de Tigre trató de matarlo para impedir que hablara, de

modo que Corazón de Fuego se lo llevó a vivir con Centeno, un gato solitario que vivía junto a una granja de Dos Patas en el otro extremo del territorio del Clan del Viento. Corazón de Fuego también había intentado contarle a Estrella Azul la historia de Cuervo, pero la líder se negaba a creer que su valeroso lugarteniente fuera culpable de algo semejante.

Mientras le devolvía a Garra de Tigre una mirada iracunda, se sintió frustrado de nuevo: como si un árbol le hubiera caído encima y estuviera clavado al suelo.

Sin una palabra más, Garra de Tigre

dio media vuelta y se alejó con paso airado. Corazón de Fuego lo observó marcharse, y entonces oyó un susurro en la guarida de los guerreros: Látigo Gris asomó la cabeza entre las ramas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —maulló—. ¡Mira que buscar pelea con Garra de Tigre! ¡Acabará haciéndote picadillo!

—Ningún gato tiene derecho a llamarme desleal —protestó Corazón de Fuego.

Látigo Gris inclinó la cabeza y se dio un par de lametones en el pecho.

—Lo lamento —masculló—. Sé que todo esto es porque Corriente Plateada y

yo…

—No, no lo es; y lo sabes de sobra. El problema no eres tú, sino Garra de Tigre. —Se sacudió, esparciendo la nieve que le cubría el pelaje—. Vamos, es hora de comer.

Látigo Gris salió del refugio y fue hacia el montón de carne fresca dando saltos. Corazón de Fuego lo siguió, escogió un ratón de agua y se lo llevó a la guarida de los guerreros. Látigo Gris se sentó junto a él, cerca de la cortina de ramas exterior.

Tormenta Blanca y otro par de guerreros dormían enroscados en el centro del arbusto; aparte de ellos, la

guarida estaba vacía. Los cuerpos dormidos caldeaban el ambiente; la nieve prácticamente no había atravesado el denso dosel de ramas.

Corazón de Fuego dio un buen mordisco al ratón. La carne estaba dura y correosa, pero tenía tanta hambre que le supo deliciosa. Se acabó demasiado rápido, pero era mejor que nada, y le daría la fuerza que necesitaba para ir a la Asamblea.

Cuando Látigo Gris terminó su comida en apenas unos bocados voraces, los dos guerreros se tumbaron juntos, acicalándose mutuamente el frío pelaje. Para Corazón de Fuego era un

alivio volver a compartir lenguas con su amigo, después de los penosos momentos en que parecía que el amor de éste por Corriente Plateada iba a destruir su amistad. Aunque seguía preocupado por el romance prohibido de Látigo Gris, desde la batalla su amistad había renacido y volvía a ser tan estrecha como antes. Necesitaban confiar el uno en el otro para sobrevivir en la larga estación sin hojas, y Corazón de Fuego sabía que necesitaba el apoyo de Látigo Gris ante la creciente hostilidad de Garra de Tigre.

—Me pregunto qué novedades conoceremos esta noche —murmuró—.

Espero que los clanes del Río y de la Sombra hayan aprendido la lección. El Clan del Viento no volverá a ser expulsado de su territorio.

Látigo Gris cambió de postura, incómodo.

—La batalla no fue sólo por ambición territorial —señaló—. Las presas son aún más escasas de lo habitual… El Clan del Río está pasando hambre desde que los Dos Patas se instalaron en sus tierras.

—Lo sé. —Corazón de Fuego sacudió las orejas, comprensivo a su pesar, pues entendía que su amigo quisiera defender al clan de Corriente

Plateada—. Pero obligar a otro clan a abandonar su territorio no es la solución.

Látigo Gris le dio la razón entre dientes, y los dos guardaron silencio. Corazón de Fuego imaginaba cómo debía de sentirse su amigo. Sólo habían transcurrido unas pocas lunas desde que atravesaron el Sendero Atronador para buscar al Clan del Viento y llevarlo de vuelta a su hogar. Por otro lado, Látigo Gris se ponía en el lugar del Clan del Río por su amor hacia Corriente Plateada. No había respuestas fáciles. La escasez de presas sería un problema tremendo para los cuatro clanes, al

menos hasta que la estación sin hojas relajara su cruel presión sobre el bosque.

Medio amodorrado bajo los lametones de Látigo Gris, Corazón de Fuego dio un salto al oír un crujido de ramas fuera de la guarida. Entró Garra de Tigre, seguido por Cebrado y Rabo Largo. Los tres lo miraron ceñudos mientras se acomodaban muy juntos en el centro del arbusto. El joven los observó con los ojos entornados, deseando poder captar su conversación. Era fácil suponer que estaban conspirando contra él. Tensó los músculos al comprender que jamás

estaría seguro en su propio clan mientras la traición de Garra de Tigre siguiera siendo un secreto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Látigo Gris levantando la cabeza.

Corazón de Fuego se estiró, procurando relajarse de nuevo.

—No me fío de ellos —murmuró, moviendo las orejas en dirección al lugarteniente y sus compañeros.

—No te culpo. Si Garra de Tigre llegara a enterarse de lo de Corriente Plateada… —Látigo Gris se estremeció.

Corazón de Fuego se pegó a su costado, reconfortándolo, mientras seguía aguzando el oído para captar qué

decía el lugarteniente. Le pareció oír su nombre, y estuvo tentado de acercarse disimuladamente un poco más, pero entonces su mirada se cruzó con la de Rabo Largo.

—¿Qué estás mirando, minino casero? —siseó el guerrero atigrado—. El Clan del Trueno sólo quiere gatos leales. —Y le dio la espalda deliberadamente.

El joven se puso en pie.

—¿Quién te ha dado el derecho de cuestionar mi lealtad? —bufó.

Rabo Largo no le hizo caso.

—¡Ahí lo tienes! —masculló Corazón de Fuego a su amigo—. Es

obvio que Garra de Tigre está propagando rumores sobre mí.

—Pero ¿qué puedes hacer? —Látigo Gris parecía resignado a la hostilidad del lugarteniente.

—Quiero hablar de nuevo con Cuervo. Quizá recuerde algo más sobre la batalla, algo que yo luego pueda usar para convencer a Estrella Azul.

—Pero ahora Cuervo vive en una granja de Dos Patas. Tendrías que atravesar todo el territorio del Clan del Viento. ¿Cómo explicarías en el campamento una ausencia tan larga? Sólo serviría para que las mentiras de Garra de Tigre parecieran la verdad.

Corazón de Fuego estaba deseando correr ese riesgo. Jamás le había pedido a Cuervo detalles sobre cómo murió Cola Roja en la batalla contra el Clan del Río, ya muchas lunas atrás. Entonces le pareció más importante apartar al aprendiz del camino de Garra de Tigre.

Ahora sabía que necesitaba averiguar qué había visto Cuervo exactamente. La razón: cada vez estaba más convencido de que su viejo amigo debía de saber algo que demostrara lo peligroso que era Garra de Tigre para el clan.

—Iré esta noche —maulló quedamente—. Después de la Asamblea

me escabulliré. Si regreso con carne fresca, podré decir que estaba cazando.

—Te estás arriesgando mucho —replicó Látigo Gris, dándole un rápido y afectuoso lametón en la oreja—. Pero Garra de Tigre también es mi problema. Si estás decidido a ir, entonces te acompañaré.

La nieve había dejado de caer y las nubes habían desaparecido cuando los gatos del Clan del Trueno —Corazón de Fuego y Látigo Gris entre ellos— salieron del campamento y se internaron en el bosque en dirección a los Cuatro

Árboles. El suelo nevado parecía resplandecer a la blanca luz de la luna llena, y la escarcha centelleaba en todas las ramas y piedras.

Una brisa soplaba en su dirección, ondulando la superficie de la nieve y arrastrando el olor de muchos gatos. Corazón de Fuego se estremeció emocionado. Los territorios de los cuatro clanes felinos se tocaban en la hondonada sagrada, donde cada luna llena se declaraba una tregua para que los distintos clanes se reunieran bajo los cuatro grandes robles que se alzaban en el centro del claro, rodeado de laderas empinadas.

Corazón de Fuego se detuvo detrás de Estrella Azul. La gata se había agazapado para recorrer sigilosamente los últimos pasos hasta lo alto de la pendiente y desde allí atisbar hacia abajo. En medio del claro, entre los robles, se erguía una roca, cuya silueta negra y desigual se recortaba contra la nieve. Mientras esperaba la señal de su líder para seguir adelante, Corazón de Fuego observó a los gatos que se saludaban a sus pies. No pudo evitar advertir las miradas de odio y el pelo erizado cuando el Clan del Viento se encontró con gatos de los clanes de la Sombra y del Río. Era obvio que

ninguno de ellos había olvidado la reciente batalla; si no fuera por la tregua, estarían clavándose las garras.

Reconoció a Estrella Alta, el líder del Clan del Viento, sentado cerca de la Gran Roca con Rengo, su lugarteniente. No muy lejos de ellos estaban Nariz Inquieta y Arcilloso, los curanderos de los clanes de la Sombra y del Río, observando a los otros gatos.

Al lado de Corazón de Fuego, Látigo Gris tenía los músculos tensos y los ojos brillantes de ilusión mientras escrutaba el claro. Siguiendo su mirada, Corazón de Fuego vio cómo Corriente Plateada surgía de entre las sombras, con su

hermoso pelaje negro y plateado a la luz de la luna.

El joven guerrero reprimió un suspiro.

—Si vas a hablar con ella, ten cuidado de quién os ve —le aconsejó a su amigo.

—No te preocupes —maulló Látigo Gris. Sus patas delanteras amasaban el duro suelo, ansiando el momento de poder estar de nuevo con la gata del Clan del Río.

Corazón de Fuego lanzó una mirada a Estrella Azul, deseando que diese la señal de descender al claro, pero en vez de eso vio que Tormenta Blanca se

acercaba a la líder y se agachaba junto a ella. Oyó cómo el noble guerrero blanco murmuraba:

—Estrella Azul, ¿qué vas a decir sobre Cola Rota? ¿Piensas contarles a los demás clanes que le hemos dado asilo?

Corazón de Fuego esperó en tensión la respuesta de la gata. Antes, Cola Rota era Estrella Rota, líder del Clan de la Sombra. Había asesinado a su propio padre, Estrella Mellada, y robado cachorros del Clan del Trueno. Como venganza, el Clan del Trueno había ayudado a que el mismo clan de Estrella Rota le arrebatara el poder y lo

expulsara al bosque. Poco después de eso, Estrella Rota lideró una banda de gatos proscritos que atacó el campamento del Clan del Trueno. Durante la batalla, la curandera del clan, Fauces Amarillas, le arañó los ojos, y ahora Estrella Rota no era más que un prisionero ciego y derrotado. Pero a pesar de que habían desposeído al antiguo líder del nombre concedido por el Clan Estelar, y a pesar de que lo mantenían bajo estricta vigilancia, Corazón de Fuego sabía que los demás clanes habrían esperado que el Clan del Trueno lo matase o lo dejara morir en el bosque. No recibirían bien la noticia de

que Cola Rota seguía con vida.

Estrella Azul clavó la mirada en los gatos que pululaban por el claro.

—No diré nada —respondió al cabo a Tormenta Blanca—. Eso no es asunto de los demás clanes. Ahora, Cola Rota es responsabilidad de nuestro clan.

—Bonitas palabras —gruñó Garra de Tigre, sentado al lado de la líder—. ¿O es que ahora nos avergonzamos de admitir lo que hemos hecho?

—No tenemos por qué avergonzarnos de mostrar compasión —replicó la gata con frialdad—. Pero no veo ninguna razón para buscar problemas. —Antes de que Garra de

Tigre pudiera contestar, Estrella Azul se puso en pie y se volvió hacia el resto de sus gatos—. Escuchadme —maulló—, nadie debe hablar sobre el ataque de los proscritos, ni mencionar a Cola Rota. Ésos son asuntos que sólo conciernen al Clan del Trueno.

Esperó hasta que el grupo de gatos maulló su aprobación. Luego sacudió la cola para indicar que ya podían unirse a los clanes de la hondonada. Bajó corriendo entre los arbustos, con Garra de Tigre pisándole los talones y esparciendo nieve con sus enormes zarpas.

Corazón de Fuego saltó detrás de

ellos. Al salir al claro de entre los arbustos, vio que Garra de Tigre se había detenido cerca y lo estaba mirando con recelo.

—Látigo Gris —susurró Corazón de Fuego—, creo que esta noche no deberías marcharte con Corriente Plateada. Garra de Tigre ya ha…

De repente se dio cuenta de que el joven gato ya no estaba a su lado. Al mirar alrededor, vio a su amigo desapareciendo tras la Gran Roca. Al cabo de unos segundos, Corriente Plateada rodeó a un grupo de gatos del Clan de la Sombra y siguió a Látigo Gris.

Corazón de Fuego suspiró. Miró de reojo a Garra de Tigre, preguntándose si habría visto desaparecer a la pareja. Pero el atigrado oscuro ya se había alejado para reunirse con Bigotes, del Clan del Viento, y el joven guerrero se relajó.

Dando vueltas desasosegadamente, se encontró cerca de un grupo de veteranos —Centón, del Clan del Trueno, y otros que no conocía—, instalados debajo de un acebo de hojas relucientes, donde la nieve no era muy espesa. Vigilando por si veía a Látigo Gris, el joven se acomodó para escuchar la conversación de los mayores.

—Recuerdo una estación sin hojas todavía peor que ésta. —El que hablaba era un viejo macho negro, con el hocico canoso y el costado lleno de cicatrices de guerra. Su pelaje corto y repleto de calvas tenía el olor del Clan del Viento—. El río estuvo congelado durante más de tres lunas.

—Tienes razón, Grajo —coincidió una reina atigrada—. Y las presas también eran muy escasas, incluso para el Clan del Río.

A Corazón de Fuego le sorprendió que dos veteranos de dos clanes recientemente hostiles pudieran charlar con calma sin bufarse de odio. Pero

después pensó que, claro, eran ancianos. Debían de haber visto muchas batallas en sus largas vidas.

—Los jóvenes guerreros de hoy en día… —añadió el gato negro, mirando de soslayo a Corazón de Fuego— no saben lo que es pasar penurias.

Corazón de Fuego se removió entre la hojarasca que había debajo del arbusto, intentando parecer respetuoso. Centón, sentado cerca de él, le dio un coletazo amistoso.

—Ésa debió de ser la estación en que Estrella Azul perdió a sus cachorros —recordó el anciano del Clan del Trueno.

Corazón de Fuego irguió las orejas. Recordó que Cola Moteada había dicho una vez algo sobre los cachorros de Estrella Azul, nacidos justo antes de que ella se convirtiera en lugarteniente. Pero no sabía cuántos eran, ni a qué edad habían muerto.

—¿Y recordáis el deshielo de aquella estación? —Grajo interrumpió los pensamientos de Corazón de Fuego, con los ojos desenfocados mientras se perdía en sus recuerdos—. El río que corre por la quebrada subió casi hasta las madrigueras de tejón.

Centón se estremeció.

—Lo recuerdo bien. El Clan del

Trueno no pudo cruzar el arroyo para acudir a la Asamblea.

—Varios gatos se ahogaron —rememoró la reina del Clan del Río tristemente.

—Y las presas también —agregó Grajo—. Los gatos que sobrevivieron casi se mueren de hambre.

—¡Quiera el Clan Estelar que esta estación no sea tan mala! —maulló Centón con vehemencia.

—Estos gatos jóvenes de ahora no lo soportarían —siseó Grajo—. Nosotros éramos mucho más fuertes.

Corazón de Fuego no pudo evitar protestar.

—Ahora tenemos guerreros fuertes…

—¿Quién ha pedido tu opinión? —gruñó el macho negro—. ¡Si eres poco más que un cachorro!

—Pero nosotros… —Corazón de Fuego se interrumpió cuando un estridente maullido atravesó el aire. Todos enmudecieron. Volvió la cabeza y vio la silueta de cuatro gatos en lo alto de la Gran Roca, bajo el plateado resplandor lunar.

—¡Chist! —exigió Centón—. La reunión está a punto de comenzar. —Agitó las orejas en dirección a Corazón de Fuego y ronroneó quedamente—: No

le hagas caso a Grajo. Ese viejo le encontraría defectos hasta al Clan Estelar.

Corazón de Fuego le dedicó una mirada afable y a continuación se sentó sobre las patas, poniéndose cómodo para escuchar.

Estrella Alta, líder del Clan del Viento, empezó por anunciar que los suyos se estaban recuperando tras la reciente batalla contra los clanes del Río y de la Sombra.

—Uno de nuestros veteranos ha muerto —maulló—, pero todos nuestros guerreros sobrevivirán… para combatir otro día —añadió con intención.

Estrella Nocturna agachó las orejas y entornó los ojos, mientras Estrella Doblada lanzaba un gruñido amenazador.

A Corazón de Fuego se le erizó el pelo. Si los líderes empezaban a pelear, sus gatos los imitarían. Se preguntó si alguna vez habría ocurrido algo semejante en una Asamblea. Seguro que ni siquiera Estrella Nocturna, el audaz y nuevo líder del Clan de la Sombra, se arriesgaría a provocar la ira del Clan Estelar rompiendo la tregua sagrada.

Mientras observaba con aprensión a los gatos erizados, la líder del Clan del Trueno dio un paso adelante.

—Ésas son buenas noticias, Estrella Alta —maulló dulcemente—. Todos nosotros deberíamos alegrarnos de oír que el Clan del Viento vuelve a ser fuerte.

Sus ojos azules resplandecieron mientras miraba a los líderes de los clanes rivales. Estrella Nocturna miró hacia otro lado y Estrella Doblada bajó la cabeza con expresión indescifrable. El Clan de la Sombra, bajo el cruel dominio de Estrella Rota, había expulsado de sus terrenos al Clan del Viento para ampliar su territorio de caza. Y el Clan del Río se había aprovechado de ese exilio forzoso para

cazar en las tierras abandonadas. Pero tras el destierro de Estrella Rota, Estrella Azul convenció a los demás líderes de que la vida en el bosque dependía de los cuatro clanes y de que el Clan del Viento debía regresar a su hogar. Corazón de Fuego se estremeció al recordar el viaje tan largo y difícil que tuvo que hacer con Látigo Gris para buscar al Clan del Viento y llevarlo de vuelta a casa, en las áridas tierras altas.

Eso le recordó su intención de volver a cruzar los páramos para visitar a Cuervo, y se removió incómodo. El trayecto no era muy apetecible. «Por lo menos el Clan del Viento tiene una

buena relación con el Clan del Trueno —pensó—. No deberían atacarnos por el camino».

—Los miembros del Clan del Trueno también se están recuperando —continuó Estrella Azul—. Y desde la última Asamblea, dos de nuestros aprendices se han convertido en guerreros. Ahora serán conocidos como Manto Polvoroso y Tormenta de Arena.

Del conjunto de gatos congregados bajo la Gran Roca brotaron maullidos de aprobación, especialmente de los clanes del Viento y del Trueno, advirtió Corazón de Fuego. Entrevió a Tormenta de Arena levantando orgullosamente su

cabeza melada.

A partir de ese momento, la Asamblea se desarrolló de forma más pacífica. Corazón de Fuego recordó la Asamblea anterior, cuando los líderes se acusaron de cazar en territorio ajeno, pero en esta ocasión nadie lo mencionó. El responsable de aquello había sido un grupo de gatos proscritos, liderado por Cola Rota, pero por lo visto nadie parecía saber que esos desterrados habían atacado el campamento del Clan del Trueno y habían sido derrotados. El secreto de Estrella Azul sobre el ciego Cola Rota estaba a salvo.

Cuando la reunión terminó, Corazón

de Fuego miró alrededor en busca de Látigo Gris. Si tenían que ir a ver a Cuervo, debían marcharse pronto, mientras los demás todavía estaban en la hondonada y no podían ver hacia dónde se iban.

Su mirada se cruzó con la de Zarpa Rauda, el aprendiz de Rabo Largo, sentado en medio de un grupo de jóvenes del Clan de la Sombra. Zarpa Rauda apartó la vista avergonzado. En otro momento, Corazón de Fuego le habría dicho que buscara a su mentor para volver con él a casa, pero lo único que le importaba ahora era encontrar inmediatamente a Látigo Gris. Se olvidó

de Zarpa Rauda en cuanto vio que su amigo se acercaba. No había ni rastro de Corriente Plateada.

—¡Aquí estás! —exclamó Látigo Gris. Sus ojos amarillos centelleaban.

Corazón de Fuego notó que su amigo había disfrutado de la Asamblea, aunque dudaba que hubiese escuchado nada de lo dicho.

—¿Estás listo? —preguntó.

—¿Para ir a ver a Cuervo, quieres decir?

—¡No hables tan alto! —siseó Corazón de Fuego, mirando alrededor nerviosamente.

—Sí, estoy listo —respondió el otro

más bajito—. Aunque no puedo decir que me apetezca demasiado. De todos modos, cualquier cosa que sirva para quitarme a Garra de Tigre de encima… ¿O has tenido una idea mejor?

Corazón de Fuego negó con la cabeza.

—Ésta es la única manera.

La hondonada seguía llena de gatos que se preparaban para partir en cuatro direcciones distintas. Nadie pareció prestar atención a los amigos, al menos hasta que casi habían llegado a la ladera que conducía a las tierras altas del Clan del Viento.

—Eh, Corazón de Fuego. ¿Adónde

vas?

Era Tormenta de Arena.

—Eh… —El gato lanzó una mirada de desesperación a Látigo Gris—. Vamos a ir por la ruta larga —improvisó rápidamente—. Enlodado, del Clan del Viento, nos ha hablado de una madriguera de conejos que se encuentra justo dentro de nuestro territorio. Quizá podamos conseguir algo de carne fresca para el clan. —Alarmado de golpe por la idea de que Tormenta de Arena se ofreciera a acompañarlos, se apresuró a añadir—: Díselo a Estrella Azul si te pregunta dónde estamos, ¿quieres?

—Claro. —Tormenta de Arena

bostezó, mostrando unos dientes blancos y afilados—. Pensaré en vosotros persiguiendo conejos cuando esté acurrucada en mi cama bien calentita. —Y se alejó sacudiendo la cola.

Corazón de Fuego se sintió aliviado; pero no le gustaba mentirle a Tormenta de Arena.

—Vámonos —le dijo a su amigo—. Antes de que nos vea alguien más.

Se deslizaron por debajo de los arbustos y empezaron a subir la pendiente. Al llegar a lo alto, Corazón de Fuego se detuvo un momento, mirando atrás para asegurarse de que nadie los había seguido. Luego saltaron

al borde de la hondonada y corrieron hacia los páramos y la granja de Dos Patas situada más allá.

«Ésta es la única manera», se repitió a sí mismo mientras corría. Tenía que averiguar la verdad. No sólo por Cola Roja y por Cuervo, sino por el bien de todo el Clan del Trueno. Había que detener a Garra de Tigre antes de que tuviese la oportunidad de matar de nuevo.



2

Corazón de Fuego olfateó cautelosamente un sendero donde la nieve estaba surcada de huellas de Dos Patas. Brillaban luces dentro de la casa, y no muy lejos de allí se oía ladrar a un perro. Recordó que Centeno les había contado que los Dos Patas dejaban sueltos a sus perros por la noche, y

esperó poder localizar a Cuervo antes de que notaran su presencia y la de Látigo Gris.

Su amigo pasó a través de la verja y se le acercó. El viento helado le pegaba al cuerpo el pelaje gris.

—¿Has olido algo? —preguntó.

Corazón de Fuego levantó la cabeza para saborear el aire, y casi al instante captó la esencia que estaba buscando, leve pero familiar. ¡Cuervo!

—Por aquí —maulló.

Avanzó por el sendero sigilosamente, notando la superficie congelada bajo las patas. Con cuidado, siguió el rastro hasta un agujero en la

parte inferior de la puerta de un granero, donde la madera se había podrido.

Olisqueó, absorbiendo el aroma del heno y un olor intenso y fresco a gatos.

—¿Cuervo? —susurró. Al no obtener respuesta, repitió más alto—: ¿Cuervo?

—Corazón de Fuego, ¿eres tú? —contestó un maullido de sorpresa desde la oscuridad, al otro lado de la puerta.

—¡Cuervo!

Corazón de Fuego se coló por la abertura, agradeciendo protegerse del viento. Los olores del granero lo rodearon y la boca empezó a hacérsele agua al detectar olor a ratón. El lugar

estaba apenas iluminado por la luz de la luna que se filtraba por una ventanita situada en lo alto del techo. Mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra, vio a otro gato a unas pocas colas de distancia.

Su viejo amigo parecía todavía más lustroso y bien alimentado que la última vez que lo había visto. Imaginó lo escuálido y sucio que parecería él en comparación.

Cuervo ronroneó de felicidad al acercarse y tocar la nariz de Corazón de Fuego con la suya.

—Bienvenido —maulló—. Me alegro de verte.

—Me alegro de veros —puntualizó Látigo Gris, entrando por el agujero de la puerta.

—¿Conseguisteis llevar a los gatos del Clan del Viento a su campamento sanos y salvos? —preguntó Cuervo. Sus dos amigos habían estado con él durante el viaje para llevar de vuelta a su hogar al Clan del Viento.

—Sí —respondió Corazón de Fuego —, pero ésa es una larga historia. No podemos…

—Bueno, ¿qué está pasando aquí? —interrumpió el maullido de otro gato.

Corazón de Fuego se volvió de golpe agachando las orejas,

preparándose para luchar si el recién llegado suponía una amenaza. De inmediato reconoció a Centeno, el solitario blanco y negro que había aceptado de buen grado compartir su hogar con Cuervo.

—Hola, Centeno —saludó tranquilizándose—. Necesitamos hablar con Cuervo.

—Ya lo veo. Y debe de ser importante, si habéis atravesado los páramos con este tiempo.

—Sí que lo es —admitió Corazón de Fuego. Miró al antiguo aprendiz del Clan del Trueno con un hormigueo por la urgencia de su misión—. Cuervo, no

tenemos tiempo que perder.

El gato pareció perplejo.

—Ya sabes que puedes hablar conmigo todo lo que quieras.

—Os dejaré solos —propuso Centeno—. Sois libres de cazar lo que os apetezca. Aquí tenemos ratones de sobra. —Hizo un gesto amistoso con la cabeza y salió por debajo de la puerta.

—¿Podemos cazar? ¿En serio? —maulló Látigo Gris.

Corazón de Fuego sintió unas punzadas de hambre en el estómago.

—Por supuesto —contestó Cuervo—. Primero comed. Después ya me contaréis por qué estáis aquí.

—Sé que Garra de Tigre mató a Cola Roja —insistió Cuervo—. Estaba allí y vi cómo lo hacía.

Los tres gatos estaban acomodados en el henil del granero de los Dos Patas. La caza no había durado mucho. Tras el agotador esfuerzo de buscar presas en el bosque nevado, a los hambrientos guerreros del Clan del Trueno el granero les parecía un festín de ratones. Ahora Corazón de Fuego estaba calentito y tenía el estómago satisfactoriamente lleno. Le habría gustado acurrucarse y dormir en el blando y fragante heno, pero debía hablar enseguida con Cuervo

si querían regresar al campamento antes de que notaran su ausencia.

—Cuéntanos todo lo que recuerdes —instó a Cuervo.

El joven gato negro adoptó una mirada distante, los ojos ensombrecidos, mientras viajaba mentalmente a la batalla en las Rocas Soleadas. Corazón de Fuego vio que su seguridad menguaba. Se estaba perdiendo en sus recuerdos, reviviendo el miedo y el peso de lo que sabía.

—Me habían herido en el bíceps —empezó—, y Cola Roja, que como sabes era nuestro lugarteniente entonces, me dijo que me ocultara en la grieta de una

roca y esperara allí hasta que fuera seguro marcharme. Cuando estaba a punto de hacerlo, vi que Cola Roja atacaba a un guerrero del Clan del Río. Creo que se trataba de ese gato gris llamado Pedrizo. Cola Roja lo derribó, y parecía que iba a clavarle las garras y dejarlo malherido.

—¿Por qué no lo hizo? —quiso saber Látigo Gris.

—Corazón de Roble apareció como por arte de magia. Clavó los dientes en el pescuezo de Cola Roja y lo separó de Pedrizo. —Le tembló la voz, embargado por los recuerdos—. Pedrizo se fue corriendo. —Hizo una pausa,

agachándose inconscientemente, como asustado por algo que estuviera cerca.

—¿Qué pasó luego? —lo animó Corazón de Fuego.

—Cola Roja bufó a Corazón de Roble y le preguntó si es que los guerreros del Clan del Río eran incapaces de librar sus propias batallas. Cola Roja era muy valiente —añadió—. El lugarteniente del Clan del Río era el doble de grande que él. Y entonces… entonces Corazón de Roble dijo algo muy raro. Le dijo a Cola Roja: «Ningún gato del Clan del Trueno le hará daño jamás a ese guerrero».

—¡¿Qué?! —Látigo Gris entornó los

ojos hasta convertirlos en dos rendijas amarillas—. Eso no tiene ningún sentido. ¿Estás seguro de que lo oíste bien?

—Completamente seguro.

—Pero los clanes pelean continuamente —maulló Corazón de Fuego—. ¿Por qué es tan especial Pedrizo?

—No lo sé. —Cuervo se encogió de hombros, arredrándose ante aquellas incisivas preguntas.

—¿Y qué hizo Cola Roja tras esas palabras? —inquirió Látigo Gris.

Cuervo irguió las orejas, con los ojos dilatados.

—Atacó a Corazón de Roble. Lo derribó y lo hizo caer debajo de una roca saledviza. Yo… yo ya no podía verlos, aunque los oía gruñir. Y entonces oí un estruendo, ¡y la roca cayó sobre ellos! —Se detuvo, temblando.

—Por favor, continúa —pidió Corazón de Fuego. Detestaba que Cuervo tuviese que pasar por aquello, pero necesitaba averiguar la verdad.

—Oí un grito agudo de Corazón de Roble, y vi su cola sobresaliendo debajo de la roca. —Cerró los ojos, como si quisiera bloquear esa visión, y volvió a abrirlos—. Justo entonces, oí a Garra de Tigre detrás de mí. Me ordenó

regresar al campamento, pero sólo me había alejado un poco cuando pensé que no sabía si Cola Roja se encontraba bien tras la caída de la roca. De modo que regresé sigilosamente, cruzándome con los guerreros del Clan del Río que salían huyendo. Y cuando llegué a las rocas, Cola Roja se estaba abriendo paso cubierto de tierra. Tenía la cola rígida y el pelo erizado, pero estaba bien; no pude verle ni un rasguño. Se acercó deprisa a Garra de Tigre, que se hallaba en las sombras…

—¿Y fue entonces cuando…? —empezó Látigo Gris.

—Sí. —El gato negro flexionó las

uñas, como imaginándose en aquella batalla—. Garra de Tigre agarró a Cola Roja y lo inmovilizó contra el suelo. Él se debatió pero no logró liberarse. Y… —Tragó saliva y se quedó mirando al suelo—. Garra de Tigre le hundió los colmillos en la garganta y todo terminó. —Apoyó el mentón sobre las patas.

Corazón de Fuego se acercó a su amigo para confortarlo.

—De modo que Corazón de Roble murió cuando la roca cayó sobre él. Fue un accidente —murmuró—. Ningún gato lo mató.

—Pero eso no demuestra que Garra de Tigre asesinara a Cola Roja —señaló

Látigo Gris—. No veo de qué puede servirnos todo esto.

Corazón de Fuego lo miró un instante, descorazonado. Luego se le dilataron los ojos y se incorporó, con un cosquilleo de emoción en las zarpas.

—Yo sí. Si podemos probar lo de la caída de la roca, eso demostraría que Garra de Tigre miente cuando dice que Corazón de Roble mató a Cola Roja, y cuando asegura que él acabó con Corazón de Roble en venganza.

—Espera un momento —lo interrumpió Látigo Gris—. Cuervo, en la Asamblea no mencionaste nada de caídas de rocas. Cuando lo contaste,

sonaba como si Cola Roja hubiera matado a Corazón de Roble.

—¿En serio? —Cuervo parpadeó, tratando de centrarse—. Pues no era ésa mi intención. Lo que sucedió de verdad es lo que acabo de contaros, lo juro.

—Por eso Estrella Azul se negaba a escucharnos —dijo Corazón de Fuego—. No podía creerse que Cola Roja hubiera matado a otro lugarteniente. Pero es que Cola Roja no mató a nadie. ¡Esta vez Estrella Azul tendrá que tomarnos en serio!

La cabeza le estaba dando vueltas con todo lo que acababa de descubrir. Quería hacerle más preguntas a Cuervo,

pero captó su olor a miedo y vio la antigua expresión angustiada en sus ojos, como si relatar aquella historia le hubiera devuelto todos los malos recuerdos del Clan del Trueno.

—¿Hay algo más que puedas contarnos? —maulló dulcemente.

Cuervo negó con la cabeza.

—Esto significa mucho para el clan —aseguró Corazón de Fuego—. Espero poder convencer a Estrella Azul de que Garra de Tigre es peligroso.

—Si es que está dispuesta a escuchar —apuntó Látigo Gris—. Es una lástima que le contaras la primera versión de la historia. Ahora que Cuervo

lo ha cambiado todo, Estrella Azul no sabrá qué creer.

—Pero él no lo ha cambiado todo —protestó Corazón de Fuego, viendo cómo el gato negro se encogía ante el tono irritado de Látigo Gris—. Nosotros lo entendimos mal; eso es todo. Convenceré a Estrella Azul de alguna manera —añadió—. Al menos ahora conocemos la verdad.

Cuervo parecía menos triste, pero Corazón de Fuego notó que no quería seguir pensando en el pasado. Se acomodó junto a él, ronroneando alentadoramente, y durante un rato los tres felinos compartieron lenguas.

Al final, Corazón de Fuego se levantó.

—Es hora de que nos vayamos —anunció.

—Tened cuidado —maulló Cuervo—. Y mucho ojo con Garra de Tigre.

—No te preocupes —lo tranquilizó Corazón de Fuego—. Nos has dado lo que necesitábamos para lidiar con él.

Seguido por Látigo Gris, se deslizó por debajo de la puerta del granero y se internó en la nieve.

—¡Aquí fuera está helando! —masculló Látigo Gris mientras cruzaban la verja que bordeaba la granja de Dos Patas—. Deberíamos haber atrapado un

par más de esos ratones para alimentar al clan —añadió.

—Sí, claro —replicó Corazón de Fuego—. ¿Y qué le dirías a Garra de Tigre cuando te preguntara dónde habías encontrado unos ratones tan gordos con este tiempo?

La luna estaba a punto de ocultarse y pronto el cielo empezaría a aclararse con la luz de la aurora. El frío de la nieve atravesó enseguida el pelaje invernal de Corazón de Fuego; resultaba aún más gélido tras la calidez del granero. Le dolían las patas de cansancio. Había sido una noche muy larga y todavía tenían que cruzar el

territorio del Clan del Viento. Corazón de Fuego se puso a darle vueltas a lo que les había contado Cuervo. Estaba seguro de que su amigo decía la verdad, pero sería difícil convencer al resto del clan. Estrella Azul ya se había negado a creer la primera historia de Cuervo.

Aunque eso fue cuando Corazón de Fuego creía que Cola Roja había matado a Corazón de Roble. La líder no podía aceptar que su lugarteniente hubiera matado a otro guerrero innecesariamente. Ahora Corazón de Fuego conocía la verdadera historia: que Corazón de Roble había muerto accidentalmente… Pero ¿cómo podía

acusar de nuevo a Garra de Tigre sin algo que respaldara el relato de Cuervo?

—Los del Clan del Río seguro que lo sabrán —pensó en voz alta, deteniéndose debajo de un montículo rocoso en la ladera del páramo, donde la nieve no era tan espesa.

—¿Qué? —maulló Látigo Gris, acercándose para compartir el refugio con él—. ¿Sabrán qué?

—Cómo murió Corazón de Roble. Ellos debieron de ver su cuerpo. Podrían decirnos si murió por la caída de una roca, en vez de por el ataque de un guerrero.

—Sí, las señales de su cuerpo lo

debieron de dejar claro —coincidió Látigo Gris.

—Y quizá sepan también qué quería decir Corazón de Roble con eso de que ningún gato del Clan del Trueno debía atacar a Pedrizo. Necesitamos hablar con alguien del Clan del Río que participara en esa batalla, tal vez con el propio Pedrizo.

—Pero no puedes entrar en el campamento del Clan de Río así como así y preguntarles todo eso —objetó Látigo Gris—. Piensa en la tensión que había en la Asamblea… Ha pasado muy poco tiempo desde la última batalla.

—Conozco a alguien del Clan del

Río que te recibiría de buen grado —murmuró Corazón de Fuego.

—Si te refieres a Corriente Plateada, sí, yo podría preguntárselo. Y ahora, por favor, ¿regresamos al campamento antes de que se me congelen las patas por completo?

Siguieron adelante, más despacio, pues les pesaban las patas del agotamiento. Ya vislumbraban los Cuatro Árboles cuando vieron tres gatos que subían la pendiente. La brisa les llevó el olor de una patrulla del Clan del Viento. Como no quería explicar su presencia en territorio ajeno, Corazón de Fuego buscó dónde ocultarse, pero la

nieve se extendía como una sábana por todos lados, sin rocas ni arbustos cerca. Y era obvio que los del Clan del Viento ya los habían visto, pues cambiaron de rumbo y se dirigieron hacia ellos.

Corazón de Fuego reconoció el familiar paso desigual del lugarteniente del clan, Rengo, con el guerrero atigrado Oreja Partida y el aprendiz de éste, Zarpa Veloz.

—Hola, Corazón de Fuego —saludó Rengo, cojeando hasta él con expresión extrañada—. Estás muy lejos de casa.

—Eh… pues sí —admitió, e inclinó la cabeza respetuosamente—. Es que… hemos captado un rastro oloroso del

Clan de la Sombra, y nos ha traído hasta aquí.

—¡El Clan de la Sombra en nuestro territorio! —se alarmó Rengo.

—Pero yo creo que es un olor antiguo —se apresuró a intervenir Látigo Gris—. Nada de lo que preocuparse. Sentimos haber cruzado vuestra frontera.

—Aquí sois bienvenidos —maulló Oreja Partida—. Los otros clanes nos habrían destrozado en la última batalla si vosotros no nos hubierais ayudado. Ahora estamos seguros de que se mantendrán alejados. Saben que podemos contar con el Clan del Trueno.

Corazón de Fuego sintió embarazo ante el elogio de Oreja Partida. Látigo Gris y él habían ayudado a los gatos del Clan del Viento, pero lo incomodaba que algunos gatos de ese clan lo hubieran visto dentro de su territorio.

—Será mejor que regresemos —dijo —. Aquí arriba todo parece bastante tranquilo.

—Que el Clan Estelar ilumine vuestro camino —se despidió Rengo agradecido. Les desearon buena caza y siguieron caminando hacia su campamento.

—Qué mala suerte —gruñó Corazón de Fuego mientras bajaban a los Cuatro

Árboles.

—¿Por qué? A los gatos del Clan del Viento no les ha importado vernos en sus tierras. Ahora somos amigos.

—Usa el cerebro, Látigo Gris. ¿Y si en la próxima Asamblea Rengo le menciona a Estrella Azul que nos ha visto? ¡Seguro que ella se preguntará qué estábamos haciendo por aquí!

Látigo Gris se detuvo.

—¡Cagarrutas de ratón! —maldijo —. Eso no se me había ocurrido. —Miró a su amigo, y éste vio en sus ojos la misma inquietud que él sentía—. Si Estrella Azul se entera de que nos hemos escapado para investigar a Garra de

Tigre, no le va a gustar nada.

Corazón de Fuego se encogió de hombros.

—Esperemos que todo se haya solucionado antes de la próxima Asamblea. Y ahora, adelante: debemos intentar cazar algo antes de volver al campamento.

Retomaron la marcha, acelerando el paso hasta que estuvieron corriendo sobre la nieve. Tras bordear la hondonada de los Cuatro Árboles y entrar por fin en su parte del bosque, se relajaron un poco y se detuvieron a olfatear el aire con la esperanza de captar olor a presas. Látigo Gris

olisqueó entre las raíces de un árbol cercano y volvió decepcionado.

—Nada —se lamentó—. Ni un solo ratón… ¡ni siquiera su sombra!

—No nos queda mucho tiempo para seguir buscando —decidió Corazón de Fuego.

Vio que el cielo ya se estaba aclarando por encima de los árboles. Se les estaba acabando el tiempo, y cada vez era más probable que notaran su ausencia en el campamento.

La luz del amanecer era cada vez más intensa conforme se acercaban al barranco. Con las patas doloridas de agotamiento y los músculos agarrotados

por el frío, Corazón de Fuego descendió silenciosamente entre las piedras hacia el túnel de aulagas. Agradecido por estar en casa de nuevo, se metió en la negra boca del túnel. Al llegar al campamento, se detuvo tan en seco que su amigo chocó contra él.

—¡Muévete, pedazo de bola de pelo! —se quejó Látigo Gris.

Corazón de Fuego no contestó. Sentado a sólo unas colas de distancia, en medio del claro, estaba Garra de Tigre. Tenía la cabeza apoyada en el suelo, enmarcada por sus enormes omóplatos, y sus ojos amarillos refulgían triunfales.

—¿Os apetece contarme dónde habéis estado? —gruñó—. ¿Y por qué habéis tardado tanto en regresar de la Asamblea?



3

—¿Y bien? —los desafió Garra de Tigre.

—Hemos salido a cazar. —Corazón de Fuego levantó la cabeza para sostenerle la mirada—. El clan necesita carne fresca.

—Pero no hemos encontrado nada —aclaró Látigo Gris, situándose junto a

su amigo.

—Todas las presas estaban acurrucaditas en sus camas, ¿no es así? —siseó Garra de Tigre. Se levantó para pegar la nariz a la de Corazón de Fuego. Lo olfateó y luego hizo lo mismo con Látigo Gris—. ¿Y cómo es que los dos oléis a ratón?

Corazón de Fuego intercambió una mirada con su amigo. Parecía que hubiera pasado mucho tiempo desde su visita al granero de Dos Patas, y había olvidado el olor de los ratones que se habían zampado.

Impotente, Látigo Gris le devolvió la mirada con los ojos dilatados de

ansiedad.

—Estrella Azul debería saber esto —gruñó el lugarteniente—. Seguidme.

Los jóvenes guerreros no tenían más opción que obedecer. Garra de Tigre los precedió a través del claro hasta la guarida de Estrella Azul, al pie de la Peña Alta. Al otro lado de la cortina de líquenes que cubría la entrada, Corazón de Fuego entrevió a la líder, enroscada y aparentemente dormida, pero cuando Garra de Tigre se abrió paso al interior, la gata levantó la vista al instante y se incorporó.

—¿Qué ocurre, Garra de Tigre? —preguntó con expresión perpleja.

—Estos valientes guerreros han estado cazando. —La voz del atigrado estaba cargada de desprecio—. Están bien alimentados, pero no han traído ni una sola pieza para el clan.

—¿Es eso cierto? —Estrella Azul volvió sus ojos azul hielo hacia los jóvenes guerreros.

—Estábamos patrullando en busca de caza —dijo Látigo Gris entre dientes.

Corazón de Fuego pensó que eso era verdad. En rigor, no habían quebrantado el código guerrero al no regresar con carne fresca, pero en el fondo sabía que no era una razón auténtica.

—Nos comimos las primeras presas

que encontramos para conservar las fuerzas —maulló—. Y luego no conseguimos atrapar nada más. Teníamos intención de volver con comida para todos, pero no hubo suerte.

Garra de Tigre soltó un resoplido de disgusto, como si no se hubiese creído ni una sola palabra.

—Aun así —repuso Estrella Azul—, con la escasez de presas que hay, todos los gatos deberían pensar en el clan antes que en ellos mismos y compartir lo que tengan. Estoy muy decepcionada con vosotros.

Corazón de Fuego no pudo evitar sentirse avergonzado. Estrella Azul lo

había llevado al clan cuando era un gato doméstico, y el joven deseaba demostrarle que se merecía la confianza depositada en él. Si hubiera estado a solas con la líder, quizá habría intentado explicar la verdad. Pero con Garra de Tigre fulminándolo con la mirada resultaba imposible.

Además, todavía no estaba preparado para contarle a Estrella Azul la última versión de Cuervo sobre la batalla en las Rocas Soleadas. Primero quería hablar con gatos del Clan del Río, para confirmar cómo había muerto Corazón de Roble realmente.

—Lo lamento, Estrella Azul —

murmuró.

—Las lamentaciones no llenan estómagos —lo reprendió ella—. Debéis comprender que las necesidades del clan son lo primero, especialmente en la estación sin hojas. Hasta la próxima salida del sol cazaréis para el clan, no para vosotros mismos. Cuando el resto del clan haya comido, entonces podréis comer vosotros. —Su mirada se suavizó—. Parecéis agotados. Ahora id a dormir. Pero espero que salgáis a cazar antes de que el sol esté en lo más alto.

—Muy bien, Estrella Azul. —Corazón de Fuego inclinó la cabeza y

salió de la guarida.

Látigo Gris lo siguió, con el pelo tieso por una mezcla de miedo y bochorno.

—¡Creía que Estrella Azul iba a arrancarnos la cola! —maulló mientras se dirigían al dormitorio de los guerreros.

—Entonces considerarás que habéis tenido mucha suerte. —El gruñido grave sonó a sus espaldas. Garra de Tigre iba tras ellos—. Si yo fuera el líder del clan, os habría castigado como es debido.

Corazón de Fuego sintió una comezón de furia. Enseñó los dientes en

un amago de gruñido, pero oyó un siseo de advertencia de Látigo Gris y se tragó lo que quería decir, dándole la espalda a Garra de Tigre.

—Así me gusta, minino casero —se burló el lugarteniente—. Escóndete en tu refugio. Puede que Estrella Azul se fíe de ti, pero yo no. No olvides que te vi en la batalla del Clan del Viento. —Adelantó a los dos jóvenes y se metió en la guarida de los guerreros.

Látigo Gris soltó un largo suspiro.

—Corazón de Fuego —maulló con solemnidad—, o eres el gato más valiente que he conocido, ¡o estás completamente chalado! Por el amor del

Clan Estelar, no sigas buscándole las cosquillas a Garra de Tigre.

—Yo no le he pedido que me odie —señaló su amigo con rabia.

Al deslizarse entre las ramas de la guarida de los guerreros, vio a Garra de Tigre acomodándose en su sitio, cerca del centro. El atigrado oscuro simuló no verlo y dio dos o tres vueltas antes de enroscarse para dormir.

Corazón de Fuego se encaminó a su sitio. No muy lejos estaban Tormenta de Arena y Manto Polvoroso, tumbados juntos.

Tormenta de Arena se incorporó cuando Corazón de Fuego se acercaba.

—Garra de Tigre ha estado esperando tu llegada desde que volvimos de la Asamblea —le susurró—. Le di tu mensaje, pero me parece que no me creyó. ¿Qué has hecho para tocarle las narices?

El joven se sintió reconfortado por la mirada comprensiva de la gata, pero no pudo reprimir un enorme bostezo.

—Lo siento, Tormenta de Arena —musitó—. Necesito dormir. Ya te lo contaré más tarde.

Casi esperaba que la joven guerrera se ofendiese, pero, en vez de eso, ella se levantó para acercarse. Mientras Corazón de Fuego se instalaba en el

blando musgo que acolchaba el suelo, la gata se colocó a su lado y pegó su cuerpo al de él.

Manto Polvoroso abrió un ojo y miró a Corazón de Fuego con ferocidad. Luego resopló y le dio la espalda.

Pero el joven guerrero estaba demasiado cansado para preocuparse por los celos de Manto Polvoroso. Ya estaba quedándose dormido. Mientras se le cerraban los ojos, lo último que notó fue la cálida piel de Tormenta de Arena contra la suya.

Corazón de Fuego avanzaba por el

sendero de caza. Sentía el cuerpo lleno de energía y abrió las mandíbulas para captar la esencia de presas. Sabía que estaba soñando, pero notó cómo le rugía el estómago clamando por carne fresca.

Los helechos se arqueaban por encima de su cabeza. Una luz brillante y perlada se derramaba sobre él, como si hubiera luna llena en un cielo despejado. Los helechos y las hierbas relucían, y las pálidas siluetas primaverales, arracimadas junto al camino, parecían resplandecer con luz propia. Corazón de Fuego percibía en todo cuanto lo rodeaba la húmeda calidez de la estación de la hoja nueva. El

campamento helado y cubierto de nieve parecía a nueve vidas de distancia.

Cuando el sendero comenzó a ascender, una gata apareció delante de él. Corazón de Fuego se detuvo y se le aceleró el pulso al reconocer a Jaspeada. La gata parda se le acercó hasta pegar su nariz rosa a la de él.

Restregó la cara contra la de Jaspeada, con un ronroneo que le brotaba de lo más profundo. Cuando él llegó al bosque, Jaspeada era la curandera del Clan del Trueno. Un guerrero invasor del Clan de la Sombra la había matado a sangre fría. Corazón de Fuego seguía echándola de menos,

pero el espíritu de la gata lo había visitado en sueños más de una vez.

Jaspeada dio un paso atrás y maulló:

—Acompáñame. Quiero enseñarte algo.

Dio media vuelta y se alejó silenciosamente, volviendo la vista atrás de vez en cuando para asegurarse de que el joven la seguía.

Corazón de Fuego saltó tras ella, admirando los reflejos de la luna sobre su pelaje. Pronto alcanzaron la cima de la colina. Jaspeada lo guió a través de un túnel de helechos hasta una cresta elevada y tapizada de hierba.

—Mira —maulló, señalando con el

hocico.

Corazón de Fuego parpadeó. En vez de la familiar extensión de árboles y campos, ante él había una centelleante superficie de agua que abarcaba hasta donde podía ver. La luz reflejada lo mareó, así que cerró los ojos. ¿De dónde había salido toda aquella agua? Ni siquiera podía decir si era territorio del Clan del Trueno… La lustrosa superficie plateada lo alisaba todo y ocultaba los lugares conocidos.

El dulce aroma de Jaspeada inundaba el aire que lo rodeaba. La voz de la gata sonó muy cerca de su oído.

—Recuerda, Corazón de Fuego —

murmuró—: el agua puede apagar el fuego.

Confuso, el joven abrió los ojos. Una brisa fría ondulaba la superficie del agua, atravesando su pelaje. Jaspeada había desaparecido. Mientras miraba en todas direcciones, buscándola, la luz empezó a debilitarse. La calidez se marchó con ella, al igual que la sensación de la hierba bajo las patas. En menos de un segundo, se precipitó en el frío y la oscuridad.

—¡Corazón de Fuego! ¡Corazón de Fuego!

Un gato estaba zarandeándolo. Intentó apartarse y oyó que volvían a llamarlo. Era la voz de Látigo Gris. Se obligó a abrir los ojos y vio al gran gato gris inclinado sobre él, impaciente.

—Corazón de Fuego —repitió—. Despierta de una vez. El sol ya está casi en lo más alto.

Gruñendo por el esfuerzo, el joven guerrero consiguió incorporarse. Una luz tenue y fría se filtraba entre las ramas de la guarida. Sauce y Cebrado seguían durmiendo cerca del centro del arbusto. Tormenta de Arena y Manto Polvoroso ya se habían marchado.

—Estabas murmurando en sueños —

le dijo Látigo Gris—. ¿Te encuentras bien?

—¿Qué? —Todavía no se había desprendido de su sueño. Siempre le resultaba amargo despertar con el recuerdo de que Jaspeada estaba muerta, y con la idea de que jamás volvería a hablar con ella excepto en sueños.

—El sol ya está casi en lo más alto —repitió Látigo Gris—. Deberíamos salir a cazar.

—Lo sé —respondió, intentando despertarse del todo.

—Pues entonces date prisa. —Su amigo le dio un último empujoncito antes de salir del dormitorio—. Nos

vemos en el túnel de aulagas.

Corazón de Fuego se lamió una pata para lavarse la cara. Mientras se le despejaba la mente, recordó la advertencia de Jaspeada: «El agua puede apagar el fuego». ¿Qué estaba intentando decirle? Volvió a pensar en una profecía anterior de la gata, que el fuego salvaría al clan. Mientras seguía a Látigo Gris fuera de la guarida, empezó a temblar, y no de frío. Podía percibir que los problemas se estaban amontonando como las nubes cargadas de lluvia de una tormenta. Si el agua que se avecinaba apagaba el fuego, entonces, ¿qué salvaría al clan? ¿Las palabras de

Jaspeada significaban que el Clan del Trueno estaba condenado a muerte?



4

Corazón de Fuego subió el barranco dando saltos, con el crujido de la nieve bajo las patas. El sol brillaba en un cielo azul claro, y aunque sus rayos calentaban poco, animaba a Corazón de Fuego y presagiaba que la estación de la hoja nueva no estaba muy lejos.

Detrás de él, Látigo Gris dio voz a

sus pensamientos:

—Con un poco de suerte, el sol hará que algunas presas salgan de sus escondrijos.

—¡No si te oyen pisar tan fuerte! —bromeó Tormenta de Arena al adelantarlo en la subida.

Fronde, el aprendiz de Látigo Gris, protestó lealmente:

—¡Látigo Gris no pisa fuerte!

Pero su mentor se limitó a responder con un gruñido amistoso.

Corazón de Fuego se animó bastante. Aunque sus obligaciones para ese día fueran un castigo, nadie les había dicho que tuvieran que cazar solos, y era

genial estar con amigos.

El joven guerrero se estremeció al recordar la gélida mirada de Estrella Azul al reprenderlos por creer que habían estado cazando para sí mismos. La compensaría por haberle mentido atrapando tantas piezas como le fuera posible. El clan necesitaba comida urgentemente. Cuando Látigo Gris y él habían salido de su dormitorio esa mañana, las provisiones de carne del campamento ya habían desaparecido casi por completo y la mayoría de los gatos habían salido a cazar. En el barranco se habían cruzado con Garra de Tigre, que regresaba con la patrulla

matinal. Entre los dientes llevaba una ardilla, cuya cola arrastraba por la nieve. El lugarteniente entornó los ojos amenazadoramente al pasar junto a ellos, pero no soltó su presa para hablar.

En lo alto de la ladera, Tormenta de Arena salió disparada mientras Látigo Gris empezaba a enseñarle a Fronde cómo buscar ratones entre las raíces de los árboles. Observándolos, Corazón de Fuego no pudo reprimir una punzada de dolor al pensar en Carbonilla, su antigua aprendiza. De no ser por el accidente, ahora la gatita estaría con ellos. En vez de eso, la pata destrozada —resultado del atropello en el Sendero Atronador—

la mantenía recluida en la guarida de Fauces Amarillas, la curandera del clan.

Apartando esos negros pensamientos, avanzó sigilosamente con la boca abierta, examinando los olores forestales. Una suave brisa que ondulaba la superficie de la nieve le trajo un aroma familiar. ¡Conejo!

Al levantar la cabeza, Corazón de Fuego vio a la criatura de pelaje marrón respirando ruidosamente bajo una mata de helechos, donde unas briznas de hierba asomaban entre la nieve. El guerrero se agazapó y se fue acercando delicadamente, pasito a pasito. En el último momento, el conejo advirtió su

presencia y dio un salto, pero ya era demasiado tarde. Antes de que pudiese chillar siquiera, Corazón de Fuego atacó.

Luego se encaminó al campamento triunfalmente, con el conejo a rastras. En cuanto entró en el claro, vio con alivio que el montón de carne fresca había crecido tras las patrullas matinales. Estrella Azul estaba junto a las provisiones.

—¡Bien hecho, Corazón de Fuego! —exclamó mientras él se acercaba con el conejo—. Llévalo directamente a la guarida de Fauces Amarillas.

Animado por la aprobación de su

líder, Corazón de Fuego arrastró el conejo por el claro. Un túnel de helechos, ahora marrones y quebradizos, conducía a un rincón retirado del campamento donde la curandera tenía su refugio, en el interior de una roca hendida.

Desde debajo de los helechos vio a Fauces Amarillas echada en la boca de su cueva, con las patas bajo el pecho. Carbonilla estaba sentada delante de ella, con el pelaje gris humo ahuecado y los ojos azules clavados en la ancha cara de la curandera.

—Veamos, Carbonilla —dijo la áspera voz de la vieja gata—, Tuerta

tiene las almohadillas agrietadas por el frío. ¿Qué podemos hacer por ella?

—Podemos usar hojas de caléndula en caso de infección —respondió Carbonilla—. Ungüento de milenrama para reblandecer las almohadillas y ayudar a que se curen. Semillas de adormidera si tiene dolor.

—Muy bien —aprobó Fauces Amarillas.

Carbonilla se puso aún más tiesa y los ojos le brillaron de satisfacción. Como Corazón de Fuego sabía de primera mano, la vieja curandera era tacaña con las alabanzas.

—Bien, puedes llevarle las hojas y

el ungüento —prosiguió Fauces Amarillas—. No necesitará las semillas de adormidera a menos que los cortes empeoren.

Carbonilla se puso en pie, y se disponía a entrar en la guarida cuando vio a Corazón de Fuego junto al túnel. Maullando encantada, corrió hacia él tambaleándose con torpeza.

El joven sintió que los remordimientos lo aguijoneaban, tan afilados como una garra. Antes de que el accidente en el Sendero Atronador le destrozara la pata, Carbonilla era un manojo de nervios con una energía inagotable. Ahora ya nunca podría

volver a correr bien, y había tenido que renunciar a sus sueños de convertirse en guerrera.

Pero el monstruo del Sendero Atronador no le había arrebatado su temple y su alegría. Los ojos le bailaban cuando llegó junto a Corazón de Fuego.

—¡Carne fresca! —exclamó—. ¿Es para nosotras? ¡Genial!

—¡Justo a tiempo! —masculló Fauces Amarillas, todavía sentada ante su guarida—. Te aseguro que ese conejo es muy bien recibido —añadió—. Desde la salida del sol, ha pasado por aquí la mitad del clan quejándose de un dolor u otro.

Corazón de Fuego cargó con el conejo y lo depositó ante la curandera.

Fauces Amarillas lo palpó con una zarpa.

—Por una vez, podría tener algo de carne sobre los huesos —señaló refunfuñona—. Está bien, Carbonilla, llévale a Tuerta las hojas de caléndula y la milenrama, y vuelve enseguida. Si te das prisa, a lo mejor todavía te queda algo de conejo.

Carbonilla ronroneó y rozó el omóplato de Fauces Amarillas con la punta de la cola al meterse en la guarida.

Corazón de Fuego maulló quedamente:

—¿Cómo le va? ¿Se está adaptando?

—Está bien —espetó Fauces Amarillas—. Deja de preocuparte por ella.

«Ojalá pudiera», pensó el joven guerrero. Carbonilla había sido su aprendiza y en parte se sentía responsable de su accidente. Debería haber impedido que la gatita fuera al Sendero Atronador.

Recordó cómo había sucedido todo exactamente. Garra de Tigre había pedido que le dijeran a Estrella Azul que se reuniera con él junto al Sendero Atronador, pero la líder estaba demasiado enferma para acudir. En el

campamento había muy pocos guerreros. El propio Corazón de Fuego tenía que salir en una misión urgente: buscar hojas de nébeda para la neumonía de Estrella Azul. Le ordenó a Carbonilla que no fuese en su lugar a reunirse con Garra de Tigre, pero su aprendiza hizo caso omiso. El accidente se produjo porque el lugarteniente había dejado su marca olorosa demasiado cerca del borde del Sendero Atronador. Corazón de Fuego sospechaba que en realidad se trataba de una trampa para Estrella Azul, y que el responsable era Garra de Tigre.

Mientras se despedía de Fauces Amarillas para salir de caza otra vez,

Corazón de Fuego sintió una nueva determinación de sacar a la luz la culpabilidad del lugarteniente. Por Cola Roja, asesinado; por Cuervo, separado del clan; por Carbonilla, mutilada. Y por todos los gatos del Clan del Trueno, los actuales y los futuros, que estaban en peligro por la sed de poder de Garra de Tigre.

Era el día siguiente de la jornada de castigo. Corazón de Fuego había decidido que no había tiempo que perder para visitar el territorio del Clan del Río y descubrir cómo había muerto

realmente Corazón de Roble. Se agazapó en la linde del bosque y miró hacia el río congelado. El viento susurraba entre los juncos secos que asomaban a través del hielo y la nieve.

A su lado, Látigo Gris olisqueaba la brisa, alerta ante el olor de otros gatos.

—Percibo gatos del Clan del Río —murmuró—. Pero el olor es antiguo. Creo que podemos cruzar sin peligro.

Corazón de Fuego reparó en que le preocupaba más que lo vieran miembros de su propio clan que tropezarse con una patrulla enemiga. Garra de Tigre ya sospechaba que él era un traidor. Si el lugarteniente descubría lo que estaban

haciendo, acabarían hechos picadillo.

—De acuerdo —respondió en un susurro—. Adelante.

Látigo Gris lo precedió por el hielo, lleno de confianza. Al principio, Corazón de Fuego se quedó impresionado; luego recordó que su amigo ya llevaba varias lunas cruzando el río en secreto para encontrarse con Corriente Plateada. Él lo siguió más cautelosamente, casi esperando que el hielo se resquebrajara bajo su peso y lo mandara al agua helada que corría por debajo. Allí, aguas abajo de las Rocas Soleadas, el propio río era la frontera entre los dos clanes. A Corazón de

Fuego se le erizó el lomo mientras cruzaba, mirando hacia atrás continuamente para asegurarse de que no lo veía nadie de su clan.

En cuanto alcanzaron la orilla opuesta, buscaron refugio en un cañaveral y olfatearon el aire buscando señales de gatos del Clan del Río. Corazón de Fuego percibía el miedo de Látigo Gris; todos los músculos de su cuerpo gris estaban tensos mientras atisbaba entre los tallos de los juncos.

—Debemos de estar locos, los dos —siseó a Corazón de Fuego—. Me hiciste prometer que me reuniría con Corriente Plateada en los Cuatro

Árboles siempre que quisiera verla, y ahora estamos aquí, de nuevo en el territorio del Clan del Río.

—Lo sé. Pero no tenemos más remedio. Necesitamos hablar con un miembro del Clan del Río, y más fácilmente nos ayudará Corriente Plateada que cualquier otro.

Sentía tanto recelo como su amigo. Estaban rodeados de olores del Clan del Río, aunque ninguno reciente. Corazón de Fuego sentía como si volviera a ser un gatito doméstico por primera vez en el bosque, perdido en un lugar temible y desconocido.

Usando los juncos como parapeto,

los dos guerreros empezaron a avanzar río arriba. Corazón de Fuego intentaba andar suavemente, como si estuviera acechando posibles presas, con la barriga rozando la nieve. Era más que consciente de cómo destacaba su pelaje rojizo contra la superficie blanca. El olor a gatos del Clan del Río era cada vez más intenso, y se imaginó que el campamento debía de estar cerca.

—¿Cuánto falta? —le preguntó quedamente a Látigo Gris.

—No mucho. ¿Ves esa isla ahí delante?

Habían llegado a un sitio donde el río se curvaba alejándose del territorio

del Clan del Trueno y ensanchándose. A poca distancia, una pequeña isla rodeada de cañaverales se elevaba sobre la superficie congelada.

En las orillas de la isla había sauces inclinados, con las puntas de las ramas colgantes atrapadas en el hielo.

—¿Una isla? —repitió Corazón de Fuego asombrado—. Pero ¿qué ocurre cuando el río no está congelado? ¿Es que cruzan nadando?

—Corriente Plateada dice que aquí el agua no es muy profunda. Pero yo no he estado nunca dentro del campamento.

Junto a ellos, el suelo se elevaba suavemente alejándose de la orilla

cubierta de carrizos. En lo alto crecían densos arbustos de aulagas y espinos, y unos pocos acebos mostraban sus hojas verdes y relucientes bajo un manto de nieve. Pero entre el cañaveral y los arbustos protectores había un espacio vacío, sin ninguna protección para las presas ni los gatos.

Látigo Gris avanzaba agazapado, pero de pronto levantó la cabeza y olfateó el aire con cautela. Luego, sin previo aviso, salió de entre los juncos y subió disparado la cuesta.

Corazón de Fuego corrió tras él, resbalando sobre la nieve. Al alcanzar los arbustos, se internaron entre las

ramas e hicieron un alto para respirar jadeando. Corazón de Fuego aguzó el oído esperando un maullido de alarma por parte de una patrulla, pero del campamento no llegó ni un sonido. Se dejó caer sobre las hojas secas y soltó un suspiro de alivio.

—Desde aquí podemos ver la entrada del campamento —dijo su amigo—. Yo solía esperar aquí a Corriente Plateada. —Y deseó que la gata apareciese pronto.

A cada momento que pasaba, aumentaban las posibilidades de que los descubrieran. Al cambiar de posición para tener una buena vista de la

pendiente y el campamento de la isla, vislumbró siluetas de gatos moviéndose por el recinto. Estaba tan concentrado en ver algo a través de los densos arbustos que ocultaban la isla, que no reparó en la gata atigrada que pasaba junto a su escondrijo hasta que se encontró apenas a una cola de distancia. La gata llevaba una pequeña ardilla en la boca y tenía la mirada fija en el suelo congelado.

Corazón de Fuego se agazapó, listo para salir pitando si la gata los descubría, y la siguió con la mirada. Por suerte, el olor de la presa que sujetaba debía de haber enmascarado la esencia de intrusos del Clan del Trueno. De

pronto, advirtió que un grupo de cuatro gatos, dirigidos por Leopardina, la lugarteniente del Clan del Río, había salido del campamento. Leopardina sentía una fiera hostilidad hacia el Clan del Trueno desde que su patrulla se tropezó con Corazón de Fuego y Látigo Gris, que habían entrado en su territorio tras llevar al Clan del Viento de vuelta a su hogar. Un guerrero del Clan del Río murió en la batalla que siguió, y Leopardina no era de las que olvidaban con facilidad. Si los descubría, no les daría siquiera la oportunidad de explicar qué estaban haciendo en aquella parte del río.

Para alivio del joven guerrero, la patrulla no fue en su dirección. Cruzaron el río helado hacia las Rocas Soleadas, seguramente para hacer una ronda por la frontera.

Por fin apareció una forma gris bien conocida.

—¡Corriente Plateada! —ronroneó Látigo Gris.

Corazón de Fuego vio cómo la gata avanzaba delicadamente sobre el hielo hacia la orilla. La verdad es que era una preciosidad, con aquella cabeza hermosamente formada y su pelaje espeso y lustroso. No era de extrañar que Látigo Gris estuviese loco por ella.

Éste se puso en pie, preparándose para llamarla, cuando otros dos gatos salieron del campamento y se reunieron con ella. Uno de ellos era el guerrero negro grisáceo Prieto, al que reconoció de las asambleas por su largas patas y su cuerpo delgado. Lo seguía un gato más pequeño, y Corazón de Fuego supuso que se trataba de su aprendiz.

—Patrulla de caza —murmuró Látigo Gris.

Los tres gatos comenzaron a ascender la ladera. Corazón de Fuego soltó un resoplido, medio de impaciencia y medio de temor. Tenía la esperanza de hablar con Corriente

Plateada a solas. ¿Cómo iban a separarla de sus compañeros? ¿Y si Prieto captaba el olor de los intrusos? Después de todo, el guerrero negro no llevaba en la boca una presa que bloqueara sus glándulas olfativas.

Prieto tomó la delantera junto con su aprendiz, y Corriente Plateada los siguió a una cola o dos de distancia. Cuando la patrulla llegó a la altura de los arbustos, Corriente Plateada se detuvo con las orejas levantadas, cautelosa, como si hubiera detectado un olor familiar pero inesperado. Látigo Gris soltó un siseo breve y agudo, y la gata dirigió las orejas hacia el sonido.

—¡Corriente Plateada! —maulló Látigo Gris quedamente.

Ella sacudió las orejas y Corazón de Fuego soltó el aire que estaba reteniendo. La gata lo había oído.

—¡Prieto! —llamó al guerrero que la precedía—. Voy a ver si hay ratones en estos arbustos. No me esperéis.

Corazón de Fuego oyó el maullido de respuesta de Prieto. Al cabo de unos instantes, Corriente Plateada avanzó entre las ramas hasta el espacio donde estaban escondidos los dos guerreros del Clan del Trueno. Se restregó contra Látigo Gris, que ronroneó, y se frotaron la cara uno al otro con evidente placer.

—Pensaba que sólo querías que nos viéramos en los Cuatro Árboles —dijo Corriente Plateada cuando terminó de saludarlo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He traído a Corazón de Fuego, que quería verte. Necesita preguntarte algo.

Corazón de Fuego no había hablado con Corriente Plateada desde que la dejó escapar en la batalla. Supuso que la gata estaba recordando lo mismo, pues vio que inclinaba la cabeza elegantemente en su dirección, sin rastro de la hostilidad que había mostrado cuando él intentó convencerla de que dejara de ver a Látigo Gris, al principio

de su relación.

—Tú dirás, Corazón de Fuego.

—¿Qué sabes sobre la batalla de las Rocas Soleadas en que murió Corazón de Roble? —preguntó el joven sin rodeos—. ¿Tú estabas allí?

—Pues no —respondió ella con aire pensativo—. ¿Es muy importante?

—Sí, lo es. ¿Podrías preguntarle a algún gato que sí participara? Necesito…

—Haré algo mejor que eso —lo interrumpió ella—. Te traeré a Vaharina para que hables con ella personalmente.

El joven guerrero intercambió una mirada con Látigo Gris. ¿Aquello era

una buena idea?

—No pasa nada —maulló Corriente Plateada como si adivinara su preocupación—. Vaharina conoce mi relación con Látigo Gris. No le hace gracia, pero jamás me delataría. Vendrá ahora mismo si se lo pido.

Corazón de Fuego dudó, pero luego aceptó inclinando la cabeza.

—De acuerdo. Gracias.

Apenas había acabado de hablar y Corriente Plateada ya había dado media vuelta para salir de entre los arbustos. La vio saltar sobre la nieve en dirección al campamento.

—¿No es estupenda? —murmuró

Látigo Gris.

Corazón de Fuego no dijo nada; se limitó a sentarse a esperar, con creciente inquietud. Si continuaban en territorio del Clan del Río mucho tiempo, algún gato rival terminaría por descubrirlos. Tendrían suerte si escapaban con el pellejo intacto.

—Látigo Gris, si Corriente Plateada no puede…

Justo entonces, vio a la atigrada plateada cruzando la capa de hielo desde el campamento, con otra gata a su lado. Subieron la ladera corriendo, y Corriente Plateada guió a su compañera al interior de los arbustos. Su amiga era

una esbelta reina de espeso pelaje gris y ojos azules. Durante un segundo, Corazón de Fuego pensó que le resultaba familiar. Supuso que la habría visto en alguna Asamblea.

Cuando la reina vio a Corazón de Fuego y Látigo Gris, frenó en seco. Recelosa, empezó a erizar el lomo y pegó las orejas al cráneo.

—Vaharina —maulló Corriente Plateada dulcemente—, éstos son…

—¡Gatos del Clan del Trueno! —bufó la reina—. ¿Qué están haciendo aquí? ¡Éste es territorio del Clan del Río!

—Vaharina, escucha… —Corriente

Plateada se acercó a su amiga y trató de empujarla hacia los jóvenes guerreros.

Vaharina clavó las uñas en el suelo, y Corazón de Fuego no pudo evitar sentirse amilanado ante la hostil mirada de la gata. ¿Cómo había sido tan estúpido para creer que el Clan del Río lo ayudaría?

—Te guardo el secreto de lo de éste —le recordó Vaharina a su amiga, señalando a Látigo Gris con el mentón—. Pero no voy a quedarme callada si empiezas a traer aquí a todo el Clan del Trueno.

—No seas ridícula —replicó Corriente Plateada.

—No pasa nada, Vaharina —se apresuró a decir Corazón de Fuego—. No hemos atrapado ninguna de vuestras presas, y no estamos aquí para espiar. Necesitamos hablar con alguien que participara en la batalla de las Rocas Soleadas en que murió Corazón de Roble.

—¿Por qué? —Vaharina entornó los ojos.

—Bueno, es… difícil de explicar. Pero no se trata de nada que pueda perjudicar al Clan del Río. Lo juro por el Clan Estelar —añadió.

La joven reina pareció relajarse, y esta vez dejó que Corriente Plateada la

empujara suavemente hasta que estuvo al lado del joven guerrero.

Látigo Gris se levantó, manteniendo la cabeza gacha para evitar las ramas bajas.

—Si vosotros dos vais a hablar, Corriente Plateada y yo os dejaremos solos.

Corazón de Fuego iba a protestar, alarmado ante la idea de quedarse solo en territorio enemigo, pero Látigo Gris y Corriente Plateada ya estaban saliendo de los arbustos.

Justo antes de que desaparecieran entre las duras ramas de espino, Látigo Gris miró atrás.

—Oh, Corazón de Fuego —maulló quedamente—. Antes de regresar, asegúrate de revolcarte en algo fuerte para ocultar el olor del Clan del Río. Los excrementos de zorro son muy buenos.

—Espera… —Corazón de Fuego se puso en pie de un salto, pero fue inútil. Su amigo y Corriente Plateada ya se habían ido.

—No te preocupes —dijo Vaharina a sus espaldas—. No voy a comerte. Me darías dolor de barriga.

Al volverse, el joven vio que los ojos de la gata brillaban risueños.

—Tú eres Corazón de Fuego,

¿verdad? —preguntó ella—. Te he visto en las asambleas. Dicen que antes eras un minino doméstico. —Su voz era fría, con recelo mal disimulado.

—Es cierto —admitió él a su pesar, notando la habitual punzada ante el desdén que los gatos nacidos en un clan mostraban por su pasado—. Pero ahora soy un guerrero.

Vaharina se lamió una pata y se la pasó despacio por una oreja, con los ojos clavados en Corazón de Fuego.

—Muy bien —dijo al fin—. Yo participé en aquella batalla. ¿Qué quieres saber?

Él hizo una pausa para ordenar sus

ideas. Sólo tendría una oportunidad de averiguar la verdad; no podía cometer ningún error.

—Empieza de una vez —gruñó Vaharina—. He dejado a mis cachorros para venir a hablar contigo.

—No tardaré mucho. ¿Qué puedes contarme sobre cómo murió Corazón de Roble?

—¿Corazón de Roble? —Se miró las patas. Tras respirar hondo, volvió a mirar al joven guerrero—. Corazón de Roble era mi padre, ¿lo sabías?

—No, no lo sabía. Lo lamento. No llegué a conocerlo, pero dicen que era un guerrero valiente.

—Era el mejor y el más valiente —confirmó Vaharina—. Y no debería haber muerto. Fue un accidente.

El joven notó que el corazón se le desbocaba. ¡Eso era exactamente lo que necesitaba saber!

—¿Estás segura? —preguntó—. ¿No lo mató ningún gato?

—En la batalla lo hirieron, pero no lo bastante para matarlo. Al terminar, lo encontramos debajo de una piedra caída. Nuestro curandero dijo que eso era lo que lo había matado.

—De modo que ningún gato es responsable… Cuervo tenía razón.

—¿Qué? —La gata gris azulado

frunció el entrecejo.

—Nada —se apresuró a responder él—. Nada importante. Gracias, Vaharina. Eso es justo lo que necesitaba saber.

—Entonces, si eso es todo…

—No, ¡espera! Hay una cosa más. Durante la batalla, uno de los nuestros oyó decir a Corazón de Roble que ningún gato del Clan del Trueno debía herir a Pedrizo. ¿Sabes qué quería decir con eso?

La reina del Clan del Río guardó silencio un instante, sus ojos azules fijos en la distancia. Luego agitó la cabeza con brío, como sacudiéndose agua de

encima.

—Pedrizo es mi hermano —maulló.

—Entonces Corazón de Roble también era su padre. ¿Por eso quería protegerlo de los gatos del Clan del Trueno?

—¡No! —Los ojos de Vaharina llamearon con fuego azul—. Corazón de Roble jamás intentó protegernos a ninguno de los dos. Quería que fuéramos guerreros como él y que honráramos al clan.

—Entonces, ¿por qué…?

—No lo sé. —Parecía genuinamente confundida.

Corazón de Fuego intentó no sentirse

desilusionado. Al menos ya sabía con certeza cómo había muerto Corazón de Roble. Pero no podía librarse de la sensación de que sus palabras sobre Pedrizo eran importantes. Ojalá pudiera entenderlas.

—Quizá mi madre lo sepa —dijo Vaharina inesperadamente, y Corazón de Fuego se volvió hacia ella con las orejas erguidas—. Se llama Tabora. Si ella no puede explicarlo, nadie podrá.

—¿Tú podrías preguntárselo?

—Tal vez… —La expresión de Vaharina seguía siendo cautelosa, pero Corazón de Fuego supuso que sentía tanta curiosidad como él por las

palabras de Corazón de Roble—. Pero quizá sea mejor que hables tú mismo con ella.

Corazón de Fuego parpadeó, sorprendido de que propusiera algo así cuando al principio se había mostrado tan hostil.

—¿Puedo? —preguntó—. ¿Ahora?

—No —decidió ella tras una pausa —. Es demasiado arriesgado que te quedes aquí más tiempo. La patrulla de Leopardina regresará pronto. Además, Tabora ya es una veterana y casi nunca abandona el campamento. Tendré que convencerla de que salga. Pero no te preocupes; ya se me ocurrirá una excusa.

Corazón de Fuego inclinó la cabeza, aceptando de mala gana. Una parte de él ansiaba oír qué tenía que decir Tabora, pero otra sabía que Vaharina tenía razón.

—¿Cómo sabré dónde reunirme con ella?

—Te mandaré un mensaje a través de Corriente Plateada —prometió Vaharina—. Ahora márchate. Si Leopardina te encuentra aquí, no podré ayudarte.

Él le guiñó un ojo. Le habría gustado darle un lametón de agradecimiento a la joven reina, pero temía ganarse un arañazo en la oreja. Vaharina no mostraba hostilidad, pero no permitiría

que él olvidara que procedían de dos clanes diferentes.

—Gracias, Vaharina —maulló—. No olvidaré esto. Y si alguna vez puedo hacer algo por ti…

—¡Lárgate ya! —resopló la reina. Cuando él pasó por su lado para salir de entre los arbustos, ella añadió con un ronroneo risueño—: Y no te olvides de los excrementos de zorro.



5

—No puedo creer que esté haciendo esto —masculló mientras se internaba en el túnel de aulagas del campamento.

Había encontrado excrementos de zorro frescos en el bosque y se había revolcado en ellos hasta que le entraron náuseas. Ahora ningún gato podría adivinar que había estado en el territorio

del Clan de Río. Eso sí, aún estaba por ver si lo dejarían entrar en el dormitorio de los guerreros. Por lo menos había conseguido cazar una ardilla en el camino de vuelta, así que no llegaba con las patas vacías.

Al salir del túnel de aulagas, se encontró con Estrella Azul plantada en la Peña Alta. Al ver que otros gatos aparecían de sus guaridas para reunirse debajo de ella, Corazón de Fuego comprendió que se había perdido la llamada de convocatoria.

El joven dejó la ardilla en el montón de carne fresca y fue a reunirse con los demás miembros del clan. Al otro lado

del claro, los cachorros de Pecas salieron a trompicones de la maternidad, seguidos por su madre. Corazón de Fuego distinguió al hijo de su hermana Princesa, Pequeño Nimbo, con su reluciente pelaje blanco. Princesa vivía en un hogar de Dos Patas y no deseaba renunciar a su cómoda existencia de gata de compañía, pero las historias de Corazón de Fuego sobre la vida salvaje la habían cautivado, de modo que decidió entregar a su primogénito al Clan del Trueno.

De momento, a los gatos del clan les estaba costando aceptar a otro minino doméstico entre ellos, aunque Pecas lo

trataba como al resto de sus hijos. Corazón de Fuego sabía por experiencia cuánta determinación necesitaría Pequeño Nimbo para hacerse un lugar propio en el clan.

Al acercarse más, el joven guerrero oyó cómo el cachorrito blanco le preguntaba a Pecas en voz alta y quejosa:

—¿Y por qué yo no puedo ser aprendiz? ¡Soy casi tan grande como el bobo del hijo canela de Escarcha!

El interés de Corazón de Fuego aumentó. Estrella Azul debía de estar a punto de celebrar la ceremonia para nombrar aprendices a los otros dos hijos

de Escarcha. Sus hermanos Fronde y Carbonilla ya habían pasado por ese trámite hacía unas pocas lunas, y Corazón de Fuego supuso que los dos pequeños debían de estar ansiosos por convertirse en aprendices. Se alegró de haber regresado a tiempo para presenciar el nombramiento.

—¡Chist! —le susurró Pecas a Pequeño Nimbo, reuniendo a sus cachorros y buscándoles un sitio donde sentarse—. No puedes ser aprendiz hasta que tengas seis lunas de edad.

—Pero ¡yo quiero ser aprendiz ya!

Corazón de Fuego dejó a Pecas intentando explicar las costumbres del

clan al insistente Pequeño Nimbo y fue a sentarse cerca de la primera fila, al lado de Tormenta de Arena.

La gata giró la cabeza alarmada.

—¡Corazón de Fuego! ¿Dónde has estado? ¡Hueles a zorro muerto hace una luna!

—Lo siento —masculló él—. Ha sido un accidente. —Odiaba la fetidez tanto como cualquier gato, y no le gustaba tener que mentirle a Tormenta de Arena sobre cómo había llegado a apestar así.

—Bueno, ¡mantente alejado de mí hasta que se evapore! —Aunque las palabras de Tormenta de Arena sonaron

firmes, sus ojos reían cuando se trasladó a una cola de distancia de él.

—Y lávate bien antes de entrar en la guarida de los guerreros —gruñó una conocida voz. Al volverse, el joven guerrero vio a Garra de Tigre a sus espaldas—. ¡No voy a dormir con esa pestilencia en mi nariz!

Corazón de Fuego bajó la cabeza avergonzado mientras Garra de Tigre se alejaba, y luego alzó la vista al oír que Estrella Azul empezaba a hablar:

—Nos hemos reunido aquí para dar a dos cachorros de clan sus nombres de aprendizaje.

Miró hacia abajo, donde estaba

Escarcha muy orgullosa, con la cola pulcramente enroscada alrededor de las patas. A cada lado tenía a uno de sus hijos, y mientras la líder hablaba, el más grande, un macho marrón dorado como su hermano Fronde, se puso en pie con impaciencia.

—Sí, adelantaos los dos —los invitó Estrella Azul con afecto.

El macho salió corriendo y se detuvo en seco al pie de la Peña Alta. Su hermana lo siguió más calmadamente. Era blanca como su madre, excepto por algunas manchas canela en el lomo y la cola también canela.

Corazón de Fuego cerró los ojos un

momento. No mucho tiempo atrás, le habían confiado a Carbonilla como aprendiza. Casi deseaba ser el mentor de alguno de aquellos cachorros, aunque sabía que, si Estrella Azul le hubiera reservado ese honor, se lo habría comunicado con antelación.

«Tal vez nunca vuelva a nombrarme mentor», pensó con tristeza, después de haberle fallado tanto a Carbonilla.

—Musaraña —maulló Estrella Azul—, me has dicho que ya estás preparada para tomar un aprendiz. Tú serás la mentora de Espino.

Corazón de Fuego observó cómo Musaraña, una gata enjuta y fuerte de

pelaje marrón, avanzaba para situarse junto al cachorro dorado, que fue a su encuentro dando saltos.

—Musaraña —continuó la líder—. Has demostrado ser una guerrera valiente e inteligente. Contagia tu coraje y tu sabiduría a tu nuevo aprendiz.

Musaraña parecía tan orgullosa como el recién bautizado Espino. Se tocaron nariz con nariz y se retiraron al lindero del claro. Corazón de Fuego oyó a Espino maullar con entusiasmo, como si ya estuviera bombardeando con preguntas a su mentora.

La gatita blanca y canela seguía bajo la Peña Alta, mirando hacia Estrella

Azul. Corazón de Fuego estaba lo bastante cerca para ver cómo sus bigotes se estremecían de expectación.

—Tormenta Blanca —anunció la líder—, ahora que Tormenta de Arena se ha convertido en guerrera, eres libre para tomar un nuevo aprendiz. Tú serás el mentor de Centellina.

El gran guerrero blanco, que estaba sentado en la primera fila de los congregados, se puso en pie para acercarse a Centellina. Ella lo esperó con ojos relucientes.

—Tormenta Blanca —maulló Estrella Azul—. Eres un guerrero de gran destreza y experiencia. Sé que

enseñarás todo lo que sabes a esta joven aprendiza.

—Por supuesto. Bienvenida, Centellina.

Se inclinó para tocarle la nariz con la suya, y luego la escoltó al centro de la reunión.

Los otros gatos empezaron a congregarse alrededor, felicitando a los nuevos aprendices y coreando sus nuevos nombres. Cuando se disponía a unirse a ellos, Corazón de Fuego vio a Látigo Gris al fondo, al lado del túnel. Su amigo debía de haber regresado sin ser visto mientras el resto del clan estaba escuchando a Estrella Azul.

—Ya está todo arreglado —susurró Látigo Gris cuando llegó junto a él—. Si mañana hace sol, Corriente Plateada y Vaharina sacarán a Tabora del campamento a estirar un poco las patas. Se reunirán con nosotros cuando el sol esté en lo más alto.

—¿Dónde? —preguntó Corazón de Fuego, no muy seguro de querer internarse en territorio del Clan del Río dos días seguidos. Era muy peligroso dejar tantos rastros olorosos del Clan del Trueno.

—En el bosque hay un claro muy tranquilo justo al lado de la frontera, no muy lejos del puente de Dos Patas.

Corriente Plateada y yo solíamos vernos allí antes, ya sabes…

Corazón de Fuego lo comprendió. Látigo Gris estaba manteniendo su promesa de encontrarse con Corriente Plateada únicamente en los Cuatro Árboles. Sólo iban a arriesgarse por el deseo de Corazón de Fuego de averiguar lo sucedido en la batalla de las Rocas Soleadas.

—Gracias —murmuró con sinceridad.

Al acercarse al montón de carne fresca para escoger una pieza, Corazón de Fuego sintió un hormigueo de expectación por lo que pasaría al día

siguiente, cuando descubriera qué sabía Tabora sobre aquel misterio.

—Éste es el lugar —susurró Látigo Gris.

Corazón de Fuego y él se hallaban a sólo unos saltos de conejo de la frontera del Clan del Río, en su propio lado del río. El suelo daba paso a una profunda hondonada protegida por espinos. La nieve se había amontonado allí, y un pequeño arroyo —convertido ahora en carámbanos helados— había excavado un profundo canal entre dos rocas. Corazón de Fuego supuso que cuando

llegara la estación de la hoja nueva y la nieve se derritiera, aquél sería un lugar precioso y bien escondido. Los dos amigos se colaron por debajo de un arbusto de espino y revolvieron las hojas muertas para formar unos nidos cómodos donde esperar. De camino hacia allí, Corazón de Fuego había cazado un ratón que llevaba como regalo para Tabora. Lo depositó donde las hojas estaban más secas, procurando olvidar su propia hambre, y se aposentó sentándose sobre las patas. Sabía que estaba poniéndose en peligro a sí mismo y a Látigo Gris con aquella reunión, por no mencionar que estaba quebrantando

el código guerrero y mintiendo a su clan… Aun así, creía que era por el bien de éste. Pero ¡ojalá pudiese estar seguro de que el camino elegido era el correcto!

La débil luz del sol de la estación sin hojas relucía sobre la nieve de la hondonada, y el sol había alcanzado su cénit hacía rato. Corazón de Fuego empezaba a pensar que las gatas no aparecerían cuando captó olor a Clan del Río y oyó una voz fina y anciana quejándose. Procedían del río.

—Esto está demasiado lejos para mis viejos huesos. Voy a morir congelada.

—Tonterías, Tabora. Hace un día maravilloso. —Ésa era Corriente Plateada—. El ejercicio te sentará bien.

Se oyó un resoplido desdeñoso como respuesta. Aparecieron tres gatas, descendiendo por el lateral de la hondonada. La tercera era una veterana a la que Corazón de Fuego no conocía, una gata escuálida, con la piel parcheada y el hocico lleno de cicatrices y canoso por la edad.

Cuando habían descendido la mitad de la pendiente, la anciana se detuvo, olfateando el aire muy tensa.

—¡Aquí hay gatos del Clan del Trueno! —bufó.

Corazón de Fuego vio que Corriente Plateada y Vaharina intercambiaban una mirada de inquietud.

—Sí, lo sé —tranquilizó Vaharina a la veterana—. No pasa nada.

Tabora la miró con recelo.

—¿Qué quieres decir con que no pasa nada? ¿Qué están haciendo aquí?

—Sólo quieren hablar contigo —respondió Vaharina con delicadeza—. Confía en mí.

Corazón de Fuego temió que la anciana diese media vuelta y maullara para dar la alarma, pero, para su alivio, la curiosidad pudo con Tabora. Continuó andando detrás de Vaharina, sacudiendo

las patas con disgusto al hundirse en la blanda nieve.

—¿Látigo Gris? —maulló Corriente Plateada con cautela.

El guerrero gris asomó la cabeza por el arbusto.

—Estamos aquí.

Las tres gatas se abrieron paso por el espinoso refugio. Tabora se puso tensa al verse frente a Látigo Gris y Corazón de Fuego, y sus ojos amarillos llamearon con hostilidad.

—Éste es Corazón de Fuego, y éste es Látigo Gris —los presentó Corriente Plateada—. Ellos son…

—Dos enemigos —la interrumpió

Tabora—. Espero que haya una buena explicación para esto.

—La hay —aseguró Vaharina—. Son gatos decentes… al menos para ser del Clan del Trueno. Dales una oportunidad de explicarse.

Ella y Corriente Plateada miraron a Corazón de Fuego con expectación.

—Necesitamos hablar contigo —empezó el joven guerrero, sintiendo un picor nervioso en los bigotes. Empujó la pieza de caza hacia delante—. Te he traído esto.

Tabora examinó el ratón.

—Bueno, por lo menos no has olvidado los modales, seas del Clan del

Trueno o no. —Se inclinó y comenzó a mordisquear la presa, mostrando unos dientes rotos por la edad—. Está un poco correoso, pero servirá —dijo con voz aguda mientras tragaba.

Corazón de Fuego intentó buscar las palabras apropiadas.

—Quiero preguntarte sobre algo que dijo Corazón de Roble antes de morir —se atrevió al fin.

Tabora sacudió las orejas.

—He oído lo que sucedió en la batalla de las Rocas Soleadas —prosiguió el joven—. Antes de morir, Corazón de Roble le dijo a uno de nuestros guerreros que ningún gato del

Clan del Trueno debía hacerle daño jamás a Pedrizo. ¿Tú sabes por qué?

Tabora no respondió hasta que hubo tragado el último pedazo de ratón y se pasó por el hocico una lengua rosada. Luego se incorporó y enroscó la cola alrededor de las patas. Clavó una mirada cavilosa en Corazón de Fuego, hasta que éste sintió que la gata podía ver todo lo que él pensaba.

—Creo que deberíais iros —maulló Tabora por fin, dirigiéndose a las jóvenes gatas del Clan del Río—. Vamos, marchaos. Tú también —añadió, en dirección a Látigo Gris—. Hablaré con Corazón de Fuego a solas. Ya veo

que es él quien necesita saber.

Corazón de Fuego iba a protestar, pero se mordió la lengua. Si insistía en que Látigo Gris se quedara, la anciana podría negarse a hablar. Miró a su amigo, y en sus ojos amarillos vio la misma perplejidad que él sentía. ¿Qué tendría que decir Tabora que no deseaba que lo oyera nadie de su propio clan? Corazón de Fuego se estremeció, y no de frío. Su instinto le decía que allí había un secreto oscuro como ala de cuervo. Pero si era un secreto del Clan del Río, no imaginaba su relación con el Clan del Trueno.

Por las miradas que intercambiaron

Corriente Plateada y Vaharina, era evidente que ellas estaban igual de confusas, pero se dispusieron a marcharse sin protestar.

—Os esperaremos cerca del puente de Dos Patas —maulló Corriente Plateada.

—No es necesario —resopló Tabora con impaciencia—. Puede que sea vieja, pero no soy inútil. Encontraré el camino de vuelta por mí misma.

Corriente Plateada se encogió de hombros. Las dos gatas del Clan del Río se marcharon, seguidas por Látigo Gris.

Tabora permaneció en silencio hasta que el olor de los otros empezó a

difuminarse.

—Bueno —maulló—, ¿Vaharina te ha contado que soy su madre y también madre de Pedrizo?

—Sí. —El nerviosismo inicial de Corazón de Fuego se estaba evaporando, reemplazado por respeto hacia aquella antigua reina enemiga, pues percibió la sabiduría que se ocultaba debajo de su mal genio.

—Bien —gruñó la anciana—, pues no lo soy. —Al ver que el joven abría la boca para hablar, continuó—: Los crié a los dos como si fueran hijos míos, pero yo no los parí. Corazón de Roble me los trajo en mitad de la estación sin hojas,

cuando apenas tenían unos días de vida.

—¿De dónde los sacó Corazón de Roble?

Tabora entornó los ojos.

—Me dijo que los había encontrado en el bosque, como si los hubieran abandonado gatos desarraigados o Dos Patas —recordó—. Pero no soy tonta, y siempre he tenido muy buen olfato. Los cachorros olían al bosque, por supuesto, pero había otro olor por debajo. El olor del Clan del Trueno.



6

—¿Qué? —Corazón de Fuego se quedó de una pieza—. ¿Estás diciendo que Vaharina y Pedrizo proceden del Clan del Trueno?

—Sí. —Tabora se dio un par de lametones en el pecho—. Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

El joven estaba desconcertado.

—¿Corazón de Roble los robó? —preguntó.

La gata erizó el pelo y enseñó los dientes con un gruñido.

—Corazón de Roble era un guerrero noble. ¡Nunca se habría rebajado a robar cachorros!

—Lo siento. —Alarmado, el joven se agachó y bajó las orejas—. No pretendía… ¡Es que resulta tan difícil creer lo que me has contado!

Tabora sorbió por la nariz y su pelaje volvió a alisarse. Corazón de Fuego seguía intentando asimilar aquella información. Si Corazón de Roble no había robado a los cachorros, quizá

gatos proscritos se los habían llevado del campamento del Clan del Trueno… pero ¿por qué? ¿Y por qué abandonarlos tan rápidamente, cuando aún llevaban en la piel el olor de su clan?

—Entonces… si eran cachorros del Clan del Trueno, ¿por qué cuidaste de ellos? —balbuceó. ¿Qué clan aceptaría de buen grado gatitos enemigos, y en una estación en que las presas eran más escasas?

Tabora se encogió de hombros.

—Porque Corazón de Roble me lo pidió. Por aquel entonces, todavía no era lugarteniente, pero sí un guerrero apuesto y joven. Hacía poco que yo

había dado a luz, pero todos mis hijos excepto uno habían muerto por culpa del frío. Tenía leche de sobra, y aquellas desdichadas criaturitas no habrían visto un nuevo día si nadie se hubiera ocupado de ellas. Su olor a Clan del Trueno se desvaneció pronto —continuó la anciana—. Y aunque Corazón de Roble no me había contado la verdad sobre su procedencia, yo lo respetaba lo suficiente para no hacerle más preguntas. Gracias a él y a mí crecieron y se convirtieron en cachorros fuertes, y ahora son buenos guerreros… un orgullo para su clan.

—¿Vaharina y Pedrizo saben todo

eso?

—Ahora escúchame —replicó Tabora con voz áspera—, Vaharina y Pedrizo no saben nada en absoluto, y si tú les cuentas lo que acabo de contarte, te sacaré el hígado para dárselo de comer a los cuervos. Se criaron creyendo que Corazón de Roble y yo éramos sus padres.

Estiró la cabeza hacia delante, mostrando los colmillos mientras hablaba. A pesar de que era una anciana, Corazón de Fuego se acobardó.

—Ellos jamás han dudado de que soy su verdadera madre —gruñó—. Me gusta pensar que incluso se parecen un

poco a mí.

Mientras la anciana hablaba, algo se agitó en la mente de Corazón de Fuego, como el temblor de una hoja caída que traiciona al ratón que se oculta debajo. Supuso que lo que Tabora acababa de decir debía de significar algo para él; pero cuando intentó atraparlo, el pensamiento se escabulló.

—Los dos hermanos siempre han sido leales al Clan del Río —insistió Tabora—. No quiero que ahora esa lealtad quede dividida. He oído los chismes que se cuentan sobre ti, Corazón de Fuego, sé que fuiste un minino doméstico, así que tú deberías entender

mejor que nadie lo que significa tener una pata en dos lugares.

El joven sabía que nunca haría pasar a otro gato por las incertidumbres que él sufría por no pertenecer al clan al ciento por ciento.

—Te prometo que nunca se lo contaré —aseguró solemnemente—. Lo juro por el Clan Estelar.

Más relajada, la vieja gata se estiró, las patas extendidas hacia delante y las ancas en el aire.

—Acepto tu palabra, Corazón de Fuego —dijo al cabo—. No sé si esto te servirá. Pero quizá explique por qué Corazón de Roble nunca permitió que

ningún miembro del Clan del Trueno hiciera daño a Vaharina o Pedrizo. Aunque afirmaba no saber nada de su procedencia, él captó el olor del Clan del Trueno en los cachorros tan claramente como yo. Si hablamos de los hermanos, son leales al Clan del Río, pero parece que la lealtad de Corazón de Roble estaba dividida a causa de ellos.

—Te estoy muy agradecido —ronroneó Corazón de Fuego, procurando sonar respetuoso—. No sé qué significa eso en relación con lo que he de averiguar, pero de verdad pienso que es importante para nuestros clanes.

—Puede ser —maulló Tabora, y frunció el entrecejo—. Pero ahora que te lo he contado todo, debes abandonar nuestro territorio.

—Por supuesto. Ni siquiera sabréis que he estado aquí. Y Tabora… —Hizo una pausa antes de salir de entre los arbustos y sostuvo la mirada amarilla de la gata un momento—. Gracias.

La mente de Corazón de Fuego daba vueltas a toda velocidad mientras regresaba al campamento. ¡Vaharina y Pedrizo tenían sangre del Clan del Trueno! Pero ahora pertenecían al del

Río, y no tenían ni idea de su herencia dividida. «La lealtad de la sangre y la lealtad al clan no son siempre lo mismo», reflexionó. Sus propias raíces como gato doméstico no debilitaban su compromiso con el Clan del Trueno.

Y a lo mejor, ahora que Vaharina le había confirmado cómo murió Corazón de Roble, Estrella Azul estaría dispuesta a aceptar que Garra de Tigre había matado a Cola Roja. Decidió contarle también las últimas revelaciones de Tabora; tal vez Estrella Azul podría decirle si alguna vez habían robado a dos cachorros del campamento del Clan del Trueno.

Cuando Corazón de Fuego llegó al claro, se fue derecho a la Peña Alta. Al acercarse a la guarida de la líder, oyó dos voces en el interior, y captó el olor de Garra de Tigre junto al de Estrella Azul. Se pegó contra la roca, esperando quedar fuera de la vista, mientras el lugarteniente atravesaba la cortina de líquenes que cubría la entrada de la guarida.

—Llevaré una patrulla de caza hacia las Rocas Soleadas —dijo el atigrado por encima del hombro—. Hace días que nadie caza por allí.

—Buena idea —aprobó la líder saliendo tras él—. Las presas siguen

escaseando. Ojalá el Clan Estelar nos conceda que el deshielo llegue pronto.

Garra de Tigre coincidió con un gruñido y se alejó con pasos largos hacia el dormitorio de los guerreros, sin advertir que Corazón de Fuego estaba agazapado junto a la roca.

Cuando el lugarteniente desapareció, el joven se acercó a la boca de la guarida.

—Estrella Azul —la llamó cuando ella se disponía a entrar de nuevo—. Me gustaría hablar contigo.

—Muy bien —respondió la gata—. Pasa.

Corazón de Fuego la siguió al

interior de la guarida. La cortina de líquenes volvió a su lugar, bloqueando la brillante luz que reflejaba la nieve. En la penumbra, Estrella Azul se sentó frente a él.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Corazón de Fuego respiró hondo.

—¿Recuerdas la historia de Cuervo, según la cual Cola Roja mató a Corazón de Roble en la batalla de las Rocas Soleadas?

Estrella Azul se puso tensa.

—Corazón de Fuego, ese tema está zanjado —replicó con un gruñido—. Ya te lo dije: tengo razones de sobra para saber que no es cierto.

—Lo sé. —El joven inclinó la cabeza respetuosamente—. Pero he descubierto algo nuevo.

La líder aguardó en silencio. Corazón de Fuego no habría sabido decir qué pensaba.

—A Corazón de Roble no lo mató nadie, ni Cola Roja ni Garra de Tigre —explicó nerviosamente, consciente de que era demasiado tarde para cambiar de opinión—. Corazón de Roble murió por una roca que le cayó encima.

La gata frunció el entrecejo.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo… fui a ver a Cuervo de nuevo —admitió—. Después de la última

Asamblea. —Mientras hacía esa confesión, se iba preparando para la furia de su líder, pero ella permaneció tranquila.

—Así que por eso llegaste tarde —señaló.

—Tenía que averiguar la verdad —se apresuró a justificarse Corazón de Fuego—. Y…

—Espera un momento. Cuervo te contó primero que Cola Roja había matado a Corazón de Roble. ¿Es que está cambiando los hechos?

—No, no, en absoluto. Es que yo lo entendí mal. Cola Roja fue responsable en parte de la muerte de Corazón de

Roble, porque lo empujó debajo del saliente rocoso que se derrumbó sobre él. Pero no tenía intención de matarlo. Y eso justamente era lo que tú no podías creer —le recordó—: que Cola Roja hubiera matado a propósito a otro gato. Además…

—¿Sí? —Estrella Azul sonaba tan tranquila como siempre.

—He cruzado el río para hablar con una gata del Clan del Río —confesó—. Sólo para comprobar la historia. Y ella me ha contado que era cierto: Corazón de Roble murió por la caída de la roca.

Se miró las patas, preparándose para la ira de Estrella Azul por haber ido a

territorio enemigo, pero cuando volvió a levantar la vista, en los ojos de la líder sólo había un gran interés.

Lo animó a continuar con un leve movimiento de la cabeza.

—Así que sabemos con certeza que Garra de Tigre mintió sobre la muerte de Corazón de Roble —prosiguió el joven—. No lo mató él en revancha por la muerte de Cola Roja. Fue la caída de la roca. ¿No es posible que también esté mintiendo sobre la muerte de Cola Roja?

Mientras él hablaba, Estrella Azul empezó a parecer inquieta; entornó los ojos hasta que apenas se vio un destello

de azul en la penumbra de la guarida.

—Garra de Tigre es un buen lugarteniente —murmuró—. Esas acusaciones son muy graves.

—Lo sé. Pero, Estrella Azul, ¿es que no ves lo peligroso que es?

Ella hundió la cabeza en el pecho. Permaneció en silencio tanto tiempo que Corazón de Fuego se preguntó si debería marcharse, aunque ella no lo había despachado.

—Hay algo más —se atrevió a agregar—. Algo extraño sobre dos guerreros del Clan del Río.

La líder levantó la mirada e irguió las orejas. Durante un segundo, Corazón

de Fuego dudó si propagar los rumores de una anciana temperamental del Clan del Río, pero su necesidad de conocer la verdad le dio el valor para continuar.

—El gato negro me contó que, en la batalla de las Rocas Soleadas, Corazón de Roble impidió que Cola Roja atacara a un guerrero llamado Pedrizo, y dijo que ningún gato del Clan del Trueno debería hacerle daño jamás. Yo… tuve la ocasión de hablar con Tabora, una de las veteranas del Clan del Río. Ella me confesó que Corazón de Roble le había llevado a Vaharina y Pedrizo cuando no eran más que unos cachorritos. Era la estación sin hojas, y Tabora dice que los

pequeños habrían muerto si nadie se hubiera ocupado de ellos. Ella los amamantó. Y dice… dice que los dos olían al Clan del Trueno. ¿Eso podría ser cierto? ¿Alguna vez han robado cachorros de nuestro campamento?

Durante unos segundos pensó que la líder no lo había oído, tan quieta estaba. De pronto, la gata se levantó y dio unos pasos hacia él hasta quedar casi nariz con nariz.

—¿Y tú has prestado oídos a esa tontería? —siseó.

—Sólo pensé que debería…

—Esto no es lo que esperaba de ti, Corazón de Fuego —gruñó. Los ojos le

relucían como hielo y tenía el lomo erizado—. Ir a territorio enemigo a escuchar habladurías absurdas. Creer lo que te cuenta una gata del Clan del Río. Harías mejor pensando en tus obligaciones que viniendo a contarme habladurías sobre Garra de Tigre. —Lo examinó un largo rato—. Quizá Garra de Tigre tenga razón al dudar de tu lealtad.

—Yo… lo lamento —balbuceó el joven—. Pero me pareció que Tabora decía la verdad.

Estrella Azul soltó un resoplido. Todo el interés anterior se había desvanecido de sus ojos, dejándole una expresión fría y distante.

—Márchate —ordenó—. Busca algo útil que hacer… algo que se corresponda con un guerrero. Y nunca… nunca vuelvas a mencionarme esto. ¿Entendido?

—Sí, Estrella Azul. —El joven empezó a retroceder—. Pero ¿qué pasa con Garra de Tigre? Él…

—¡Márchate! —bufó la líder.

Con prisa por obedecer, Corazón de Fuego patinó en la arena de la guarida. Una vez fuera, dio media vuelta y cruzó el claro como un rayo; sólo descansó cuando había puesto varios zorros de distancia entre Estrella Azul y él. Se sentía absolutamente desconcertado. Al

principio la líder había parecido dispuesta a escucharlo, pero en cuanto mencionó a los cachorros robados del Clan del Trueno, se negó a oír nada más.

Un súbito escalofrío recorrió su cuerpo. ¿Y si Estrella Azul empezaba a preguntarse cómo había conseguido hablar con las gatas del Clan del Río? ¿Y si descubría lo de Látigo Gris y Corriente Plateada? ¿Y qué pasaba con Garra de Tigre? Durante un breve tiempo, el joven había tenido la esperanza de que Estrella Azul comprendiera lo peligroso que era el lugarteniente.

«¡Cardos y espinas! —maldijo

mentalmente—. Ahora Estrella Azul no querrá oír una palabra más contra Garra de Tigre. ¡La he pifiado!».



7

Confuso y desalentado, Corazón de Fuego se encaminó al dormitorio de los guerreros. Antes de llegar, vaciló. No le apetecía encontrarse con Garra de Tigre, y no estaba de humor para compartir lenguas con sus amigos.

En vez de eso, casi inconscientemente se dirigió al túnel de

helechos que llevaba a la guarida de Fauces Amarillas. Carbonilla apareció cojeando y casi chocó contra él. El joven cayó sentado de culo con un golpe sordo, y la gata frenó en seco, rociándolo de nieve.

—Lo siento, Corazón de Fuego —se disculpó sin aliento—. No te había visto.

El guerrero se sacudió la nieve de encima. De pronto se sintió más animado al ver a Carbonilla, con sus ojos azules centelleando juguetones y el pelo tieso en todas direcciones. Ése era el aspecto que solía tener antes del accidente, cuando era su aprendiza.

Había temido que aquella Carbonilla se hubiera esfumado para siempre.

—¿A qué se debe tanta prisa? —le preguntó.

—Voy por hierbas para Fauces Amarillas —explicó la gatita—. Como hay tantos que se han puesto enfermos con esta nieve, las reservas se están agotando. Quiero traer todo lo que pueda antes de que anochezca.

—Yo te ayudaré. —Estrella Azul le había dicho que hiciera algo útil, y ni siquiera Garra de Tigre podría poner reparos a que recolectara hierbas para la curandera.

—¡Genial! —exclamó Carbonilla

alegremente.

Así pues, cruzaron el claro en dirección al túnel de aulagas. Corazón de Fuego tenía que reducir el paso para ajustarlo al de Carbonilla, pero a ella no parecía importarle, si es que lo había notado.

Justo antes de llegar al túnel, él oyó unas agudas voces de cachorros. Se volvió hacia las ramas de un árbol caído, cerca de la guarida de los veteranos. Un grupo de cachorros había rodeado a Cola Rota, a quien habían cedido un lecho entre las ramas.

Desde que Estrella Azul le había concedido asilo, Cola Rota vivía solo

en su refugio, custodiado por guardias. Pocos gatos pasaban por allí, y los cachorros no tenían ninguna razón para estar cerca de él.

—¡Proscrito! ¡Traidor! —se mofó Pequeño Nimbo con un maullido estridente.

Corazón de Fuego vio alarmado cómo el cachorro blanco corría, le clavaba una uña en las costillas a Cola Rota y se ponía fuera de su alcance a toda prisa. Otro de los pequeños lo imitó, chillando:

—¡No puedes atraparme!

Cebrado, que estaba de guardia vigilando al gato ciego, no hizo ni

amago de ahuyentar a los cachorros. Estaba sentado a un zorro de distancia, observando la escena cómodamente, con un fulgor divertido en los ojos.

Cola Rota negó con la cabeza con frustración, pero con sus ojos inservibles y velados no podía desquitarse. El oscuro pelaje atigrado parecía deslucido y apelmazado, y su ancha cara estaba llena de cicatrices, algunas causadas por los zarpazos que le habían destrozado los ojos. Ya no quedaba ni rastro del antiguo líder arrogante y sanguinario.

Corazón de Fuego intercambió una mirada de inquietud con Carbonilla.

Sabía que muchos gatos pensaban que Cola Rota merecía sufrir, pero al ver al antiguo líder tan viejo y desvalido, no pudo evitar sentir una pizca de lástima por él. Se fue enfadando más a medida que seguían las burlas.

—Espérame —le dijo a Carbonilla, y corrió hacia el borde del claro.

Vio cómo Pequeño Nimbo saltaba sobre la cola del macho ciego y le clavaba sus afilados dientes. Cola Rota se apartó a trompicones con sus patas inestables, y alargó una zarpa en dirección al cachorro.

Al instante, Cebrado se puso en pie, bufando:

—¡Toca a ese cachorro, traidor, y te haré trizas el pellejo!

Corazón de Fuego estaba demasiado furioso para hablar. Saltó sobre Pequeño Nimbo, lo agarró del pescuezo y lo separó de Cola Rota.

Pequeño Nimbo protestó con un quejido:

—¡Suelta! ¡Me haces daño!

Corazón de Fuego lo soltó bruscamente sobre la nieve y gruñó enseñando los dientes.

—¡Marchaos a casa! —ordenó a los otros cachorros—. Vamos, a casa con vuestras madres. ¡Ahora mismo!

Los gatitos se quedaron mirándolo

con ojos de miedo, y luego echaron a correr y desaparecieron en la maternidad.

—Y en cuanto a ti… —siseó Corazón de Fuego encarándose a Pequeño Nimbo.

—Deja al crío en paz —lo interrumpió Cebrado, colocándose junto a Pequeño Nimbo—. No está haciendo nada malo.

—Tú no te metas en esto, Cebrado —gruñó Corazón de Fuego.

Cebrado lo apartó al pasar, casi derribándolo, antes de regresar con su prisionero.

—¡Minino casero! —espetó con

desprecio por encima del hombro.

Corazón de Fuego se puso en tensión. Le entraron ganas de saltar sobre Cebrado y hacerle tragar sus insultos, pero se refrenó. Aquél no era momento para que los guerreros del Clan del Trueno empezaran a pelear entre ellos. Además, tenía que ocuparse de Pequeño Nimbo.

—¿Has oído eso? —le preguntó, fulminándolo con la mirada—. ¿Lo de minino casero?

—¿Y? —refunfuñó el cachorro blanco con rebeldía—. ¿Qué es un minino casero?

Corazón de Fuego tragó saliva al

comprender que Pequeño Nimbo aún no sabía qué significaban sus orígenes para el clan.

—Bueno, un minino casero es un gato que vive con Dos Patas —empezó el joven, con tacto—. Algunos gatos de clan no creen que un gato así pueda llegar a ser un buen guerrero. Y eso me incluye a mí, porque yo, al igual que tú, nací donde viven los Dos Patas.

Mientras Corazón de Fuego hablaba, los ojos de Pequeño Nimbo se fueron dilatando cada vez más.

—¿Qué quieres decir? —maulló—. ¡Yo nací aquí!

Corazón de Fuego se quedó

mirándolo fijamente.

—No, no es así —replicó—. Tu madre es mi hermana Princesa. Ella vive en una casa de Dos Patas. Te entregó al clan cuando eras muy chiquitín, para que pudieras ser guerrero.

Durante unos momentos, Pequeño Nimbo permaneció inmóvil, como si fuera un cachorro de hielo y nieve.

—¿Por qué no me lo habías contado? —quiso saber.

—Lo lamento. Yo… creía que lo sabías. Creía que Pecas te lo habría dicho.

Pequeño Nimbo retrocedió un par de colas. La conmoción de sus ojos azules

fue reemplazada poco a poco por un frío entendimiento.

—Así que por eso me odian los otros gatos —bufó—. Creen que nunca haré nada bueno porque no nací en ésta porquería de bosque. ¡Qué estupidez!

Corazón de Fuego procuró tranquilizarlo. No pudo evitar recordar lo emocionada que estaba Princesa cuando entregó su hijo al clan, y cómo él le había prometido que Pequeño Nimbo tendría por delante una vida maravillosa. Ahora estaba obligando a Pequeño Nimbo a pensar en su pasado, y en las dificultades que lo esperaban antes de ser aceptado por el clan. ¿Y si

el cachorro empezaba a creer que Corazón de Fuego y Princesa habían tomado una decisión equivocada? Suspiró.

—Quizá sea una estupidez, pero así es como es —le dijo—. Yo debería saberlo. Mira, los guerreros como Cebrado opinan que ser un gato doméstico es algo malo. Pero sólo significa que tenemos que esforzarnos el doble para demostrarles que la sangre de gato casero no es algo vergonzoso.

Pequeño Nimbo se irguió.

—¡No me importa! —exclamó—. Voy a ser el mejor guerrero del clan. Pelearé con cualquier gato que diga lo

contrario. Seré lo bastante valiente como para matar proscritos como el viejo Cola Rota.

Corazón de Fuego sintió alivio al ver que el temple de Pequeño Nimbo estaba superando la impresión de su descubrimiento. Pero no estaba seguro de que el cachorro comprendiera realmente el significado del código guerrero.

—Ser guerrero es algo más que matar —advirtió a Pequeño Nimbo—. Un verdadero guerrero, el mejor guerrero, no es cruel ni mezquino. No araña a un enemigo indefenso. ¿Qué tiene eso de honorable?

Pequeño Nimbo bajó la cabeza. Corazón de Fuego esperaba haber dicho lo apropiado. Al buscar a Carbonilla con la mirada, vio que la joven se había acercado a Cola Rota y estaba examinando donde el cachorro le había mordido la cola.

—No hay heridas —informó la gata al macho ciego.

Cola Rota estaba agachado muy quieto, con los destrozados ojos fijos en sus patas, y no respondió. De mala gana, Corazón de Fuego se le acercó y lo obligó a levantarse con unos suaves empujoncitos.

—Vamos —maulló—. Te

acompañaré a tu guarida.

Cola Rota se volvió en silencio, y dejó que Corazón de Fuego lo guiara de vuelta al hueco lleno de hojas que había debajo de las ramas resecas. Cebrado los miró pasar con una desdeñosa sacudida de la cola.

—Muy bien, Carbonilla —dijo Corazón de Fuego cuando Cola Rota estuvo instalado—. Vayamos a buscar esas hierbas.

—¿Adónde vais? —intervino Pequeño Nimbo, saltando hacia ellos con toda su energía recuperada—. ¿Puedo acompañaros?

Al ver que Corazón de Fuego

dudaba, Carbonilla maulló:

—Oh, déjalo venir. Sólo se mete en problemas porque se aburre. Y nos vendría bien un poco más de ayuda.

Los ojos del pequeño brillaron de alegría, y de su garganta brotó un sonoro ronroneo, un ruido tremendo para proceder de un cuerpo tan diminuto y peludo.

Cojeando resueltamente, Carbonilla abrió la marcha por el barranco hasta la hondonada donde los aprendices realizaban sus sesiones de entrenamiento. El sol ya estaba empezando a descender y proyectaba largas sombras azuladas sobre la nieve.

Pequeño Nimbo se puso a corretear delante de ellos, metiendo la nariz en los agujeros de las rocas y acechando a presas imaginarias.

—¿Cómo vamos a encontrar hierbas con el suelo cubierto de nieve? —preguntó Corazón de Fuego—. ¿No estará todo congelado?

—Todavía habrá bayas —repuso la gata—. Fauces Amarillas me ha pedido que busque enebro, que es bueno para la tos y el dolor de barriga, y retama para hacer cataplasmas para las patas rotas y las heridas. Oh, y corteza de aliso para el dolor de muelas.

—¡Bayas! —Pequeño Nimbo patinó

de lado hacia ellos—. ¡Te encontraré montones! —Y salió disparado hacia un macizo de arbustos que crecían en la ladera de la hondonada.

Carbonilla agitó la cola divertida.

—Tiene mucho entusiasmo —señaló —. Cuando sea aprendiz, aprenderá deprisa.

Corazón de Fuego hizo un sonido gutural evasivo. La energía de Pequeño Nimbo le recordaba a Carbonilla cuando la nombraron su aprendiza. Sólo que Carbonilla jamás se habría burlado de un gato desvalido como el ciego Cola Rota.

—Bueno, si se convierte en mi

aprendiz, será mejor que empiece a escuchar lo que le digo —masculló.

—¿Ah, sí? —Carbonilla le lanzó una mirada juguetona—. Eres un mentor de lo más duro… ¡Todos tus aprendices temblarán de patas a cabeza!

Corazón de Fuego vio sus ojos risueños y empezó a relajarse. Como de costumbre, estar con Carbonilla le levantaba el ánimo. Dejaría de preocuparse por Pequeño Nimbo y se dedicaría a la tarea que habían ido a hacer.

—¡Carbonilla! —llamó Pequeño Nimbo desde un extremo de la hondonada—. Aquí hay bayas… ¡Ven a

echarles un vistazo!

Corazón de Fuego volvió la cabeza y vio al cachorro blanco debajo de un pequeño arbusto de hojas oscuras que asomaba entre dos rocas. En los tallos crecían bayas de un vivo escarlata.

—Parecen sabrosas —maulló Pequeño Nimbo mientras los otros dos se acercaban. Abrió las fauces para tomar un buen bocado.

En ese instante, Carbonilla soltó un grito ahogado. Para sorpresa de Corazón de Fuego, salió corriendo, impulsándose sobre la nieve todo lo deprisa que podía con su pata herida.

—¡No, Pequeño Nimbo! —aulló.

Se abalanzó sobre el cachorro, al que derribó. Pequeño Nimbo chilló de la impresión y los dos gatos se revolcaron por el suelo. Corazón de Fuego corrió hacia ellos, temiendo que Pequeño Nimbo hiciese daño a la lesionada Carbonilla, pero cuando los alcanzó, ella se quitó al cachorro de encima y se incorporó jadeando.

—¿Has tocado alguna? —exigió saber.

—N… no —tartamudeó Pequeño Nimbo, confundido—. Sólo estaba…

—Mira. —Carbonilla lo empujó hasta que quedó apenas a un ratón del arbusto. Corazón de Fuego nunca la

había oído hablar con tanta vehemencia —. Mira pero no toques. Esto es tejo. Las bayas son tan venenosas que las llaman bayas mortales. Una sola podría matarte.

Los ojos de Pequeño Nimbo se habían puesto tan redondos como la luna llena. Mudo por una vez, miró horrorizado a Carbonilla.

—De acuerdo —maulló ella más delicadamente, dándole dos lametones en el omóplato para reconfortarlo—. Esta vez no ha ocurrido. Pero míralo bien ahora, para que no vuelvas a equivocarte. Y jamás… escúchame bien, jamás comas nada si no sabes qué es.

—Sí, Carbonilla —prometió Pequeño Nimbo.

—Ahora sigue buscando bayas. —La gata le dio un empujoncito para que se pusiera en pie—. Y llámame en cuanto encuentres algo.

El cachorro se alejó, mirando por encima del hombro de vez en cuando. Corazón de Fuego no recordaba haberlo visto nunca tan manso. Con lo atrevido que era, se había llevado un auténtico susto.

—Menos mal que estabas aquí, Carbonilla —maulló, con una punzada de culpabilidad por no saber lo suficiente para advertir a Pequeño

Nimbo—. Has aprendido muchas cosas de Fauces Amarillas.

—Es una buena maestra —contestó ella.

Se sacudió varios copos de nieve y echó a andar por la hondonada detrás del cachorro. Corazón de Fuego caminó a su lado, aminorando de nuevo el paso para ajustarlo al de ella.

Esta vez, Carbonilla se dio cuenta.

—¿Sabes? La pata ya se me ha curado todo lo que puede curarse —maulló quedamente—. Me dará mucha pena dejar la guarida de Fauces Amarillas, pero no puedo quedarme allí para siempre. —Se volvió hacia

Corazón de Fuego. En sus ojos ya no se veía ni rastro de alegría traviesa; en vez de eso, en sus profundidades azules sólo había dolor e incertidumbre—. No sé qué voy a hacer.

El joven guerrero restregó su cara contra la de ella para consolarla un poco.

—Estrella Azul lo sabrá.

—Tal vez. —Carbonilla se encogió de hombros—. Desde que no era más que una cachorrita, quería ser como Estrella Azul. Ella es tan noble… y ha dedicado toda su vida al clan. Pero, Corazón de Fuego, ¿qué puedo dar yo ahora?

—No lo sé —admitió él.

La vida de un gato podía seguirse claramente a través del clan, de cachorro a aprendiz y de ahí a guerrero, o a reina las hembras; y luego, a una edad honorable, retirado, entre los veteranos. Corazón de Fuego no tenía ni idea de qué ocurría con quien quedaba demasiado malherido para la vida guerrera, para las largas patrullas, la caza y la lucha que se exigía a los guerreros. Incluso las reinas que cuidaban de los cachorros en la maternidad habían sido guerreras, y poseían habilidades que les permitían alimentar y defender a sus pequeños.

Carbonilla era valerosa e inteligente, y antes de su accidente había mostrado una energía inagotable y su compromiso con el clan. Todo eso no podía acabar en saco roto. «Esto es culpa de Garra de Tigre —pensó Corazón de Fuego sombríamente—. Él dejó el rastro que produjo el accidente».

—Deberías hablar con Estrella Azul —sugirió—. Pregúntale qué opina.

—Quizá lo haga. —Su amiga se encogió de hombros.

—¡Carbonilla! —Un estridente maullido de Pequeño Nimbo los interrumpió—. ¡Ven a ver lo que he encontrado!

—¡Ya voy, Pequeño Nimbo! —La gata avanzó cojeando, y añadió humorísticamente para Corazón de Fuego—: A lo mejor esta vez es belladona.

Él la vio marcharse. Esperaba que Estrella Azul hallase una manera de dar a la gata una vida provechosa dentro del clan. Su antigua aprendiza tenía razón: Estrella Azul era una gran líder, y no sólo en combate. Realmente se preocupaba por todos sus gatos.

Pensando en eso, Corazón de Fuego se sintió aún más confuso al recordar la reacción de Estrella Azul ante el relato de Tabora. ¿Por qué había reaccionado

de una forma tan extraña cuando él le contó que dos guerreros del Clan del Río habían nacido en el del Trueno? La historia la había indignado tanto como para darle la espalda al peligro que suponía Garra de Tigre.

Negó con la cabeza mientras seguía lentamente a Carbonilla. Alrededor de aquellos gatos había un secreto enterrado muy hondo, y él empezaba a sentir que quizá estuviera lejos de su alcance entenderlo alguna vez.



8

Corazón de Fuego estaba en la maternidad, viendo cómo mamaba una camada de gatitos. Durante un momento lo embargó la emoción de ver a las diminutas criaturas que serían el futuro del clan.

De pronto, algo se agitó en su mente. En el Clan del Trueno no había

cachorros tan pequeños. ¿De dónde habían salido? Deslizó la vista por los gatitos hasta su madre, y no vio nada más que un pelaje gris plateado. La reina no tenía rostro.

Corazón de Fuego ahogó un grito de espanto. Mientras la miraba, la silueta gris de la reina empezó a desvanecerse hasta que no quedó nada más que oscuridad. Los cachorros se revolvieron con grititos de terror y pérdida. Se levantó un viento cortante que se llevó los cálidos aromas de la maternidad. Corazón de Fuego se puso en pie e intentó seguir los sonidos de los desamparados cachorros, perdidos en la

ventosa oscuridad.

—¡No puedo encontraros! —aulló—. ¿Dónde estáis?

Apareció una luz, suave y dorada. Corazón de Fuego vio a otra gata sentada delante de él con los cachorritos refugiados entre sus patas. Era Jaspeada.

Abrió la boca para hablar con ella, y vio cómo la gata le dedicaba una mirada de infinita bondad antes de que la imagen se esfumara. Al instante Corazón de Fuego se encontró pataleando en su lecho musgoso del dormitorio de los guerreros.

—¿Tienes que armar tanto jaleo? —protestó Manto Polvoroso—. Aquí no

hay manera de pegar ojo.

Corazón de Fuego se incorporó.

—Lo siento —musitó.

No pudo evitar mirar hacia el centro de la guarida, donde dormía Garra de Tigre, quien se había quejado otras veces del ruido que hacía Corazón de Fuego al soñar.

Para su alivio, el lugarteniente no estaba allí. Por la luz que se filtraba a través de las ramas, supo que el sol ya brillaba por encima de los árboles. Se lavó rápidamente, procurando que Manto Polvoroso no notara cuánto lo había sobresaltado el sueño: cachorros solos y asustados… cuya madre se

desvanecía. ¿Sería aquello una profecía? Y si lo era, ¿qué significaba? En esos momentos, en el clan no había cachorros de tan corta edad. ¿O se refería a los antiguos cachorros del Clan del Trueno… Vaharina y Pedrizo? ¿Su verdadera madre habría desaparecido?

Mientras estaba lavándose, Manto Polvoroso le lanzó una última mirada asesina y salió de la guarida, dejándolo solo, excepto por Rabo Largo y Viento Veloz, que dormían en su sitio habitual.

No había ni rastro de Látigo Gris, y su cama estaba fría, como si llevara fuera desde el amanecer. «Se ha escapado para reunirse con Corriente

Plateada», supuso Corazón de Fuego. Intentaba comprender la fuerza del sentimiento de su amigo, pero no podía dejar de preocuparse y de añorar los viejos días sin complicaciones en que eran aprendices. Asomó la cabeza entre las ramas y vio el campamento cubierto de nieve, brillando al frío sol invernal. Todavía no había ni un indicio del deshielo.

Junto a la extensión de ortigas, Tormenta de Arena estaba inclinada sobre una pieza de carne fresca.

—Buenos días —saludó la gata alegremente—. Si quieres comer, será mejor que te des prisa, mientras todavía

queda algo.

El joven se dio cuenta de que le dolía la barriga de hambre. Tenía la impresión de no haber comido desde hacía una luna. Se acercó al montón de carne fresca y vio que Tormenta de Arena tenía razón. Sólo quedaban un par de piezas. Escogió un estornino y regresó junto a las ortigas para comer con Tormenta de Arena.

—Hoy tendremos que salir a cazar —maulló entre mordiscos.

—Tormenta Blanca y Musaraña ya se han marchado con sus nuevos aprendices —le contó Tormenta de Arena—. ¡Centellina y Espino estaban

de lo más ansiosos!

Corazón de Fuego se preguntó si Látigo Gris se habría ido también con su aprendiz, pero al cabo de un momento Fronde salió solo de la guarida de los aprendices. El atigrado marrón claro miró alrededor antes de acercarse a Corazón de Fuego.

—¿Has visto a Látigo Gris? —preguntó.

—No —respondió el joven guerrero encogiéndose de hombros—. Cuando me he despertado, ya se había ido.

—Nunca está aquí —maulló Fronde apenado—. Si esto sigue así, Zarpa Rauda será guerrero antes que yo… y

Centellina y Espino también.

—Tonterías —replicó Corazón de Fuego. De pronto sintió rabia hacia Látigo Gris y su obsesión por la gata del Clan del Río. Ningún guerrero tenía derecho a descuidar a su aprendiz de aquella manera—. Lo estás haciendo muy bien, Fronde. Si quieres, puedes salir a cazar conmigo.

—Gracias —ronroneó Fronde, alegrándose.

—Yo también iré —se ofreció Tormenta de Arena tras engullir el último bocado de su comida y relamerse el hocico.

La gata abrió la marcha y se

encaminaron al túnel de aulagas.

—Dime, Fronde —maulló Corazón de Fuego cuando alcanzaron el borde de la hondonada de entrenamiento—, ¿cuál es un buen lugar para buscar presas?

—Debajo de los árboles —contestó el aprendiz, señalando con la cola—. Ahí es donde los ratones y ardillas buscan semillas y bellotas.

—Muy bien. Veamos si tienes razón.

Fueron rodeando la hondonada. De camino se cruzaron con Pecas, que observaba tiernamente cómo sus cachorros correteaban por la nieve.

—Necesitaban estirar las patas —explicó la reina—. Toda esta nieve los

tenía muy intranquilos.

Pequeño Nimbo estaba sentado debajo del tejo con un par de sus compañeros de camada, explicándoles muy rimbombante que aquellas bayas eran mortales y que nunca, jamás, debían comerlas. Divertido por la seriedad del cachorro, Corazón de Fuego saludó con un maullido al pasar.

Bajo los árboles que había en lo alto de la hondonada, la nieve no era tan espesa, entre el blanco asomaban retazos de tierra marrón. Mientras avanzaban sigilosamente, Corazón de Fuego oyó el sonido de unas patas diminutas y olió a ratón.

Automáticamente adoptó la posición de acecho, agazapándose y apoyando apenas el peso sobre las patas para no alertar a su presa. El ratón, ajeno al peligro, estaba de espaldas a Corazón de Fuego, mordisqueando una semilla. El gato saltó cuando estaba a una cola de distancia, y regresó triunfalmente junto a sus amigos con la pieza entre los dientes.

—¡Buena captura! —exclamó Tormenta de Arena.

Corazón de Fuego la cubrió con tierra para recuperarla más tarde.

—La próxima es tuya, Fronde —maulló.

El aprendiz levantó la cabeza muy orgulloso y empezó a avanzar lentamente, mirando en todas direcciones. Corazón de Fuego vio un mirlo al pie de un acebo picoteando entre las bayas, pero esta vez se contuvo.

Fronde descubrió al pájaro casi al mismo tiempo. Con cautela, paso a paso, se fue acercando en silencio. Balanceó las ancas mientras se preparaba para atacar. Corazón de Fuego pensó que estaba esperando demasiado. El mirlo lo percibió y echó a volar, pero Fronde se lanzó tras él con un potente salto y lo atrapó en el aire.

Con una pata sobre su presa, el aprendiz se volvió hacia Corazón de Fuego.

—No he calculado muy bien —reconoció—. He esperado demasiado tiempo, ¿verdad?

—Tal vez. Pero no te deprimas. Lo has atrapado, y eso es lo que cuenta.

—Cuando vuelvas al campamento, puedes llevárselo a los veteranos —intervino Tormenta de Arena.

Fronde se animó.

—Sí, yo… —empezó.

Lo interrumpió un chillido aterrorizado que procedía de la hondonada.

Corazón de Fuego giró sobre sí mismo.

—¡Parece un cachorro!

Seguido de Tormenta de Arena y Fronde, corrió hacia el sonido. Al salir de entre los árboles a lo alto de la hondonada, miró hacia abajo.

—¡Por el Clan Estelar! —exclamó Tormenta de Arena con un grito ahogado.

Justo debajo de ellos se erguía un voluminoso animal blanco y negro. Corazón de Fuego captó el olor pestilente de un tejón. Nunca había visto uno en campo abierto, aunque los había oído a menudo rebuscando ruidosamente

entre los arbustos. Con una pata de garras ganchudas, estaba hurgando en un hueco entre dos rocas, donde se encontraba Pequeño Nimbo, encogido.

—¡Corazón de Fuego! —aulló el cachorro—. ¡Ayúdame!

El joven guerrero sintió que se le erizaba hasta el último pelo del cuerpo. Se abalanzó a la hondonada dispuesto a atacar. Apenas advirtió que Tormenta de Arena y Fronde iban tras él. Clavó las zarpas en el costado de la enorme bestia, que se volvió con un rugido, lanzando una dentellada al aire. El tejón era rápido; podría haber atrapado a Corazón de Fuego si Fronde no hubiera

saltado por un lado, distrayéndolo.

El tejón volvió la cabeza hacia Tormenta de Arena, que le había hundido los dientes en una pata trasera. Entonces, pataleando con fuerza, se libró de la gata, que rodó por la nieve.

Corazón de Fuego lanzó un nuevo zarpazo al costado del animal. Gotas de sangre cayeron en la nieve. El tejón gruñó retrocediendo, y cuando Tormenta de Arena se levantó y avanzó bufando, el animal dio media vuelta y comenzó a ascender la ladera pesadamente.

Corazón de Fuego fue junto a Pequeño Nimbo.

—¿Estás herido?

El cachorro salió despacio de la grieta rocosa, temblando incontrolablemente.

—N… no.

Corazón de Fuego sintió alivio.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Pecas?

—No lo sé. Estábamos jugando, y de pronto ya no veía a nadie. He pensado ir a buscarte, y entonces ha aparecido el tejón… —Soltó un maullido aterrorizado, y se agachó con la cabeza entre las patas.

El guerrero se disponía a consolarlo dándole unos lametones cuando Tormenta de Arena lo llamó.

—Corazón de Fuego, mira.

Se volvió y advirtió que Fronde estaba echado en el suelo, sangrando por una pata.

—No es nada —gruñó el aprendiz, tratando de levantarse valerosamente.

—No te muevas mientras echamos un vistazo —ordenó Tormenta de Arena.

Corazón de Fuego se acercó y examinó la herida. Para su alivio, era un corte largo pero no profundo, y ya casi no sangraba.

—Has tenido suerte, gracias al Clan Estelar —maulló—. Y me has salvado de un tremendo mordisco. Lo que has hecho es muy valiente, Fronde.

Los ojos del aprendiz brillaron al oír el elogio del guerrero.

—En realidad no he sido valiente —repuso con voz temblorosa—. No he tenido tiempo de pensar.

—Un guerrero no lo habría hecho mejor —le aseguró Tormenta de Arena—. Pero ¿qué estaba haciendo un tejón a plena luz del día? Siempre cazan por la noche.

—Tendría hambre, como nosotros —observó Corazón de Fuego—. Si no, no se explica que haya atacado a algo tan grande como Pequeño Nimbo. —Se volvió de nuevo hacia el cachorro y le dio un suave empujoncito para que se

levantara—. Arriba, vamos a llevarte al campamento.

Tormenta de Arena ayudó a Fronde a ponerse en pie, y caminó a su lado mientras él cojeaba hasta lo alto de la hondonada y hacia el barranco. Corazón de Fuego los siguió con Pequeño Nimbo pegado a él.

Cuando alcanzaron el barranco, Pecas salió como un rayo del campamento, llamando a Pequeño Nimbo loca de inquietud. Otros gatos la siguieron, atraídos por sus maullidos de pánico. Corazón de Fuego reparó en Viento Veloz y Manto Polvoroso; luego se le hizo un nudo en el estómago al ver

que Garra de Tigre los seguía por el túnel.

Pecas corrió hacia Pequeño Nimbo y lo cubrió de lametones angustiados.

—¿Dónde estabas? —lo regañó—. ¡He estado buscándote por todas partes! No deberías escaparte de esa manera.

—¡No lo he hecho! —protestó Pequeño Nimbo.

—¿Qué ocurre aquí? —Garra de Tigre se abrió paso hasta ellos.

Corazón de Fuego se lo explicó, mientras Pecas seguía alisando el pelo alborotado de Pequeño Nimbo.

—Al final hemos ahuyentado al tejón —le contó al lugarteniente—. Fronde ha

sido muy valiente.

Mientras hablaba, Garra de Tigre lo observaba con sus feroces ojos ámbar, pero Corazón de Fuego mantuvo la cabeza bien alta; esta vez no tenía ninguna razón para sentirse culpable.

—Será mejor que vayas a ver a Fauces Amarillas para que te examine esa pata —le dijo el lugarteniente a Fronde—. Y en cuanto a ti… —Se volvió para plantarse amenazadoramente ante Pequeño Nimbo—. ¿En qué estabas pensando, poniéndote en peligro de esa manera? ¿Crees que los guerreros no tienen nada mejor que hacer que rescatarte?

Pequeño Nimbo agachó las orejas.

—Lo lamento, Garra de Tigre. No pretendía ponerme en peligro.

—¡No lo pretendías! ¿Es que nadie te ha enseñado nada mejor que a deambular por ahí?

—Sólo es un cachorro —protestó Pecas serenamente, mirando al lugarteniente con sus dulces ojos verdes.

Garra de Tigre enseñó los colmillos con un gruñido.

—Ha causado más problemas él solo que todos los demás cachorros juntos. Ya es hora de que aprenda una lección. Para variar, puede hacer un poco de trabajo auténtico.

Corazón de Fuego abrió la boca para protestar. Por una vez, Pequeño Nimbo no tenía intención de causar problemas; el susto que se había llevado era castigo más que suficiente por separarse de Pecas.

Pero Garra de Tigre prosiguió:

—Puedes ir a cuidar a los veteranos —ordenó a Pequeño Nimbo—. Retira la parte sucia de sus lechos y recoge musgo limpio. Asegúrate de que tienen bastante carne fresca, y examínalos en busca de garrapatas.

—¡Garrapatas! —exclamó Pequeño Nimbo, perdiendo el último rastro de miedo por la indignación—. ¡No pienso

hacer eso! ¿Por qué no se buscan ellos sus propias garrapatas?

—Porque son veteranos —siseó Garra de Tigre—. Debes comprender mejor las costumbres del clan, si es que quieres convertirte en aprendiz algún día. —Fulminó con la mirada al cachorro—. Vamos. Y no dejes esa tarea hasta que yo te lo diga.

Pequeño Nimbo pareció a punto de rebelarse, pero ni siquiera él desafiaría dos veces a Garra de Tigre. Clavó en el lugarteniente sus ardientes ojos azules y corrió hacia el túnel. Pecas soltó un maullido apenado y lo siguió.

—Siempre he dicho que traer

mininos caseros al clan era una mala idea —gruñó Garra de Tigre a Manto Polvoroso, pero mirando ferozmente a Corazón de Fuego, como retándolo a que protestara.

El joven guerrero miró hacia otro lado.

—Vamos, Fronde —maulló, tragándose la rabia. No tenía sentido meterse en una pelea—. Te llevaré a la guarida de Fauces Amarillas.

—Yo volveré a ver si encuentro nuestras presas —se ofreció Tormenta de Arena—. ¡No queremos que se las quede ese tejón! —añadió, comenzando a ascender el barranco.

Corazón de Fuego le dio las gracias y se encaminó al campamento con Fronde. El aprendiz cojeaba ostensiblemente y parecía cansado.

Al acercarse al túnel de aulagas, a Corazón de Fuego lo sorprendió ver aparecer a Cola Rota con Fauces Amarillas al lado. Los seguían dos guardias, Rabo Largo y Cebrado.

—Debemos de estar locos al sacarlo así como así —refunfuñó Cola Larga—. ¿Y si sale huyendo?

—¿Huyendo? —repitió Fauces Amarillas con voz ronca—. Supongo que también crees que los erizos pueden volar, ¿no? No va a huir a ninguna parte,

estúpida bola de pelo.

La curandera retiró la nieve de una piedra lisa y guió a Cola Rota hasta allí. Él se sentó con la cara ciega levantada al sol y olfateó el aire.

—Hace un bonito día —murmuró Fauces Amarillas, enroscando su escuálido cuerpo gris junto al de Cola Rota. Corazón de Fuego jamás había oído a la curandera hablar con tanta amabilidad—. La nieve se derretirá pronto y después llegará la estación de la hoja nueva. Las presas serán abundantes y rollizas. Entonces seguro que te sentirás mejor.

Al oírla, Corazón de Fuego recordó

lo que nadie más sabía: que Fauces Amarillas era la madre de Cola Rota. Ni siquiera éste lo sabía, y tampoco daba señales de haber oído las amables palabras de la curandera. Corazón de Fuego se estremeció por el dolor que había en los ojos de la vieja gata. Se había visto obligada a renunciar a Cola Rota porque a las curanderas les estaba prohibido tener hijos. Y más tarde lo dejó ciego para salvar a su clan de adopción del ataque de gatos proscritos.

Pero todavía seguía queriéndolo, aunque, para él, ella no significaba más que cualquier otro gato del Clan del Trueno. Corazón de Fuego habría

maullado de compasión por la curandera.

—Tengo que contarle esto a Garra de Tigre —maulló Cebrado, situándose al pie de la roca en que estaban ambos gatos—. Él no ha dado orden de que el prisionero abandone el campamento.

Acercándose, Corazón de Fuego pegó el hocico a la cara de Cebrado.

—La última vez que miré, Estrella Azul era la líder del clan —bufó—. ¿Y a quién crees que va a escuchar? ¿A ti o a la curandera?

Cebrado se irguió sobre las patas traseras, mostrando los colmillos. Corazón de Fuego oyó cómo Fronde

bufaba alarmado a sus espaldas. Se puso en tensión, preparándose para el ataque del guerrero, pero Fauces Amarillas los interrumpió con un furioso gruñido.

—¡Dejaos ya de tonterías! ¿Qué le ha pasado a Fronde? —Asomó por el borde de la roca su rostro achatado, fruncido de preocupación.

—Lo ha atacado un tejón —explicó Corazón de Fuego, y lanzó una última mirada asesina a Cebrado.

La vieja curandera bajó de un salto con el cuerpo entumecido y examinó la pata del aprendiz, olfateando la herida.

—Sobrevivirás —rezongó—. Ve a mi guarida. Carbonilla está allí. Ella te

dará unas hierbas para que te las apliques sobre el corte.

—Gracias, Fauces Amarillas —maulló Fronde, y se marchó cojeando.

Corazón de Fuego lo siguió, pero antes de entrar en el túnel de aulagas volvió la vista atrás. Fauces Amarillas había subido de nuevo a la roca y se había sentado apretando su costado contra Cola Rota, al que lamía suavemente. El joven guerrero oyó el sonido de su áspera lengua, el mismo que hacía una reina con sus cachorritos.

Pero Cola Rota permanecía tan impasible como siempre. Ni siquiera se volvió hacia la gata para compartir

lenguas con ella.

Entristecido, Corazón de Fuego entró en el túnel. Había pocos lazos más fuertes que el de una madre y sus hijos. Era evidente que Fauces Amarillas todavía sentía ese vínculo, incluso después de todo el dolor que había causado Cola Rota: el asesinato de su propio padre, la destrucción de su propio clan con su liderazgo sanguinario, el ataque al Clan del Trueno con una banda de gatos proscritos. Pero, para una parte del cerebro de Fauces Amarillas, él seguía siendo su cachorrito.

Entonces, Corazón de Fuego se

preguntó cómo era posible que hubiesen separado a Vaharina y Pedrizo de su madre. ¿Por qué Corazón de Roble los había llevado al Clan del Río? Y, por encima de todo, ¿por qué los gatos del Clan del Trueno no habían intentado buscarlos?



9

En la guarida de Fauces Amarillas, Corazón de Fuego explicó lo ocurrido mientras Carbonilla examinaba el corte de la pata de Fronde y le llevaba una cataplasma para la herida.

—Será mejor que descanses esta noche —le aconsejó la gata a su hermano—. Descuida, la pata estará

como nueva en un día o dos. —Hablaba alegremente, sin amargura porque su propia pata no fuera a curarse nunca del todo. Volviéndose hacia Corazón de Fuego, añadió—: Acaba de venir Pequeño Nimbo. Me ha dicho que debía comprobar si los veteranos tenían garrapatas, así que le he dado un poco de bilis de ratón.

—¿Para qué sirve? —preguntó Fronde.

—Si lo aplicas sobre las garrapatas, se sueltan —contestó Carbonilla. Sus ojos azules brillaron de risa—. Pero luego no te chupes las patas. Tiene un sabor asqueroso.

—Seguro que Pequeño Nimbo disfruta haciéndolo —repuso Corazón de Fuego con una mueca—. Es una lástima que Garra de Tigre lo haya castigado, porque no creo que haya sido culpa suya que el tejón lo atacara.

Carbonilla se encogió de hombros.

—A Garra de Tigre no puedes llevarle la contraria.

—Eso es cierto. De todos modos, creo que iré a ver si Pequeño Nimbo está bien.

En cuanto puso una pata en la guarida de los veteranos, el hedor de la bilis de ratón le hizo arrugar la nariz. Orejitas estaba tumbado de lado

mientras Pequeño Nimbo examinaba su pelaje en busca de garrapatas. El veterano dio una sacudida cuando el cachorro aplicó un poco de bilis de ratón en su pata trasera.

—¡Ten cuidado, jovencito! Mantén las uñas envainadas.

—Están envainadas —masculló Pequeño Nimbo, retorciendo la cara de asco—. Ya está, la tengo. Hemos terminado, Orejitas.

Cola Moteada, que estaba observando la escena atentamente, se volvió hacia Corazón de Fuego.

—Tu familiar es muy eficiente —dijo con voz cascada—. No, Pequeño

Nimbo —añadió, al ver que el cachorro se le acercaba con el musgo empapado en bilis—. Estoy segura de que no tengo garrapatas. Y yo en tu lugar no despertaría a Tuerta. —Señaló hacia donde dormía la anciana, enroscada junto al tronco del árbol caído—. No te agradecerá que la molestes.

Pequeño Nimbo miró alrededor. Allí no había ningún veterano más.

—Entonces, ¿puedo irme? —preguntó.

—Puedes ocuparte de Tuerta más tarde —respondió Corazón de Fuego—. Mientras tanto, será mejor que saques de aquí el relleno usado de los lechos.

Vamos. Te ayudaré.

—¡Y asegúrate de que el musgo nuevo esté seco! —gruñó Orejitas.

Juntos, Corazón de Fuego y Pequeño Nimbo rastrillaron el musgo y el brezo viejo, e hicieron varios viajes para sacarlo todo del campamento. El joven enseñó al cachorro a lavarse la bilis de ratón de las patas frotándolas en la nieve.

—Ahora iremos a buscar musgo limpio —maulló—. Conozco un buen lugar.

—Estoy cansado —se quejó Pequeño Nimbo, a la zaga de Corazón de Fuego—. No quiero hacer esto.

—Bueno, qué lástima, pues tienes que hacerlo —replicó el joven guerrero—. Alegra esa cara; podría ser peor. ¿Te he contado que cuando era aprendiz tuve que cuidar de Fauces Amarillas yo solo?

—¡Fauces Amarillas! —A Pequeño Nimbo se le dilataron los ojos—. Uf, ¡seguro que es una gruñona! ¿Te arañó?

—Sólo con la lengua. ¡Y la tiene bastante afilada!

Pequeño Nimbo soltó un ronroneo de risa. Para alivio de Corazón de Fuego, dejó de quejarse. Cuando llegaron a la extensión de musgo espeso, el cachorro cumplió con su parte de arrancarlo de entre la nieve, e imitó a

Corazón de Fuego cuando le mostró cómo sacudirle casi toda la humedad.

De regreso al campamento, con la boca llena de musgo, vio un gato que salía sigilosamente del túnel de aulagas y subía por el barranco. El enorme cuerpo y el pelaje rayado resultaban inconfundibles. Se trataba de Garra de Tigre.

Corazón de Fuego entornó los ojos. El lugarteniente se había mostrado casi furtivo: había salido del túnel después de mirar alrededor, y había desaparecido en lo alto del barranco lo más deprisa posible. Corazón de Fuego se sintió intranquilo. Algo no iba bien.

—Pequeño Nimbo —maulló, dejando su carga en el suelo—, lleva tu parte de musgo a los veteranos y luego regresa por la mía. Hay algo que debo hacer.

Pequeño Nimbo respondió afirmativamente y continuó hacia el túnel. Corazón de Fuego ascendió corriendo la ladera, en dirección a donde había desaparecido Garra de Tigre.

No se veía por ningún lado al lugarteniente del clan pero, entre su olor y las enormes pisadas en la nieve, no tuvo dificultades para seguirlo. Puso cuidado en no darle alcance, por si

Garra de Tigre lo veía o lo olía.

El rastro iba decididamente por el pinar, pasando el Cortatroncos, y reparó sobresaltado en que Garra de Tigre se dirigía a donde vivían los Dos Patas. Le dio un vuelco el corazón. ¿Iría el lugarteniente en busca de su hermana Princesa? Quizá estaba tan enfadado con Pequeño Nimbo que quería hacerle daño a la madre del cachorro. Corazón de Fuego no le había contado a nadie del clan dónde vivía Princesa, pero a Garra de Tigre no le resultaría imposible encontrar su olor a través del de Pequeño Nimbo. Avanzó agazapado, procurando moverse en silencio. Cuando

seguía el rastro a través de una mata de aulagas, captó un movimiento con el rabillo del ojo. Era un ratón, rebuscando debajo de un arbusto.

Corazón de Fuego no quería pararse a cazar, pero aquel ratón prácticamente estaba pidiendo que lo atraparan. Se agachó instintivamente mientras avanzaba hacia la presa. El ataque dio de lleno en el blanco, y al joven guerrero sólo le llevó otro momento enterrar al ratón en la nieve antes de seguir a Garra de Tigre. Se movió más deprisa entonces, temiendo lo que pudiese haber hecho el lugarteniente en el tiempo que él se había entretenido.

Al rodear el tocón de un árbol caído, estuvo a punto de chocar contra el mismísimo Garra de Tigre, que se alejaba a paso largo en la dirección opuesta.

El lugarteniente retrocedió sorprendido.

—¡Cerebro de ratón! —siseó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Lo primero que sintió Corazón de Fuego fue alivio. Garra de Tigre no había tenido tiempo de ir al poblado de Dos Patas y hacerle daño a Princesa. Luego advirtió que el lugarteniente lo estaba fulminando con la mirada, con una expresión de profunda sospecha en

sus ojos ámbar. «No debe enterarse de que lo estaba siguiendo», pensó desesperado.

—Yo… he salido con Pequeño Nimbo para enseñarle un lugar donde hay buen musgo —balbució—. Y luego he pensado que podría cazar un poco.

—Pues yo no veo ninguna presa —gruñó el otro.

—La he enterrado ahí detrás. —Y señaló con la cabeza el lugar por donde había llegado.

El guerrero atigrado entornó los ojos.

—Muéstramela.

Furioso porque Garra de Tigre no le

creyera, pero también aliviado por la suerte de haber cobrado una pieza, Corazón de Fuego volvió atrás y retiró la nieve con que había enterrado el ratón.

—¿Satisfecho?

El lugarteniente lo miró con el entrecejo fruncido. Corazón de Fuego casi podía leer sus pensamientos; se moría de ganas de acusarlo de algo, pero esta vez no tenía con qué.

Al cabo, Garra de Tigre gruñó:

—Bien, pues sigue con lo que estabas haciendo.

Agarró el ratón de Corazón de Fuego y se fue en dirección al campamento.

El joven guerrero lo observó marcharse, y luego echó a correr siguiendo el rastro de nuevo, hacia las viviendas de Dos Patas. Al menos podría averiguar dónde había estado Garra de Tigre. De vez en cuando orientaba las orejas hacia atrás; no le extrañaría nada que el lugarteniente volviera sobre sus pasos para seguirlo, pero no oyó nada, y poco a poco empezó a relajarse.

El rastro oloroso de Garra de Tigre terminaba cerca de las vallas que rodeaban el territorio de los Dos Patas. Caminó de un lado a otro debajo de los árboles, inspeccionando el suelo. La

nieve estaba revuelta por las marcas de muchas huellas felinas… demasiadas para poder distinguirlas. También había muchos olores raros. Varios gatos habían estado allí, y recientemente.

Arrugó la nariz con desagrado. Los olores de los gatos se mezclaban con los de presas putrefactas y la pestilencia de la basura de los Dos Patas. Excepto el olor de Garra de Tigre, era imposible identificar a los demás. Se sentó a lavarse las patas mientras reflexionaba. No había manera de saber si Garra de Tigre se había encontrado con esos gatos desconocidos o si sus rastros se habían cruzado por casualidad. Estaba a punto

de regresar al campamento, cuando oyó un maullido detrás de él.

—¡Corazón de Fuego! ¡Corazón de Fuego!

Se levantó de un salto y giró sobre sí mismo. En lo alto de la valla del jardín de sus Dos Patas estaba su hermana Princesa. El gato corrió hacia allí y subió a la verja.

Princesa empezó a ronronear intensamente, restregando su cara contra la de su hermano.

—Corazón de Fuego, ¡qué delgado estás! —exclamó, separándose para examinarlo—. ¿Estás comiendo lo suficiente?

—No, ni yo ni los demás gatos del clan —admitió él—. Las presas escasean con este tiempo.

—¿Tienes hambre ahora? En mi casa de Dos Patas tengo un cuenco de comida. Puedes tomártela si te apetece.

Durante un par de segundos Corazón de Fuego se sintió tentado. Se le hizo la boca agua ante la idea de llenarse el estómago con algo que no tuviera que cazar antes. Pero el sentido común se impuso. No podía regresar al campamento oliendo a Dos Patas por todas partes y, además, el código guerrero le prohibía comer antes de alimentar al resto del clan.

—Gracias, Princesa, pero no puedo —maulló.

—Espero que Pequeño Nimbo se esté alimentando bien. Llevo días vigilando por si te veo, para que me cuentes cómo le va.

—Le va bien. Pronto se convertirá en aprendiz.

Los ojos de Princesa brillaron de orgullo, y su hermano sintió un hormigueo de incertidumbre. Sabía cuánto significaba para ella haber entregado a su primogénito al Clan del Trueno. En ningún caso iba a dejar que dudara sobre si el cachorro se estaba adaptando a la vida del clan.

—Pequeño Nimbo es fuerte y valiente —le dijo—. E inteligente. —«Y entrometido, malcriado, irrespetuoso», añadió para sí mismo. Pero seguro que aprendería pronto, cuando se habituara a las costumbres del clan—. Sin duda será un buen guerrero —declaró.

Princesa ronroneó.

—Por supuesto que lo será, si tú le enseñas.

Corazón de Fuego agitó las orejas, incómodo. Princesa creía que a él le parecía fácil ser guerrero. Su hermana no sabía los problemas que había tenido dentro del clan, o lo difícil que era decidir lo correcto cuando descubría

cosas que afectaban al clan.

—Será mejor que me vaya —maulló—. Volveré a visitarte pronto. Y cuando llegue la estación de la hoja nueva, traeré a Pequeño Nimbo conmigo.

Se despidió con un afectuoso lametón y se marchó, dejando a su hermana ronroneando ante la perspectiva de ver de nuevo a su querido hijo.

Regresó tras el rastro oloroso de Garra de Tigre, alerta en busca de posibles presas. Después de decirle al lugarteniente que estaba cazando, sería mejor que volviera al campamento con un cargamento respetable. Poco a poco

reparó en un sonido desconocido. Tuvo que pararse a pensar antes de comprender lo que era: agua, en algún sitio goteaba agua. Al mirar alrededor, vio un glóbulo plateado formándose en el extremo de la rama de un espino. La gota fue creciendo y centelleó a la luz del sol antes de caer en la nieve, donde formó un diminuto agujero.

Corazón de Fuego levantó la cabeza. El repiqueteo del agua sonaba por todas partes, y una brisa cálida le alborotó el pelaje. Con una oleada de alegría, comprendió que la dura estación sin hojas estaba tocando a su fin. Pronto llegaría la estación de la hoja nueva, y

la caza volvería a ser abundante. ¡El deshielo había llegado!



10

Al regresar al campamento, Corazón de Fuego vio a Estrella Azul saliendo de la maternidad. Dejó su caza sobre el montón de carne fresca y corrió hacia la líder.

—Sí, Corazón de Fuego, ¿qué ocurre? —preguntó la gata.

Su voz sonaba tranquila pero sin

rastro de calidez, y Corazón de Fuego supo, con un nudo en el estómago, que no lo había perdonado por preguntarle por los cachorros perdidos del Clan del Trueno.

El joven guerrero bajó la cabeza respetuosamente.

—Estrella Azul, estaba cazando cerca de las viviendas de Dos Patas y…

—¿Por qué allí? —lo interrumpió ella—. A veces pienso que pasas demasiado tiempo cerca del poblado de Dos Patas.

—Yo… sólo pensaba que podría haber presas —balbució—. Pero mientras estaba allí capté el olor de

gatos desconocidos.

Estrella Azul se puso alerta; irguió las orejas y clavó los ojos en Corazón de Fuego.

—¿Cuántos gatos y de qué clan?

—No estoy seguro de cuántos. Cinco o seis por lo menos. Aunque no tenían el olor de ningún clan. —Arrugó la nariz al recordarlo—. Olían a carroña, por lo que seguramente no eran gatos domésticos.

Estrella Azul se quedó pensativa y, para alivio de Corazón de Fuego, toda su hostilidad hacia él pareció desvanecerse.

—¿El olor era reciente? —preguntó.

—Sí, bastante reciente. Pero no he visto a ningún gato por allí.

«Excepto a Garra de Tigre», añadió para sí mismo. Había decidido no contarle a Estrella Azul esa parte de la historia. La líder no estaba de humor para oír más acusaciones contra su lugarteniente, y él no tenía pruebas de que Garra de Tigre tuviera algo que ver con aquellos gatos desconocidos.

—A lo mejor son gatos descarriados de los Dos Patas —aventuró Estrella Azul—. Gracias, Corazón de Fuego. Les diré a las patrullas que estén ojo avizor cuando vayan por allí. No creo que supongan una amenaza, pero nunca se es

demasiado prudente.

Corazón de Fuego se dirigía hacia el campamento con un campañol bien sujeto entre los dientes. El sol brillaba en un cielo magníficamente azul. Sólo dos días después de su encuentro con Princesa, la mayor parte de la nieve había desaparecido. Los brotes iban creciendo y un velo de minúsculas hojas verdes empezaba a cubrir los árboles. Más importante aún, las presas habían regresado al bosque. Ya era más fácil reabastecer el montón de carne fresca y, por primera vez en lunas, todo el clan

estaba bien alimentado.

Al llegar al claro, Corazón de Fuego se encontró a las reinas sacando el musgo usado de la maternidad para renovar los lechos. Tras dejar su presa en el montón, se acercó para ayudarlas, y lo alegró ver que Pequeño Nimbo también estaba colaborando.

—¡Voy a enseñarles a los otros cachorros dónde está el mejor musgo! —maulló Pequeño Nimbo muy ufano, avanzando a trompicones con una carga de musgo viejo.

—Buena idea —aprobó Corazón de Fuego. Había advertido que, incluso después de que Garra de Tigre lo

relevara de sus obligaciones con los veteranos, Pequeño Nimbo había seguido ayudando. Quizá el cachorro estaba sintiendo por fin cierta lealtad hacia su clan de adopción—. Pero ¡ten cuidado con los tejones!

En ese momento, Flor Dorada salía de la maternidad, empujando una bola de musgo sucio. Tenía el vientre redondo por el peso de los cachorritos que llevaba en su seno.

—Hola, Corazón de Fuego —saludó la reina—. ¿No es estupendo volver a ver el sol?

Él le dio un lametón amistoso en el omóplato.

—Pronto llegará la estación de la hoja nueva —maulló—. Justo a tiempo para tu camada. Si tú… —Se interrumpió y dio media vuelta al oír la voz de Garra de Tigre pronunciando su nombre.

—Corazón de Fuego, si no tienes nada mejor que hacer que parlotear con las reinas, tengo un trabajo para ti.

El joven se tragó una respuesta iracunda. Había pasado toda la mañana cazando, y sólo se había detenido un momento para hablar con Flor Dorada.

—Quiero que lleves una patrulla a lo largo de la frontera del Clan del Río —continuó el lugarteniente—. Nadie ha

estado por allí desde hace unos días, y ahora que se ha derretido la nieve debemos renovar las marcas olorosas. Y asegúrate de que ningún gato del Clan del Río esté cazando en nuestro territorio. Si están cazando, ¡ya sabes lo que hay que hacer!

—Sí, Garra de Tigre —respondió, y pensó: «¡A los erizos deben de haberles salido alas si me escoge a mí para dirigir una patrulla!». Luego comprendió que Garra de Tigre era demasiado listo para ser hostil con él en público. El lugarteniente tendría cuidado en tratarlo igual que a cualquier otro guerrero, por si Estrella Azul prestaba atención. «Pero

¡sigo sin fiarme de ti!», pensó. Y maulló en voz alta—: ¿A quiénes me llevo?

—A quienes quieras. ¿O es que necesitas que los elija por ti? —contestó el lugarteniente con una mueca despectiva.

—No, claro que no.

Para entonces, le estaba costando mucho morderse la lengua. Le habría encantado dar un zarpazo al hocico lleno de cicatrices del lugarteniente. Se despidió apresuradamente de Flor Dorada y se encaminó a la guarida de los guerreros. Tormenta de Arena estaba allí, echada de costado y lavándose enérgicamente, mientras Látigo Gris y

Viento Veloz compartían lenguas cerca de ella.

—¿Quién se apunta a patrullar? —preguntó Corazón de Fuego—. Garra de Tigre quiere que inspeccionemos la frontera del Clan del Río.

Látigo Gris se puso en pie en cuanto oyó nombrar al Clan del Río, mientras Viento Veloz se levantaba más despacio. Tormenta de Arena dejó de lavarse y miró a Corazón de Fuego.

—Justo cuando esperaba tener un poco de tranquilidad —se quejó—. Llevo cazando desde el amanecer.

Pero su tono era jovial, ni remotamente tan antipático como cuando

Corazón de Fuego llegó al clan. Casi al instante se levantó y empezó a sacudirse.

—De acuerdo —maulló al fin—. Adelante.

—¿Y Fronde? —le preguntó Corazón de Fuego a Látigo Gris—. ¿Quieres que lo llevemos con nosotros?

—Tormenta Blanca y Musaraña se han llevado a los aprendices —respondió Viento Veloz—. ¡A todos los aprendices… los muy insensatos! Están cazando para los veteranos.

Corazón de Fuego abrió la marcha, sintiendo un cosquilleo en las patas mientras subía por el barranco. Tenía la impresión de que hacía lunas que no

echaba una buena carrera sobre la nieve para entrar en calor, y le apetecía desentumecer los músculos.

—Iremos hacia las Rocas Soleadas —maulló—, y luego seguiremos la frontera hasta los Cuatro Árboles.

Avanzó a paso rápido entre los árboles, pero no tan deprisa como para no reparar en cómo empezaban a desplegarse las brillantes hojas verdes de los nuevos helechos, o los primeros capullos de prímula, intentando liberarse de sus envoltorios verdes. El aire estaba lleno del trino de los pájaros y el aroma fresco del crecimiento de vida nueva.

Aminoró el paso cuando la patrulla se acercó al lindero del bosque. Más adelante se oía el sonido del río, libre por fin de la atadura del hielo.

—Ya casi hemos llegado a la frontera —maulló en voz baja—. De aquí en adelante tendremos que estar alerta. Puede que haya gatos del Clan del Río cerca.

Látigo Gris se detuvo y abrió la boca para aspirar los olores de la brisa.

—Yo no huelo a ninguno —informó. Corazón de Fuego se preguntó si lo decepcionaba que Corriente Plateada no estuviese por allí—. Además, tendrán presas de sobra ahora que el río se ha

descongelado. ¿Por qué iban a venir a robarnos las nuestras?

—Yo me esperaría cualquier cosa del Clan del Río —gruñó Viento Veloz—. Te robarían el pellejo si no tuvieras cuidado.

Corazón de Fuego vio que Látigo Gris empezaba a erizar el lomo.

—Adelante —se apresuró a maullar, para distraer a su amigo antes de que dijera algo que revelara su lealtad dividida—. En marcha.

Cruzó corriendo los últimos árboles y salió a campo abierto. Lo que vio lo obligó a frenar en seco, y el recuerdo de su sueño estalló en su cerebro como un

trueno.

Delante de ellos, la tierra descendía suavemente hacia el río… o lo que antes era el río. Crecida por la nieve derretida, la rápida corriente de agua había inundado las riberas y lamía la hierba a apenas un conejo de distancia de las patas de Corazón de Fuego. Las puntas de los juncos asomaban apenas por la superficie; más allá, río arriba, las Rocas Soleadas eran islas grises en medio de un lago plateado y reluciente.

Era indudable que el deshielo había llegado, pero ahora el río se había desbordado.



11

—¡Por el gran Clan Estelar! —exclamó Tormenta de Arena casi sin aliento.

Dos de sus compañeros gruñeron al unísono, pero Corazón de Fuego estaba mudo de espanto. Había reconocido al instante la reluciente extensión de agua, y de pronto recordó las proféticas palabras de Jaspeada: «El agua puede

apagar el fuego».

Se quedó helado de miedo tratando de comprender cómo aquella inundación podía amenazar a su clan, por lo que apenas advirtió que Látigo Gris intentaba llamar su atención. Finalmente, el guerrero gris se pegó a su costado. En sus ojos ámbar había pánico, y Corazón de Fuego no tuvo que preguntar por qué: su amigo temía por Corriente Plateada.

En la ribera del Clan del Río las tierras eran más bajas, de modo que las aguas llegaban mucho más lejos. Y respecto al campamento de la isla… Corazón de Fuego se preguntó cuánto espacio estaría sumergido. Pese a sus

preocupaciones, Corriente Plateada había acabado por caerle bien y, aunque con reticencia, también sentía respeto por Vaharina y Tabora. No quería imaginarlas desplazadas de su campamento, o peor, ahogadas.

Viento Veloz se había acercado a la orilla y estaba inspeccionando el otro lado con la mirada.

—Al Clan del Río no le gustará esto —señaló—. Y una cosa buena: esto los mantendrá alejados de nuestro territorio.

Corazón de Fuego sintió que Látigo Gris se ponía tenso ante la satisfacción que revelaba la voz de Viento Veloz. Le lanzó a su amigo una mirada de

advertencia.

—Bueno, ahora no podemos patrullar la frontera —dijo—. Será mejor que volvamos al campamento para informar de esto. Vamos, Látigo Gris —añadió con firmeza, viendo cómo su amigo observaba angustiado el río crecido.

En cuanto Estrella Azul supo las novedades, saltó a la Peña Alta para hacer la llamada habitual:

—Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar acudan bajo la Peña Alta para una reunión del clan.

Al instante, los felinos empezaron a salir de sus guaridas al claro. Corazón de Fuego se colocó en la primera fila y advirtió con cierta irritación que Pequeño Nimbo había llegado saltando detrás de Pecas, aunque era demasiado joven para asistir a la reunión. Vio a Fauces Amarillas y Carbonilla en la boca del túnel de helechos. Incluso Cola Rota salió de su refugio, empujado por Musaraña.

La radiante mañana estaba llegando a su fin. Las nubes se amontonaban para tapar el sol y la suave brisa se fue intensificando hasta convertirse en un frío viento que atravesó el claro,

aplastando el pelo de los gatos congregados alrededor de la Peña Alta. Corazón de Fuego se estremeció, y no supo si era de frío o aprensión.

—Gatos del Clan del Trueno —empezó Estrella Azul—, nuestro campamento puede estar en peligro. La nieve se ha ido, pero el río ha inundado las orillas. Parte de nuestro territorio ya está bajo el agua.

Un coro de inquietud brotó del clan, pero la líder elevó la voz por encima de los maullidos.

—Corazón de Fuego, cuéntales a todos lo que has visto.

El joven guerrero se puso en pie

para describir cómo el río se había desbordado cerca de las Rocas Soleadas.

—Eso no suena muy peligroso para nosotros —maulló Cebrado tras oír el relato—. Nos queda mucho territorio para cazar. Dejemos que el Clan del Río se preocupe de las inundaciones.

Hubo un murmullo de aprobación, aunque Corazón de Fuego reparó en que Garra de Tigre guardaba silencio. El lugarteniente estaba sentado al pie de la Peña Alta, inmóvil, excepto por los movimientos de la punta de su cola.

—¡Silencio! —bufó Estrella Azul—. El agua podría extenderse hasta aquí

antes de lo que creemos. Algo así está por encima de la rivalidad entre clanes. No quiero tener noticias de que algún gato del Clan del Río ha muerto por estas inundaciones.

Corazón de Fuego notó un centelleo ardiente en los ojos de Estrella Azul, como si sus palabras significaran más de lo que estaba diciendo. Perplejo, recordó cómo se había enfurecido con él por hablarle de los guerreros del Clan del Río. Pero ahora, la vehemencia de la líder sugería una corriente de simpatía en lo más profundo de su ser.

Centón habló entre los veteranos:

—Recuerdo la última vez que el río

se desbordó, hace ya muchísimas lunas. Se ahogaron gatos de todos los clanes. Y presas también. Pasamos mucha hambre aunque teníamos las patas secas. No es sólo un problema del Clan del Río.

—Bien dicho, Centón —maulló Estrella Azul—. Yo también recuerdo aquellos días, y esperaba no tener que volver a vivir momentos así. Pero como ha ocurrido, éstas son mis órdenes: ningún gato saldrá solo. Los cachorros y los aprendices no deben abandonar el campamento sin ir con un guerrero por lo menos. Saldrán patrullas a comprobar hasta dónde llegan las inundaciones… Garra de Tigre, encárgate de eso.

—Sí, Estrella Azul —contestó el lugarteniente—. Organizaré también patrullas de caza. Debemos reunir un buen aprovisionamiento de presas antes de que las aguas cubran más tierras.

—Buena idea —aprobó la líder. Volvió a levantar la voz para dirigirse a todo el clan—: La reunión ha terminado. Poneos manos a la obra.

Bajó ágilmente de la Peña Alta y fue a hablar con Centón y los otros veteranos.

Corazón de Fuego estaba esperando ver si Garra de Tigre lo elegía para una patrulla cuando reparó en que Látigo Gris se iba apartando del círculo de

gatos. Fue tras él y lo alcanzó justo cuando estaba llegando al túnel de aulagas.

—¿Adónde crees que vas? —le susurró al oído—. Estrella Azul acaba de decir que nadie debe salir solo.

Látigo Gris se volvió con pánico en los ojos.

—Necesito ver a Corriente Plateada —gimió—. Tengo que asegurarme de que está bien.

Corazón de Fuego resopló de exasperación. Entendía los sentimientos de su amigo, pero no podría haber escogido un momento peor para visitar a su amada.

—¿Cómo piensas cruzar el río? —preguntó.

—Me las arreglaré —repuso Látigo Gris muy serio—. Sólo es agua.

—¡Tienes cerebro de ratón! —resopló Corazón de Fuego, recordando la vez que su amigo cayó al río al romperse la capa de hielo, cuando lo rescató Corriente Plateada—. Ya casi te ahogaste una vez. ¿No te pareció bastante?

Látigo Gris no respondió. Se limitó a dar la vuelta y dirigirse de nuevo al túnel.

Corazón de Fuego miró por encima del hombro. Los gatos del claro se

estaban dividiendo en pequeños grupos bajo las órdenes de Garra de Tigre, listos para salir a patrullar.

—¡Aguarda, Látigo Gris! —siseó, deteniéndolo en la entrada del túnel—. Espérame aquí.

Cuando estuvo seguro de que su amigo lo obedecería, cruzó el claro en dirección al lugarteniente.

—Garra de Tigre —maulló—, Látigo Gris y yo estamos preparados para salir. Comprobaremos la frontera del Clan del Río más abajo de las Rocas Soleadas, ¿de acuerdo?

Garra de Tigre entornó los ojos, fastidiado porque Corazón de Fuego

hubiera decidido por su cuenta qué área iba a patrullar. Pero no tenía ninguna razón para negarse, sobre todo porque Estrella Azul estaba cerca y lo habría oído.

—De acuerdo —gruñó—. Y procurad volver con alguna presa.

—Sí, Garra de Tigre —respondió el joven, inclinando la cabeza antes de regresar corriendo junto a Látigo Gris—. Bien —resolló—. Nos vamos de patrulla, así que nadie se preguntará adónde hemos ido.

—Pero tú… —iba a protestar su amigo.

—Sé que tienes que ir. Pero yo voy a

acompañarte.

Sintió un hormigueo de culpabilidad. Látigo Gris y él no deberían cruzar las fronteras del clan, ni siquiera estando de patrulla. Estrella Azul se pondría furiosa si supiera que dos de sus guerreros estaban arriesgando la vida por internarse en territorio enemigo, cuando su propio clan los necesitaba tanto. Pero no podía permitir que su amigo fuera solo. Podría ser arrastrado por la corriente y no regresar jamás.

—Gracias, Corazón de Fuego —murmuró Látigo Gris mientras salían del túnel—. No olvidaré esto.

Codo con codo, ambos ascendieron

la escarpada ladera rocosa. Al internarse en el bosque siguiendo las huellas de la patrulla anterior, Corazón de Fuego notó lo embarrado que estaba el suelo. La nieve fundida había empapado la tierra como la más intensa de las tormentas, y eso que allí no había llegado el dañino desbordamiento del río.

Cuando alcanzaron el lindero del bosque, Corazón de Fuego descubrió que el agua había subido todavía más. Las Rocas Soleadas ya estaban prácticamente sumergidas, y la corriente serpenteaba entre ellas en amplios círculos.

—Vayamos río abajo —sugirió Látigo Gris—. Quizá podamos usar los pasaderos.

—Podemos intentarlo —maulló el otro, poco convencido. Estaba a punto de seguir a su amigo cuando le pareció oír algo… un débil gemido, por encima del viento y del estruendo de la corriente—. Espera. ¿Has oído eso?

Látigo Gris miró atrás, y los dos amigos se quedaron inmóviles, tratando de captar el sonido. Entonces Corazón de Fuego volvió a oírlo: el maullido aterrorizado de cachorros en peligro.

—¿Dónde están? —preguntó, mirando alrededor y hacia los árboles

—. ¡No los veo!

—Ahí. —Látigo Gris agitó la cola hacia las Rocas Soleadas—. ¡Van a ahogarse!

El guerrero vio que la corriente había empujado una balsa formada por ramitas y desechos contra las Rocas Soleadas. En ella había dos cachorros que mantenían el equilibrio a duras penas; abrían sus boquitas pidiendo ayuda entre quejidos. Mientras Corazón de Fuego los observaba, la corriente tiró de la precaria balsa, amenazando con arrastrarla.

—¡Vamos! —le gritó a Látigo Gris—. Tenemos que llegar hasta ellos como

sea.

Tras tomar aire, se volvió en el río. El agua lo empapó y un frío paralizante le subió por las patas. La fuerza de la corriente le dificultaba mantenerse en pie con cada paso que daba.

Látigo Gris chapoteó detrás de él, pero cuando el agua le llegó a la barriga se detuvo.

—Corazón de Fuego… —empezó con voz ahogada.

El joven guerrero se volvió y le hizo un gesto comprensivo. Entendía que a su amigo le diese terror el río, después de haber estado a punto de ahogarse unas pocas lunas atrás.

—Quédate ahí —le dijo—. Intentaré empujar la balsa hacia ti.

Látigo Gris asintió, temblando demasiado para hablar. Corazón de Fuego siguió avanzando unos pasos y por fin se lanzó a la corriente y empezó a nadar, pataleando instintivamente para impulsarse por las negras aguas. Estaban más arriba de las Rocas Soleadas; si el Clan Estelar se mostraba favorable, el agua lo conduciría hasta los cachorros.

Por un momento los perdió de vista entre las olas que levantaba el viento, aunque seguía oyendo sus maullidos aterrados. Entonces la superficie abultada y gris de una Roca Soleada se

alzó a su lado. Movió las patas con fuerza, temiendo que la corriente lo alejara de allí.

El agua formaba remolinos. Corazón de Fuego pataleaba furiosamente, y el río volvió a empujarlo contra la roca, dejándolo sin aliento. Trepó a duras penas por la áspera superficie, luchando de nuevo contra la fuerte corriente, y entonces se topó de frente con los dos cachorros.

Eran muy pequeños; Corazón de Fuego supuso que su madre todavía los estaba amamantando. Uno era negro, el otro gris, y ambos tenían el pelaje pegado a sus cuerpecillos y los ojos

azules dilatados de espanto. Estaban encogidos en aquella especie de balsa formada por ramitas, hojas y desechos de Dos Patas, pero cuando vieron a Corazón de Fuego empezaron a andar hacia él. La balsa dio una sacudida, y los maullidos de los pequeños se volvieron más angustiosos cuando el río los roció.

—¡Quedaos quietos! —exclamó Corazón de Fuego sin resuello, chapoteando desesperado contra la corriente.

Se preguntó si podría trepar a lo alto de la roca y subir a los cachorros con él, pero no estaba seguro de cuánto tiempo

pasaría antes de que las Rocas Soleadas quedaran sumergidas por completo. El mejor plan seguía siendo empujar la balsa hacia Látigo Gris. Al mirar atrás, vio que su amigo ya se había situado río abajo, en una buena posición para atrapar la balsa cuando pasara por su lado.

—Allá vamos —masculló—. ¡Que el Clan Estelar nos ayude!

Saltó de la roca, empujando la balsa con el hocico para guiarla por la corriente. Los dos cachorros gimieron y pegaron el cuerpo al entramado de ramas.

Corazón de Fuego empleó hasta el

último gramo de energía que le quedaba en conducir aquella balsa con la nariz y las patas. Notaba cómo el agotamiento consumía las fuerzas de sus extremidades. Estaba empapado, y tenía tanto frío que apenas podía respirar. Levantó la cabeza, parpadeando para impedir que el agua le entrara en los ojos, y entonces advirtió, horrorizado, que había perdido de vista a Látigo Gris y la orilla. Parecía como si en el mundo no hubiera nada más que aquellas aguas turbulentas, la frágil balsa de ramitas y los dos aterrorizados cachorros.

Entonces oyó la voz de su amigo bastante cerca.

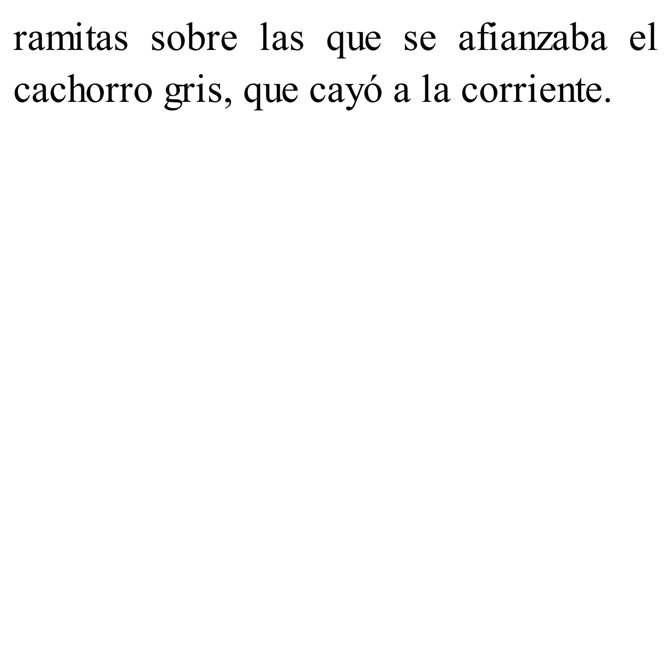
—¡Corazón de Fuego! ¡Corazón de Fuego, aquí!

El guerrero volvió a tirar de la balsa, tratando de impulsarla hacia la voz, pero la balsa se alejó girando. Corazón de Fuego consiguió recuperarla y salir de nuevo a la superficie usando las uñas, y entonces vio a Látigo Gris, en suelo seco y a sólo unas colas de distancia.

Durante un segundo sintió un gran alivio, porque casi había llegado. Luego volvió a centrar sus ojos desenfocados en los cachorros, y lo invadió el miedo: la balsa estaba empezando a romperse.

Vio impotente cómo cedían las

ramitas sobre las que se afianzaba el cachorro gris, que cayó a la corriente.





12

—¡No! —maulló Látigo Gris, lanzándose tras el cachorro que iba a ahogarse.

Corazón de Fuego los perdió de vista. El gatito que quedaba en la balsa gimió desesperadamente, intentando aferrarse a las ramas que la corriente iba separando. Con sus últimas fuerzas,

Corazón de Fuego se lanzó hacia delante, agarró al cachorro por el pescuezo y luchó por llegar a la orilla.

Al cabo de unos momentos, notó guijarros bajo las patas y pudo mantenerse en pie. Con las extremidades agarrotadas de cansancio, salió a trompicones y dejó al cachorro negro sobre la hierba, al borde del agua. El pequeño tenía los ojos cerrados. El joven guerrero no estaba seguro de si seguía con vida.

Al mirar río abajo, vio a Látigo Gris chapoteando en los bajos, con el cachorro gris sujeto entre los dientes. Su amigo se le acercó por la orilla y

depositó al gatito en el suelo con delicadeza.

Corazón de Fuego olfateó a ambos cachorros. Estaban inertes, pero al examinarlos de cerca advirtió que sus costados subían y bajaban débilmente al ritmo de su respiración.

—Gracias, Clan Estelar —susurró.

Empezó a lamer al cachorro negro como había visto hacer a las reinas en la maternidad, pasándole la áspera lengua a contrapelo para reanimarlo y calentarlo. Látigo Gris se acercó y empezó a hacer lo mismo con el cachorro gris.

Al cabo de poco, el gatito negro se

retorció tosiendo y expulsó un trago de agua del río. Al gris le costó más tiempo reaccionar, pero al fin también escupió agua entre toses y abrió los ojos.

—¡Están vivos! —exclamó Látigo Gris, aliviado.

—Sí, pero no sobrevivirán demasiado sin su madre —señaló Corazón de Fuego. Olisqueó al cachorro negro cuidadosamente. El agua del río se había llevado casi todo su olor de clan, pero aun así detectó un leve rastro —. El Clan del Río —asintió—. Tendremos que llevarlos de vuelta a casa.

Sintió que el valor lo abandonaba

ante la idea de cruzar el río crecido. Casi se había ahogado para rescatar a los cachorros y estaba exhausto. Tenía las extremidades heladas y rígidas, el pelaje empapado. Lo único que quería era meterse en su propia guarida y dormir una luna entera.

Látigo Gris, todavía agachado junto a él, parecía sentir lo mismo. Tenía el denso pelaje gris pegado al cuerpo, y los ojos ámbar dilatados de ansiedad.

—¿Tú crees que podremos cruzar? —maulló su amigo.

—Tenemos que hacerlo o los cachorros morirán. —Tras obligarse a ponerse en pie, Corazón de Fuego

volvió a agarrar al cachorro negro y se dirigió río abajo—. A ver si podemos cruzar por los pasaderos, como has propuesto antes.

Látigo Gris lo siguió, cargado con el cachorro gris, a través de la hierba mojada que bordeaba la inundación.

Cuando el río estaba a su nivel habitual, los pasaderos eran una ruta fácil para los gatos del Clan del Río. El salto más largo entre piedra y piedra no tenía más longitud que una cola; en aquella zona, el Clan del Río dominaba los dos lados fluviales.

Ahora el desbordamiento había cubierto por completo los pasaderos.

Pero donde antes asomaban a la superficie, ahora un árbol seco y pelado se había atravesado en el río. Corazón de Fuego supuso que algunas ramas se habrían quedado enganchadas en los pasaderos sumergidos.

—¡Gracias, Clan Estelar! —exclamó—. Podemos usar el árbol para cruzar.

Sujetó mejor al cachorro y empezó a vadear las aguas en dirección al extremo del tronco astillado. El gatito, al ver el río revuelto a apenas un ratón de distancia, comenzó a maullar y agitarse débilmente.

—Estaos quietos, los dos —gruñó Látigo Gris cuando dejó al cachorro gris

en el suelo para sujetarlo mejor—. Vamos en busca de vuestra madre.

Corazón de Fuego no estaba seguro de si el cachorro negro era lo bastante mayor para comprenderlo, pero al menos volvió a quedarse relajado, con lo que resultaba más fácil de transportar. El joven guerrero tenía que levantar la cabeza para que la criaturita no tocara el agua mientras él luchaba por mantenerse en pie. Alcanzó el árbol sin tener que nadar, y dio un salto afianzando las uñas en la madera blanda y podrida. Una vez que estuvo arriba, su máxima preocupación fue conservar el equilibrio en el tronco liso y resbaladizo. Poniendo

una pata delante de la otra en línea recta y con cautela, se encaminó a la orilla opuesta. Debajo de él corría el turbulento río, lamiendo el árbol como si quisiera arrastrarlo —junto con su carga de gatos— corriente abajo. Corazón de Fuego lanzó una mirada atrás y vio que Látigo Gris lo seguía con el cachorro gris, frunciendo la cara de concentración.

En el extremo más alejado, el tronco se dividía en una maraña de ramas rotas. Corazón de Fuego se agachó para colarse entre ellas, teniendo cuidado de que el pelo del cachorro no se enganchara en las astillas. Resultaba

más difícil pisar conforme las ramas se iban estrechando, y cuando estaba a dos zorros de distancia de la otra orilla, se quedó sin nada que soportara su peso. Respiró hondo, flexionó las patas traseras y saltó. Sus patas delanteras tocaron la ribera, pero las traseras patearon desesperadas en la rápida corriente. Al notar que el agua lo salpicaba, el cachorro empezó a retorcerse de nuevo. Corazón de Fuego mantuvo los dientes bien cerrados en torno a su pescuezo mientras hundía las zarpas en la blanda tierra para salir del agua, hasta que lo logró. Dio unos pasos tambaleantes y dejó al cachorro con

suavidad.

Látigo Gris estaba saliendo del agua un poco más abajo. Su amigo depositó al cachorro en el suelo y se sacudió el agua de encima.

—Esta agua tiene un sabor asqueroso —escupió.

—Míralo por el lado bueno —repuso Corazón de Fuego—. Al menos eso disimulará tu olor. Los del Clan del Río no sabrán que tú eres el guerrero que ha estado colándose en su territorio. Si alguna vez lo descubren…

Se interrumpió al ver que tres gatos surgían de entre los arbustos más allá de Látigo Gris. Se preparó al reconocer a

Leopardina, la lugarteniente, y a los guerreros Prieto y Pedrizo. Obligando a sus cansadas patas a moverse, recogió al cachorro negro y recorrió la orilla hasta donde estaba Látigo Gris. Su amigo también se levantó, y los dos dejaron la carga en el suelo y se plantaron ante sus enemigos.

Corazón de Fuego se preguntó si los gatos del Clan del Río habrían oído lo que le estaba diciendo a Látigo Gris. Ambos estaban demasiado exhaustos para enfrentarse a una patrulla de guerreros fuertes y vigorosos. Se mareó al intentar infundir a sus heladas patas la energía necesaria para una pelea. Pero,

para su alivio, los gatos del Clan del Río se detuvieron a unas colas de distancia.

—¿Qué significa esto? —gruñó Leopardina. Había erizado su pelaje dorado y moteado, y tenía las orejas pegadas al cráneo.

A su lado, Prieto enseñó los colmillos con un gruñido.

—¿Por qué habéis invadido nuestro territorio? —quiso saber.

—No lo estamos invadiendo —contestó Corazón de Fuego quedamente —. Hemos sacado a dos cachorros del río y queríamos llevarlos a casa.

—¿Creéis que hemos estado a punto

de ahogarnos por diversión? —espetó Látigo Gris.

Pedrizo se acercó para olfatear a los cachorros.

—¡Es cierto! —exclamó con los ojos como platos—. ¡Son los hijos desaparecidos de Vaharina!

Corazón de Fuego se quedó de piedra. Sabía que Vaharina había dado a luz recientemente, pero no había advertido que los cachorros rescatados eran de ella. Se sintió más agradecido todavía por haber podido salvarles la vida, pero no debía permitir que aquellos gatos supieran que Vaharina tenía amigos en el Clan del Trueno.

Leopardina no relajó el pelo de sus omóplatos.

—¿Cómo sabemos que los habéis salvado? —gruñó—. Podríais estar intentando robarlos.

Corazón de Fuego se quedó mirándola sin pestañear. Después de arriesgar sus vidas en la inundación, no podía creer que los acusaran de robar cachorros.

—¡No seas cerebro de ratón! —bufó—. Ningún gato del Clan del Trueno ha intentado llevarse a vuestros cachorros cuando se podía cruzar el río por el hielo. ¿Por qué crees que íbamos a intentarlo ahora? ¡Casi nos ahogamos!

Leopardina pareció reflexionar, pero Prieto avanzó con pasos largos y acercó la cabeza agresivamente a la de Corazón de Fuego. El joven guerrero gruñó, listo para contrarrestar un ataque.

—¡Prieto! —exclamó Leopardina bruscamente—. ¡Apártate! Dejaremos que se expliquen ante Estrella Doblada, a ver si él los cree.

Corazón de Fuego abrió la boca para protestar, pero no llegó a decir nada. Tendrían que aceptarlo; en su lamentable estado, Látigo Gris y él no tenían ninguna posibilidad de salir airosos de una pelea. Por lo menos su amigo podría comprobar cómo estaba Corriente

Plateada.

—De acuerdo —maulló—. Sólo espero que el líder de vuestro clan vea la verdad cuando la tenga delante de las narices.

Leopardina abrió la marcha a lo largo de la ribera, mientras Prieto iba vigilante junto a Corazón de Fuego y Látigo Gris, con un cachorro en la boca. Pedrizo iba en la retaguardia, cargado con el otro cachorro.

Cuando alcanzaron la isla en la que los gatos del clan tenían su campamento, Corazón de Fuego vio un ancho canal de aguas rápidas que separaba la isla de la elevación de suelo seco y tiraba de las

ramas colgantes de los sauces. No se veía ningún gato a través de los carrizos, y un agua plateada lamía el espacio rodeado de arbustos que ocultaban el campamento.

Leopardina se detuvo, con los ojos dilatados de alarma.

—El agua ha subido desde que hemos salido del campamento —maulló.

Un maullido sonó detrás de ellos, en lo alto de la ladera, donde Corazón de Fuego y Látigo Gris se habían escondido para hablar con Corriente Plateada.

—¡Leopardina! ¡Aquí arriba!

Cuando se dio la vuelta, Corazón de Fuego divisó al líder Estrella Doblada

saliendo de la protección que ofrecían los arbustos. Su pelaje atigrado claro estaba empapado y apuntaba en todas direcciones, y con su mandíbula torcida parecía estar burlándose de su patrulla y los prisioneros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Leopardina al llegar junto a su líder.

—El campamento está inundado —contestó Estrella Doblada con voz desmoralizada—. Hemos tenido que trasladarnos aquí arriba.

Mientras hablaba, dos o tres gatos aparecieron cautelosamente entre los arbustos. Corazón de Fuego notó que su amigo se alegraba: uno de ellos era

Corriente Plateada.

—¿Y qué nos traes aquí? —continuó Estrella Doblada, entornando los ojos para observar a Corazón de Fuego y Látigo Gris—. ¿Espías del Clan del Trueno? ¡Como si no tuviéramos suficientes problemas!

—Han encontrado a los cachorros de Vaharina —le contó Leopardina, haciendo una señal a Prieto y Pedrizo para que se acercaran con los gatitos—. Aseguran que los han sacado del río.

—¡Yo no me creo ni una palabra! —resopló Prieto tras dejar el cachorro que cargaba—. No se puede confiar en nadie del Clan del Trueno.

Ante la mención de los cachorros, Corriente Plateada había vuelto a desaparecer rápidamente entre los arbustos. Estrella Doblada se adelantó a olfatear a los patéticos gatitos. Empezaban a recuperarse de la terrible experiencia e intentaban incorporarse, pero seguían completamente empapados.

—Los cachorros de Vaharina desaparecieron cuando el campamento se inundó —señaló Estrella Doblada, volviendo su fría mirada verde hacia los dos guerreros del clan rival—. ¿Cómo es que los tenéis vosotros?

Corazón de Fuego intercambió una mirada de exasperación con Látigo Gris;

el agotamiento lo había puesto de mal humor.

—Hemos cruzado el río volando —maulló entonces con sarcasmo.

Un estridente maullido lo interrumpió. Vaharina irrumpió desde los arbustos y bajó corriendo hacia ellos.

—¡Mis hijos! ¿Dónde están mis hijos?

Se inclinó sobre aquellos bultitos peludos y miró alrededor con fiereza, como si pensara que intentaban arrebatárselos. Luego empezó a lamerlos furiosamente, procurando reconfortar a los dos a la vez. Pedrizo se

pegó a ella y maulló consoladoramente en su oído.

Corriente Plateada la había seguido más despacio, y se situó junto a su padre, observando a los intrusos. A Corazón de Fuego lo alivió ver que la mirada de la gata pasaba por Látigo Gris con aparente indiferencia. Estaba seguro de que ella no los delataría.

Detrás de Corriente Plateada aparecieron más gatos, que se reunieron curiosos alrededor. Corazón de Fuego reconoció a Tabora, que no dio señales de haberlo visto antes, y a Arcilloso, el curandero del clan, que fue junto a Vaharina para examinar a los cachorros.

Todos los gatos estaban mojados, y el pelo pegado al cuerpo revelaba que estaban más flacos que nunca. Corazón de Fuego siempre había considerado a los gatos del Clan del Río como rollizos y lustrosos, bien alimentados con los peces de río. Eso fue hasta que Corriente Plateada le contó que los Dos Patas se habían instalado junto al río durante la estación de la hoja verde, y habían robado o ahuyentado a la mayoría de las presas. Los Dos Patas habían dejado abandonado el bosque en la estación sin hojas, pero el Clan del Río no podía cazar cuando el río estaba congelado. Y en vez de proporcionarles

la comida que tanto necesitaban, el deshielo los había expulsado de su campamento.

A pesar de una punzada de pena, Corazón de Fuego pudo ver la animadversión en los ojos de aquellos gatos, la hostilidad en sus orejas gachas y en cómo sacudían la punta de la cola. Sabía que a Látigo Gris y él les costaría mucho convencer a Estrella Doblada de que realmente habían salvado a los cachorros.

Por lo menos el líder estaba dispuesto a escucharlos.

—Contadnos qué ha sucedido —ordenó.

Corazón de Fuego empezó en el punto en que oyeron gemir a los cachorros y los vieron varados en el río sobre la balsa de desechos.

—¿Desde cuándo los gatos del Clan del Trueno arriesgan sus vidas por nosotros? —intervino despectivo Prieto, cuando el joven guerrero describía cómo había empujado a los cachorros por la corriente hasta la orilla.

Corazón de Fuego se tragó una réplica furiosa, pero Estrella Doblada bufó a su guerrero:

—¡Silencio, Prieto! Déjalo hablar. Si está mintiendo, enseguida lo sabremos.

—No está mintiendo. —Vaharina alzó la cabeza de sus hijos, a los que seguía acariciando—. ¿Por qué el Clan del Trueno robaría cachorros cuando a todos los clanes nos está costando mucho alimentarnos?

—La historia de Corazón de Fuego tiene sentido —observó Corriente Plateada con calma—. Tuvimos que abandonar el campamento y refugiarnos entre estos arbustos cuando el agua volvió a subir de nuevo —explicó al joven guerrero—. Cuando fuimos por los cachorros de Vaharina, sólo encontramos a dos. Los otros dos habían desaparecido. Todo el suelo de la

maternidad había sido barrido por el agua. Debieron de ser arrastrados por el río hasta donde los encontrasteis.

Estrella Doblada asintió despacio, y Corazón de Fuego advirtió que la hostilidad se estaba difuminando… excepto por Prieto, que les dio la espalda con un resoplido de indignación.

—En ese caso, os estamos agradecidos —maulló Estrella Doblada, aunque sonó reticente, como si no soportara estar en deuda con unos gatos del Clan del Trueno.

—Sí —dijo Vaharina. Volvió a levantar la vista, con los ojos

relucientes de gratitud—. Sin vosotros, mis cachorros habrían muerto.

Corazón de Fuego inclinó la cabeza en reconocimiento y preguntó impulsivamente:

—¿Hay algo que podamos hacer por vosotros? Si no podéis regresar a vuestro campamento, y si las presas escasean por la inundación…

—No necesitamos la ayuda del Clan del Trueno —gruñó Estrella Doblada—. Nuestro clan puede cuidar de sí mismo.

—No seas insensato. —Era Tabora, fulminando con la mirada a su líder. Corazón de Fuego sintió un renovado respeto por ella; supuso que muy pocos

gatos se atreverían a usar ese tono con Estrella Doblada—. Eres demasiado orgulloso para tu bien —continuó la anciana con voz cascada—. ¿Cómo vamos a alimentarnos, incluso con el deshielo? No hay peces que comer. El río está prácticamente envenenado; ya lo sabes.

—¡¿Qué?! —exclamó Látigo Gris; Corazón de Fuego se quedó demasiado conmocionado para decir nada.

—Es todo culpa de los Dos Patas —explicó Tabora—. En la última estación de la hoja nueva, el río estaba limpio y lleno de peces. Ahora está hecho una porquería con la basura del campamento

Dos Patas.

—Y los peces están envenenados —añadió Arcilloso—. Los gatos que los comen caen enfermos. He tratado más dolores de barriga en esta estación sin hojas que en todo el tiempo que llevo como curandero.

Corazón de Fuego se quedó mirando a Látigo Gris, y luego a los hambrientos gatos del Clan del Río. Muchos le rehuyeron la mirada, como si los avergonzara que un gato de otro clan supiera sus problemas.

—Entonces dejadnos ayudar —insistió el joven—. Cazaremos presas para vosotros en nuestro territorio y os

las traeremos, hasta que la inundación acabe y el río esté limpio.

Mientras hacía el ofrecimiento, sabía que estaba quebrantando el código guerrero que exigía lealtad exclusiva al clan propio. Estrella Azul se pondría furiosa si descubría que iba a compartir por las buenas las valiosas presas del Clan del Trueno. Pero Corazón de Fuego era incapaz de abandonar a un clan en apuros. «La propia Estrella Azul dijo que nuestro bienestar depende de que en el bosque haya cuatro clanes —se recordó a sí mismo—. Sin duda es el deseo del Clan Estelar».

—¿De verdad haríais eso por

nosotros? —preguntó Estrella Doblada lentamente, entornando los ojos con recelo.

—Sí, lo haría.

—Yo también ayudaré —se ofreció Látigo Gris, lanzando una ojeada a Corriente Plateada.

—Entonces el clan os lo agradece —rezongó Estrella Doblada—. Ninguno de mis gatos os desafiará en nuestro territorio hasta que las aguas bajen y podamos regresar a nuestro campamento. Pero después de eso, nos valdremos por nosotros mismos de nuevo.

Dio media vuelta y se encaminó

hacia los arbustos. Sus gatos lo siguieron, mirando por encima del hombro a Corazón de Fuego y Látigo Gris. El joven guerrero advirtió que no todos confiaban en ellos ni creían en su ofrecimiento de ayuda.

La última en marcharse fue Vaharina, tras poner en pie a sus cachorros y guiarlos ladera arriba.

—Gracias a los dos —murmuró—. Nunca olvidaré esto.

Ambos amigos se quedaron solos cuando los gatos del Clan del Río desaparecieron entre los arbustos. Bajaron en dirección al río y Látigo Gris negó con la cabeza con incredulidad.

—¿Cazar para otro clan? Debemos de estar locos.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¿Dejarlos morir de hambre?

—¡No! Pero tendremos que ser muy cuidadosos. Acabaremos hechos picadillo si lo descubre Estrella Azul.

«O Garra de Tigre —añadió Corazón de Fuego en silencio—. Ya sospecha que tenemos amigos en el Clan del Río. Y podemos estar a punto de demostrarle que tiene razón».



13

Era una mañana fría y nublada. De mala gana, Corazón de Fuego salió de su cálido lecho y fue a despertar a Látigo Gris con un empujoncito.

—¿Qué…? —El guerrero gris dio una sacudida y volvió a ponerse cómodo, enroscando la cola sobre la nariz—. Lárgate, Corazón de Fuego.

Éste le propinó un cabezazo en uno de sus anchos omóplatos.

—Vamos, levántate —susurró al oído de su amigo—. Tenemos que cazar para el Clan del Río.

Al oír esto, Látigo Gris se incorporó y abrió las mandíbulas en un gran bostezo. Corazón de Fuego se sentía igual de cansado que él; facilitar carne fresca al clan rival mientras cumplían con sus obligaciones en el propio les estaba consumiendo todo su tiempo y energía. Habían cruzado el río con presas varias veces, y de momento habían tenido suerte. Ningún gato de su clan había descubierto lo que estaban

haciendo.

Desperezándose, Corazón de Fuego miró cautelosamente alrededor. La mayoría de los guerreros estaban acurrucados entre el musgo, dormidos; no harían preguntas incómodas. Garra de Tigre no era más que un bulto de pelaje atigrado en su lecho.

Salió por entre las ramas de la guarida. Al principio pensó que todos los demás gatos estaban durmiendo, pero entonces vio a Pecas salir de la maternidad y olfatear el aire. Como si no le hubiera gustado el viento crudo y húmedo que la recibió, dio marcha atrás casi instantáneamente.

Corazón de Fuego se volvió para mirar a Látigo Gris, que estaba sacudiéndose trocitos de musgo del pelo.

—De acuerdo —maulló—. Ya podemos irnos.

Atravesaron el claro en dirección al túnel de aulagas pero, justo cuando lo estaban alcanzando, una voz familiar exclamó a sus espaldas:

—¡Corazón de Fuego! ¡Corazón de Fuego!

Éste se quedó de piedra y miró atrás. Pequeño Nimbo iba como una flecha hacia ellos, aullando:

—¡Corazón de Fuego! ¡Espérame!

—¿Por qué tu pariente siempre aparece en los momentos más inoportunos? —gruñó Látigo Gris.

—El Clan Estelar sabrá —suspiró Corazón de Fuego.

—¿Adónde vais? —preguntó Pequeño Nimbo sin resuello tras frenar en seco ante los jóvenes guerreros—. ¿Puedo acompañaros?

—No —respondió Látigo Gris—. Sólo los aprendices pueden salir con los guerreros.

Pequeño Nimbo le lanzó una mirada de antipatía.

—Pero yo pronto seré aprendiz, ¿verdad, Corazón de Fuego?

—Pronto no significa ya —le recordó el joven guerrero, impaciente. Si se retrasaban mucho más, todo el clan estaría despierto y querrían saber adónde iban—. Esta vez no puedes venir, Pequeño Nimbo. Vamos a salir en una misión guerrera especial.

Los ojos azules de Pequeño Nimbo se dilataron de asombro.

—¿Es un secreto?

—Sí —siseó Corazón de Fuego—. Especialmente para los cachorros entrometidos.

—Yo no se lo contaré a nadie —prometió Pequeño Nimbo muy ansioso —. Corazón de Fuego, por favor, déjame

ir.

—No. —El joven intercambió una mirada de exasperación con Látigo Gris —. Escucha, Pequeño Nimbo, vuelve a la maternidad ahora mismo, y tal vez te lleve más tarde a hacer prácticas de caza. ¿De acuerdo?

—De acuerdo… supongo —respondió el cachorro, enfurruñado, pero dio media vuelta y se alejó.

Corazón de Fuego lo observó hasta que entró en la boca del túnel. Al cabo de unos momentos, estaba subiendo el barranco a la carrera con Látigo Gris a su lado.

—Espero que Pequeño Nimbo no le

cuente a todo el clan que hemos salido temprano con una misión secreta —resolló Látigo Gris.

—Bueno, nos preocuparemos de eso más tarde.

Se dirigieron a los pasaderos. El árbol caído seguía allí para ayudarlos a cruzar el río, y cazar cerca significaba que tendrían que recorrer menos distancia con las presas, y que era menos probable que los descubrieran.

Para cuando alcanzaron el lindero del bosque, la luz diurna era más intensa, pero la salida del sol quedaba oculta tras una masa de nubes grises. El viento arrastraba gotitas de lluvia.

Corazón de Fuego supuso que todas las presas sensatas estarían acurrucadas en sus madrigueras. Levantó la cabeza para olisquear. La brisa llevaba el olor de una ardilla, reciente y no muy lejano. Empezó a acechar entre los árboles. Pronto vio a su presa, rebuscando entre el mantillo al pie de un roble. Mientras el gato la observaba, ella se sentó y comenzó a mordisquear una bellota que sujetaba con las patas delanteras.

—Si nos descubre —le dijo Látigo Gris al oído—, trepará al árbol en un abrir y cerrar de ojos.

Corazón de Fuego asintió.

—Rodearemos el árbol —murmuró

—. Llegaremos hasta ella por ese lado.

Su amigo se separó de él, una silenciosa figura gris entre las sombras de los árboles. Corazón de Fuego se pegó al suelo, adoptando la posición del cazador, y empezó a avanzar sigilosamente hacia la ardilla. Vio cómo la criatura erguía las orejas y miraba alrededor como si algo la hubiera alarmado; tal vez había vislumbrado un movimiento de Látigo Gris o había captado su olor.

Entonces Corazón de Fuego saltó sobre ella. Sus uñas clavaron la ardilla al suelo, y Látigo Gris corrió a terminar el trabajo.

—Bien hecho —gruñó Corazón de Fuego.

Látigo Gris escupió un bocado de pelo.

—Es vieja y fibrosa, pero servirá.

Continuaron cazando hasta que reunieron un conejo y un par de ratones. Para entonces, aunque no podía verlo, Corazón de Fuego supuso que el sol estaría ya casi en lo más alto.

—Será mejor que llevemos esto al Clan del Río —maulló—. Pronto nos echarán de menos en el campamento.

Trastabillando un poco por el peso de la ardilla y uno de los ratones, abrió la marcha hasta el árbol caído. Para su

alivio, el agua no había subido más, y atravesar el río parecía más fácil después de haberlo hecho varias veces. Sin embargo, se sintió inquieto al pasar entre las ramas, consciente de que era bien visible para cualquier gato del Clan del Trueno que estuviera patrullando el lindero del bosque.

Nadaron el último tramo y salieron a la orilla del clan rival. Después de sacudirse el agua, se encaminaron rápidamente a los arbustos en que el Clan del Río había instalado su campamento provisional.

Debía de haber alguien vigilando, porque, cuando se acercaron,

Leopardina salió de entre los arbustos.

—Bienvenidos —maulló, mucho más amistosa que la primera vez que se los encontró con los dos cachorros rescatados.

Corazón de Fuego la siguió a la seguridad de las ramas de espino, recordando cómo Látigo Gris y él se habían escondido allí para esperar a Corriente Plateada. Los gatos del Clan del Río habían trabajado duro desde que la inundación los expulsó de su campamento. Habían recogido musgo para los lechos y excavado un lugar junto a las raíces de un gran arbusto donde almacenar la carne fresca. Ese

día no había más que unos pocos ratones y un par de mirlos, lo que volvió aún más valiosa la contribución de los gatos del Clan del Trueno. Corazón de Fuego dejó sus presas en el montón, y Látigo Gris lo imitó.

—¿Eso es más carne fresca? —Pedrizo apareció con Corriente Plateada justo detrás de él—. ¡Estupendo!

—Primero tenemos que alimentar a los veteranos y a las reinas que están amamantando —le recordó Leopardina.

—Yo llevaré algo a los veteranos —se ofreció Corriente Plateada. Dedicó una larga mirada a Látigo Gris y añadió—: Tú puedes ayudarme. ¿Cargas con

ese conejo?

Corazón de Fuego dio un respingo. Corriente Plateada no se arriesgaría a pasar un rato a solas con Látigo Gris en medio de su propio campamento, ¿verdad? En sus anteriores visitas, la gata había guardado las distancias.

Látigo Gris no necesitó otra invitación.

—Por supuesto —maulló. Agarró el conejo y siguió a Corriente Plateada fuera de los arbustos.

—Han tenido una buena idea —aprobó Pedrizo—. Corazón de Fuego, ¿quieres llevar la ardilla a las reinas con crías de pecho? Así podrán darte las

gracias personalmente.

Algo aturdido, el joven aceptó. Mientras seguía a Pedrizo, reflexionó sobre lo raro que era mirar al guerrero del Clan del Río sabiendo que era mitad del Clan del Trueno, especialmente porque el propio Pedrizo lo desconocía.

En la improvisada maternidad, se alegró de volver a ver a Vaharina, tendida de costado mientras sus cachorros mamaban felices. Pero no podía evitar preocuparse por su compañero. Después de saludar a las reinas y ayudarlas a repartir la ardilla, le dijo a Pedrizo en voz baja:

—¿Puedes enseñarme adónde ha ido

Látigo Gris? Deberíamos regresar antes de que alguien repare en nuestra ausencia.

—Claro. Por aquí —contestó Pedrizo, y lo guió hasta un lugar situado a lo largo de la elevación, donde tres o cuatro veteranos estaban acomodados en un lecho de brezo y hojas de helecho, comiéndose el conejo.

Látigo Gris y Corriente Plateada estaban observándolos en silencio, sentados juntos pero sin tocarse, con la cola enroscada alrededor de las patas. En cuanto vieron a Corazón de Fuego, se pusieron en pie y se le acercaron.

Los ojos del guerrero gris

centelleaban con una mezcla de ilusión y temor.

—¡Corazón de Fuego! —exclamó—. ¡No vas a creer lo que acaba de contarme Corriente Plateada!

Corazón de Fuego miró hacia atrás, pero Pedrizo ya estaba desapareciendo entre los arbustos. Los veteranos, tras terminar de comer, parecían adormilados y ninguno prestaba atención al guerrero gris.

—Está bien, ¿qué pasa? —maulló Corazón de Fuego, mientras se le empezaba a erizar el pelo de inquietud —. Pero habla en voz baja.

Látigo Gris parecía a punto de

estallar.

—Pues que Corriente Plateada y yo ¡vamos a tener cachorros! —susurró.



14

Con el corazón desbocado, el joven guerrero miró a la pareja. Ella se estremeció de felicidad; sus ojos verdes relucían de orgullo.

—¿Qué vais a tener cachorros? —repitió alarmado—. ¿Es que os habéis vuelto locos? ¡Será un desastre!

Látigo Gris parpadeó sin mirar a su

amigo.

—No… no necesariamente. Es decir, esos cachorros nos unirán para siempre.

—Pero ¡procedéis de clanes diferentes! —protestó Corazón de Fuego. La inquietud que reflejaba la cara de su amigo indicaba que sabía de sobra qué problemas iban a provocar esos gatitos—. Ni siquiera podrás reclamarlos como hijos tuyos, Látigo Gris. Y tú, Corriente Plateada —añadió, volviéndose hacia la gata—, no podrás contarle a nadie quién es el padre.

—Me da igual —replicó ella, dándose un lametón en el pecho—. Yo lo

sabré. Es lo único que importa.

Látigo Gris no parecía tan seguro de eso.

—Es absurdo que nadie pueda saberlo —musitó—. No hemos hecho nada vergonzoso. —Se pegó al costado de Corriente Plateada y lanzó a su amigo una mirada de impotencia.

—Yo sé que eso es lo que sientes —admitió Corazón de Fuego con énfasis—. Pero esto no es bueno, Látigo Gris; y lo sabes.

Se le encogió el corazón al pensar en los problemas que aquello causaría en el futuro. Cuando los cachorros crecieran y se convirtieran en guerreros,

¡Látigo Gris podría tener que luchar contra ellos! Estaría dividido entre la lealtad a la sangre de su sangre y la lealtad a su clan y el código guerrero. No veía cómo su amigo podría mantenerse fiel a ambas cosas.

Se preguntó si habría sucedido lo mismo con Vaharina y Pedrizo. ¿Sus padres del Clan del Trueno habrían tenido que combatir alguna vez contra ellos? Recordó a Corazón de Roble, intentando defenderlos del ataque del Clan del Trueno: ¿cómo les habría explicado eso el guerrero del Clan del Río? Era una situación imposible, y ahora todo volvería a empezar con una

nueva camada de cachorros.

Pero Corazón de Fuego sabía que era inútil decir nada de eso. Miró arriba y abajo la línea de arbustos por si se estaba acercando algún gato, y luego maulló:

—Es hora de que nos marchemos. El sol ya debe de estar en lo más alto. Nos echarán de menos en el campamento.

Látigo Gris tocó suavemente la nariz de Corriente Plateada con la suya.

—Corazón de Fuego tiene razón —murmuró—. Debemos irnos. Y no te preocupes —añadió—. Serán los cachorros más hermosos del bosque.

La gata entornó los ojos

afectuosamente, y habló con un profundo ronroneo:

—Lo sé. Encontraremos la manera de resolver esto.

Se quedó observando cómo los dos guerreros salían de entre los arbustos y bajaban la ladera hacia el río crecido. Látigo Gris no dejaba de mirar atrás, como si no soportara alejarse de su amada.

Corazón de Fuego sintió como si se hubiera tragado una piedra. «¿Cuánto tiempo pasará antes de que alguien descubra esto?», se preguntó.

Mientras cruzaban el tronco para regresar a su territorio, Corazón de Fuego seguía con un nudo en el estómago por la ansiedad, aunque intentaba sacarse el problema de la cabeza. En ese momento era más importante decidir qué contar si alguien había notado su ausencia.

—Creo que deberíamos cazar un poco —le dijo a Látigo Gris—. Así por lo menos…

Lo interrumpió un emocionado maullido en el lindero del bosque:

—¡Corazón de Fuego! ¡Corazón de

Fuego!

El joven guerrero se quedó mirando incrédulo cómo un cuerpecillo blanco irrumpía por los helechos que bordeaban los árboles: ¡Pequeño Nimbo!

—¡Oh, cagarrutas de ratón! —masculló Látigo Gris.

Corazón de Fuego avanzó por la hierba.

—Pequeño Nimbo, ¿qué estás haciendo aquí? Te había dicho que te quedaras en la maternidad.

—He seguido vuestro rastro —anunció muy ufano—. Desde el campamento.

Mirando los relucientes ojos azules del cachorro, Corazón de Fuego sintió náuseas de aprensión. Sus oportunidades de regresar al campamento con la historia de que habían salido temprano a cazar acababan de esfumarse. Pequeño Nimbo debía de haberlos visto cruzar el río.

—He seguido vuestro rastro oloroso hasta los pasaderos —continuó el cachorro—. Corazón de Fuego, ¿qué estabais haciendo en el territorio del Clan del Río?

Antes de que pudiera improvisar una respuesta, sonó otra voz… un gruñido grave y amenazador:

—Sí, a mí también me gustaría saberlo.

A Corazón de Fuego se le aflojaron las patas al ver a Garra de Tigre abrirse paso entre los helechos marrones y quebradizos.

—¡Corazón de Fuego es muy valiente! —exclamó Pequeño Nimbo, mientras al joven guerrero, con la boca medio abierta, se le derretía el cerebro de terror—. Ha salido en una misión guerrera especial… Eso es lo que me ha contado.

—¿Ah, sí? —siseó Garra de Tigre, con un fulgor de interés en los ojos—. ¿Y te ha contado también en qué

consistía esa misión especial?

—No, pero me lo imagino. —Pequeño Nimbo se estremeció de emoción—. Ha ido con Látigo Gris a espiar al Clan del Río. Corazón de Fuego, ¿has…?

—Silencio, pequeño —lo interrumpió el lugarteniente—. ¿Y bien? —desafió al joven guerrero—. ¿Es eso cierto?

Corazón de Fuego miró de reojo a Látigo Gris. Su amigo estaba petrificado y sus ojos amarillos miraban horrorizados al lugarteniente; era obvio que no iba a serle de gran ayuda.

—Queríamos ver hasta dónde había

llegado la inundación —maulló Corazón de Fuego. Eso no era exactamente una mentira.

—¡Oh! —Garra de Tigre hizo una pausa para mirar en todas direcciones lentamente, y luego preguntó—: ¿Qué ha pasado con el resto de vuestra patrulla? Algún gato debe de haberos enviado —añadió—. No he sido yo, aunque soy quien ha organizado todas las demás patrullas.

—Sólo pensábamos… —empezó Látigo Gris débilmente.

Garra de Tigre no le hizo caso. Acercó tanto la cabeza a Corazón de Fuego que éste pudo oler su aliento

rancio.

—En mi opinión, minino casero, eres excesivamente amistoso con el Clan del Río. Quizá hayas ido a su territorio a espiar… o puede que estés espiando para ellos. ¿En qué lado estás?

—¡No tienes derecho a acusarme! —Corazón de Fuego erizó el lomo—. Yo soy leal al Clan del Trueno.

De la garganta de Garra de Tigre brotó un gruñido profundo.

—Entonces no te importará que le contemos a Estrella Azul lo de esta expedición tuya. Y veremos si ella cree que eres tan leal… Y en cuanto a ti… —Fulminó con la mirada a Pequeño

Nimbo, quien intentó sostener aquella mirada ámbar con audacia, pero no pudo evitar retroceder un paso—. Estrella Azul ordenó que los cachorros no salieran solos del campamento. ¿O es que crees que las órdenes del clan no te incluyen a ti, como le pasa al minino casero de tu pariente?

Por una vez, Pequeño Nimbo no respondió; sus ojos azules parecían aterrorizados.

Garra de Tigre dio media vuelta y se dirigió a los árboles con largos pasos.

—Vamos, estamos perdiendo el tiempo. Seguidme todos —gruñó.

Cuando llegaron al campamento, Corazón de Fuego vio a Estrella Azul al pie de la Peña Alta. Una patrulla formada por Tormenta Blanca, Rabo Largo y Musaraña la estaba informando.

—El arroyo se ha desbordado hasta el Sendero Atronador —decía Tormenta Blanca—. Si el nivel del agua no baja, no podremos llegar a la próxima Asamblea.

—Aún queda tiempo antes de… —Estrella Azul se interrumpió al ver acercarse a Garra de Tigre—. ¿Qué ocurre?

—Te he traído a estos gatos —gruñó el lugarteniente—. Un cachorro

desobediente y dos traidores.

—¡Traidores! —repitió Rabo Largo. Sus ojos se clavaron en los de Corazón de Fuego con un brillo desagradable—. Justo lo que me esperaba de una mascota —añadió con desprecio.

—Ya basta —ordenó la líder con la leve insinuación de un gruñido. Inclinó la cabeza hacia los componentes de la patrulla—. Podéis iros, todos. —Cuando se alejaron, se volvió hacia Garra de Tigre—. Cuéntame qué ha ocurrido.

—Vi a este cachorro saliendo del campamento —empezó el lugarteniente, señalando a Pequeño Nimbo con la cola

—, después de que hubieras ordenado que ni los cachorros ni los aprendices salieran sin un guerrero. Pensaba traerlo de regreso, pero al llegar al barranco me di cuenta de que estaba siguiendo un rastro oloroso. —Hizo una pausa para mirar desafiante a Corazón de Fuego y Látigo Gris—. El rastro llevaba hasta los pasaderos, río abajo de las Rocas Soleadas. ¿Y qué es lo que me encontré allí? Pues a estos dos valientes guerreros, volviendo del territorio del Clan del Río. Cuando les pregunté qué estaban haciendo, adujeron que querían comprobar hasta dónde se extendía la inundación.

Corazón de Fuego se preparó para la ira de Estrella Azul, pero la líder permaneció tranquila.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

Durante el trayecto de vuelta desde los pasaderos, Corazón de Fuego había tenido tiempo para pensar. No se imaginaba los problemas que tendría si intentaba mentirle a Estrella Azul de nuevo. Ahora, al ver la sabiduría en el rostro de la gata y la penetrante mirada de sus ojos azules, supo que tenía que contarle la verdad.

—Sí —admitió—. Podemos explicarlo, pero… —Miró de soslayo a Garra de Tigre.

Estrella Azul cerró los ojos un momento. Cuando volvió a abrirlos, su expresión era tan indescifrable como siempre.

—Garra de Tigre, yo me ocuparé de esto. Puedes irte.

El lugarteniente puso cara de querer protestar, pero guardó silencio bajo la firme mirada de Estrella Azul. Se despidió con un breve gesto de cabeza y se encaminó al montón de carne fresca.

—Veamos, Pequeño Nimbo —maulló Estrella Azul, volviéndose hacia el cachorro blanco—: ¿sabes por qué ordené que los cachorros y aprendices no salieran solos?

—Porque las inundaciones son peligrosas —contestó Pequeño Nimbo —. Pero yo…

—Tú me has desobedecido y debes ser castigado. Ésa es la ley del clan.

Corazón de Fuego pensó que Pequeño Nimbo iba a protestar, pero, para su alivio, el cachorro bajó la cabeza y maulló:

—Sí, Estrella Azul.

—Hace poco, Garra de Tigre te encargó que ayudaras unos días a los veteranos, ¿verdad? Muy bien, puedes retomar esas tareas. Es un honor servir a los mayores, y debes aprender que también es un honor obedecer las leyes.

Ahora vete, a ver si tienen trabajo para ti.

Pequeño Nimbo inclinó la cabeza y echó a correr por el claro con la cola muy tiesa. Corazón de Fuego sospechaba que el cachorro disfrutaba bastante cuidando de los veteranos, y que el castigo no era tan malo como podría haber sido. Le preocupaba que Pequeño Nimbo no hubiera aprendido todavía la lección sobre el respeto a las costumbres del clan.

Estrella Azul se puso cómoda sentándose sobre las patas.

—Contadme lo sucedido —invitó a los guerreros.

Tras respirar hondo, Corazón de Fuego le explicó cómo Látigo Gris y él habían rescatado a los cachorros del Clan del Río, y cómo unos guerreros de ese clan los habían conducido a su campamento.

—Aunque en realidad no pudimos ir a su campamento —maulló—. Ha quedado sumergido. De momento, se han instalado en unos arbustos de un terreno más alto.

—Ya veo… —murmuró Estrella Azul.

—No tienen mucho sitio donde resguardarse —continuó el joven—. Y les está resultando difícil encontrar

presas. Nos contaron que los Dos Patas han envenenado el río. Los gatos que comen peces caen enfermos.

Mientras hablaba, notó una expresión de inquietud en Látigo Gris, como si a su amigo le pareciera peligroso revelar tantos detalles de la debilidad del Clan del Río. Corazón de Fuego sabía que algunos gatos considerarían aquello como una buena oportunidad para atacar al clan rival. Pero él creía que Estrella Azul no era así. Ella jamás intentaría aprovecharse de los problemas de otros, menos aún en la estación sin hojas.

—De modo que sentimos que

teníamos que hacer algo —concluyó Corazón de Fuego—. Y… bien, nos ofrecimos a cazar para el Clan del Río en nuestro territorio. Hemos estado llevando carne fresca al otro lado del río. Garra de Tigre nos ha visto hoy cuando volvíamos.

—No somos traidores —intervino Látigo Gris—. Sólo queríamos ayudar.

Estrella Azul se volvió hacia él, y después de nuevo hacia Corazón de Fuego. Parecía seria, pero en sus ojos había un brillo de comprensión.

—Lo entiendo —murmuró—. Incluso respeto vuestras buenas intenciones. Pero sabéis de sobra que no

podéis encargaros de ciertas cosas por vuestra cuenta y riesgo. Habéis actuado engañosamente al escaparos de esa manera. Habéis mentido a Garra de Tigre… o al menos no le habéis contado la verdad —añadió, antes de que Corazón de Fuego pudiera protestar—. Y habéis cazado para otro clan antes que para el vuestro. No es así como se comportan los guerreros.

Incómodo, Corazón de Fuego tragó saliva y miró a su amigo con el rabillo del ojo. Látigo Gris tenía la cabeza inclinada y se miraba las patas avergonzado.

—Sabemos todo eso —admitió

Corazón de Fuego—. Lo lamentamos.

—Lamentarlo no siempre es suficiente —repuso Estrella Azul con voz algo cortante—. Tendréis que ser castigados. Y ya que no os habéis comportado como guerreros, veremos si recordáis lo que suponía ser aprendices. De ahora en adelante, cazaréis para los veteranos y os ocuparéis de sus necesidades. Y cuando cacéis, otro guerrero os supervisará.

—¿Qué? —Corazón de Fuego no pudo evitar escandalizarse.

—Habéis quebrantado el código guerrero —le recordó la gata—. Como ya no se puede confiar en vosotros, iréis

con alguien que sí sea de confianza. No debe haber más visitas al Clan del Río.

—Pero no nos convertiremos en aprendices de nuevo, ¿verdad? —preguntó Látigo Gris con ansiedad.

—No. —Estrella Azul dejó que un destello divertido suavizara su mirada—. Seguís siendo guerreros. Una hoja no puede volver al brote. Pero viviréis como aprendices hasta que considere que habéis aprendido la lección.

Corazón de Fuego se obligó a respirar con normalidad. Estaba tan orgulloso de ser guerrero que lo abrumaba la vergüenza ante la idea de perder sus privilegios como tal. Pero

sabía que era inútil discutir con Estrella Azul, y en lo más profundo admitía que el castigo era justo. Inclinó la cabeza respetuosamente.

—Muy bien, Estrella Azul.

—Y de verdad que lo lamentamos mucho —añadió Látigo Gris.

—Lo sé. —La gata le hizo una señal con la cabeza—. Tú puedes irte, Látigo Gris. Corazón de Fuego, quédate un momento.

Sorprendido, el joven guerrero esperó algo nervioso para saber qué quería la líder del clan.

La gata aguardó hasta que Látigo Gris ya no podía oírlos. Entonces

preguntó:

—Dime, ¿ha muerto algún gato del Clan del Río en las inundaciones? —Sonó abstraída, y por una vez no miró al joven a los ojos—. ¿Algún guerrero?

—No que yo sepa. Estrella Doblada no mencionó que hubiera muerto ningún gato.

Estrella Azul frunció el entrecejo, pero no hizo más preguntas. Movió levemente la cabeza, como para sí misma. Después, tras una breve vacilación, despachó al joven.

—Busca a Látigo Gris y dile que podéis comer —ordenó con voz inexpresiva y firme de nuevo—. Y

mándame a Garra de Tigre.

Corazón de Fuego inclinó la cabeza y se levantó para irse. Mientras cruzaba el claro, se volvió para mirar a la líder, que seguía sentada al pie de la Peña Alta, con los ojos clavados en el infinito. No pudo evitar sentirse perplejo por sus apremiantes preguntas. «¿Por qué tendrían que preocuparle tanto los guerreros del Clan del Río?», se preguntó.



15

—Bueno, pero si es nuestro nuevo aprendiz: ¡Zarpa de Fuego!

Corazón de Fuego levantó la vista del campañol que estaba comiendo y vio cómo Rabo Largo se acercaba pavoneándose y ondeando la cola en el aire.

—¿Listo para una sesión de

entrenamiento? —se mofó—. Garra de Tigre me ha mandado que sea tu mentor.

Tomándose su tiempo, Corazón de Fuego engulló el último bocado de campañol y se puso en pie. Se imaginaba qué había sucedido. Estrella Azul le había hablado a Garra de Tigre del castigo, y al lugarteniente le había faltado tiempo para organizar la primera patrulla. Naturalmente, había escogido como supervisor al guerrero que menos tragaba a Corazón de Fuego.

A su lado, Látigo Gris se levantó de un salto y dio un paso hacia Rabo Largo.

—Mucho cuidado con lo que dices —gruñó—. ¡No somos aprendices!

—Eso no es lo que he oído —replicó Rabo Largo, relamiéndose con deleite, como si acabara de tomar un sabroso bocado.

—Entonces será mejor que lo dejemos claro —siseó Corazón de Fuego, empezando a sacudir la cola—. ¿Quieres que te desgarre la otra oreja?

Rabo Largo retrocedió, seguramente recordando la llegada al campamento de Corazón de Fuego. Éste había peleado ferozmente con él, sin mostrar miedo pese a sus burlas de «minino casero». Corazón de Fuego sabía que, aunque los otros gatos dejaran a Rabo Largo olvidar su derrota, su oreja partida se lo

recordaría para siempre.

—Será mejor que os andéis con cuidado —fanfarroneó—. Garra de Tigre os arrancará la cola si me tocáis.

—Valdría la pena —replicó Corazón de Fuego—. Vuelve a llamarme Zarpa de Fuego y lo verás.

Rabo Largo no dijo nada; se limitó a girar la cabeza para lamerse el pelaje claro. Corazón de Fuego relajó su postura amenazante.

—Vale —gruñó—. Si vamos a cazar, pongámonos patas a la obra.

Látigo Gris y él abrieron la marcha por el túnel de aulagas y barranco arriba. Rabo Largo los siguió,

sugiriendo dónde cazar, como si estuviese al mando, pero, una vez que llegaron al bosque, ambos amigos se dedicaron a ningunearlo.

El día era frío y gris, y había empezado a caer una fina lluvia. Resultaba difícil encontrar presas. Látigo Gris captó movimiento en unas hojas de helecho y fue a investigar. Corazón de Fuego ya estaba a punto de darse por vencido cuando vio un pinzón alrededor de las raíces de un avellano. El guerrero se agazapó y empezó a avanzar paso a paso mientras el pájaro picoteaba desprevenido.

Estaba preparándose para saltar,

balanceando las ancas, cuando Rabo Largo exclamó burlón:

—¿A eso lo llamas acechar? ¡He visto un conejo con tres patas haciéndolo mejor!

En cuanto abrió la boca, el pinzón huyó revoloteando, con un chillido de alarma.

Corazón de Fuego dio media vuelta furioso.

—¡Mira lo que has hecho! —gruñó—. En cuanto te ha oído…

—Tonterías —maulló Rabo Largo—. No pongas excusas. No podrías cazar un ratón aunque se te sentara entre las patas.

Corazón de Fuego agachó las orejas y mostró los colmillos, pero, mientras se preparaba para una pelea, se preguntó si Rabo Largo no estaría provocándolo deliberadamente. Si lo atacaba, éste tendría una buena historia que contarle a Garra de Tigre.

—Bien —gruñó el joven guerrero entre dientes—. Si tan bueno eres, enséñanos cómo se hace.

—Como que va a quedar alguna presa después del escándalo que ha armado ese pájaro —contestó Rabo Largo despectivo.

—¿Quién está poniendo excusas ahora? —le espetó Corazón de Fuego.

Antes de que Rabo Largo pudiera replicar, Látigo Gris salió de entre los helechos con un campañol en la boca. Lo dejó junto a Corazón de Fuego y se puso a echarle tierra encima para reservarlo hasta que tuvieran que regresar al campamento.

Rabo Largo aprovechó la interrupción para ir deprisa hacia el túnel que Látigo Gris había abierto entre los helechos.

El guerrero gris lo observó irse.

—¿Qué es lo que le pasa? Parece como si hubiera tragado bilis de ratón.

Corazón de Fuego se encogió de hombros.

—Nada. Vamos, sigamos buscando.

Después de aquello, Rabo Largo los dejó en paz, y para el crepúsculo, los dos jóvenes guerreros habían formado un respetable montón de carne fresca que llevar al campamento.

—Tú llévales un poco a los veteranos —propuso Corazón de Fuego cuando dejaron las últimas piezas—. Yo iré a ver a Fauces Amarillas y Carbonilla.

Escogió una ardilla y se encaminó a la guarida de la curandera. Fauces Amarillas se encontraba frente a la grieta de la roca, con Carbonilla sentada delante de ella. La antigua aprendiza de

Corazón de Fuego parecía contenta y alerta. Estaba muy tiesa, con la cola enroscada alrededor de las patas y sus ojos azules clavados en la anciana gata, a la que escuchaba.

—Podemos mascar hierba cana y mezclarla con bayas de enebro machacadas —dijo Fauces Amarillas con voz ronca—. Así se prepara una buena cataplasma para las articulaciones doloridas. ¿Quieres probar a hacerlo?

—¡Claro! —maulló Carbonilla entusiasmada. Se levantó de un salto y olfateó el montoncito de hierbas que Fauces Amarillas había dejado en el suelo—. ¿Tiene mal sabor?

—No —respondió la curandera—, pero procura no tragarla. Un poco no te hará ningún daño, pero demasiado te dará dolor de barriga. Sí, Corazón de Fuego, ¿qué quieres?

El joven cruzó el claro arrastrando la ardilla entre las patas. Carbonilla ya estaba inclinada ante la hierba cana, mascando vigorosamente, pero movió la cola a modo de saludo.

—Esto es para vosotras —dijo el guerrero tras dejar la ardilla junto a Fauces Amarillas.

—Oh, sí. Viento Veloz me ha dicho que estabais volviendo a hacer tareas de aprendices —gruñó la vieja curandera

—. ¡Cerebro de ratón! Deberíais haber sabido que alguien descubriría que estabais ayudando al Clan del Río.

—Bueno, eso ya está hecho. —Corazón de Fuego no quería hablar de su castigo.

Para su alivio, Fauces Amarillas pareció contenta de cambiar de tema.

—Me alegra que hayas venido —maulló—, porque quería hablar contigo. ¿Ves esa cataplasma? —Señaló con el hocico la pasta verde de hojas mascadas que Carbonilla estaba preparando.

—Sí.

—Es para Orejitas. Ahora está en mi guarida, con el peor caso de

articulaciones agarrotadas que he visto en lunas. Apenas puede moverse. Y si me pides mi opinión, te diré que se debe a que hace poco han renovado su lecho con musgo húmedo. —Su tono era amable, pero sus ojos amarillos abrasaron los de Corazón de Fuego.

El joven sintió que se le encogía el corazón.

—Esto tiene que ver con Pequeño Nimbo, ¿verdad?

—Creo que sí. No ha tenido cuidado con el musgo nuevo que ha recogido. Me da la impresión de que ni siquiera se ha molestado en sacudirle el agua de encima.

—Pero yo le enseñé cómo… —Corazón de Fuego se interrumpió. Ya tenía bastantes problemas; no era justo que también tuviera que ocuparse de resolver los de Pequeño Nimbo. Respiró hondo—. Hablaré con él —prometió.

—Hazlo —gruñó Fauces Amarillas.

Carbonilla se incorporó, escupiendo restos de hierba cana.

—¿Está bastante mascada?

Fauces Amarillas inspeccionó su trabajo.

—Excelente —maulló.

Los ojos azules de Carbonilla relucieron con el elogio, y Corazón de

Fuego miró con admiración a la vieja curandera. Lo reconfortaba ver que Carbonilla se sentía útil y necesaria.

—Ahora ya puedes traer las bayas de enebro —añadió la vieja gata—. Veamos… Con tres bastará. ¿Sabes dónde las guardo?

—Sí, Fauces Amarillas. —Carbonilla se encaminó hacia la grieta de la roca, saltando a pesar de su cojera y con la cola muy tiesa. En la entrada de la guarida miró atrás—. Gracias por la ardilla, Corazón de Fuego —maulló antes de desaparecer.

Fauces Amarillas la miró con aprobación y soltó un ronroneo oxidado.

—Ahí hay una gata que sabe lo que está haciendo —murmuró.

Corazón de Fuego estaba de acuerdo. Le gustaría poder decir lo mismo de su parentela.

—Iré a buscar a Pequeño Nimbo ahora mismo.

Suspiró, tocando el costado de Fauces Amarillas con la nariz, antes de abandonar la guarida.

El cachorro blanco no estaba en la maternidad, de modo que probó en el recinto de los veteranos. Al entrar, oyó la voz de Medio Rabo:

—Así que el líder del Clan del Tigre acechó al zorro una noche y un día, y en

la segunda noche… Hola, Corazón de Fuego, ¿has venido a escuchar la historia?

El joven guerrero miró alrededor. Medio Rabo estaba enroscado sobre el musgo, con Centón y Cola Moteada cerca de él. Pequeño Nimbo estaba acomodado en la curva del cuerpo del gran atigrado, con los ojos azules dilatados de asombro mientras se imaginaba a los poderosos gatos rayados del Clan del Tigre. En el suelo de la guarida había unos pocos restos de carne fresca; por el olor que desprendía el pelo del cachorro, Corazón de Fuego supuso que los veteranos habían

compartido su comida con él.

—Gracias, Medio Rabo —contestó—, pero no puedo quedarme. Sólo quería hablar con Pequeño Nimbo. Fauces Amarillas dice que ha estado trayendo musgo húmedo para renovar los lechos.

Cola Moteada soltó un resoplido.

—¡Qué tontería!

—Fauces Amarillas ha prestado oídos a Orejitas —intervino Centón—. Orejitas se quejaría aunque el Clan Estelar bajara del Manto Plateado para traerle musgo nuevo.

Corazón de Fuego notó un picor de incomodidad. No esperaba que los

veteranos disculparan a Pequeño Nimbo.

—Bueno, ¿lo has hecho o no? —preguntó, mirando muy serio al cachorro.

Pequeño Nimbo parpadeó.

—He intentado hacerlo bien, Corazón de Fuego.

—No es más que un cachorro —señaló Cola Moteada.

—Sí, bueno… —Corazón de Fuego rascó el suelo de la guarida—. Orejitas tiene las articulaciones doloridas.

—Orejitas tiene las articulaciones doloridas desde hace estaciones —repuso Medio Rabo—. Mucho antes de

que naciera este cachorro. Tú ocúpate de tus asuntos, Corazón de Fuego, y deja que nosotros nos ocupemos de los nuestros.

—Lo siento —masculló el joven—. Entonces me iré. Y en el futuro, Pequeño Nimbo, asegúrate de poner un cuidado especial con el musgo húmedo, ¿de acuerdo?

Mientras salía de la guarida, oyó maullar a Pequeño Nimbo:

—Sigue, Medio Rabo. ¿Qué hizo entonces el líder del Clan del Tigre?

Corazón de Fuego se alegró de llegar al claro. No podía evitar pensar que probablemente Pequeño Nimbo

había sido descuidado con el musgo, pero daba la impresión de que el resto de los veteranos no iba a decir ni una palabra en su contra.

Como ya había cazado para los veteranos, era libre para comer, de modo que se dirigió al montón de carne fresca. Advirtió que Cola Rota estaba fuera de su refugio. Garra de Tigre se hallaba a su lado; los dos gatos estaban compartiendo lenguas como viejos amigos.

Inesperadamente conmovido por la escena, Corazón de Fuego se detuvo. ¿El lado compasivo de Garra de Tigre estaría haciendo una de sus raras

apariciones? Apenas podía percibir el susurro de la voz del lugarteniente; estaba demasiado lejos para distinguir las palabras. Cola Rota le contestó brevemente, con aspecto más relajado, como si estuviera respondiendo a la amabilidad de Garra de Tigre.

De pronto, Corazón de Fuego notó que en su interior brotaban las antiguas dudas sobre acusar al lugarteniente. Todos los gatos sabían que el atigrado oscuro era un luchador fiero y valeroso, y que manejaba las responsabilidades de su cargo con una seguridad natural. Pero Corazón de Fuego jamás había visto nada que mostrara que poseía la

compasión de un verdadero líder, hasta ahora, con Cola Rota…

La cabeza le dio vueltas. Tal vez la líder tuviese razón y Garra de Tigre no fuera culpable de la muerte de Cola Roja. Tal vez el accidente de Carbonilla no hubiese sido más que eso, un accidente, en vez de una trampa. «¿Y si resulta que siempre has estado equivocado? —se preguntó—. Supón que Garra de Tigre es sólo lo que parece ser: un lugarteniente leal y eficaz».

Pero era incapaz de creer tal cosa. Y mientras se acercaba lentamente al montón de carne fresca, deseó por encima de todo poder liberarse del peso


de lo que sabía.



16

Corazón de Fuego salió de entre los helechos que rodeaban el dormitorio de los aprendices y estiró las patas delanteras. Acababa de amanecer, y el cielo ya lucía azul pálido, augurando buen tiempo tras días de nubes y lluvia.

En opinión de Corazón de Fuego, dormir en la guarida de los aprendices

era la peor parte del castigo. Cada vez que entraba allí, Espino y Centellina se quedaban mirándolo con los ojos como platos, como si no pudieran creer lo que estaban viendo. Fronde se mostraba incómodo, mientras que Zarpa Rauda —probablemente espoleado por su mentor Rabo Largo— se burlaba abiertamente. A Corazón de Fuego le costaba relajarse, y su descanso se veía interrumpido por sueños en los que Jaspeada corría hacia él maullando una advertencia que jamás recordaba al despertar.

Abrió la boca en un enorme bostezo y se acomodó para lavarse a fondo.

Látigo Gris seguía durmiendo; pronto tendría que despertarlo y buscar un guerrero que los supervisara en una nueva patrulla de caza.

Mientras se lavaba, vio a Estrella Azul y Garra de Tigre sentados al pie de la Peña Alta, enfrascados en una conversación. Se preguntó de qué estarían hablando. Entonces Estrella Azul lo llamó con una sacudida de la cola. El joven guerrero se levantó al instante y cruzó el claro corriendo.

—Corazón de Fuego —maulló Estrella Azul cuando él estuvo cerca—, Garra de Tigre y yo pensamos que Látigo Gris y tú ya habéis tenido

suficiente castigo. Podéis volver a ser guerreros de pleno derecho.

Corazón de Fuego casi sintió vértigo del alivio.

—Gracias, Estrella Azul —contestó.

—Esperemos que esto os haya enseñado la lección —gruñó el lugarteniente.

—Garra de Tigre va a llevar una patrulla hasta los Cuatro Árboles —continuó la líder antes de que Corazón de Fuego pudiera responder—. Dentro de dos noches, la luna estará llena, y necesitamos saber si podremos llegar a la Asamblea. Garra de Tigre, ¿querrías llevarte a Corazón de Fuego contigo?

El joven no pudo descifrar el brillo de los ojos ámbar del lugarteniente. No parecía contento —Garra de Tigre nunca lo parecía—, pero mostraba cierta satisfacción oscura, como si disfrutara poniéndolo a prueba. A Corazón de Fuego no le importó. Le emocionaba que Estrella Azul confiara en él de nuevo para una auténtica misión guerrera.

—Puede venir —aceptó Garra de Tigre—. Pero si mete la pata, querré saber por qué. —Su oscuro pelaje se onduló cuando se puso en pie—. Buscaré a otro guerrero que nos acompañe.

Corazón de Fuego lo observó

mientras cruzaba el claro y desaparecía en la guarida de los guerreros.

—Esta Asamblea será importante —murmuró la líder a su lado—. Tenemos que averiguar cómo están sobrellevando las inundaciones los demás clanes. Para nuestro clan es crucial estar allí.

—Encontraremos la manera, Estrella Azul —aseguró Corazón de Fuego.

Pero su seguridad se esfumó al cabo de un momento, cuando Garra de Tigre salió de la guarida. Lo seguía Rabo Largo. Daba la impresión de que el lugarteniente había escogido al tercer miembro de la patrulla deliberadamente para perjudicar a Corazón de Fuego.

Éste sintió un nudo de aprensión en el estómago. No estaba seguro de querer salir solo con Garra de Tigre y Rabo Largo. Aún tenía fresco el recuerdo de la batalla contra el Clan del Río, cuando el lugarteniente lo vio debatirse con un fiero guerrero y no hizo ni amago de ayudarlo. Y Rabo Largo era su enemigo desde el primer día que pisó el campamento.

Durante un momento, en la cabeza de Corazón de Fuego giraron terribles imágenes de los dos gatos volviéndose contra él en lo más profundo del bosque y asesinándolo. Luego regresó a la realidad. Se estaba asustando solo como

un cachorro al escuchar los relatos de un veterano. Sin duda, Garra de Tigre le haría exigencias irrazonables y Rabo Largo disfrutaría cada instante, pero él no temía los desafíos. ¡Les enseñaría que era un guerrero tan valioso como ellos en todo lo fundamental!

Tras despedirse respetuosamente de Estrella Azul, cruzó el claro corriendo y siguió a Garra de Tigre y Rabo Largo fuera del campamento.

El sol fue subiendo y el cielo se tornó de un azul profundo mientras los tres gatos atravesaban el bosque hacia los Cuatro Árboles. Los helechos se inclinaban con el peso de relucientes

gotas de rocío. Los pájaros cantaban y las ramas susurraban con hojas recién abiertas. La estación de la hoja nueva había llegado por fin.

Mientras iba detrás de Garra de Tigre, a Corazón de Fuego lo distraían los tentadores movimientos del sotobosque, donde las presas correteaban de aquí para allá. Al cabo de un rato, el lugarteniente les permitió parar a cazar. Garra de Tigre estaba de un buen humor muy poco habitual; incluso se relajó lo bastante como para elogiar a Corazón de Fuego cuando saltó sobre un campañol particularmente veloz. Hasta Rabo Largo se guardó sus

hostiles comentarios para sí mismo.

Cuando retomaron la marcha, Corazón de Fuego notaba el estómago reconfortado y lleno con el campañol que se había zampado. Su inquietud se desvaneció. En un día como aquél no podía evitar sentirse optimista; seguro que pronto tendrían buenas noticias para Estrella Azul.

Llegaron a lo alto de una pendiente y se inclinaron a mirar el arroyo que atravesaba el territorio del Clan del Trueno, separándolo de los Cuatro Árboles. Garra de Tigre soltó un bufido y Rabo Largo maulló afligido.

Corazón de Fuego sintió la misma

exasperación. Normalmente, el arroyo era tan poco profundo que los gatos podían cruzarlo sin dificultad: saltaban de roca en roca sin ni siquiera mojarse las patas. Ahora el agua se había extendido a ambos lados como una sábana reluciente, mientras que el curso original del arroyo era una corriente rápida y turbulenta.

—¿A alguien le apetece cruzar eso? —resopló Rabo Largo—. A mí no.

Sin decir ni una palabra, Garra de Tigre empezó a andar arroyo arriba, siguiendo el borde de la inundación hacia el Sendero Atronador. El terreno ascendía suavemente, y al cabo de poco

Corazón de Fuego vio que la brillante superficie quedaba rota por montecillos de hierba y matas de helechos que asomaban por encima del agua.

—Esto no es tan profundo como informó Tormenta Blanca la última vez —maulló Garra de Tigre—. Intentaremos cruzar por aquí.

Corazón de Fuego tenía sus dudas sobre la profundidad del agua, pero se las guardó para sí. Sabía que si protestaba se ganaría las burlas habituales por su blandura de antiguo minino casero. Así que siguió en silencio a Garra de Tigre, que ya estaba vadeando el arroyo. Rabo Largo sacudía

las orejas nerviosamente mientras chapoteaba detrás de él.

El agua que le lamió las patas estaba fría. Avanzó con cuidado, dibujando un zigzag hacia la orilla más cercana mientras saltaba de una mata de hierba a la siguiente. Gotas de agua relucían a la luz del sol mientras avanzaba chapoteando. Una vez, una rana se revolvió debajo de sus patas y casi le hizo perder el equilibrio, pero el joven se enderezó clavando las uñas en el empapado montículo de hierba.

Delante de él la corriente era marrón, pues agitaba el barro del lecho fluvial. Era demasiado ancha para que

un gato la salvara de un salto, y los pasaderos estaban completamente sumergidos. «Garra de Tigre no esperará que nademos, ¿verdad?», pensó con un estremecimiento.

Entonces oyó gritar a Garra de Tigre arroyo arriba:

—¡Venid aquí! ¡Mirad esto!

Corazón de Fuego fue hacia él chapoteando. El lugarteniente, con Rabo Largo a su lado, estaba al borde del arroyo. Delante de ellos había una rama atascada, colocada allí por la corriente de modo que iba de una orilla a la otra.

—Justo lo que necesitamos —gruñó Garra de Tigre con satisfacción—.

Corazón de Fuego, comprueba si es segura, ¿quieres?

El joven guerrero miró vacilante la rama. Era mucho más delgada que el árbol caído que había usado para cruzar al territorio del Clan del Río, y tenía ramitas apuntando en todas direcciones, todavía con hojas muertas colgando de ellas. De vez en cuando, toda la rama daba una leve sacudida, como si la corriente quisiera arrastrarla de nuevo.

Con otro guerrero veterano, o incluso con Estrella Azul, Corazón de Fuego habría discutido antes de poner una pata encima. Pero ningún gato cuestionaba las órdenes de Garra de

Tigre.

—¿Te da miedo, minino casero? —se mofó Rabo Largo.

Corazón de Fuego notó que la determinación ardía en su interior. No mostraría temor delante de aquellos dos gatos, ni les daría el gusto de poder contárselo al resto del clan. Apretando los dientes, subió al extremo de la rama, que se combó de inmediato bajo sus patas. Clavó las uñas para conservar el equilibrio. Vio el agua marrón corriendo a sólo un ratón de distancia, y durante unos segundos pensó que iba a hundirse en ella.

Luego se enderezó. Empezó a

moverse cautelosamente, poniendo una pata detrás de la otra en línea recta. La fina rama se balanceaba bajo su cuerpo con cada paso. Las ramitas se le enganchaban en el pelo, amenazando su equilibrio. «Nunca llegaremos a la Asamblea de esta manera», pensó.

Poco a poco se fue acercando al centro del arroyo, donde la corriente era más fuerte. La rama había ido estrechándose hasta ser apenas más gruesa que su cola, con lo cual era difícil afianzar las patas. Hizo una pausa para calcular la distancia que quedaba: ¿estaba lo bastante cerca para saltar con seguridad?

Entonces la rama dio una sacudida. Instintivamente, Corazón de Fuego clavó más las garras. Oyó gritar a Garra de Tigre:

—¡Corazón de Fuego! ¡Vuelve atrás!

El joven guerrero osciló precariamente. Luego la rama dio otra sacudida, de repente quedó libre y empezó a correr con las agitadas aguas. Corazón de Fuego resbaló a un lado, y le pareció que Garra de Tigre gritaba una vez más mientras las olas lo cubrían.



17

Mientras se hundía en el arroyo consiguió mantener clavada una zarpa en la rama. Sintió como si estuviera peleando con un enemigo armado de púas; las ramitas lo azotaban y arañaban mientras su aliento formaba burbujas en la oscura agua. Sacó la cabeza a la superficie brevemente pero, antes de que

pudiera tomar aire, la rama giró y volvió a sumergirlo.

El terror le infundió una extraña calma, como si el tiempo se hubiera ralentizado. Parte de su mente le decía que soltara la rama y luchara por salir a la superficie, pero él sabía que, si hacía tal cosa, pondría su vida en peligro: la corriente era demasiado fuerte para que pudiese nadar. Con la potencia del agua, lo único que podía hacer era clavar bien las uñas y resistir. «¡Que el Clan Estelar me ayude!», rogó desesperado.

Sus sentidos estaban empezando a fundirse en una tentadora oscuridad cuando la rama giró de nuevo y lo sacó a

la superficie. Escupiendo medio ahogado, se aferró a la rama, con el agua formando remolinos a ambos lados. No conseguía ver la orilla e intentó sobresalir más del agua, pero el pelaje empapado le pesaba demasiado y las patas se le estaban entumeciendo de frío. No sabía cuánto más podría aguantar.

Justo cuando sentía que estaba a punto de ceder, algo frenó la rama de golpe, ésta se estremeció de arriba abajo y Corazón de Fuego casi salió despedido. Mientras se agarraba desesperadamente, oyó que un gato gritaba su nombre y vio que el otro extremo de la rama estaba atascado

contra una roca que sobresalía del arroyo.

Rabo Largo estaba encima de la roca, inclinándose hacia él.

—¡Muévete, minino casero! —gruñó.

Con la última gota de energía que le quedaba, Corazón de Fuego avanzó por la rama tambaleándose. Las ramitas le azotaban la cara. Sintió que la rama daba una sacudida y saltó hacia la roca; sus patas delanteras la arañaron, mientras que las traseras pataleaban en el agua. Apenas había tocado la piedra cuando la rama se soltó bajo sus patas y fue barrida por la corriente.

Corazón de Fuego pensó que se iría tras ella: la roca era muy lisa y sus patas no encontraban dónde aferrarse. Entonces, Rabo Largo estiró la cabeza y lo agarró por el pescuezo. Con esa ayuda, Corazón de Fuego consiguió subir, hasta que por fin alcanzó lo alto de la roca. Temblando y tosiendo, escupió mucha agua antes de poder levantar la vista.

—Gracias, Rabo Largo —dijo al cabo sin aliento.

El rostro del otro guerrero era inexpresivo.

—No ha sido nada.

Garra de Tigre apareció por detrás

de la roca.

—¿Estás herido? ¿Puedes caminar?

Tembloroso, Corazón de Fuego se puso en pie. Chorreaba agua, y se la sacudió de encima.

—E… estoy bien, Garra de Tigre —tartamudeó.

El lugarteniente retrocedió para esquivar la llovizna de gotitas que despedía el pelaje de Corazón de Fuego.

—Ten cuidado. Ya estamos bastante mojados —gruñó. Luego se acercó al joven guerrero para olisquearlo rápidamente—. Regresa al campamento —ordenó—. De hecho, regresaremos todos. Nadie puede cruzar este arroyo;

tú lo has demostrado, por lo menos.

Corazón de Fuego asintió y siguió al lugarteniente en silencio hacia el bosque. Sintiendo más frío y cansancio de lo que recordaba haber sentido en toda su vida, lo único que quería era enroscarse a dormir al sol.

Pero, aunque sentía las patas como piedras mojadas, su cerebro era un remolino de temor y sospecha. Garra de Tigre le había mandado subir a la rama, cuando cualquiera habría visto que era peligroso. Corazón de Fuego no podía evitar preguntarse si el lugarteniente habría liberado la rama a propósito, para asegurarse de que él caía al arroyo

crecido.

«No si Rabo Largo estaba mirando», concluyó. Después de todo, Rabo Largo lo había rescatado; por mucho que a Corazón de Fuego le desagradara, tenía que admitir que el atigrado claro se atenía estrictamente al código del clan cuando otro guerrero necesitaba su ayuda.

Sin embargo, Garra de Tigre podía haber soltado la rama sin que Rabo Largo lo viera, o quizá éste no había entendido qué estaba sucediendo. Le habría gustado preguntárselo, pero sabía que, si lo hacía, Garra de Tigre sería informado de su curiosidad.

Entonces miró al lugarteniente de soslayo, y vio que éste lo observaba con odio indisimulado. Al cruzar sus miradas, Garra de Tigre entornó los ojos como en una amenaza muda. Y en ese preciso momento, Corazón de Fuego supo con total certeza que el lugarteniente había intentado matarlo. En esa ocasión había fallado, pero ¿qué ocurriría en la siguiente? Su agotado cerebro se espantó por la respuesta más que obvia: la próxima vez, Garra de Tigre se aseguraría de no fallar.

Para cuando llegaron al campamento, el

cálido sol de la estación de la hoja nueva había secado el pelaje de Corazón de Fuego, pero él estaba tan exhausto que apenas podía poner una pata delante de la otra.

Tormenta de Arena, que estaba disfrutando del sol delante de la guarida de los guerreros, se levantó de un salto en cuanto lo vio y corrió a su lado.

—¡Corazón de Fuego! —exclamó—. ¡Tienes un aspecto horrible! ¿Qué ha pasado?

—Poca cosa —masculló—. Estaba…

—A Corazón de Fuego le ha dado por nadar un poco; eso es todo —lo

interrumpió Garra de Tigre. Lanzó una mirada al joven guerrero—. Vamos. Hemos de informar a Estrella Azul.

Se encaminó a la Peña Alta con Rabo Largo a la zaga. Mientras Corazón de Fuego se tambaleaba detrás de ellos, Tormenta de Arena avanzó a su lado, pegando su cálido cuerpo al de él para darle apoyo.

—¿Y bien? —preguntó la líder cuando los gatos se detuvieron ante ella —. ¿Habéis encontrado algún sitio por dónde cruzar?

Garra de Tigre negó con su enorme cabeza.

—Es imposible. El agua está

demasiado alta.

—Pero todos los clanes deberían asistir a la Asamblea —señaló Estrella Azul—. El Clan Estelar se enfurecerá si no tratamos de hallar una ruta seca. Garra de Tigre, cuéntame exactamente adónde habéis ido.

El lugarteniente empezó a describir los sucesos de la mañana con todo detalle, incluyendo el intento de Corazón de Fuego de cruzar por la rama.

—Ha sido valiente pero insensato —gruñó—. He pensado que iba a pagar con su vida.

Tormenta de Arena miró impresionada a Corazón de Fuego. Sin

embargo, éste sabía tan bien como Garra de Tigre que no había tenido elección a la hora de pasar por la rama.

—Ten más cuidado en el futuro, Corazón de Fuego —le aconsejó Estrella Azul—. Ve a ver a Fauces Amarillas por si te has resfriado.

—Estoy bien —contestó el joven—. Sólo necesito dormir; eso es todo.

La líder entornó los ojos.

—Eso era una orden, Corazón de Fuego.

Reprimiendo un bostezo, él inclinó la cabeza respetuosamente.

—Sí, Estrella Azul.

—Ven a nuestra guarida cuando

termines —maulló Tormenta de Arena, dándole un lametazo—. Iré a buscarte algo de carne fresca.

Corazón de Fuego le dio las gracias y se encaminó con paso vacilante a la guarida de Fauces Amarillas. El claro estaba vacío, pero cuando llamó a la vieja curandera, ésta asomó la cabeza por la grieta de la roca.

—¿Corazón de Fuego? ¡Por el gran Clan Estelar, pero si pareces una ardilla caída del árbol! ¿Qué te ha pasado?

La gata se le acercó mientras él empezaba a explicárselo. Carbonilla salió cojeando detrás de ella y se sentó junto al joven; se le dilataron los ojos

azules al oír cómo había estado a punto de morir ahogado.

Al verla, Corazón de Fuego no pudo evitar recordar cómo ella había resultado herida junto al Sendero Atronador… ¿Otro accidente orquestado por Garra de Tigre? Eso por no mencionar el asesinato a sangre fría de Cola Roja. Mareado de agotamiento, el joven se preguntó cómo podría detener al lugarteniente antes de que otro gato muriera por su despiadada ambición.

—Muy bien —dijo Fauces Amarillas con voz cascada, interrumpiendo sus angustiados pensamientos—. Eres un gato fuerte y

probablemente no te hayas resfriado, pero te examinaremos para comprobarlo. Carbonilla, ¿qué deberíamos buscar cuando un gato se da un buen remojón?

La gatita se irguió con la cola enroscada alrededor de las patas. Con los ojos clavados en Fauces Amarillas, recitó:

—Dificultades respiratorias, náuseas, sanguijuelas en la piel.

—Bien —gruñó Fauces Amarillas —. Adelante.

Con cuidado, Carbonilla olfateó a Corazón de Fuego de arriba abajo, separándole el pelo con una zarpa para

asegurarse de que no se le había pegado ninguna sanguijuela.

—¿Respiras bien, Corazón de Fuego? —preguntó dulcemente—. ¿Sientes náuseas?

—No; todo está bien. Sólo quiero dormir durante una luna.

—Yo creo que Corazón de Fuego se encuentra bien, Fauces Amarillas —informó la joven gata. Restregó la mejilla contra la del guerrero y le dio un par de lametones—. Pero no vuelvas a saltar por encima de ningún río, ¿eh?

Fauces Amarillas soltó un ronroneo gutural.

—Perfecto, Corazón de Fuego, ahora

ya puedes irte a dormir.

Carbonilla agitó las orejas sorprendida.

—¿Tú no vas a examinarlo también? ¿Y si a mí se me ha escapado alguna cosa?

—No hace falta —respondió la curandera—. Confío en ti, Carbonilla. —La vieja gata se desperezó arqueando su huesudo lomo, y luego se relajó—. Hay algo que quiero decirte desde hace un tiempo —continuó—. Por aquí veo a tantos gatos con cerebro de ratón que es un auténtico placer encontrar a alguien con sentido común. Has aprendido rápidamente, y eres muy buena con los

enfermos.

—¡Gracias, Fauces Amarillas! —exclamó Carbonilla, con los ojos como platos ante el elogio de la curandera.

—Silencio, que no he terminado. Ya me estoy haciendo vieja, y es hora de que empiece a pensar en buscar un aprendiz. Carbonilla, ¿qué te parecería convertirte en la próxima curandera del Clan del Trueno?

La gata se puso en pie de un salto. Sus ojos centelleaban, y ella temblaba de emoción.

—¿Lo dices en serio? —susurró.

—Por supuesto —gruñó Fauces Amarillas—. Yo no hablo por el placer

de oír mi propia voz, como hacen otros gatos.

—En ese caso, la respuesta es sí —murmuró Carbonilla, levantando la cabeza con dignidad—. ¡Me gustaría más que cualquier otra cosa en el mundo!

Corazón de Fuego sintió que el pulso se le aceleraba de alegría. Se había preocupado mucho por Carbonilla; al principio cuando pensaba que podía morir, y luego cuando quedó claro que su pata herida le impediría convertirse en guerrera. Recordaba que ella se angustiaba pensando qué podría hacer con su vida. Y ahora parecía que Fauces

Amarillas había encontrado la solución perfecta. Ver a la joven gata tan feliz e ilusionada por el futuro era más de lo que Corazón de Fuego había esperado jamás.

El joven regresó a la guarida de los guerreros con paso más ligero, compartió algo de carne fresca con Tormenta de Arena y luego se fue a dormir. Cuando despertó, la luz era rojiza por los rayos del sol poniente.

Látigo Gris le estaba dando unos empujoncitos.

—Despierta —maulló—. Estrella Azul acaba de convocar una reunión.

Cuando Corazón de Fuego salió del

dormitorio, la líder ya estaba encima de la Peña Alta. Fauces Amarillas se hallaba a su lado, y cuando todos los gatos estuvieron reunidos, fue la vieja curandera la que empezó a hablar.

—Gatos del Clan del Trueno —dijo con voz ronca—, tengo que anunciaros algo. Como sabéis, ya no soy joven. Es hora de que tome un aprendiz. De modo que he escogido al único miembro del clan al que tolero. —Fauces Amarillas soltó un ronroneo risueño—. Y el único miembro del clan que me tolera a mí. Vuestra próxima curandera será Carbonilla.

Se alzó un coro de maullidos

encantados. Carbonilla se encontraba al pie de la Peña Alta, con los ojos brillantes y el pelaje pulcramente acicalado. Bajó la cabeza con timidez ante las felicitaciones del clan.

—Carbonilla —Estrella Azul elevó la voz por encima del ruido—, ¿aceptas el puesto de aprendiza de Fauces Amarillas?

La gatita levantó la cabeza para mirar a la líder.

—Sí, Estrella Azul.

—Entonces, cuando llegue la media luna, deberás viajar a la Boca Materna para ser aceptada por el Clan Estelar ante los otros curanderos. Los buenos

deseos del Clan del Trueno te acompañarán.

Fauces Amarillas medio saltó y medio se deslizó para bajar de la roca, y se acercó a Carbonilla para tocar su nariz con la de ella. Luego el resto del clan se congregó alrededor de la nueva aprendiza. Corazón de Fuego vio a Fronde apretándose contra su hermana, con los ojos relucientes de orgullo, e incluso Garra de Tigre se acercó a decirle unas palabras. No cabía duda de que Carbonilla era una decisión popular para aquel puesto tan importante.

Mientras esperaba para felicitar a Carbonilla, Corazón de Fuego deseó que

todos sus problemas pudieran resolverse tan fácilmente.



18

El sol empezó a ponerse por tercera vez desde que Corazón de Fuego había estado a punto de ahogarse. Se estaba lavando delante de su guarida, pasándose la lengua con energía por el pelo. Aún le parecía notar el sabor del agua lodosa. Al doblar el cuello para lavarse el lomo, oyó unos pasos que se

aproximaban; al levantar la mirada, se encontró a Garra de Tigre plantado ante él.

—Estrella Azul quiere que vayas a la Asamblea —gruñó el lugarteniente—. Reúnete con ella frente a su guarida… y tráete a Látigo Gris y Tormenta de Arena. —Se alejó a grandes zancadas antes de que Corazón de Fuego pudiera contestar.

El joven se puso en pie y se estiró. Mirando alrededor, descubrió a Látigo Gris y Tormenta de Arena comiendo junto al macizo de ortigas, y corrió hacia ellos.

—Estrella Azul nos ha escogido

para asistir a la Asamblea —anunció.

Tormenta de Arena se terminó el mirlo que estaba comiendo y se relamió.

—Pero ¿es que podemos ir a la Asamblea? —maulló perpleja—. Pensaba que era imposible cruzar el arroyo.

—Estrella Azul dijo que el Clan Estelar se enfurecería si no lo intentábamos —contestó Corazón de Fuego—. Quiere hablar con nosotros… quizá tenga un plan.

Látigo Gris habló con la boca llena de campañol:

—Sólo espero que no pretenda hacernos nadar.

Pese a sus palabras, sus ojos relucieron de ilusión mientras engullía el resto de la presa y se levantaba. Corazón de Fuego sabía que estaría deseando ver a Corriente Plateada, y se preguntó si la pareja habría conseguido verse desde que Látigo Gris y él fueron sorprendidos cruzando el río tras su desafortunada misión de caza para el Clan del Río.

Corazón de Fuego pensó en los cachorros de Corriente Plateada y se preguntó cómo soportaría Látigo Gris verlos crecer en otro clan. ¿Podría la gata contarles alguna vez que su padre era un guerrero del Clan del Trueno?

Apartó esas cuestiones de su mente mientras atravesaba el claro con sus amigos hacia la Peña Alta. La líder estaba sentada delante de su guarida, con Tormenta Blanca, Musaraña y Sauce ya a su lado. Al cabo de un momento se les unieron Garra de Tigre y Cebrado.

—Como sabéis, esta noche hay luna llena —empezó Estrella Azul cuando todos los gatos se reunieron en torno a ella—. Será difícil llegar hasta los Cuatro Árboles, pero el Clan Estelar esperará que hagamos lo posible por hallar una ruta seca. Por eso sólo he escogido guerreros; la caminata no será apta para veteranos, aprendices ni reinas

embarazadas. Cebrado, esta mañana has dirigido una patrulla para inspeccionar el arroyo. Cuéntanos qué te has encontrado.

—El agua está empezando a bajar —maulló el gato—, pero muy lentamente. Hemos patrullado hasta el Sendero Atronador, y no hay ningún sitio por donde un gato pueda cruzar sin tener que nadar.

—Allá arriba el arroyo es mucho más estrecho —intervino Sauce—. ¿No se puede cruzar saltando?

—Tal vez, si te crecen alas —replicó Cebrado—. Si sólo cuentas con tus propias patas…

—Pero ése será el mejor sitio donde probar —repuso Tormenta Blanca.

Estrella Azul asintió.

—Empezaremos por allí —decidió —. Quizá el Clan Estelar nos guíe a un lugar seguro.

Se puso en pie y precedió a sus gatos silenciosamente fuera del campamento.

El sol ya se había puesto y el crepúsculo difuminaba las formas del bosque. Una lechuza ululó en la distancia, y entre la maleza se oía el sonido de presas, pero los guerreros estaban demasiado concentrados en su expedición para cazar. Estrella Azul los

llevó directamente entre los árboles hasta donde brotaba el arroyo: un túnel de dura piedra que pasaba por debajo del Sendero Atronador. Su ruta habitual hasta los Cuatro Árboles no se acercaba tanto al Sendero Atronador, y Corazón de Fuego se preguntó qué estaría planeando hacer su líder. Cuando alcanzaron el túnel, vio que el agua desbordada se extendía de un extremo al otro, reflejando la débil luz de la luna que empezaba a salir. El agua también cubría el Sendero Atronador; mientras los gatos contemplaban la escena, un monstruo pasó ante ellos, moviéndose muy despacio y levantando una ola de

agua sucia con sus patas negras y redondas.

Una vez que el monstruo desapareció en la distancia, Estrella Azul guió a sus gatos hasta el borde del agua sobre la dura superficie del Sendero Atronador. Olfateó el agua, arrugando la nariz por el hedor, y metió una pata en el líquido con cuidado.

—Aquí no es muy profundo —maulló—. Podemos andar por el Sendero Atronador hasta que alcancemos el otro extremo del arroyo, y luego llegar hasta los Cuatro Árboles bordeando la frontera del Clan de la Sombra.

¡Andar por el Sendero Atronador! Corazón de Fuego notó un picor de miedo ante la idea de seguir deliberadamente las huellas de los monstruos. El accidente de Carbonilla le había enseñado lo que podían hacerle a un gato, y eso que ella sólo estaba en el arcén.

—¿Y si aparece otro monstruo? —preguntó Látigo Gris, dando voz a los temores de Corazón de Fuego.

—Nos mantendremos en el borde —contestó Estrella Azul con calma—. Ya habéis visto lo despacio que se movía ese monstruo. A lo mejor a ellos tampoco les gusta mojarse las patas.

Corazón de Fuego vio que Látigo Gris seguía dubitativo. Él compartía las inquietudes de su amigo, pero no servía de nada continuar protestando. Garra de Tigre los tacharía de cobardes.

—¡Estrella Azul, espera! —llamó Tormenta Blanca cuando la líder empezó a vadear la inundación—. ¿Recuerdas lo bajo que es nuestro territorio al otro lado del arroyo? No puedo evitar pensar que también estará anegado. No creo que consigamos llegar a los Cuatro Árboles sin entrar en el territorio del Clan de la Sombra, que está más alto.

Cerca de Corazón de Fuego un gato bufó levemente; el joven guerrero sintió

otra punzada de miedo. ¿Un grupo de guerreros atravesando la frontera de un clan contra el que habían luchado hacía poco? Si una patrulla los sorprendía, lo consideraría una invasión.

Estrella Azul se detuvo con el agua lamiéndole las patas y se volvió hacia Tormenta Blanca.

—Es posible —admitió—. Pero tendremos que arriesgarnos si ése es el único camino.

Se puso de nuevo en movimiento, sin dar tiempo a sus gatos a protestar. No había nada que hacer excepto seguirla. Corazón de Fuego chapoteó por el borde del Sendero Atronador justo detrás de

Tormenta Blanca. Garra de Tigre se quedó en la retaguardia para vigilar si se acercaba algún monstruo.

Al principio todo estaba en calma, excepto por un monstruo que se desplazó en sentido contrario por el otro lado del Sendero Atronador. Luego Corazón de Fuego oyó el gruñido familiar y el chapoteo de un monstruo que se aproximaba.

—¡Cuidado! —gritó Garra de Tigre desde el final de la hilera.

Corazón de Fuego se quedó inmóvil, pegado al murete que delimitaba el Sendero Atronador al pasar sobre el arroyo. Cebrado se subió deprisa y se

quedó allí agazapado, enseñándole los dientes al monstruo. Durante un momento, sus colores extraños y relucientes se reflejaron en la apestosa agua, que formó una ola y mojó a Corazón de Fuego hasta la barriga.

Luego desapareció, y el joven guerrero pudo volver a respirar.

Cuando alcanzaron el otro extremo del arroyo, Corazón de Fuego comprobó que Tormenta Blanca tenía razón. La tierra baja del lado del Clan del Trueno estaba anegada. No había nada que hacer excepto continuar por el borde del Sendero Atronador hasta que la tierra se elevaba; allí estaba lo bastante seco

como para caminar.

Agradecido por dejar atrás el doloroso y duro Sendero Atronador, Corazón de Fuego levantó la cabeza y abrió la boca. Un olor fuerte y fétido le llenó las glándulas olfativas… ¡el olor del Clan de la Sombra! Habían seguido el Sendero Atronador hasta dejar el territorio del Clan del Trueno, y ahora una franja de tierra se extendía entre ellos y la Asamblea de los Cuatro Árboles.

—No deberíamos estar aquí —murmuró Musaraña, preocupada.

Si Estrella Azul había oído el comentario, hizo como si nada; apretó el

paso hasta que estuvieron corriendo sobre la hierba mojada. Allí había pocos árboles, y el césped bien recortado ofrecía poca protección a los gatos invasores. A Corazón de Fuego le latía el corazón con fuerza, y no sólo por la velocidad de la caminata. Si los gatos del Clan de la Sombra los encontraban allí, tendrían problemas, pero los Cuatro Árboles no estaban ya muy lejos y quizá tuvieran suerte.

Entonces Corazón de Fuego captó una sombra oscura que se deslizaba por delante de ellos, como intentando interceptar a Estrella Azul, a la cabeza de su patrulla. La siguieron más

sombras, y un aullido furioso quebró la quietud de la noche.

Durante un segundo, Estrella Azul corrió más, como si pensara que podía dejar atrás a sus oponentes. Luego se detuvo. Sus guerreros la imitaron. Corazón de Fuego se detuvo jadeando. Las sombras se acercaron más, y el joven vio que eran guerreros del Clan de la Sombra encabezados por su líder, Estrella Nocturna.

—¡Estrella Azul! —resopló al detenerse ante la líder del Clan del Trueno—. ¿Por qué has traído a tus gatos al territorio del Clan de la Sombra?

—Con estas inundaciones, era el único camino para llegar hasta los Cuatro Árboles —contestó Estrella Azul en voz baja y firme—. No tenemos malas intenciones, Estrella Nocturna. Sabes que hay una tregua para la Asamblea.

Estrella Nocturna bufó, pegando las orejas al cráneo y erizando el pelo.

—La tregua se limita a los Cuatro Árboles —gruñó—. Aquí no hay ninguna tregua.

Instintivamente, Corazón de Fuego adoptó una postura defensiva. Los gatos del Clan de la Sombra —aprendices y veteranos además de guerreros—

formaron silenciosamente un semicírculo alrededor del grupo del Clan del Trueno, más pequeño. Al igual que Estrella Nocturna, tenían el pelo erizado y sacudían la cola con furia. Sus hostiles miradas reflejaban la fría luz de la luna. Corazón de Fuego sabía que, si estallaba una pelea, el Clan del Trueno estaba en una inferioridad absoluta.

—Estrella Nocturna, lo lamento —maulló Estrella Azul—. Jamás nos habríamos internado en vuestro territorio sin una buena razón. Por favor, dejadnos pasar.

Sus palabras no sirvieron para apaciguar a los gatos del Clan de la

Sombra. Su lugarteniente, Rescoldo, se situó junto a su líder, una figura desdibujada bajo la luz de la luna.

—Creo que han venido a espiar —gruñó Rescoldo quedamente.

—¿Espiar? —Garra de Tigre se abrió paso para colocarse al lado de Estrella Azul, y adelantó la cabeza hasta que su nariz quedó a un ratón de distancia de la de Rescoldo—. ¿Qué vamos a espiar aquí? No estamos ni medianamente cerca de vuestro campamento.

Rescoldo enseñó unos colmillos afilados como espinas.

—Danos la orden, Estrella

Nocturna, y los haremos pedazos.

—Inténtalo si puedes —gruñó Garra de Tigre.

Durante unos segundos, Estrella Nocturna guardó silencio. Corazón de Fuego tenía los músculos en tensión. Musaraña le mostraba los dientes al guerrero más cercano del Clan de la Sombra, y los ojos dorados de Tormenta de Arena brillaban preparados para luchar.

—Quietos —gruñó por fin Estrella Nocturna a sus guerreros—. Los dejaremos pasar. Quiero a los gatos del Clan del Trueno en la Asamblea. —Aunque sus palabras eran amistosas, las

pronunció con los dientes apretados.

Recelando de golpe, Corazón de Fuego le susurró a su amigo:

—¿Qué quiere decir con eso?

Látigo Gris se encogió de hombros.

—Ni idea. No hemos sabido nada del Clan de la Sombra desde que empezaron las inundaciones. ¿Quién sabe qué están tramando?

—Incluso os daremos escolta —añadió Estrella Nocturna, entornando los ojos—. No queremos que el Clan del Trueno se asuste por algún ratón malhumorado, ¿verdad?

Un murmullo de aprobación brotó de los guerreros del Clan de la Sombra. Se

organizaron hasta rodear a los gatos del Clan del Trueno por todos los flancos. Con un leve gesto de la cabeza, Estrella Nocturna echó a andar junto a Estrella Azul. Los demás gatos los siguieron; la patrulla del Clan de la Sombra avanzaba al mismo ritmo que el Clan del Trueno.

El Clan del Trueno se encaminó a la Asamblea completamente rodeado de enemigos.

La luna ya estaba en lo más alto cuando Corazón de Fuego y los demás gatos del Clan del Trueno fueron pastoreados hasta la hondonada de los Cuatro

Árboles. Una luz fría e intensa se derramaba sobre los miembros de los clanes del Río y del Viento que ya estaban congregados allí. Todos ellos se volvieron para mirar con curiosidad el grupo que bajaba la ladera. Corazón de Fuego sabía que él y el resto de su clan parecerían prisioneros. Avanzó a grandes zancadas y orgullosamente, con la cabeza y la cola bien altas, desafiando a cualquiera a decir que habían sido derrotados.

Para su alivio, los gatos del Clan de la Sombra se dispersaron entre las sombras en cuanto llegaron a la hondonada. Estrella Azul fue derecha a

la Gran Roca con Garra de Tigre a su lado. Corazón de Fuego miró alrededor en busca de su amigo y descubrió que ya había desaparecido. Al cabo de un momento lo entrevió acercándose a Corriente Plateada, pero la atigrada estaba rodeada de otros gatos de su clan, y Látigo Gris sólo pudo revolotear por allí con expresión frustrada.

Corazón de Fuego reprimió un suspiro. Sabía cuánto deseaba su amigo volver a ver a Corriente Plateada, especialmente ahora que ella iba a tener cachorros, pero era muy arriesgado juntarse en una Asamblea, donde cualquier gato podía sorprenderlos.

—¿Qué te ocurre? —Musaraña le hizo dar un salto—. Parece que tienes algo entre ceja y ceja.

Corazón de Fuego se quedó mirando a la guerrera marrón.

—Yo… estaba pensando en lo que ha dicho Estrella Nocturna —improvisó rápidamente—. ¿Por qué ha dicho que quería a los gatos del Clan del Trueno aquí?

—Bueno, estoy segura de una cosa: no estaba siendo amable y servicial —intervino Tormenta de Arena, acercándose junto con Sauce. Se lamió una pata y se la pasó por la oreja—. Enseguida lo averiguaremos.

—Hay problemas a la vista —maulló Sauce por encima del hombro mientras iba a reunirse con un grupo de reinas del Clan del Viento—. Lo noto en las zarpas.

Más desasosegado que nunca, Corazón de Fuego se paseó por entre los árboles, escuchando disimuladamente a los gatos que lo rodeaban. La mayoría mantenían charlas inocentes, intercambiando noticias con los otros clanes, y no oyó nada sobre qué planeaba el Clan de la Sombra. No obstante, sí notó que todos sus miembros lo miraban con mala cara al pasar, todavía claramente hostiles. Y advirtió

que algunos se volvían hacia la Gran Roca, como si estuvieran impacientes por que empezara la reunión.

Por fin, un maullido sonó desde lo alto de la roca, y el murmullo de los gatos asistentes se apagó. Corazón de Fuego encontró un lugar al borde de la hondonada, donde tenía buena vista de los cuatro líderes, cuyas siluetas negras se recortaban contra el cielo.

Tormenta de Arena se acomodó a su lado, sentándose sobre las patas.

—Allá vamos —maulló expectante.

Estrella Nocturna dio un paso adelante, con las patas rígidas por la furia contenida.

—¡Gatos de todos los clanes, escuchadme! —pidió—. Escuchadme y recordad. Hasta la última estación de la hoja verde, Estrella Rota era el líder del Clan de la Sombra. Él era…

Estrella Alta, líder del Clan del Viento, se adelantó para situarse junto a Estrella Nocturna.

—¿Por qué pronuncias ese odiado nombre? —gruñó. Sus ojos llamearon, y Corazón de Fuego supo que estaba recordando cómo Estrella Rota y sus guerreros habían echado al Clan del Viento de su territorio.

—Odiado, sí —coincidió Estrella Nocturna—. Y por buenas razones que

tú conoces tan bien como cualquiera, Estrella Alta. Obligó a cachorros de su propio clan a participar en batallas demasiado pronto, lo que les costó la vida. Al final, era tan sanguinario que nosotros, su propio clan, lo expulsamos. ¿Y dónde está ahora? —La voz de Estrella Nocturna se transformó en un chillido—. ¿Se lo condenó a morir en el bosque o a rebuscar entre la basura de los Dos Patas? ¡Pues no! Porque hay gatos aquí que lo han aceptado. ¡Hay traidores al código guerrero y a cualquier gato del bosque!

Corazón de Fuego intercambió una mirada de inquietud con Tormenta de

Arena. Sabía qué iba a ser lo siguiente, y Tormenta de Arena también, por la mirada de angustia que le devolvió.

—¡El Clan del Trueno! —bramó Estrella Nocturna—. ¡El Clan del Trueno está dando asilo a Estrella Rota!



19

Los gatos que rodeaban la Gran Roca lanzaron maullidos de incredulidad e indignación. Todos los músculos de Corazón de Fuego lo incitaban a retroceder hasta los arbustos y esconderse de aquella furia. Tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para quedarse donde estaba. Tormenta de

Arena se pegó a su costado, tan asustada como él, y al joven lo reconfortó su calidez.

Desde lo alto de la Gran Roca, Estrella Alta se volvió bruscamente para encararse con Estrella Azul.

—¿Es eso cierto? —gruñó.

La líder no le contestó de inmediato. Con gran dignidad, se plantó ante Estrella Nocturna. La luz de la luna brillaba sobre su pelaje, volviéndolo de plata; Corazón de Fuego podría haber creído que un guerrero del Clan Estelar había bajado desde el Manto Plateado para unirse a ellos. Estrella Azul esperó hasta que el estruendo se apagó.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó fríamente a Estrella Nocturna cuando su voz pudo volverse a oír—. ¿Es que habéis estado espiando nuestro campamento?

—¡Espiando! —le espetó Estrella Nocturna—. No hay ninguna necesidad de espiar cuando tus aprendices chismorrean a sus anchas. Mis guerreros lo oyeron en la última Asamblea. ¿Te atreves a decirme que están equivocados?

Mientras el líder hablaba, Corazón de Fuego recordó haber visto a Zarpa Rauda con los aprendices del Clan de la Sombra al final de la última Asamblea.

No era de extrañar que el joven pareciera culpable: ¡había estado contándoles a sus amigos lo del prisionero del Clan del Trueno, poco después de que Estrella Azul hubiese ordenado a todo su clan que guardara el secreto!

Estrella Azul vaciló, y Corazón de Fuego sintió una punzada de compasión por ella. Muchos de su propio clan estaban disgustados con su decisión de refugiar al ciego Cola Rota. ¿Cómo iba a defenderse delante de los otros clanes?

Estrella Alta adoptó una postura de ataque, con las orejas agachadas.

—¿Es eso cierto? —repitió.

Durante un momento, Estrella Azul no habló. Al cabo, levantó la cabeza, desafiante.

—Sí, es cierto —maulló.

—¡Traidora! —bufó el líder del Clan del Viento—. Tú sabes lo que nos hizo Estrella Rota.

Estrella Azul sacudió la punta de la cola. Incluso desde donde estaba, debajo de la roca, Corazón de Fuego vio la tensión de la líder y supo que estaba luchando por mantenerse tranquila.

—¡Nadie se atreve a llamarme traidora! —siseó.

—Yo me atrevo —replicó Estrella

Alta—. No eres más que una traidora al código guerrero si estás dispuesta a dar cobijo a ese… ¡montón de excrementos de zorro!

Por todo el claro, los gatos del Clan del Viento se pusieron en pie, maullando para apoyar a su líder.

—¡Traidora! ¡Traidora!

Al pie de la Gran Roca, Garra de Tigre y Rengo, el lugarteniente del Clan del Viento, se mostraron los afilados colmillos cara a cara, con el lomo erizado y la nariz apenas a un ratón de distancia.

Corazón de Fuego también se levantó; su instinto de lucha había dado

energía a sus patas. Entrevió a Sauce gruñéndoles a las reinas del Clan del Viento con quienes había estado compartiendo lenguas unos momentos antes. Un par de guerreros del Clan de la Sombra avanzaban amenazadoramente hacia Cebrado, y Musaraña se colocó a su lado de un salto, lista para atacar.

—¡Alto! —bramó Estrella Azul desde la Gran Roca—. ¿Cómo podéis romper la tregua de esta manera? ¿Vais a exponeros a la ira del Clan Estelar?

Mientras hablaba, la luna empezó a oscurecerse. Todos los gatos del claro se quedaron inmóviles. Al alzar la vista, Corazón de Fuego vio que un jirón de

nube estaba pasando por delante de la luna. Se estremeció. ¿Sería una advertencia del Clan Estelar porque los clanes parecían a punto de romper la sagrada tregua? Las nubes habían cubierto la luna en otra Asamblea, una señal del Clan Estelar que llevó a concluir la reunión.

Cuando la nube se alejó, la luna volvió a brillar. El momento álgido ya había pasado. La mayoría de los gatos se sentaron, aunque siguieron fulminándose con la mirada. Tormenta Blanca se interpuso entre Garra de Tigre y Rengo, y empezó a susurrar acaloradamente al oído del

lugarteniente.

En la cima de la Gran Roca, Estrella Doblada se adelantó para situarse junto a Estrella Azul. Parecía tranquilo. Corazón de Fuego pensó que, de los cuatro clanes, el del Río era el que tenía menos razones para odiar a Cola Rota. Éste jamás había invadido su territorio ni les había robado sus cachorros.

—Estrella Azul —empezó el líder del Clan del Río—, cuéntanos por qué has hecho eso.

—Cola Rota está ciego —contestó ella, elevando la voz para que todos los presentes pudieran oírla—. Es un gato viejo y vencido. Ya no supone ningún

peligro, nunca más. ¿Es que vosotros lo dejaríais morir de hambre en el bosque?

—¡Sí! —exclamó Estrella Nocturna, con voz chillona e insistente—. ¡Ninguna clase de muerte sería demasiado cruel para él! —Su boca despidió gotitas de espuma. Acercó la cabeza agresivamente a Estrella Alta y gruñó—: ¿Vas a perdonar al gato que os expulsó de vuestro territorio?

Corazón de Fuego se preguntó por qué Estrella Nocturna estaría tan nervioso, tan empeñado en espolear el odio de Estrella Alta de aquel modo. Ahora era líder de un clan: ¿qué daño podía hacerle un prisionero ciego?

Estrella Alta se apartó del líder del Clan de la Sombra, desconcertado por su furia.

—Ya sabes cuánto significa esto para nuestro clan —maulló—. Jamás perdonaremos a Estrella Rota.

—Pues entonces os diré que cometéis un error —repuso Estrella Azul—. El código guerrero nos dice que mostremos compasión. Estrella Alta, ¿no recuerdas lo que el Clan del Trueno hizo por vosotros cuando estabais derrotados y lejos de vuestro hogar? Os buscamos y os devolvimos a casa, y después luchamos a vuestro lado contra el Clan del Río. ¿Has olvidado lo que nos

debéis?

Lejos de apaciguar a Estrella Alta, las palabras de la líder lo enfurecieron más. El líder del Clan del Viento se le encaró con el pelo erizado.

—¿Es que el Clan del Trueno pretende ser nuestro dueño? —espetó—. ¿Por eso nos trajisteis a casa, para que nos sometiéramos a vuestros deseos y aceptáramos vuestras decisiones sin cuestionarlas? ¿Es que crees que el Clan del Viento no tiene honor?

Estrella Azul inclinó la cabeza ante su ira.

—Tienes razón en que ningún clan puede ser dueño de otro. Eso no es lo

que pretendía decir. Pero, por favor, recuerda cómo te sentías cuando eras débil e intenta mostrar compasión ahora. Si condenamos a Cola Rota a morir solo en el bosque, no seremos mejores que él.

—¿Compasión? —bufó Estrella Nocturna—. ¡No nos cuentes historias para cachorros! ¿Qué compasión mostró Estrella Rota jamás? —inquirió, y se oyeron maullidos de aprobación—. Debes echarlo ahora mismo de tu campamento, Estrella Azul, o tendrás que explicarnos por qué.

La líder entornó los ojos hasta que no fueron más que unas relucientes

rendijas azules.

—¡No me digas cómo dirigir mi clan!

—Pues te diré una cosa —gruñó Estrella Nocturna—: si el Clan del Trueno sigue acogiendo a Estrella Rota, tendréis problemas. El Clan de la Sombra se encargará de eso.

—Y el Clan del Viento —apostilló Estrella Alta.

Estrella Azul guardó silencio durante un momento. Sabía lo peligroso que era enemistarse con dos clanes al mismo tiempo, especialmente cuando algunos de sus propios gatos estaban descontentos con su decisión de cuidar

de Cola Rota.

—El Clan del Trueno no acepta órdenes de otros clanes —maulló por fin—. Hacemos lo que consideramos correcto.

—¿Correcto? —repitió despectivo Estrella Nocturna—. Dar asilo a ese sanguinario…

—¡Ya basta! —lo cortó Estrella Azul—. No discutamos más. Hay otros temas que comentar en esta Asamblea, ¿o es que lo habéis olvidado?

Estrella Nocturna y Estrella Alta intercambiaron una mirada y, mientras vacilaban, Estrella Doblada se adelantó para informar sobre las inundaciones y

el daño sufrido en el campamento del Clan del Río. Lo dejaron hablar, aunque a Corazón de Fuego le pareció que pocos gatos escuchaban. La hondonada era un hervidero de especulaciones sobre Cola Rota.

Tormenta de Arena se pegó más a Corazón de Fuego y le susurró al oído:

—Sabía que tendríamos problemas por Cola Rota en cuanto Estrella Nocturna ha empezado a hablar.

—Lo sé. Pero Estrella Azul no puede echarlo ahora. Daría la impresión de que está cediendo. Ningún gato la respetaría después de eso.

Tormenta de Arena coincidió con un

quedo ronroneo. Corazón de Fuego intentó concentrarse en el resto de la Asamblea, pero le resultó difícil. No cesaba de advertir miradas hostiles en todas partes, tanto de gatos del Clan del Viento como de la Sombra, y deseó que la reunión terminara.

Pareció que pasaba una eternidad antes de que la luna empezara a descender y los gatos se dispusieran a regresar a casa. En un acuerdo tácito, los guerreros del Clan del Trueno se dirigieron deprisa hacia Estrella Azul en cuanto ella saltó de la Gran Roca y la rodearon en un círculo protector. Corazón de Fuego supuso que todos

dudaban de que la tregua se mantuviera. Entonces vio a Bigotes, que pasaba a su lado para reunirse con un grupo del Clan del Viento. Sus miradas se cruzaron y Bigotes se detuvo.

—Lamento todo esto, Corazón de Fuego —maulló quedamente—. Yo no he olvidado cómo nos ayudasteis a volver a casa.

—Gracias, Bigotes. Ojalá…

Se interrumpió al ver que Garra de Tigre se abría paso por el círculo de guerreros, fulminándolo con la mirada y enseñándole los colmillos a Bigotes, que retrocedió hacia los gatos de su clan. Corazón de Fuego se preparó para

una reprimenda, pero el lugarteniente pasó de largo.

—Espero que estés satisfecha —gruñó Garra de Tigre a Estrella Azul, ocupando su sitio junto a ella—. Ahora hay dos clanes que ansían nuestra sangre. Deberíamos habernos deshecho de esa sabandija hace mucho tiempo.

A Corazón de Fuego lo sorprendió la hostilidad del lugarteniente hacia el prisionero del Clan del Trueno. No hacía mucho, lo había visto compartiendo lenguas con Cola Rota, como si hubiera aceptado que el antiguo líder se quedara en el campamento. Aunque tal vez no era tan extraño que

estuviera alterado —como lo estaban todos— por el enfrentamiento con los clanes del Viento y de la Sombra.

—Garra de Tigre, éste no es lugar para que discutamos entre nosotros —dijo la líder con calma—. Cuando regresemos al campamento…

—¿Y cómo pretendéis regresar? —la interrumpió Estrella Nocturna, abriéndose paso entre los guerreros del Clan del Trueno—. No por donde habéis venido, espero. Si ponéis una pata en territorio del Clan de la Sombra, os destrozaremos. —Dio media vuelta y se internó en las sombras sin esperar respuesta.

Estrella Azul pareció confundida. Corazón de Fuego sabía que no había otro camino para volver al campamento del Clan del Trueno, a menos que se aventuraran a cruzar el arroyo a nado. Se estremeció al pensar en la turbulenta corriente que casi le cuesta la vida. ¿Tendrían que quedarse en los Cuatro Árboles hasta que la inundación remitiera? Entonces captó el olor del Clan del Río, y al darse la vuelta vio a Estrella Doblada, que se acercaba con varios guerreros.

—He oído eso —dijo el atigrado claro a Estrella Azul—. Estrella Nocturna se equivoca. En momentos

como éste, todos los gatos deberían ayudarse mutuamente.

Lanzó una mirada a Corazón de Fuego mientras hablaba, y el joven supuso que el líder recordaba como él y Látigo Gris habían ayudado a su clan compartiendo las presas. Pero ninguno de los gatos presentes del Clan del Trueno, excepto Estrella Azul, sabía nada de eso, y Corazón de Fuego oyó algunos murmullos inquietos de los guerreros que lo rodeaban.

—Puedo ofreceros una ruta para regresar a casa —continuó Estrella Doblada—. Para llegar hasta aquí, hemos atravesado el río por el puente de

los Dos Patas. Si vais por allí, podéis proseguir por nuestro territorio y luego cruzar más abajo… Junto a los pasaderos hay un árbol muerto que ha quedado atascado.

Antes de que Estrella Azul pudiera hablar, Garra de Tigre bufó:

—¿Y por qué deberíamos confiar en el Clan del Río?

Estrella Doblada no le prestó atención; sus ojos ámbar estaban fijos en los de Estrella Azul, a la espera de una respuesta. Ella inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Gracias, Estrella Doblada. Aceptamos vuestro ofrecimiento.

El líder del Clan del Río asintió y se dispuso a escoltarla fuera del claro. Los murmullos no cesaron del todo entre los guerreros del Clan del Trueno mientras Estrella Azul los precedía a través de los arbustos y ladera arriba para salir de la hondonada. Los gatos de los clanes de la Sombra y del Viento les bufaban, aunque los del Clan del Río los flanqueaban protectoramente. Corazón de Fuego advirtió, sobresaltado, que las divisiones del bosque habían variado en el lapso de una sola Asamblea.

Se sintió aliviado cuando alcanzaron lo alto de la cuesta y dejaron la hostil Asamblea a sus espaldas. Reparó en que

Látigo Gris estaba intentando acercarse a Corriente Plateada, pero en su camino se interponía otra reina del Clan del Río, que daba lametones a Corriente Plateada de vez en cuando.

—¿Seguro que no estás cansada? —insistía la reina—. Es una caminata muy larga cuando estás embarazada.

—No, Verdeflor; me encuentro bien —contestó Corriente Plateada, lanzando una mirada de frustración a Látigo Gris por encima de la cabeza de su amiga.

Garra de Tigre se había colocado en la retaguardia de la patrulla del Clan del Trueno, y balanceaba la cabeza agresivamente a uno y otro lado, como si

esperara que los del Clan del Río fueran a atacar en cualquier momento.

Estrella Azul, por el contrario, parecía bastante cómoda viajando con el otro clan. En cuanto estuvieron lejos de los Cuatro Árboles, dejó que Estrella Doblada se situara en cabeza y aminoró el paso para unirse a Vaharina.

—He oído que has tenido cachorros —maulló Estrella Azul con voz neutra—. ¿Se encuentran bien?

A Vaharina pareció sorprenderle que la líder del Clan del Trueno se dirigiera a ella.

—Dos… dos fueron arrastrados por la riada —balbuceó—. Corazón de

Fuego y Látigo Gris los salvaron.

—Cuánto lo lamento. Debiste de pasar mucho miedo por ellos —murmuró Estrella Azul, con su mirada azul ablandada por la compasión—. Me alegra que mis guerreros pudieran ayudar. ¿Se han recuperado tus cachorros?

—Sí, ahora están bien. —Vaharina aún parecía desconcertada porque la líder del Clan del Trueno le hiciera preguntas tan atentas—. Todos están bien. Pronto serán aprendices.

—Seguro que se convertirán en estupendos guerreros —maulló Estrella Azul efusivamente.

Observando a su líder y a la reina del Clan del Río juntas, Corazón de Fuego no pudo evitar pensar que su pelaje gris azulado brillaba de un modo casi idéntico a la luz de la luna. Ambas poseían un cuerpo bien proporcionado y fuerte, y al ir a saltar sobre un tronco caído en el suelo, ambas flexionaron las patas con la misma economía de movimientos. Pedrizo, que iba detrás, era una copia de su hermana, con un tono plateado en el pelo y una destreza envidiable en sus movimientos.

«Si gatos de clanes diferentes pueden resultar tan parecidos, ¿por qué no pueden también pensar de un modo

parecido?», se preguntó Corazón de Fuego. ¿Por qué tenía que haber tantas peleas entre ellos? Recordó con inquietud la hostilidad mostrada hacia su clan por los clanes del Viento y de la Sombra, y su encarnizamiento con la defensa que Estrella Azul había hecho de Cola Rota. Mientras avanzaba hacia el puente, alerta por si captaba olor de Dos Patas, Corazón de Fuego notó que fríos vientos de guerra empezaban a recorrer el bosque.

El segundo día después de la Asamblea, Corazón de Fuego se despertó en la

guarida de los guerreros y descubrió que Látigo Gris ya se había marchado. El hueco en el musgo donde había dormido su amigo estaba bastante frío.

»Se ha ido a ver a Corriente Plateada», pensó con un suspiro de resignación. La verdad es que no era de extrañar, ahora que Látigo Gris sabía que Corriente Plateada iba a tener cachorros, pero eso significaba que él tendría que cubrir su ausencia una vez más.

Bostezando con ganas, salió entre las ramas del arbusto y se sacudió el musgo de encima mientras echaba un vistazo por el claro. El sol estaba

asomando por encima del muro de helechos, proyectando largas sombras sobre el suelo desnudo. El cielo estaba nítido, sin nubes y azul. Los trinos que sonaban por todas partes prometían una caza fácil.

—¡Hola, Fronde! —saludó al aprendiz, que estaba parpadeando en la entrada de su guarida—. ¿Quieres ir a cazar?

Fronde se levantó de un salto y cruzó el claro corriendo.

—¿Ahora? —preguntó, con ojos relucientes y encantados.

—Sí, ahora —respondió Corazón de Fuego, compartiendo de pronto la

ansiedad del joven gato—. No me iría nada mal un delicioso ratón fresco, ¿y a ti?

Fronde se colocó detrás de él mientras se dirigían al túnel de aulagas. Corazón de Fuego advirtió que ni siquiera había preguntado dónde estaba Látigo Gris. Con una punzada de inquietud, pensó que su amigo jamás se había tomado en serio sus obligaciones como mentor. Desde el principio, había sentido mayor interés por Corriente Plateada. Mientras tanto, era Corazón de Fuego quien se había encargado más o menos del entrenamiento de Fronde. El joven guerrero lo disfrutaba, y apreciaba

al aprendiz canela, tan formal, pero le preocupaba que la lealtad al clan no significara más para Látigo Gris.

Dejó esos pensamientos a un lado y condujo a Fronde barranco arriba, evitando el fangoso lecho del arroyo, donde el desbordamiento todavía se estaba secando. Resultaba difícil estar triste o nervioso en un día tan radiante y cálido. Con las inundaciones remitiendo sin pausa, ya no había peligro de que el Clan del Trueno fuera expulsado de su campamento por una crecida del río.

Se detuvo en lo alto del barranco.

—Muy bien, Fronde. Aspira profundamente. ¿Qué puedes oler?

Fronde se detuvo con la cabeza muy tiesa, los ojos cerrados y la boca abierta para inhalar la brisa.

—Ratón —maulló al cabo—. Conejo, mirlo y… y otro pájaro que no conozco.

—Es un pájaro carpintero —explicó Corazón de Fuego—. ¿Algo más?

Fronde se concentró, y de pronto abrió los ojos alarmado.

—¡Zorro!

—¿Fresco?

El aprendiz olfateó de nuevo y entonces se relajó, algo avergonzado.

—No; rancio. De hace dos días o tres, creo.

—Bien, Fronde. Ahora tú irás por ahí, hasta los dos viejos robles —indicó Corazón de Fuego—, y yo iré por aquí.

Observó unos momentos al aprendiz, que se movía despacio bajo la sombra de los árboles, deteniéndose cada pocos pasos para olfatear el aire. Un aleteo bajo un arbusto distrajo a Corazón de Fuego; al girar la cabeza, vio un tordo que batía las alas para mantener el equilibrio mientras tiraba de un gusano. Se agazapó y fue hacia el pájaro lentamente. El tordo consiguió sacar al gusano del suelo y empezó a comérselo. El gato tensó los músculos para saltar.

—¡Corazón de Fuego! ¡Corazón de

Fuego!

El angustiado maullido de Fronde rompió el silencio. Sus patas quebraban la hojarasca seca mientras corría entre los árboles hacia el joven guerrero. Corazón de Fuego se abalanzó sobre el tordo, pero éste ya estaba alerta. Voló hasta una rama baja, graznando de pánico, mientras las zarpas del joven guerrero se posaban sobre el suelo vacío.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Se volvió furioso hacia el aprendiz—. Podría haber atrapado a ese tordo, pero ahora ¡ya me dirás! Todas las presas del bosque habrán…

—¡Corazón de Fuego! —repitió Fronde sin resuello, frenando en seco ante él—. ¡Vienen hacia aquí! ¡Primero los he olido, y luego los he visto!

—¿A quiénes has olido? ¿Quién viene?

Fronde tenía los ojos dilatados de terror.

—¡El Clan de la Sombra y el Clan del Viento! —exclamó—. ¡Vienen a invadir nuestro campamento!



20

—¿Dónde? ¿Cuántos guerreros? —quiso saber Corazón de Fuego.

—Por ahí. —Fronde señaló con la cola hacia lo más profundo del bosque —. No sé cuántos. Se mueven con sigilo a través de la maleza.

—De acuerdo. —Pensó deprisa, procurando pasar por alto los fuertes

latidos de su corazón—. Regresa al campamento y avisa a Estrella Azul y Garra de Tigre. Necesitamos unos cuantos guerreros aquí fuera de inmediato.

—Sí, Corazón de Fuego. —El aprendiz dio media vuelta y bajó el barranco como un rayo.

En cuanto Fronde se marchó, el joven guerrero se dirigió hacia el bosque, andando con renovada cautela bajo los helechos arqueados. Al principio todo le pareció tranquilo, aunque no tardó en captar el apestoso olor de muchos intrusos: el olor del Clan del Viento y el Clan de la Sombra.

En algún punto cercano, un pájaro lanzó una entrecortada llamada de alarma. Corazón de Fuego se escondió detrás de un árbol. Seguía sin ver nada, pero notaba un hormigueo, a la expectativa.

Tensó los cuartos traseros y saltó a un árbol, por el que trepó hasta una rama baja. Se quedó allí agazapado, mirando hacia abajo a través de las hojas. El suelo del bosque parecía desierto, sin siquiera una abeja zumbando. Entonces captó el temblor de un helecho; un destello blanco que desapareció enseguida. Al cabo de unos momentos, una cabeza asomó entre la vegetación

que crecía bajo el árbol. Corazón de Fuego reconoció a Estrella Nocturna.

El líder del Clan de la Sombra soltó un maullido quedo:

—¡Seguidme!

Emergió de entre los helechos y cruzó corriendo una extensión de campo abierto. Una banda de gatos apareció tras él. Corazón de Fuego se puso cada vez más tenso al ver cuántos eran. Guerreros de los clanes del Viento y de la Sombra se encaminaban juntos hacia el campamento. Corazón de Fuego vio a Estrella Alta y Rescoldo, Rengo y Rabón, Patas Mojadas y Bigotes, corriendo uno al lado del otro como si

fueran compañeros de camada.

No hacía mucho tiempo, esos mismos gatos habían peleado entre sí en el campamento nevado del Clan del Viento. Ahora estaban unidos en su odio a Cola Rota y al Clan del Trueno por haberle dado cobijo.

Corazón de Fuego sabía que tendría que luchar contra ellos. Incluso aunque consideraba amigos a los guerreros del Clan del Viento, tendría que apoyar a su líder y a su propio clan.

Mientras se preparaba para saltar, oyó un furioso maullido procedente del campamento y reconoció la voz de Garra de Tigre. Pese a la desconfianza

que le inspiraba el lugarteniente, Corazón de Fuego no pudo evitar sentirse aliviado. En esos instantes, el Clan del Trueno necesitaba toda la valentía feroz y las habilidades de combate de Garra de Tigre.

Bajó apresuradamente del árbol y fue hacia la batalla, sin intentar ocultarse ya de los invasores. Al salir de entre los árboles, vio que el espacio abierto que había en lo alto del barranco estaba cubierto por una masa de gatos que se retorcían bufando. Garra de Tigre y Estrella Nocturna se enfrentaban con furiosos zarpazos. Cebrado había inmovilizado a un guerrero del Clan del

Viento. Musaraña se abalanzó, chillando de rabia, sobre Rescoldo. Flor Matinal, una reina del Clan del Viento, clavó las garras en el costado de Rabo Largo, que se precipitó aullando barranco abajo.

Corazón de Fuego saltó hacia Flor Matinal, con la ira latiéndole en las venas. No pudo evitar recordar cómo había ayudado a esa misma reina a cargar con uno de sus cachorros en el viaje de regreso al campamento del Clan del Viento, después de que Estrella Rota los expulsara de su hogar. La gata dio media vuelta cuando Corazón de Fuego aterrizó a su lado, y retrocedió un poco como si estuviera a punto de propinarle

un zarpazo. Ambos gatos se quedaron mirándose fijamente. Flor Matinal tenía los ojos llenos de pena, y Corazón de Fuego vio que ella también recordaba todo lo que habían pasado juntos. Se sintió incapaz de atacarla, y al cabo de un instante la reina se alejó de él y desapareció en la agitada masa de gatos.

Antes de que Corazón de Fuego pudiera tomar aire, un gato lo embistió por detrás, derribándolo en el suelo húmedo. Pataleó en vano para ponerse en pie. Al doblar el cuello, se encontró con la feroz mirada de Rabón. Un segundo después, el guerrero del Clan de la Sombra le clavó los colmillos en

el bíceps. Gritando de dolor, Corazón de Fuego le golpeó la barriga con las patas traseras, arrancándole mechones de pelo atigrado. La sangre de Rabón le salpicó cuando éste retrocedió gritando de dolor y se fue.

Corazón de Fuego se levantó a duras penas y miró alrededor resollando. Lo más encarnizado de la batalla se había desplazado al fondo del barranco. Los gatos enemigos estaban avanzando, decididos a invadir el campamento. Superaban en número a los guerreros del Clan del Trueno, que eran incapaces de mantenerlos a raya. ¿Y dónde estaba Estrella Azul?

Entonces la vio. Junto con Tormenta Blanca y Manto Polvoroso, estaba en posición de ataque en la boca del túnel de aulagas, lista para impedir la entrada con su vida. Bigotes y Patas Mojadas ya habían cruzado la línea defensiva de Garra de Tigre, y mientras Corazón de Fuego observaba la escena horrorizado, Patas Mojadas se abalanzó contra la líder.

El joven guerrero corrió por lo alto del barranco. De todo el Clan del Trueno, sólo Fauces Amarillas y él sabían que Estrella Azul se hallaba en la última de sus nueve vidas. Si ella moría en esa batalla, el Clan del Trueno se

quedaría sin líder… o peor: se quedaría bajo el control de Garra de Tigre.

Cuando estaba por encima de la entrada del túnel, se lanzó pendiente abajo sin tocar apenas las rocas, traicioneramente empinadas, para aterrizar patinando en el centro del combate. Mordió a Patas Mojadas en el cuello para separarlo de Estrella Azul. La líder arañó al atigrado gris hasta que éste se apartó trastabillando y huyó.

Una oleada de gatos en plena pelea llegó hasta Corazón de Fuego y los demás que estaban junto al túnel de aulagas. El joven mordió y arañó instintivamente sin saber contra quién

luchaba. Unas zarpas afiladas le hirieron la frente y la sangre empezó a gotearle sobre los ojos. Jadeó, sintiendo que estaba a punto de ahogarse con el fétido olor de sus enemigos.

Entonces oyó que Estrella Azul le alertaba al oído:

—¡Están atravesando el muro! ¡Atrás! ¡Defended el campamento!

El joven guerrero intentó mantenerse en pie cuando los invasores llevaron la batalla hasta el mismo túnel. La aulaga se le clavaba en el pelo como zarpas enemigas. Allí era imposible luchar, de modo que avanzó hasta el campamento.

En el claro, Sauce, Viento Veloz y

Tormenta de Arena se habían apresurado a guardar la maternidad, preparados para proteger a las reinas y sus cachorros. Rabo Largo, lamiéndose deprisa las heridas, se hallaba ante el refugio de Cola Rota junto con Fronde. Entre las ramas del árbol caído, Corazón de Fuego pudo entrever el pelaje atigrado oscuro y los ojos ciegos del antiguo líder del Clan de la Sombra. No pudo evitar sentir una punzada de frustración al pensar que los estaban atacando a causa de aquel gato cruel y asesino.

Estrella Nocturna y Bigotes fueron los primeros en irrumpir por el túnel, y

avanzaron por el espacio abierto en dirección al refugio de Cola Rota. Estrella Alta se abrió paso por el espinoso seto y se les unió. Los siguieron más intrusos.

—¡Detenedlos! —maulló Corazón de Fuego, llamando a los guerreros de su clan mientras corría por el claro—. ¡Quieren a Cola Rota!

Se lanzó sobre Estrella Nocturna, al que hizo rodar por el suelo polvoriento, preguntándose cuántos gatos del Clan del Trueno querrían defender realmente al antiguo líder del Clan de la Sombra. Sin duda, a muchos de ellos les encantaría entregarlo a los otros clanes.

Pero Corazón de Fuego también estaba seguro de que todos mantendrían su lealtad; sintieran lo que sintiesen en lo más hondo, lucharían por el Clan del Trueno.

Inmovilizó a Estrella Nocturna, clavándole los colmillos en el huesudo omóplato. El líder del Clan de la Sombra se revolvió y consiguió levantarse. Corazón de Fuego perdió el equilibrio, y de repente descubrió que estaba atrapado: aunque era viejo, Estrella Nocturna seguía siendo ferozmente fuerte.

El líder le enseñó los dientes con ojos brillantes. De repente retrocedió y

dejó libre a Corazón de Fuego. Tras enjugarse la sangre de los ojos, el joven guerrero vio que Fronde había saltado sobre el líder del Clan de la Sombra y estaba aferrado a su lomo con las cuatro zarpas. Estrella Nocturna intentó zafarse en vano, y entonces rodó por el suelo para aplastar al aprendiz. Éste soltó un maullido furioso.

Corazón de Fuego atacó a Estrella Nocturna con las uñas desenvainadas, pero Estrella Alta se interpuso entre ambos con la intención de llegar al refugio de Cola Rota. Corazón de Fuego notó que lo forzaban a apartarse.

Entonces apareció Garra de Tigre.

El enorme lugarteniente sangraba por varias heridas y tenía el pelo pegoteado de barro, pero sus ojos ámbar seguían ardiendo con el fuego de la batalla. Golpeó a Estrella Alta con una de sus patazas, derribándolo y haciendo que se alejara de allí.

Llegaron más gatos del Clan del Trueno: Tormenta Blanca, Musaraña, Viento Veloz y la propia Estrella Azul. El signo del combate cambió. Los intrusos empezaron a batirse en retirada, huyendo por el túnel y los huecos entre los helechos que rodeaban el claro. Jadeante, Corazón de Fuego se quedó mirando cómo Bigotes desaparecía a la

zaga de los intrusos que huían. La batalla había terminado.

Cola Rota estaba encogido en su refugio, con la cabeza inclinada, mirando el suelo sin verlo. No había emitido ni un sonido durante el combate. Corazón de Fuego se preguntó si sabría siquiera cuánto había arriesgado su clan de adopción por él.

Cerca, Fronde se levantó penosamente. Del bíceps le colgaba un jirón de piel desgarrada y tenía el pelo manchado de tierra y sangre, pero sus ojos centelleaban.

—Bien hecho —maulló Corazón de Fuego—. Has luchado como un

guerrero.

Los ojos del aprendiz brillaron todavía más.

Mientras tanto, los maltrechos gatos del Clan del Trueno se estaban congregando alrededor de su líder. Estaban todos embarrados y ensangrentados, y parecían tan agotados como se sentía Corazón de Fuego. Al principio guardaron silencio, con la cabeza gacha. El joven guerrero no percibió ninguna sensación de triunfo en su victoria.

—¡Tú nos has traído esto! —Fue Cebrado quien habló, encarándose con Estrella Azul—. Tú decidiste que

acogiéramos a Cola Rota aquí, y ahora nos hemos dejado la piel para defenderlo. ¿Cuánto falta para que uno de nosotros termine muriendo por su culpa?

Estrella Azul pareció angustiada.

—Nunca creí que fuera a ser fácil, Cebrado. Pero debemos hacer lo que consideramos correcto.

Cebrado resopló con desdén.

—¿Por Cola Rota? Por un par de ratones, ¡yo mismo acabaría con su vida!

Otros guerreros le dieron la razón entre maullidos.

—Cebrado. —Garra de Tigre se abrió paso a través de los gatos reunidos

para situarse junto a Estrella Azul, que de repente pareció vieja y frágil al lado del enorme atigrado oscuro—. Te recuerdo que estás hablando con tu líder. Muestra un poco de respeto.

Cebrado los miró a ambos lleno de rabia, pero al final bajó la cabeza. Garra de Tigre paseó la mirada ámbar por los demás gatos.

—Corazón de Fuego, ve a buscar a Fauces Amarillas —pidió Estrella Azul.

El joven guerrero fue hacia la guarida de la curandera, y descubrió que ésta ya estaba recorriendo el claro penosamente, seguida de cerca por Carbonilla. Las dos gatas se pusieron a

examinar las heridas de los guerreros para ver quiénes necesitaban tratamiento con más urgencia. Mientras Corazón de Fuego aguardaba su turno, vio que otro gato aparecía por la entrada del campamento. Era Látigo Gris. Tenía el pelaje lustroso e intacto, y en la boca un par de presas.

Antes de que Corazón de Fuego pudiera moverse, Garra de Tigre se separó de Carbonilla y corrió al encuentro de Látigo Gris en el centro del claro.

—¿Dónde has estado? —quiso saber.

El guerrero gris pareció

desconcertado. Dejó las presas en el suelo y maulló:

—Cazando. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

—¿A ti qué te parece? —gruñó el lugarteniente—. El Clan del Viento y el de la Sombra nos han atacado para llevarse a Cola Rota. Necesitábamos a todos nuestros guerreros, pero por lo visto tú no estabas aquí. ¿Dónde estabas?

«Con Corriente Plateada», respondió Corazón de Fuego para sí. Dio gracias al Clan Estelar por que Látigo Gris hubiera regresado al menos con carne fresca; ésa era una buena

razón para haber estado lejos del campamento.

—Bueno, ¿y cómo iba a saber yo lo que estaba ocurriendo? —protestó Látigo Gris, empezando a parecer irritado—. ¿O es que tengo que pedirte permiso antes de salir del campamento?

Corazón de Fuego se estremeció. Su amigo debería saber que no era buena idea provocar a Garra de Tigre, pero quizá la culpabilidad lo estaba volviendo temerario.

El lugarteniente soltó un gruñido gutural.

—Pues sales demasiado a menudo del campamento… tú y Corazón de

Fuego.

—¡Un momento! —terció Corazón —. Yo he estado aquí durante el ataque. Y no es culpa de Látigo Gris si él no estaba.

Garra de Tigre posó su fría mirada sobre el guerrero gris y luego sobre Corazón de Fuego.

—Sólo os diré una cosa: tened cuidado —bufó—. No os quito la vista de encima… a ninguno de los dos. —Dio media vuelta y regresó junto a Carbonilla.

—Y a mí qué me importa —masculló Látigo Gris.

Mientras él llevaba su caza al

montón de carne fresca, Corazón de Fuego se acercó cojeando a las curanderas para que examinaran sus heridas.

—¡Uf! —exclamó Fauces Amarillas al pasar sus expertos ojos sobre el joven —. Si te hubieran arrancado más pelo, parecerías una anguila. Pero ninguna herida es profunda. Sobrevivirás.

Carbonilla llegó con una bola de telaraña, que presionó sobre el zarpazo que Corazón de Fuego tenía sobre el ojo. Le tocó la nariz con la suya delicadamente.

—Has sido muy valiente, Corazón de Fuego —le susurró.

—Pues no creas… —repuso él con una súbita timidez—. Todos hemos hecho lo que teníamos que hacer.

—Pero no es fácil —intervino Fauces Amarillas—. He participado en muchas batallas y lo sé. Estrella Azul —añadió, volviéndose hacia la líder para mirarla de frente—, gracias. Para mí, significa mucho que hayas arriesgado la integridad de tu clan por proteger a Cola Rota.

Estrella Azul negó con la cabeza.

—No tienes por qué agradecérmelo. Es una cuestión de honor. A pesar de lo que Cola Rota ha hecho, ahora merece nuestra compasión.

La vieja curandera inclinó la cabeza. En voz muy baja, de modo que sólo Estrella Azul y Corazón de Fuego pudieron oírla, maulló:

—Cola Rota ha puesto en un gran peligro a mi clan de adopción, y eso lo lamento mucho.

Estrella Azul se le acercó y le dio un lametón reconfortante. Durante un momento, la expresión de sus ojos fue la de una madre tranquilizando a un cachorro asustado. Corazón de Fuego vio mentalmente a su líder atravesando el bosque la noche de la Asamblea, y cómo la luz de la luna resplandecía plateada sobre tres pelajes grises: los de

Estrella Azul, Vaharina y Pedrizo.

Corazón de Fuego soltó un grito ahogado. ¿Era eso lo que había visto realmente? Tres gatos tan idénticos que no podían ser otra cosa que familia. Vaharina y Pedrizo eran hermanos, lo sabía… y Tabora le había contado que de pequeños tenían el olor del Clan del Trueno.

¿Sería posible que los cachorros de Estrella Azul no hubieran muerto hacía muchas lunas? ¿Sería posible que Vaharina y Pedrizo fueran los cachorros perdidos de la líder del Clan del Trueno?



21

Cuando Carbonilla terminó de curar las heridas de Corazón de Fuego, éste fue a reunirse con Látigo Gris. Su amigo estaba encorvado en el dormitorio de los guerreros, con expresión acongojada.

Alzó la vista cuando entró Corazón de Fuego.

—Lo lamento —maulló el guerrero gris—. Debería haber estado aquí, pero tenía que ver a Corriente Plateada. La noche de la Asamblea ni siquiera pude acercarme a ella.

Corazón de Fuego suspiró. Durante un momento había considerado la posibilidad de compartir con su amigo sus sospechas sobre Vaharina y Pedrizo, pero comprendió que Látigo Gris ya tenía bastantes preocupaciones.

—No pasa nada. Cualquiera de nosotros podría haber estado fuera, patrullando o cazando. Pero si estuviera en tu pellejo, no me alejaría del campamento en los próximos días y me

aseguraría de que Garra de Tigre me viera.

Su amigo arañó distraídamente un pedazo de musgo, y Corazón de Fuego supuso que ya había quedado con Corriente Plateada para verse otra vez.

—Hay algo más que quiero contarte —añadió el joven guerrero, decidiendo no discutir sobre aquel tema en ese momento—. Sobre Fronde. —Le explicó rápidamente cómo el aprendiz y él habían salido temprano, y cómo Fronde había captado el olor del grupo de gatos invasores—. Y también ha peleado estupendamente —señaló—. Creo que es hora de que se convierta en guerrero.

Látigo Gris asintió con un ronroneo.

—¿Estrella Azul lo sabe?

—Todavía no. Tú eres el mentor de Fronde. Deberías recomendárselo.

—Pero no estaba presente en la batalla.

—Eso no importa. —Corazón de Fuego le dio un empujoncito—. Vamos, iremos a hablar con Estrella Azul ahora.

La líder y la mayoría de los guerreros seguían en el claro, mientras Fauces Amarillas y Carbonilla distribuían telarañas para detener las hemorragias y semillas de adormidera para aliviar el dolor. Pecas había sacado a sus cachorros para que vieran

lo que sucedía, y Pequeño Nimbo estaba fisgoneando por todas partes, dándole la tabarra a un guerrero tras otro con preguntas sobre el combate. Fronde también estaba allí, lavándose a conciencia. Corazón de Fuego se sintió aliviado al ver que no parecía demasiado malherido.

Los dos amigos se dirigieron hacia Estrella Azul, y Corazón de Fuego volvió a relatar la destreza de Fronde al captar el olor de sus enemigos y su valentía en la batalla.

—Gracias a Fronde hemos podido dar la voz de alarma con tiempo —concluyó.

—Pensamos que debería convertirse en guerrero —añadió Látigo Gris.

La líder asintió pensativa.

—Estoy de acuerdo. Hoy Fronde ha demostrado ser muy valioso. —Se puso en pie para situarse en medio de sus gatos y levantó la voz—: ¡Que todos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo la Peña Alta, para una reunión del clan!

Flor Dorada salió al instante de la maternidad, seguida de Cola Pintada, y Orejitas llegó desde la guarida de los veteranos cojeando lentamente. Cuando estuvieron todos congregados alrededor de Estrella Azul, ella maulló:

—Fronde, ven aquí.

El aprendiz alzó la mirada, sorprendido, y se acercó nervioso a la líder. Corazón de Fuego se dio cuenta de que no tenía la menor idea de lo que le esperaba.

—Fronde, eres tú quien ha puesto sobre aviso al clan esta mañana, y en la batalla has luchado con valentía —dijo Estrella Azul—. Ha llegado la hora de que te conviertas en guerrero.

El aprendiz se quedó con la boca abierta. Sus ojos centellearon de emoción cuando la digna gata empezó a pronunciar las palabras rituales.

—Yo, Estrella Azul, líder del Clan

del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a este aprendiz. Ha entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble código, y os lo encomiendo a su vez como guerrero. —Clavó en Fronde sus ojos azules—. Fronde, ¿prometes respetar el código guerrero y proteger y defender a este clan, incluso a costa de tu vida?

El recién ungido se estremeció levemente, pero la voz no le tembló al responder:

—Lo prometo.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar, te doy tu nombre guerrero: Fronde, a partir de este momento serás

conocido como Fronde Dorado. El Clan Estelar se honra con tu clarividencia y tu determinación, y te damos la bienvenida como guerrero de pleno derecho del Clan del Trueno.

A continuación, Estrella Azul se aproximó a Fronde Dorado y posó el hocico en lo alto de la cabeza inclinada del joven. Él le lamió el omóplato respetuosamente, y luego fue a colocarse entre Corazón de Fuego y Látigo Gris.

Los gatos presentes corearon el nombre del nuevo guerrero.

—¡Fronde Dorado! ¡Fronde Dorado!

Empezaron a apiñarse a su alrededor, felicitándolo y deseándole lo

mejor. Escarcha, su madre, pegó el hocico a su costado, mientras sus ojos azules resplandecían encantados.

—Esta noche deberás velar y guardar el campamento tú solo —maulló Tormenta de Arena, dando un empujoncito juguetón a Fronde Dorado —. ¡Gracias, Clan Estelar! ¡El resto podemos disfrutar de una noche libre!

Fronde Dorado estaba demasiado abrumado para responder adecuadamente, pero soltó un ronroneo profundo y feliz y dijo:

—G… gracias, Látigo Gris. Y a ti, Corazón de Fuego.

Corazón de Fuego sintió una oleada

de orgullo al verlo convertido en guerrero por fin, casi como si Fronde Dorado hubiera sido su propio aprendiz. Lo compensó un poco por el hecho de que jamás viviría lo mismo con Carbonilla. El Clan Estelar tenía reservado un destino diferente para ella. Ahora que la ceremonia había finalizado, Corazón de Fuego sintió todo el cansancio del día. Estaba a punto de irse al dormitorio de los guerreros cuando reparó en que Carbonilla se acercaba cojeando a su hermano.

—¡Felicidades, Fronde Dorado! —exclamó la gata. Sus ojos azules centelleaban mientras le cubría las

orejas de lametones.

Su hermano dejó de ronronear y sus ojos se ensombrecieron.

—Tú deberías haber estado conmigo —murmuró, tocándole delicadamente la pata lisiada.

—No; yo estoy bien como estoy —replicó ella—. Tú tendrás que ser guerrero por los dos. ¡Y yo tendré que conformarme con ser la mejor curandera que este bosque haya visto jamás!

Corazón de Fuego observó a la gata gris con admiración. Sabía que a Carbonilla la alegraba de verdad ser la aprendiza de Fauces Amarillas. Llegaría a ser una buena curandera. Pero también

habría sido una buena guerrera. Corazón de Fuego pensó que se requería un talante especial para no envidiar el triunfo de su hermano. Como siempre que veía la lesión de Carbonilla, se acordó de Garra de Tigre. Estaba convencido de que el lugarteniente había causado el accidente de su antigua aprendiza, y recientemente había intentado ahogarlo a él. Aun así, Garra de Tigre había combatido con la potencia del Clan Estelar. Sin él, podrían haber perdido la batalla. «Si demuestro su traición, ¿quién defenderá entonces al Clan del Trueno?», se preguntó.

Después del ataque enemigo, Corazón de Fuego se sintió aliviado al ver que Látigo Gris cumplía la promesa de mantenerse cerca del campamento, patrullando, cazando o ayudando a Fauces Amarillas y Carbonilla a reponer sus existencias. Garra de Tigre no decía nada, pero Corazón de Fuego esperaba que lo hubiese notado.

Sin embargo, la tercera mañana se despertó al percibir movimiento en el lecho contiguo al suyo. Abrió los ojos a tiempo de ver cómo Látigo Gris se escabullía de la guarida.

—¿Látigo Gris? —masculló, pero su

amigo se marchó sin responder.

Cuidando de no molestar a Tormenta de Arena, que dormía al otro lado, Corazón de Fuego se levantó. Salió al claro bizqueando y vio que Látigo Gris desaparecía por el túnel de aulagas. También vio a Cebrado junto al montón de carne fresca, con un campañol en la boca. Tenía los ojos fijos en la entrada del túnel.

Corazón de Fuego sintió un peso frío en el estómago. Si Cebrado había visto marcharse a Látigo Gris, eso significaba que Garra de Tigre lo sabría al cabo de poco tiempo. Y entonces el lugarteniente querría saber dónde había estado el

guerrero gris exactamente. Podría incluso seguirlo y sorprenderlo con Corriente Plateada.

Casi sin pensar, Corazón de Fuego echó a andar. Se obligó a adoptar un paso brioso pero sin especial urgencia. Al pasar ante el montón de carne fresca, exclamó:

—¡Buenos días, Cebrado! Nos vamos a cazar. Ya sabes: ¡al gato que madruga el Clan Estelar lo ayuda!

Y sin esperar respuesta, entró en el túnel. En cuanto dejó atrás el claro, apretó el paso y subió el barranco corriendo. Ya no se veía a Látigo Gris por ninguna parte, aunque su olor era

fuerte e iba derecho a las Rocas Soleadas.

«Pero si había aceptado reunirse con Corriente Plateada sólo en los Cuatro Árboles…», pensó.

Avanzó a toda prisa, desatendiendo los tentadores sonidos y olores de presas del sotobosque. Tenía la esperanza de alcanzar a su amigo y hacerlo cambiar de rumbo antes de que se encontrara con Corriente Plateada, por si Garra de Tigre ya estuviera en el bosque, pero para cuando llegó a las Rocas Soleadas no vio ni rastro de su amigo. Se detuvo en el lindero del bosque y aspiró el fragante aire. Látigo

Gris estaba cerca, eso seguro, y también captó el olor de Corriente Plateada, pero ambos olores quedaban solapados por algo que le puso el pelo de punta: ¡olor a sangre!

En ese momento, de las rocas que tenía delante brotó un gemido débil y sobrecogedor, el inconfundible sonido de un gato sufriendo.

—¡Látigo Gris!

Corazón de Fuego salió disparado y saltó a la superficie escarpada de la roca más cercana. Lo que vio desde la cima lo hizo frenar en seco.

Abajo, en una profunda torrentera entre aquella roca y la siguiente, se

hallaba tendida Corriente Plateada. Mientras Corazón de Fuego la observaba espantado, un fuerte espasmo recorrió el cuerpo de la gata, y sus patas dieron una sacudida. La gata soltó otro gemido desgarrador.

—¡Látigo Gris! —llamó Corazón de Fuego con voz estrangulada.

Su amigo estaba agachado junto a Corriente Plateada, lamiéndole el costado jadeante. Alzó la cabeza al oír la voz de su amigo.

—¡Corazón de Fuego! Son los cachorros… ya vienen, pero todo va mal. ¡Ve a buscar a Fauces Amarillas!

—Pero… —Corazón de Fuego se

mordió la lengua. Sus patas ya estaban moviéndose para bajar de la roca y recorrer de nuevo la extensión de campo abierto que llevaba a los árboles.

El joven guerrero corrió como no había corrido jamás, pero aun así, una parte pequeña y racional de su mente le decía que aquello era el fin. Ahora todos los gatos del clan se enterarían de lo de Látigo Gris y Corriente Plateada. ¿Qué les harían Estrella Azul y Estrella Doblada cuando todo hubiese terminado?

Llegó al campamento y descendió el barranco como un rayo, casi derribando a Carbonilla en la entrada del túnel. Ella

retrocedió con un maullido de protesta, al desparramarse las hierbas que había recolectado.

—Corazón de Fuego, ¿qué…?

—¿Dónde está Fauces Amarillas? —preguntó él resollando.

—¿Fauces Amarillas? —Carbonilla se puso más seria al percibir su desesperación—. Ha ido a las Rocas de las Serpientes. Es el mejor sitio para encontrar milenrama.

Corazón de Fuego se preparó para seguir corriendo, pero luego se detuvo, frustrado. Tardaría mucho tiempo en recoger a Fauces Amarillas en las Rocas de las Serpientes. ¡Corriente Plateada

necesitaba ayuda inmediatamente!

—¿Qué ocurre? —inquirió Carbonilla.

—Hay una gata… Corriente Plateada… en las Rocas Soleadas. Va a tener cachorros, pero algo está yendo mal.

—¡Oh, que el Clan Estelar la ayude! —exclamó Carbonilla—. Yo iré. Espera aquí… necesito recoger algunas cosas.

Desapareció en el túnel de aulagas. El joven esperó, arañando el suelo con impaciencia, hasta que por fin vio movimiento en el túnel. Pero no era Carbonilla, sino Fronde Dorado.

—Carbonilla me ha mandado que

vaya en busca de Fauces Amarillas —informó a Corazón de Fuego al pasar por su lado, y se fue barranco arriba.

Por fin reapareció Carbonilla. Llevaba en la boca un fardo de hierbas envueltas en hojas. Agitó la cola al acercarse a Corazón de Fuego, indicándole que le mostrara el camino.

Cada paso de la caminata fue un tormento para el joven guerrero. Carbonilla hacía todo lo que podía, pero su pata herida ralentizaba su marcha. El tiempo parecía eternizarse. Con una punzada de horror, Corazón de Fuego recordó su sueño: una gata plateada sin rostro que iba desvaneciéndose, dejando

a sus cachorros gimiendo impotentes en la oscuridad. ¿Sería Corriente Plateada?

En cuanto tuvieron a la vista las Rocas Soleadas, Corazón de Fuego se adelantó. Al llegar al pie de la roca, vio a otro gato en la cima, observando la torrentera donde estaban Látigo Gris y Corriente Plateada. Sintió que unas zarpas heladas le oprimían el corazón. Era el inconfundible corpachón y el pelaje oscuro de Garra de Tigre. Cebrado debía de haberle informado, y el lugarteniente habría seguido el rastro oloroso de Látigo Gris. Corazón de Fuego había pasado junto a él en su veloz regreso al campamento sin

siquiera darse cuenta.

—Corazón de Fuego —gruñó Garra de Tigre, volviéndose cuando el joven subió a la roca—. ¿Qué sabes tú sobre esto?

El joven miró hacia abajo. La gata seguía tendida de costado, pero los intensos jadeos que sacudían su cuerpo se habían transformado en débiles espasmos. Había dejado de gemir. Corazón de Fuego supuso que estaba exhausta. Látigo Gris se había acurrucado junto a ella. De su pecho brotaba un sonido quedo y melódico, y tenía los ojos fijos en el rostro de la gata. Corazón de Fuego supuso que

ninguno de los dos había advertido la presencia de Garra de Tigre.

Antes de que pudiera responder a la pregunta del lugarteniente, Carbonilla rodeó el pie de la roca y se deslizó por la torrentera para llegar hasta Corriente Plateada. Dejó el fardo de hierbas y olfateó a la reina gris.

—¡Corazón de Fuego! —llamó al cabo de un momento—. ¡Baja aquí! ¡Te necesito!

Haciendo caso omiso de un furioso bufido de Garra de Tigre, Corazón de Fuego saltó a la torrentera, lastimándose las zarpas con la roca pelada. En cuanto tocó el suelo, Carbonilla salió a su

encuentro. Cargaba con un cachorro diminuto; éste tenía los ojos cerrados, las orejas pegadas a la cabeza y el pelo gris oscuro adherido al cuerpo.

—¿Está muerto? —susurró el joven guerrero.

—¡No! —Carbonilla dejó el cachorro en el suelo y le dio un empujoncito hacia Corazón de Fuego—. ¡Ponte a lamerlo! ¡Que entre en calor y la sangre le empiece a circular!

Dicho esto, dio media vuelta en el estrecho espacio y regresó con Corriente Plateada. Corazón de Fuego no podía ver lo que estaba sucediendo, porque el cuerpo de la aprendiza se lo tapaba,

pero oyó cómo Carbonilla maullaba tranquilizadoramente, y una pregunta angustiada de Látigo Gris.

Corazón de Fuego se inclinó sobre el cachorro y pasó la áspera lengua por aquel cuerpecillo. Durante mucho rato no reaccionó, y comenzó a pensar que Carbonilla se había equivocado y el cachorro estaba muerto. Después, un leve temblor recorrió de arriba abajo al gatito, que abrió los ojos.

—¡Está vivo! —exclamó Corazón de Fuego con voz ahogada.

—Ya te lo había dicho —replicó Carbonilla—. Sigue lamiéndolo. Hay otro en camino, y saldrá en cualquier

momento. Muy bien, Corriente Plateada… lo estás haciendo muy bien.

Garra de Tigre había bajado de la roca y se hallaba en la entrada de la torrentera con cara de pocos amigos.

—Ésa es una gata del Clan del Río —siseó—. ¿Alguno de vosotros va a explicarme qué está pasando aquí?

Antes de que alguien pudiera contestar, Carbonilla lanzó un grito triunfal.

—¡Lo has hecho, Corriente Plateada!

Al cabo de unos momentos apareció con un segundo cachorrito en la boca. Lo depositó delante de Garra de Tigre.

—Toma. Lámelo.

El lugarteniente la miró iracundo.

—Yo no soy curandero.

Carbonilla se volvió hacia él y lo fulminó con la mirada.

—Pero tienes lengua, ¿no? Pues utilízala, ¡inútil montón de pelo! ¿Acaso quieres que el cachorro muera?

Corazón de Fuego se estremeció, pensando que Garra de Tigre se abalanzaría sobre la aprendiza y la destriparía con sus potentes zarpas. En cambio, el atigrado oscuro bajó su enorme cabeza y se puso a lamer al segundo cachorro.

Carbonilla regresó de inmediato junto a Corriente Plateada. Corazón de

Fuego la oyó maullar:

—Tienes que tomar esta hierba. Látigo Gris, encárgate de que tome tanta como pueda. Debemos detener la hemorragia.

Corazón de Fuego dejó un momento sus vigorosos lametazos. El cachorro ya respiraba con normalidad y parecía fuera de peligro. Deseaba saber qué estaba ocurriendo en la torrentera.

—Aguanta, Corriente Plateada —gruñó Carbonilla.

—¡Corriente Plateada! —exclamó Látigo Gris con un maullido de pánico.

Al captar la congoja de su amigo, Corazón de Fuego ya no pudo quedarse

donde estaba. Dejó al cachorro para colocarse junto a la aprendiza. Llegó a tiempo de ver cómo Corriente Plateada levantaba la cabeza para lamer débilmente la cara de Látigo Gris.

—Adiós, Látigo Gris —susurró la gata—. Te quiero. Cuida de nuestros cachorros.

Entonces, el cuerpo de la atigrada gris dio una sacudida convulsa. Quedó con la cabeza atrás, la boca entreabierta, e inmóvil.

—¡Corriente Plateada! —llamó Carbonilla.

—No, Corriente Plateada, no —maulló Látigo Gris muy bajito—. No te

vayas. No me abandones. —Se inclinó sobre el cuerpo inerte, acariciándolo delicadamente con el hocico. La gata no se movió—. ¡Corriente Plateada! —El guerrero gris se levantó sobre las patas traseras y echó la cabeza atrás. Sus maullidos de dolor quebraron la quietud del aire—. ¡Corriente Plateada!

Carbonilla siguió inclinada sobre el cuerpo de la gata unos instantes más, zarandeándola con delicadeza, pero al final aceptó la derrota. Se incorporó y se quedó mirando al infinito, con sus ojos azules llenos de desolación.

Corazón de Fuego se levantó para acercarse a la aprendiza.

—Carbonilla, los cachorros se hallan fuera de peligro —murmuró.

Ella lo miró de un modo que le heló el alma.

—Pero su madre ha muerto. La he perdido, Corazón de Fuego.

El eco de las rocas repitió los sobrecogedores lamentos de Látigo Gris. Garra de Tigre se abrió paso entre los demás gatos y golpeó al guerrero gris detrás de la oreja con una de sus enormes zarpas.

—Ya basta de lloriqueos.

Látigo Gris enmudeció, aunque Corazón de Fuego pensó que fue más por la conmoción y el agotamiento que

por obediencia al lugarteniente.

Garra de Tigre los miró a todos con ojos llameantes.

—Y ahora, ¿alguien va a contarme qué ocurre? Látigo Gris, ¿tú conoces a esta gata del Clan del Río?

Látigo Gris alzó la vista. Sus ojos se habían quedado apagados y fríos como guijarros.

—Yo la amaba —susurró.

—¿Qué…? ¿Estos cachorros son tuyos? —preguntó el lugarteniente, pasmado.

—Míos y de Corriente Plateada. —En Látigo Gris brotó un leve destello de desafío—. Sé lo que vas a decir, Garra

de Tigre. No te molestes. No me importa. —Se volvió de nuevo hacia Corriente Plateada, presionando la nariz contra su pelaje y hablándole en tiernos murmullos.

Mientras tanto, Carbonilla se había sobrepuesto lo bastante para examinar a los dos cachorros.

—Creo que sobrevivirán —maulló, aunque pareció menos convencida que al principio—. Debemos llevarlos al campamento de inmediato, y buscar una reina que los amamante.

El lugarteniente se volvió bruscamente hacia ella.

—¿Estás loca? ¿Por qué debería

criarlos el Clan del Trueno? Son cachorros híbridos. Ningún clan los querrá.

Carbonilla no le hizo caso.

—Corazón de Fuego, tú carga con ése —ordenó—. Yo llevaré el otro.

El joven guerrero agitó los bigotes a modo de asentimiento, pero, antes de recoger al cachorro, se acercó a Látigo Gris para restregarse contra su ancho omóplato.

—¿Quieres venir con nosotros?

Su amigo negó con la cabeza.

—Tengo que quedarme para enterrar a Corriente Plateada —susurró—. Aquí, entre el Clan del Río y el del Trueno.

Después de esto, ni siquiera su propio clan querrá llorar su muerte.

Corazón de Fuego sintió que se le partía el alma por su amigo, pero no había mucho más que pudiera hacer para ayudarlo.

—Volveré pronto —prometió. Más quedo, aunque lo tenía sin cuidado que Garra de Tigre pudiese oírlo, añadió—: Yo lloraré su muerte contigo, Látigo Gris. Corriente Plateada era valiente, y sé que te amaba.

Su amigo no respondió. Corazón de Fuego tomó el cachorro por el pescuezo, y dejó a Látigo Gris junto a la gata a la que había amado más que a su clan, más


que al honor y más que a su propia vida.



22

Garra de Tigre se había adelantado, y cuando Corazón de Fuego y Carbonilla llegaron al campamento con los cachorros, todo el clan sabía lo ocurrido. Los guerreros y aprendices habían congregado delante de sus guaridas, observando en silencio. Corazón de Fuego casi podía oler su

espanto e incredulidad.

Estrella Azul se hallaba en la entrada de la maternidad, como si los estuviese aguardando. Corazón de Fuego casi esperaba que los rechazara, negándose a cuidar a los cachorros de otro clan, pero la líder se limitó a maullar quedamente:

—Pasemos adentro.

En el centro del zarzal todo era penumbra y quietud. Pecas estaba ovillada alrededor de sus pequeños, dormidos en un montón de pelaje gris y leonado, con el pelo blanco de Pequeño Nimbo reluciendo entre ellos como un retazo nevado. Cerca de Pecas, en un

lecho de musgo tapizado de mullidas plumas, estaba Flor Dorada de costado, amamantando a sus recién nacidos. Uno era de color rojizo claro como su madre, y el otro era un atigrado oscuro.

—Flor Dorada —murmuró Estrella Azul—. Tengo que preguntarte una cosa. ¿Podrías hacerte cargo de dos cachorros más? Su madre acaba de morir.

Flor Dorada levantó la cabeza, y su expresión de desconcierto se suavizó al ver a las dos criaturitas indefensas que colgaban de la boca de Corazón de Fuego y Carbonilla. Habían empezado a retorcerse débilmente, soltando débiles maullidos de miedo y hambre.

—Supongo… —comenzó la reina.

—Espera —interrumpió Cola Pintada; había entrado en la maternidad justo detrás de Corazón de Fuego—. Antes de que aceptes nada, pídele a Estrella Azul que te cuente de quién son estos cachorros.

Corazón de Fuego sintió una punzada de nerviosismo. Aunque Cola Pintada era una buena madre, tenía un temperamento feroz, y el joven supuso que no veía con agrado a unos cachorros que no eran ni de un clan ni de otro.

—No pensaba ocultarle algo así —replicó la líder con calma—. Flor Dorada, estos pequeños son hijos de

Látigo Gris. Su madre era Corriente Plateada… una gata del Clan del Río.

A Flor Dorada se le dilataron los ojos de asombro, y Pecas, despertada de su siesta, movió las orejas.

—Látigo Gris debe de haber estado escapándose durante lunas para verla —siseó Cola Pintada—. ¿Qué gato leal haría algo así? Los dos han traicionado a sus clanes. La sangre que corre por las venas de estos cachorros no es buena.

—Tonterías —espetó Estrella Azul, con el pelo erizado de repente. Corazón de Fuego se estremeció; casi nunca había visto a su líder tan enfadada—. Pensemos lo que pensemos sobre Látigo

Gris y Corriente Plateada, sus hijos son inocentes. ¿Te harás cargo de ellos, Flor Dorada? Sin una madre morirán.

Flor Dorada vaciló, y al cabo soltó un largo suspiro.

—¿Cómo voy a decir que no? Tengo leche de sobra.

Cola Pintada resopló con desaprobación, y se puso de espaldas mientras Corazón de Fuego y Carbonilla depositaban delicadamente a los cachorros en el lecho de la gata. La reina rojizo claro se inclinó hacia delante para guiarlos hacia su vientre. Los lastimeros quejidos terminaron cuando los pequeños se acurrucaron

junto a su cálido cuerpo y encontraron un lugar donde mamar.

—Gracias, Flor Dorada —ronroneó Estrella Azul.

Corazón de Fuego advirtió que la líder estaba contemplando a los cachorros con expresión nostálgica. Se preguntó si estaría pensando en sus propios cachorros perdidos, y de nuevo lo invadieron las dudas sobre qué les habría sucedido realmente. ¿Sería posible que fueran Vaharina y Pedrizo, vivos y sanos en el Clan del Río? ¿Tendría idea de eso Estrella Azul?

Sus pensamientos se interrumpieron cuando Carbonilla dio media vuelta

bruscamente y salió de la maternidad. Corazón de Fuego fue tras ella y la encontró sentada fuera, con la cabeza apoyada entre las patas delanteras.

—¿Qué te ocurre? —preguntó el joven guerrero.

—Corriente Plateada ha muerto —respondió la aprendiza con voz casi inaudible—. Yo la he dejado morir.

—¡Eso no es cierto!

Carbonilla levantó la cabeza parpadeando. Sus ojos eran lagos azules de desdicha.

—Se supone que soy curandera. Se supone que salvo vidas.

—Has salvado a los dos cachorros

—le recordó Corazón de Fuego, acercándose para restregar la cara contra su mejilla.

—Pero no he salvado a Corriente Plateada.

Una oleada de compasión invadió a Corazón de Fuego. Comprendía cómo se sentía Carbonilla, y quería decirle que se equivocaba al culparse, pero no encontraba las palabras apropiadas. Sintiéndose impotente y triste, empezó a darle tiernos lametones.

—¿Qué ocurre?

Al alzar la cabeza, Corazón de Fuego vio a Fauces Amarillas delante de ellos, con un ceño de desconcierto en su

ancha cara gris.

—¿Qué es eso que he oído sobre Látigo Gris y una reina del Clan del Río?

Carbonilla ni siquiera pareció reparar en la presencia de su mentora. Fue Corazón de Fuego quien tuvo que explicarlo todo.

—Carbonilla ha estado maravillosa —le contó a la vieja curandera—. Esos cachorros habrían muerto de no ser por ella.

Fauces Amarillas asintió.

—He visto a Garra de Tigre —dijo con voz cascada—. Fronde me estaba acompañando a las Rocas Soleadas

cuando nos hemos tropezado con él. Garra de Tigre está furioso por lo de los cachorros, pero no está furioso contigo, Carbonilla —añadió—. Sabe que tú has cumplido con tu obligación, como haría cualquier curandero.

Carbonilla levantó la mirada al oír aquello.

—Jamás seré curandera —replicó con amargura—. Soy una inútil. He dejado que Corriente Plateada muriera.

—¿Qué? —gruñó Fauces Amarillas iracunda, arqueando su escuálido cuerpo —. Eso es lo más descerebrado que he oído en mi vida.

—Fauces Amarillas… —Corazón

de Fuego empezó a protestar por el duro tono de la vieja curandera, pero ella no le hizo caso.

—Has hecho todo lo que has podido, Carbonilla. Ningún gato puede hacer más.

—Pero no ha sido suficiente —señaló la aprendiza con voz apagada—. Si tú hubieras estado allí, la habrías salvado.

—¡Oh! Y eso te lo ha contado el Clan Estelar, ¿no? Carbonilla, a veces los gatos mueren, y nadie puede hacer nada al respecto. —Soltó un maullido asmático, medio carcajada y medio reprimenda—. Ni siquiera yo.

—Pero la he perdido, Fauces Amarillas.

—Lo sé. Y ésa es una lección muy dura. —Ahora había compasión en el tono de la vieja gata—. Pero yo también he perdido gatos… más de los que quisiera contar. Como cualquier curandero del mundo. Vives con eso y sigues adelante. —Empujó a Carbonilla con el hocico, marcado con cicatrices de guerra, y siguió empujando hasta que la gatita se puso en pie precariamente—. Vamos. Hay trabajo que hacer. Orejitas se está quejando de nuevo de sus articulaciones doloridas.

Guió a Carbonilla hacia su guarida,

y se detuvo para mirar a Corazón de Fuego por encima del hombro.

—No te preocupes —le dijo—. Estará bien.

El joven guerrero observó cómo las dos gatas cruzaban el claro y desaparecían en la guarida de la vieja curandera.

—Puedes confiar en Fauces Amarillas —aseguró un maullido pausado. Al volverse, Corazón de Fuego vio a Estrella Azul—. Conseguirá que Carbonilla lo supere.

La líder estaba sentada justo delante de la maternidad, con la cola pulcramente enroscada alrededor de las

patas. Peso a todo el alboroto producido por la muerte de Corriente Plateada y el descubrimiento de la relación ilícita de Látigo Gris, parecía tan tranquila como siempre.

—Estrella Azul —maulló el joven, dubitativo—, ¿qué le ocurrirá ahora a Látigo Gris? ¿Será castigado?

Ella pareció pensativa.

—Todavía no puedo darte una respuesta —admitió—. Necesito debatirlo con Garra de Tigre y los demás guerreros.

—Látigo Gris no pudo evitarlo —espetó él lealmente.

—No pudo evitarlo… ¿cuando

traicionó a su clan y el código guerrero para estar con Corriente Plateada? —Los ojos de la gata centellearon, pero su tono no mostraba tanta furia como Corazón de Fuego habría esperado—. Te prometo una cosa —añadió—: no haré nada hasta que la conmoción disminuya. Debemos sopesar todo el asunto con mucho cuidado.

—Tú no estás realmente sorprendida, ¿verdad? —se atrevió a preguntar el joven guerrero—. ¿Es que ya te habías imaginado lo que estaba pasando?

Casi esperaba que Estrella Azul no respondiera. Ella lo inmovilizó varios

segundos con su penetrante mirada azul. En sus ojos había sabiduría, incluso dolor.

—Sí, lo sospechaba —maulló al fin —. Una de las obligaciones de un líder es saber las cosas. Y yo no estoy exactamente ciega en las asambleas.

—Entonces… ¿por qué no le pusiste freno?

—Tenía la esperanza de que Látigo Gris recordase la lealtad a su propio clan. Sabía que, incluso aunque no lo hiciera, algo terminaría acabando con la historia, para los dos. Aunque no sé cómo habría soportado Látigo Gris ver cómo sus propios hijos crecían en otro

clan.

—Tú eso lo comprendes, ¿verdad? —Las palabras le salieron antes de pensar lo que estaba diciendo—. Eso te sucedió a ti.

Estrella Azul se puso tensa. Corazón de Fuego se encogió ante el repentino fulgor de ira en sus ojos azules. Después la gata se relajó, y la ira fue reemplazada por una expresión distante de recuerdos y pérdida.

—Lo has adivinado —murmuró—. Pensé que podrías adivinarlo. Sí, tienes razón, Vaharina y Pedrizo son hijos míos.



23

—Ven —ordenó Estrella Azul. Y echó a andar por el claro del campamento en dirección a su guarida.

A Corazón de Fuego no le quedó más remedio que seguirla. Una vez dentro, la gata le dijo que se sentara, y ella se acomodó en su lecho.

—¿Cuánto sabes? —preguntó,

escrutando con sus ojos azules los del joven.

—Sólo que hace tiempo Corazón de Roble llevó dos cachorros del Clan del Trueno al Clan del Río —confesó él—. Le contó a Tabora (la reina que amamantó a los pequeños) que ignoraba su procedencia.

Estrella Azul asintió mientras su mirada se suavizaba.

—Sabía que Corazón de Roble mantendría su lealtad hacia mí —murmuró. Luego levantó la cabeza—. Él era el padre de los cachorros —añadió—. ¿Eso ya te lo habías imaginado?

El joven guerrero negó con la

cabeza. Pero eso explicaba que Corazón de Roble quisiera tan desesperadamente que Tabora cuidara de los pequeños indefensos.

—¿Qué les pasó exactamente a tus hijos? —inquirió, volviéndose imprudente debido a la curiosidad—. Corazón de Roble no los robó, ¿verdad?

La líder del clan agitó las orejas con impaciencia.

—Por supuesto que no. —Clavó los ojos en los de Corazón de Fuego; de repente se le habían empañado con un dolor que él ni siquiera podía imaginar—. No, Corazón de Roble no los robó. Yo se los entregué.

Corazón de Fuego se quedó mirándola con incredulidad. No había nada que pudiera hacer, excepto esperar a que Estrella Azul se explicara.

—Mi nombre de guerrera era Pelaje Azul —empezó la gata—. Al igual que tú, no deseaba nada más que servir a mi clan. Corazón de Roble y yo nos conocimos en una Asamblea a principios de una estación sin hojas, cuando todavía éramos jóvenes e insensatos. No estuvimos emparejados mucho tiempo. Cuando descubrí que iba a tener cachorros, mi intención fue tenerlos dentro del Clan del Trueno. Nadie me preguntó quién era el padre…

Si una reina no quiere contarlo, tiene todo el derecho a callárselo.

—Pero ¿entonces…? —dijo Corazón de Fuego.

Estrella Azul tenía los ojos fijos en un punto distante, como si estuvieran contemplando el pasado lejano.

—Entonces nuestro lugarteniente, Leonino, decidió retirarse. Yo sabía que tenía muchas posibilidades de ser elegida para sustituirlo. Nuestro curandero ya me había dicho que el Clan Estelar me tenía reservado un gran destino. Pero yo también sabía que el clan nunca escogería a una reina con recién nacidos para el puesto de

lugarteniente.

—¿De modo que renunciaste a tus hijos? —Corazón de Fuego no pudo ocultar la incredulidad en su voz—. ¿No podrías haber esperado hasta que salieran de la maternidad? Seguro que podrían haberte nombrado lugarteniente cuando los cachorros fueran lo bastante mayores para cuidar de sí mismos.

—No fue una decisión fácil —contestó Estrella Azul con aspereza—. Aquella estación sin hojas fue muy cruda. El clan estaba pasando mucha hambre, y yo apenas tenía leche para alimentar a mis pequeños. Sabía que en el Clan del Río estarían bien cuidados.

En aquellos días, el río estaba lleno de peces y los gatos del Clan del Río jamás pasaban hambre.

—Pero perderlos… —El joven parpadeó ante el agudo dolor que sintió al ponerse en su lugar.

—Corazón de Fuego, no necesito que me cuentes lo difícil que fue mi elección. Pasé muchas noches despierta, decidiendo qué hacer. Qué era lo mejor para los cachorros… qué era lo mejor para mí… y qué era lo mejor para el clan.

—Habría otros guerreros preparados para ser lugarteniente, ¿no? —Seguía intentando asimilar que

Estrella Azul hubiera sido tan ambiciosa como para renunciar a sus propios hijos.

La líder alzó la barbilla desafiante.

—Oh, sí. Estaba Garra de Cardo. Era un buen guerrero, fuerte y valeroso. Pero su respuesta a cualquier problema era luchar. ¿Tendría que haberme quedado mirando cómo lo nombraban lugarteniente, y luego líder, y permitir que empujara al clan a guerras innecesarias? —Negó con la cabeza con tristeza—. Garra de Cardo murió como había vivido, unas pocas estaciones antes de que te unieras a nosotros, atacando a una patrulla del Clan del Río en la frontera. Yo no podía mantenerme

al margen y dejar que Garra de Cardo destrozara mi clan.

—¿Entregaste los cachorros a Corazón de Roble tú misma?

—Sí. Hablé con él en una Asamblea, y él aceptó quedárselos. De modo que una noche salí sigilosamente del campamento y los llevé hasta las Rocas Soleadas. Corazón de Roble estaba esperándome, y se llevó a dos al otro lado del río.

—¿A dos? —El joven guerrero estaba sorprendido—. ¿Quieres decir que había más de dos?

—Eran tres. —La gata gris inclinó la cabeza; su voz apenas era audible—. El

tercero estaba demasiado débil y no soportó el traslado. Murió a mi lado, junto al río.

—¿Qué le contaste al resto del clan? —Corazón de Fuego volvió a pensar en la Asamblea, donde Centón sólo había dicho que Estrella Azul había «perdido» a sus cachorros.

—Yo… hice como si un zorro o un tejón se los hubiera llevado de la maternidad. Abrí un agujero en el muro de la maternidad antes de marcharme, y al regresar dije que había estado cazando, pero que había dejado a mis cachorros durmiendo sanos y salvos.

Le temblaba todo el cuerpo. Corazón

de Fuego notó que confesar aquella mentira le estaba provocando más dolor a Estrella Azul que perder una vida.

—Todos los buscaron —continuó la líder—. Y yo también los busqué, aunque sabía que no había posibilidades de encontrarlos. El clan estaba destrozado por mí.

Estrella Azul apoyó la cabeza entre las patas. Olvidando por un momento que ella era su líder, Corazón de Fuego se acercó y le dio un suave lametón en las orejas.

El joven guerrero volvió a recordar su sueño, y la reina sin rostro que se había desvanecido dejando a sus

cachorros llamándola entre sollozos. Al principio pensó que la reina era Corriente Plateada, pero ahora comprendió que también era Estrella Azul. El sueño era a la vez una profecía y un recuerdo del clan.

—¿Por qué me estás contando esto? —quiso saber el joven.

Estrella Azul levantó la mirada, y él apenas logró soportar la pena que había en sus ojos.

—Durante muchas estaciones aparté a los cachorros de mi mente —respondió—. Me convertí en lugarteniente, y luego en líder, y mi clan me necesitaba. Pero últimamente, con

las inundaciones y el peligro para el Clan del Río… y tus descubrimientos, Corazón de Fuego, que me han hecho oír de nuevo lo que yo ya sabía… Y ahora un nuevo par de cachorros que son mitad Clan del Trueno y mitad Clan del Río. Quizá esta vez pueda tomar mejores decisiones.

—Pero ¿por qué me lo cuentas? —repitió Corazón de Fuego.

—Porque quizá, después de tanto tiempo, quiero que alguien sepa la verdad —maulló Estrella Azul con un leve ceño—. Creo que, de todos los gatos, tú podrás comprenderlo, Corazón de Fuego. A veces no hay elecciones

correctas.

Pero el joven no estaba seguro de comprender en absoluto. El cerebro le daba vueltas. Por un lado, podía imaginarse a la joven guerrera Pelaje Azul, ferozmente ambiciosa, decidida a hacer lo mejor para su clan, incluso aunque eso implicara sacrificios inimaginables. Por el otro, veía a una madre dolida por los cachorros que había abandonado mucho tiempo atrás. Y lo que probablemente era más real para él que las otras dos cosas: veía a la líder de gran talento que había hecho lo que consideraba mejor y había cargado con esa pena ella sola.

—No se lo contaré a nadie —prometió, consciente de cuánto debía de confiar Estrella Azul en él para revelarle sus secretos de esa manera.

—Gracias, Corazón de Fuego. Nos esperan tiempos difíciles. El clan no necesita más problemas. —Se levantó para estirarse, como si hubiese despertado de un largo sueño—. Ahora tengo que hablar con Garra de Tigre. Y será mejor que tú vayas en busca de tu amigo.

Cuando Corazón de Fuego llegó a las Rocas Soleadas, el sol empezaba a

ponerse, convirtiendo el río en una cinta de fuego reflejado. Látigo Gris estaba agachado junto a un trozo de tierra recién removida, en lo alto de la ribera, con la vista clavada en las ardientes aguas.

—La he enterrado en la orilla —susurró cuando Corazón de Fuego se sentó a su lado—. Corriente Plateada adoraba el río. —Levantó la cabeza; las primeras estrellas del Manto de Plata estaban empezando a aparecer—. Ahora está cazando con el Clan Estelar —añadió en voz baja—. Algún día volveré a reunirme con ella y estaremos juntos.

Corazón de Fuego se sintió incapaz

de hablar. Se pegó más al costado de su amigo, y los dos se quedaron en silencio mientras se desvanecía la luz escarlata.

—¿Adónde has llevado a los cachorros? —preguntó Látigo Gris al fin —. Deberían estar enterrados con su madre.

—¿Enterrados? Látigo Gris, ¿es que no lo sabes? Los cachorros están vivos.

Su amigo se quedó mirándolo con la boca abierta; sus ojos dorados empezaron a brillar.

—¿Vivos… los hijos de Corriente Plateada… mis hijos…? ¿Dónde están?

—En la maternidad. —Le dio un breve lametón—. Flor Dorada los está

amamantando.

—Pero no se hará cargo de ellos, supongo. ¿Ella sabe que son de Corriente Plateada?

—Todo el clan lo sabe —admitió Corazón de Fuego con reticencia—. Garra de Tigre se ha encargado de eso. Pero Flor Dorada no culpa a los cachorros, y Estrella Azul tampoco. Estarán bien atendidos, te lo aseguro.

El guerrero gris se puso en pie pesadamente, moviéndose con rigidez tras su larga vigilia. Miró dubitativo a Corazón de Fuego, como si no pudiera creer que el clan hubiera aceptado realmente a los pequeños.

—Quiero verlos.

—Entonces vamos —maulló Corazón de Fuego, y lo alegró que su amigo estuviese dispuesto a volver—. Estrella Azul me ha mandado que te lleve a casa.

Abrió la marcha a través del bosque, cada vez más oscuro. Látigo Gris caminaba tras él pero miraba hacia atrás continuamente, como si no soportara alejarse de Corriente Plateada. No habló, y Corazón de Fuego guardó silencio para dejarlo a solas con sus recuerdos.

Cuando llegaron al campamento, se habían formado grupos de guerreros y

aprendices que murmuraban con curiosidad, y todo parecía normal para una cálida noche de la estación de la hoja nueva. Fronde Dorado y Manto Polvoroso se hallaban junto a la mata de ortigas, compartiendo una pieza de carne fresca, y delante de la guarida de los aprendices, Espino y Centellina rodaban por el suelo jugando a pelearse mientras Zarpa Rauda los observaba. No se veía por ningún lado a Garra de Tigre ni a Estrella Azul.

Corazón de Fuego soltó un suspiro de alivio. Quería que Látigo Gris estuviera tranquilo, al menos hasta que hubiera visitado a los cachorros, sin

sentir culpabilidad ni la hostilidad de sus colegas guerreros.

Pero entonces, de camino a la maternidad, se encontraron con Tormenta de Arena. Ella se detuvo bruscamente y miró a Corazón de Fuego, luego a Látigo Gris, y de nuevo a Corazón de Fuego.

—Hola —maulló el joven guerrero, procurando sonar tan afable como siempre—. Vamos a visitar a los cachorros. ¿Nos vemos luego en la guarida?

—Tú quizá —gruñó Tormenta de Arena, mirando a Látigo Gris con desprecio—. Pero a él mantenlo alejado

de mí, es lo único que te pido. —Y se marchó con la cabeza y la cola bien altas.

A Corazón de Fuego se le cayó el alma a los pies. Recordó lo hostil que era Tormenta de Arena con él cuando se unió al clan. La gata había tardado mucho tiempo en ablandarse. ¿Cuánto pasaría hasta que volviera a tratar a Látigo Gris como a un amigo?

Éste pegó las orejas al cráneo.

—Tormenta de Arena ya no me quiere aquí. Y los demás tampoco.

—Yo sí —replicó Corazón de Fuego —. Arriba. Vamos a ver a tus cachorros.



24

Corazón de Fuego saltó de un pasadero al siguiente para atravesar el río, que fluía veloz. Las aguas habían vuelto a su cauce y las piedras eran claramente visibles de nuevo. Era el día siguiente de la muerte de Corriente Plateada; el cielo estaba gris con una fina llovizna, como si el Clan Estelar también llorara

la desaparición de la gata.

Corazón de Fuego iba a comunicar la noticia de la muerte de Corriente Plateada al Clan del Río, aunque no había pedido permiso a Estrella Azul para hacerlo. Se había escabullido sin decírselo a nadie, porque pensaba que el clan de Corriente Plateada tenía derecho a saber qué le había ocurrido. Y porque sospechaba que no todos los miembros del Clan del Trueno estarían de acuerdo con él.

Al alcanzar la orilla opuesta, Corazón de Fuego levantó la cabeza buscando olores recientes en el aire. Captó uno casi al instante, y un segundo

después un atigrado pequeño apareció entre los helechos que crecían por encima del camino.

El atigrado vaciló, con expresión de sorpresa, antes de bajar a la ribera para enfrentarse a Corazón de Fuego.

—Tú eres Corazón de Fuego, ¿verdad? —maulló—. Te reconozco de la última Asamblea. ¿Qué estás haciendo en nuestro lado del río?

Intentó sonar seguro de sí mismo, pero Corazón de Fuego detectó nerviosismo en su voz. Era un gato muy joven; el guerrero del Clan del Trueno supuso que era un aprendiz, inquieto por estar lejos del campamento sin su

mentor.

—No he venido a pelear ni a espiar —aseguró Corazón de Fuego—. Necesito hablar con Vaharina. ¿Podrías ir a buscarla?

El aprendiz volvió a dudar, como si quisiera protestar. Luego, la costumbre de obedecer las órdenes de los guerreros se impuso, y se marchó por la orilla en dirección al campamento del Clan del Río. Corazón de Fuego lo observó irse y ascendió por la ribera hasta un sitio donde esconderse entre los helechos hasta que llegara Vaharina.

No pasó mucho tiempo antes de que la reina apareciera. Corazón de Fuego

vislumbró su familiar silueta gris corriendo hacia él. «Familiar por Estrella Azul», comprendió con un sobresalto. La hija de su líder era prácticamente su doble. Para alivio del joven, Vaharina venía sola. Cuando ella se detuvo para olfatear el aire, él la llamó quedamente.

—¡Vaharina! ¡Aquí arriba!

Ella agitó las orejas. Al cabo de unos momentos se abría paso entre los helechos para reunirse con él.

—¿Qué ocurre? —maulló preocupada—. ¿Se trata de Corriente Plateada? No la veo desde ayer.

Corazón de Fuego sintió como si se

le hubiese atascado un hueso en la garganta. Tragó saliva, inquieto.

—Vaharina —empezó—, tengo una mala noticia. Lo lamento muchísimo… Corriente Plateada ha muerto.

Vaharina clavó en él sus ojos azules, dilatados y llenos de incredulidad.

—¿Muerto? ¡No puede ser! —exclamó, y antes de que Corazón de Fuego pudiera contestar, añadió con más dureza—: ¿Es que algún guerrero del Clan del Trueno la ha atrapado en vuestro territorio?

—No, no —se apresuró a responder el joven gato—. Corriente Plateada estaba en las Rocas Soleadas con Látigo

Gris, y empezó a dar a luz a los cachorros. Algo salió mal… había mucha sangre. Hicimos todo lo que pudimos, pero… Oh, Vaharina, cuánto lo siento.

Los ojos de Vaharina se inundaron de pena al oír las explicaciones. Soltó un gemido largo y quedo con la cabeza hacia atrás y las garras hundidas en la tierra. Corazón de Fuego se le acercó más para consolarla, y notó su cuerpo rígido de tensión. No había nada que él pudiera decir para mejorar las cosas.

Por fin el terrible quejido se apagó y Vaharina se relajó un poco.

—Sabía que de esa relación no

saldría nada bueno —murmuró. En su voz no había ira ni acusación; sólo una tristeza abatida—. Le decía a Corriente Plateada que no se reuniera con Látigo Gris, pero jamás me escuchaba. Y ahora… No puedo creer que no vaya a verla nunca más.

—Látigo Gris la enterró junto a las Rocas Soleadas. Si te encuentras allí conmigo algún día, te enseñaré el lugar.

Vaharina asintió.

—Me gustaría, Corazón de Fuego.

—Los cachorros están vivos —añadió el joven guerrero, para aliviar un poco el dolor de la reina.

—¿Los cachorros? —Vaharina se

irguió, de nuevo a la defensiva.

—Son dos. Les irá bien.

Vaharina parpadeó, sumida de pronto en sus pensamientos.

—¿Los aceptará el Clan del Trueno, cuando son en parte del Clan del Río?

—Una de nuestras reinas los está amamantando —la tranquilizó él—. El clan está enfadado con Látigo Gris, pero nadie la tomaría con los cachorros.

—Ya veo. —Vaharina guardó silencio un momento, todavía pensativa, y luego se levantó—. Debo regresar al campamento y contarle todo esto al clan. Ni siquiera saben lo de Látigo Gris. No puedo ni imaginar qué va a decir el

padre de Corriente Plateada.

Corazón de Fuego la entendía. Había muchos padres que no se mantenían unidos a sus hijos, pero Estrella Doblada tenía un vínculo muy estrecho con Corriente Plateada. El dolor que sentiría por su muerte se vería mezclado con la furia porque su hija hubiera traicionado a su clan al emparejarse con Látigo Gris.

Vaharina le dio un breve lametón en la frente.

—Gracias —maulló—. Gracias por haber venido a contármelo.

Y luego se marchó, deslizándose rápidamente entre los helechos. Corazón

de Fuego esperó hasta que la perdió de vista y luego bajó a la pedregosa orilla para volver a su territorio a través de los pasaderos.

Corazón de Fuego se despertó de hambre. Inspeccionando la guarida de los guerreros a través de la penumbra, descubrió que Látigo Gris ya había abandonado su lecho. «¡Oh, no! Ya se ha escapado otra vez para ir a ver a Corriente Plateada». Luego recordó lo sucedido.

El sol había salido dos veces tras la muerte de Corriente Plateada. La

conmoción que había sufrido el clan por la aventura de Látigo Gris con la gata del Clan del Río estaba empezando a remitir, aunque ningún guerrero —excepto Corazón de Fuego y Fronde Dorado— hablaba con Látigo Gris ni salía a patrullar con él. Estrella Azul todavía no había anunciado cuál sería su castigo.

Se desperezó bostezando. Había pasado toda la noche despertándose, pues Látigo Gris no paraba de removerse y gemir, pero el abatimiento que sentía en su interior era mucho más profundo que aquello. No veía cómo el clan lograría recuperarse del golpe

sufrido al descubrir la deslealtad de Látigo Gris. Había un ambiente de incertidumbre y desconfianza que enfriaba las conversaciones y acortaba los familiares rituales de compartir lenguas.

Sacudiéndose con determinación, Corazón de Fuego salió de entre las ramas y se encaminó al montón de carne fresca. El sol estaba saliendo, moteando el campamento con luz dorada. Al inclinarse para recoger un rollizo campañol, oyó que lo llamaban.

—¡Corazón de Fuego! ¡Corazón de Fuego!

El joven guerrero se volvió.

Pequeño Nimbo cruzaba el claro corriendo en su dirección, procedente de la maternidad. Pecas y el resto de sus cachorros lo seguían más despacio, y, para sorpresa de Corazón de Fuego, Estrella Azul estaba con ellos.

—¡Corazón de Fuego! —resolló Pequeño Nimbo, frenando en seco delante de él—. ¡Voy a ser aprendiz! ¡Voy a ser aprendiz ya!

El guerrero dejó el campañol en el suelo. No pudo evitar animarse al ver la emoción del cachorro, aunque también sintió una punzada de culpabilidad por haber olvidado que Pequeño Nimbo estaba alcanzando su sexta luna de edad.

—Tú serás su mentor, ¿verdad que sí, Corazón de Fuego? —preguntó Estrella Azul al llegar a su lado—. Es hora de que tomes otro aprendiz. Hiciste un buen trabajo con Fronde Dorado, incluso aunque no era tu responsabilidad.

—Gracias —maulló el joven gato, inclinando la cabeza.

Pero no pudo evitar pensar con tristeza en Carbonilla. Jamás se libraría de la sensación de que en parte era responsable de su accidente, y decidió hacerlo mejor con Pequeño Nimbo.

—¡Trabajaré más duro que nadie! —prometió Pequeño Nimbo con los ojos

muy abiertos—. ¡Seré el mejor aprendiz del mundo!

—Eso ya lo veremos —repuso Estrella Azul, mientras Pecas ronroneaba risueña.

—Ha estado dándome la tabarra día y noche —contó Pecas risueñamente—. Sé que lo hará lo mejor posible. Es fuerte e inteligente.

Los ojos de Pequeño Nimbo centellearon ante la alabanza. «Parece que ya ha superado la noticia de que es un gato doméstico —pensó Corazón de Fuego—. Pero es arrogante, y apenas sabe qué es el código guerrero, no hablemos ya de respetarlo. —Y volvió a

preguntarse—: ¿Hice lo correcto al traerlo aquí?». Ser su mentor no iba a resultar fácil.

—Voy a convocar una reunión —maulló Estrella Azul, encaminándose a la Peña Alta.

Tras lanzar una mirada a Corazón de Fuego, Pequeño Nimbo fue tras ella, y el resto de los cachorros lo siguieron a trompicones.

—Corazón de Fuego —dijo Pecas—, hay algo que quiero pedirte.

El joven guerrero reprimió un suspiro.

—¿Qué? —Era obvio que no iba a poder comerse el campañol antes de la

ceremonia de Pequeño Nimbo.

—Se trata de Látigo Gris. Sé por lo que está pasando, pero nunca sale de la maternidad. Es como si pensara que Flor Dorada no puede cuidar de sus cachorros como es debido. Está siempre por medio.

—¿Tú se lo has dicho?

—Le he soltado indirectas. Cola Pintada ha llegado a preguntarle si también estaba esperando cachorros. Pero él no se entera de nada.

Corazón de Fuego lanzó una última mirada de pena al campañol.

—Hablaré con él, Pecas. ¿Está ahora en la maternidad?

—Sí, lleva ahí toda la mañana.

—Haré que salga para asistir a la reunión.

Corazón de Fuego cruzó el claro, y al alcanzar la maternidad oyó que Estrella Azul convocaba al clan desde la Peña Alta.

Al entrar, se sobresaltó al ver salir a Garra de Tigre. Se apartó para dejar pasar al lugarteniente, preguntándose qué estaría haciendo allí, hasta que recordó que uno de los cachorros de Flor Dorada era un atigrado oscuro. Garra de Tigre debía de ser el padre de la camada.

La maternidad estaba calentita, y

llena de reconfortante olor a leche. Flor Dorada se hallaba en su lecho, con Látigo Gris inclinado sobre ella, olfateando el montón de cachorros.

—¿Están tomando bastante leche? —preguntó ansioso—. Son muy pequeños.

—Eso es porque son muy jóvenes —respondió Flor Dorada con paciencia—. Crecerán.

Corazón de Fuego se acercó a contemplar a los cuatro cachorros que mamaban afanosamente en la calidez del cuerpo de su madre. El atigrado oscuro era idéntico a Garra de Tigre. Los dos de Látigo Gris eran más pequeños, pero ahora que tenían el pelaje seco y

ahuecado se parecían a cualquier cachorro sano. Uno era del mismo gris oscuro que Látigo Gris, mientras que el otro tenía el pelo plateado de su madre.

—Son preciosos —susurró Corazón de Fuego.

—Más de lo que Látigo Gris se merece —resopló Cola Pintada antes de marcharse a la reunión convocada por Estrella Azul.

—No le hagas caso a Cola Pintada —maulló Flor Dorada cuando la reina mayor se hubo ido. Se inclinó sobre los cachorros y tocó al plateado con la nariz —. Esta cachorrita será tan hermosa como su madre, Látigo Gris.

—Pero ¿y si mueren? —espetó él.

—No van a morir —replicó Corazón de Fuego—. Flor Dorada está cuidando de ellos.

La gata contemplaba a los cuatro cachorros con igual amor y admiración, pero Corazón de Fuego advirtió que parecía cansada y tensa. A lo mejor cuatro crías eran demasiado para ella. Corazón de Fuego apartó esa idea; pensó que el vínculo entre una madre y sus hijos era fuerte, pero la lealtad al clan también lo era, y Flor Dorada daría todo lo que pudiera a aquellos pequeños, porque eran en parte del Clan del Trueno y porque ella tenía un

corazón tierno.

—Vamos. —El joven guerrero dio un empujoncito a su amigo—. Estrella Azul ha convocado una reunión. Va a nombrar aprendiz a Pequeño Nimbo.

Látigo Gris vaciló un segundo, y Corazón de Fuego pensó que iba a rechazar acompañarlo. Pero luego se puso en pie y dejó que lo guiara hacia la entrada, aunque sin dejar de volverse hacia sus cachorros.

En el claro, el resto del clan ya estaba congregado. Corazón de Fuego oyó cómo Sauce anunciaba feliz a Musaraña y Viento Veloz:

—Pronto tendré que mudarme a la

maternidad. Voy a tener cachorros.

Viento Veloz la felicitó con un murmullo, mientras Musaraña le daba un alegre lametón en las orejas. Corazón de Fuego se preguntó quién sería el padre, y al mirar alrededor vio cómo Tormenta Blanca observaba orgullosamente la escena desde lejos. La noticia de los cachorros de Sauce tranquilizó a Corazón de Fuego. No importaba a cuántos desastres tuvieran que enfrentarse: la vida del clan seguía adelante.

Con Látigo Gris a su lado, se dirigió a la primera fila, justo bajo la Peña Alta. Allí estaba Pequeño Nimbo,

sentado muy tieso y con aires de importancia, junto a Pecas. Garra de Tigre se hallaba muy cerca, con una expresión sombría de desaprobación. Corazón de Fuego se preguntó qué habría pasado para que el lugarteniente mostrara de nuevo su habitual mal genio.

—Gatos del Clan del Trueno —empezó Estrella Azul desde la cima de la Peña Alta—, os he convocado aquí por dos razones, una buena y otra mala. Comenzaremos con la mala. Todos sabéis lo sucedido hace unos días, cuando murió Corriente Plateada del Clan del Río y nosotros acogimos a sus cachorros, que también son de Látigo

Gris.

Un rumor hostil recorrió la multitud de gatos. Látigo Gris se encogió, estremeciéndose, y Corazón de Fuego se pegó a él para reconfortarlo.

—Muchos gatos me han preguntado cuál sería el castigo de Látigo Gris —continuó Estrella Azul—. He reflexionado detenidamente sobre eso, y he decidido que la muerte de Corriente Plateada ya es castigo suficiente. ¿Qué podría ser peor que lo que ya ha sufrido?

Su desafío desató maullidos de protesta. Rabo Largo exclamó:

—¡No lo queremos en el clan! ¡Es un

traidor!

—Si llegas a ser líder, Rabo Largo, estas decisiones serán tuyas —repuso Estrella Azul con frialdad—. Hasta entonces, respetarás las mías. Y yo digo que no habrá castigo. Sin embargo, Látigo Gris, no asistirás a las asambleas durante tres lunas. Esto no es para castigarte, sino para evitar el peligro de que algún gato furioso del Clan del Río se vea tentado de romper la tregua por lo que tú has hecho.

Látigo Gris bajó la cabeza.

—Lo comprendo, Estrella Azul. Gracias.

—No me des las gracias —contestó

la líder—. Pero trabaja duro y lucha bien por tu clan a partir de ahora. Algún día serás un buen mentor para esos cachorros.

Corazón de Fuego notó que su amigo se animaba un poco al oír eso, como si de repente tuviera una esperanza a la que aferrarse. Sin embargo, Garra de Tigre frunció el entrecejo todavía más, y Corazón de Fuego supuso que habría deseado un castigo más duro para él.

—Ahora puedo ocuparme de una tarea más agradable —maulló Estrella Azul—. Pequeño Nimbo ha cumplido su sexta luna y ya está listo para convertirse en aprendiz.

Bajó de la roca e indicó al cachorro que se acercara. Pequeño Nimbo fue hacia ella saltando. Estaba temblando de emoción, con la cola recta y tiesa y los bigotes vibrando. Sus ojos azules relucían como estrellas gemelas.

—Corazón de Fuego —llamó Estrella Azul—, estás preparado para tomar otro aprendiz, y Pequeño Nimbo es hijo de tu hermana. Tú serás su mentor.

Corazón de Fuego se levantó, pero antes de que pudiera ir hacia la Peña Alta, Pequeño Nimbo corrió a su encuentro y levantó la cabeza para entrechocar las narices.

—¡Todavía no! —masculló el joven guerrero con los dientes apretados.

—Corazón de Fuego, tú ya sabes qué significa ser uno de nosotros, a pesar de haber nacido fuera del clan —continuó Estrella Azul, pasando por alto la acción impulsiva de Pequeño Nimbo—. Confío en que transmitirás todo lo que has aprendido a Nimbo y lo ayudarás a convertirse en un guerrero del que el clan se sienta orgulloso.

—Sí, Estrella Azul. —Corazón de Fuego inclinó la cabeza respetuosamente, y al fin dejó que Nimbo tocara su nariz con la de él.

—¡Nimbo! —maulló triunfalmente el

nuevo aprendiz—. ¡Ahora soy Nimbo!

—¡Nimbo! —Corazón de Fuego sintió una oleada de orgullo por el hijo de su hermana mientras los miembros del clan se aproximaban para felicitar al nuevo aprendiz.

Corazón de Fuego reparó en que los más efusivos eran los veteranos, pero también en que algunos se mantenían a distancia. Garra de Tigre ni siquiera se movió de donde estaba, al pie de la Peña Alta, y Rabo Largo fue a sentarse junto a él. Corazón de Fuego retrocedió para que los otros gatos se acercaran a su nuevo aprendiz, y entonces Cebrado pasó a su lado de camino a la guarida de

los guerreros.

Oyó el maullido bajo y asqueado del guerrero:

—¡Traidores y mininos caseros! ¿Es que en este clan ya no quedan gatos decentes?



25

Corazón de Fuego se detuvo en la linde del arbolado.

—Espera —advirtió a Nimbo—. Estamos cerca de las viviendas de Dos Patas, así que debemos tener cuidado. ¿Qué puedes oler?

Nimbo alzó la nariz obedientemente para olfatear. Él y Corazón de Fuego

acababan de realizar la primera expedición larga de su aprendizaje, recorriendo las fronteras del clan y renovando las marcas olorosas. Ahora se hallaban cerca del antiguo hogar de Corazón de Fuego cuando éste era un gato doméstico, delante del jardín en que vivía Princesa, la madre de Nimbo.

—Huelo a muchos gatos —maulló el aprendiz—. Pero no reconozco a ninguno.

—Muy bien. La mayoría son gatos caseros, y tal vez un solitario o dos. No son gatos de clan.

También había captado el olor de Garra de Tigre, pero no llamó la

atención de Nimbo al respecto. Recordó aquel día, tiempo atrás, cuando el suelo estaba cubierto de nieve, en que siguió el rastro de Garra de Tigre hasta ese mismo lugar, y encontró el olor del lugarteniente mezclado con el de muchos gatos desconocidos.

Ahora el rastro de Garra de Tigre demostraba que había vuelto por allí. Corazón de Fuego seguía sin saber si se había reunido con los otros gatos o si sus olores únicamente se habían entrecruzado. Pero ¿por qué el lugarteniente se habría acercado tanto al poblado de Dos Patas, si despreciaba a los Dos Patas y todo lo relacionado con

ellos?

—Corazón de Fuego, ¿podemos ir a ver a mi madre ahora? —preguntó Nimbo.

—¿Hay olor a perros? ¿U olor reciente de Dos Patas?

Nimbo volvió a olfatear y negó con la cabeza.

—Entonces adelante —maulló Corazón de Fuego.

Mirando cautelosamente alrededor, echó a andar por el espacio desarbolado. Nimbo lo siguió con precaución exagerada, como si quisiera mostrarle a su mentor lo rápido que aprendía.

Desde la ceremonia de nombramiento como aprendiz —el día anterior—, Nimbo había estado insólitamente callado. Era evidente que estaba esmerándose por ser un buen aprendiz, y escuchaba todo lo que decía Corazón de Fuego con atención. Pero el joven guerrero no dejaba de preguntarse cuánto duraría aquella humildad tan impropia de Nimbo. Tras ordenarle que esperara, saltó a la valla y observó el interior del jardín. Flores de colores vivos crecían contra la verja, y en el centro del recinto unos pelajes de Dos Patas colgaban de un árbol espinoso y sin hojas.

—¿Princesa? —llamó quedamente —. Princesa, ¿estás ahí?

Las hojas de un arbusto cercano a la casa se movieron, y la figura atigrada y blanca de Princesa apareció sobre el césped. Al ver a su hermano, ronroneó encantada.

—¡Corazón de Fuego!

La gata saltó a la valla, corrió a su lado y restregó la mejilla contra la de él.

—¡Corazón de Fuego, cuánto tiempo! —ronroneó—. Qué alegría verte.

—Te he traído a alguien —dijo él—. Mira hacia abajo.

Princesa se asomó por la valla hacia

donde estaba Nimbo, que la miraba desde el suelo.

—¡Oh! —exclamó Princesa—. ¡No es posible que sea Pequeño Nimbo! ¡Cómo ha crecido!

Sin esperar a que se lo dijeran, Nimbo saltó hacia la valla, y sus zarpas resbalaron sobre la lisa madera. Corazón de Fuego se inclinó para agarrarlo del pescuezo e izarlo, de modo que pudiera sentarse junto a su madre.

Nimbo contempló a Princesa con sus ojos azules muy abiertos.

—¿De verdad eres mi madre? —preguntó.

—De verdad lo soy —ronroneó ella,

mirando a su hijo con admiración—. ¡Oh, es fantástico volver a verte, Pequeño Nimbo!

—En realidad ya no me llamo Pequeño Nimbo —anunció muy ufano el peludo gatito blanco—. Ahora soy Nimbo, y soy aprendiz.

—¡Eso es maravilloso! —Princesa empezó a cubrirlo de lametones, ronroneando tan fuerte que apenas le quedaba aliento para hablar—. Oh, estás muy delgado… ¿Comes suficiente? ¿Has hecho amigos dónde vives ahora? Espero que hagas todo lo que te diga Corazón de Fuego.

Nimbo ni siquiera intentó responder

al aluvión de preguntas. Se zafó de las caricias de su madre y retrocedió un poco por la valla para apartarse de ella.

—Pronto seré guerrero —alardeó—. Corazón de Fuego me está enseñando a combatir.

Princesa cerró los ojos un instante.

—Tendrás que ser muy valiente —murmuró.

Corazón de Fuego pensó que su hermana lamentaba la decisión de entregar su hijo al Clan del Trueno, pero luego la gata volvió a abrir los ojos y declaró:

—¡Estoy muy orgullosa de vosotros dos!

Nimbo se puso todavía más tieso, disfrutando con la atención de su madre. Luego giró la cabeza para darse unos rápidos lametones con su lengüecita rosa, y Corazón de Fuego aprovechó que estaba distraído para susurrarle a su hermana:

—Princesa, ¿alguna vez has visto gatos desconocidos por aquí?

—¿Gatos desconocidos?

Pareció perpleja, y él pensó si tenía sentido hacerle esa pregunta. Princesa no distinguiría proscritos o solitarios de gatos comunes del Clan del Trueno.

Luego su hermana se estremeció.

—Sí, los he oído maullar por la

noche. Mi Dos Patas se levanta para gritarles.

—¿No habrás visto a un atigrado oscuro muy grande? —preguntó Corazón de Fuego, con el pulso acelerado—. Un gato con el hocico lleno de cicatrices.

Princesa negó con la cabeza.

—Sólo los he oído; jamás los he visto.

—Si ves al atigrado oscuro, mantente alejada de él. —No sabía qué estaba haciendo Garra de Tigre tan lejos del campamento, si es que realmente se trataba de él, pero no quería que su hermana se acercara al lugarteniente, por si acaso.

Al oír eso, Princesa pareció tan asustada que Corazón de Fuego cambió de tema, animando a Nimbo a describir su ceremonia de nombramiento, y la expedición que habían realizado a lo largo de las fronteras. Princesa volvió a mostrarse alegre enseguida, y soltaba exclamaciones de admiración por todo lo que le contaba su hijo.

Hacía rato que el sol había alcanzado su cénit cuando Corazón de Fuego maulló:

—Nimbo, es hora de regresar a casa.

El aprendiz abrió la boca como dispuesto a protestar, pero se contuvo a

tiempo.

—Sí, Corazón de Fuego —contestó dócilmente, y le dijo a Princesa—: ¿Por qué no vienes con nosotros? Yo podría cazar ratones para ti, y tú podrías dormir en mi guarida.

Princesa ronroneó divertida.

—Casi me apetece —respondió con sinceridad—. Pero la verdad es que soy más feliz como gata doméstica. Yo no quiero aprender a luchar, ni dormir fuera cuando hace frío. Tendrás que venir a visitarme de nuevo, y pronto.

—Sí, lo haré, te lo prometo —maulló Nimbo.

—Yo lo traeré —dijo Corazón de

Fuego—. Y, Princesa… —añadió mientras se preparaba para saltar al suelo—, si ves algo raro por aquí, por favor, cuéntamelo.

El joven guerrero hizo una parada en el camino de vuelta para cazar. Cuando llegaron al barranco, el sol estaba a punto de ponerse, bañando el bosque en luz roja y proyectando largas sombras en el suelo.

Nimbo cargaba muy orgulloso con una musaraña que pensaba llevar a los veteranos. Eso le ocupaba la boca y había puesto punto final a su incesante

parloteo. Corazón de Fuego se sentía agotado tras toda una jornada en su compañía, aunque tenía que admitir que estaba más impresionado de lo que esperaba. El valor de Nimbo y su inteligencia prometían que algún día se convertiría en un guerrero excepcional.

Cuando descendían el umbroso barranco en dirección al túnel, Corazón de Fuego se detuvo. Notó el cosquilleo de un olor poco familiar, arrastrado por la brisa que soplaba sobre el bosque.

Nimbo también se detuvo y depositó la musaraña en el suelo.

—Corazón de Fuego, ¿qué es eso? —Paladeó el aire y soltó un grito

ahogado—. Me lo has enseñado esta mañana. ¡Es el Clan del Río!

—Muy bien —maulló el guerrero. Había reconocido el olor un segundo antes de que hablara Nimbo. Al mirar hacia lo alto del barranco, distinguió a tres gatos que empezaban a bajar a través de las rocas—. Sí, es el Clan del Río. Y parece que vienen hacia aquí. Nimbo, ve al campamento y cuéntaselo a Estrella Azul. Y asegúrate de que entienda que no se trata de un ataque.

—Pero yo quiero… —El aprendiz se interrumpió al ver el ceño de su mentor—. Perdón, Corazón de Fuego. Ya voy. —Y se encaminó a la entrada

del túnel, no sin recoger antes la musaraña.

El joven guerrero se quedó donde estaba. Se cuadró y esperó mientras los tres gatos se acercaban. Reconoció a Leopardina, Vaharina y Pedrizo. Cuando se encontraban a sólo dos colas de distancia, preguntó:

—Clan del Río, ¿qué queréis? ¿Por qué estáis en nuestro territorio?

Aunque tenía que desafiarlos por haber entrado en sus tierras sin ser invitados, procuró no sonar demasiado hostil. No quería crear nuevos problemas.

Leopardina se detuvo, con Vaharina

y Pedrizo justo detrás de ella.

—Venimos en son de paz —anunció la lugarteniente—. Hay cuestiones que nuestros clanes deben resolver. Estrella Doblada nos ha mandado para hablar con vuestra líder.



26

Corazón de Fuego intentó ocultar su desconfianza mientras guiaba a los tres guerreros por el túnel hasta el interior del campamento. Los clanes no solían visitar el territorio de los demás, y se preguntó qué sería tan urgente que no podía esperar hasta la siguiente Asamblea.

Alertada por Nimbo, Estrella Azul ya estaba sentada al pie de la Peña Alta, y la aprensión de Corazón de Fuego aumentó al ver que Garra de Tigre estaba junto a ella.

—Gracias, Nimbo. —Estrella Azul despachó al aprendiz mientras Corazón de Fuego se acercaba con los recién llegados—. Lleva tu presa a los veteranos.

Nimbo pareció decepcionado porque lo echaran, pero se marchó sin protestar.

Leopardina se aproximó a la líder e inclinó la cabeza respetuosamente.

—Estrella Azul, venimos a tu

campamento en son de paz —empezó—. Hay algo de lo que debemos hablar.

Garra de Tigre soltó un leve gruñido de incredulidad, como si prefiriera estar despellejando a los intrusos, pero Estrella Azul no le hizo caso.

—Creo adivinar qué os ha traído aquí —maulló—. Pero ¿de qué hay que hablar? Lo hecho, hecho está. Cualquier castigo a Látigo Gris es asunto de su propio clan.

Corazón de Fuego advirtió que los ojos de su líder se desviaban hacia Vaharina y Pedrizo. Era la primera vez que la veía con los guerreros del Clan del Río desde que ella le confesó que

eran hijos suyos. El joven supo que no se estaba imaginando la melancolía de su mirada azul mientras los observaba.

—Lo que dices es cierto —coincidió Leopardina—. Los dos jóvenes fueron insensatos, pero Corriente Plateada está muerta y el Clan del Río no es quién para decidir el castigo de Látigo Gris. Hemos venido hasta aquí por los cachorros.

—¿Qué ocurre con ellos? —preguntó Estrella Azul.

—Son cachorros del Clan del Río. Hemos venido para llevarlos a su casa.

—¿Cachorros del Clan del Río? —La líder entornó los ojos—. ¿Por qué

dices eso?

—¿Y cómo conocéis su existencia? —quiso saber Garra de Tigre, levantándose con ojos llameantes—. ¿Habéis estado espiándonos? ¿O es que os lo ha contado alguien?

Se volvió hacia Corazón de Fuego mientras hablaba, pero el joven ni se inmutó. Vaharina guardó silencio y no lo traicionó ni con una simple mirada. Garra de Tigre no podía saber con seguridad que él se lo había contado a Vaharina, y él se negó a lamentar lo que había hecho. El Clan del Río tenía derecho a saberlo.

—Siéntate, Garra de Tigre —

murmuró Estrella Azul. Lanzó una mirada a Corazón de Fuego, y éste comprendió que la líder imaginaba lo que había hecho, con tanta certeza como si lo hubiera visto cruzando el río. Pero ella no tenía intención de delatarlo—. Quién sabe, a lo mejor una patrulla del Clan del Río presenció lo sucedido. Tales cosas no se pueden ocultar durante mucho tiempo. Pero, Leopardina —continuó, volviéndose hacia la lugarteniente—, los cachorros también son en parte del Clan del Trueno. Una de nuestras reinas está cuidando bien de ellos. ¿Por qué debería entregároslos?

—Los cachorros pertenecen al clan

de la madre —explicó Leopardina—. Si Corriente Plateada hubiera vivido, nuestro clan los habría criado sin saber quién era el padre, y eso los hace nuestros por derecho.

—Estrella Azul, ¡no puedes darles los cachorros! —Corazón de Fuego no pudo contenerse—. Para Látigo Gris, son lo único por lo que vivir.

En la garganta de Garra de Tigre resonó un nuevo gruñido, pero fue la líder quien respondió.

—Corazón de Fuego, guarda silencio. Esto no es de tu incumbencia.

—Sí que lo es —se atrevió a replicar—. Látigo Gris es mi amigo.

—¡Silencio! —bufó Garra de Tigre —. ¿Es que tu líder tiene que decirte las cosas dos veces? Látigo Gris es un traidor a su clan. No tiene derecho a los cachorros ni a ninguna otra cosa.

A Corazón de Fuego lo invadió la rabia. ¿Es que Garra de Tigre no tenía el menor respeto por el tremendo dolor de Látigo Gris? Se volvió hacia el lugarteniente, y no saltó sobre él únicamente porque los gatos de otro clan estaban observando la escena. Garra de Tigre le enseñó los colmillos gruñendo.

Estrella Azul sacudió la cola con furia en dirección a los dos.

—¡Ya basta! —ordenó—.

Leopardina, admito que el Clan del Río tiene ciertos derechos sobre los cachorros. Pero el Clan del Trueno también los tiene. Además, los cachorros son muy pequeños y están muy débiles. Todavía no pueden viajar, especialmente a través del río. Sería demasiado peligroso.

Leopardina empezó a erizar el pelo y sus ojos se convirtieron en simples rendijas.

—Eso no son más que excusas.

—No —replicó Estrella Azul—. No son excusas. ¿Pondrías en peligro la vida de esas criaturas? Pensaré en lo que me has dicho y lo discutiré con mis

guerreros. Tendrás nuestra respuesta en la próxima Asamblea.

—Ahora salid de nuestro campamento —gruñó Garra de Tigre.

Leopardina vaciló, como si quisiera decir algo más, pero era evidente que Estrella Azul la había despachado. Tras unos momentos de tensión, la lugarteniente volvió a inclinar la cabeza y dio media vuelta para marcharse, con Vaharina y Pedrizo a la zaga. Garra de Tigre cruzó el claro junto a ellos hasta llegar al túnel.

Al quedarse solo con Estrella Azul, Corazón de Fuego sintió que su ira se iba desvaneciendo, pero no pudo evitar

repetir sus súplicas.

—¡No podemos permitir que se lleven a los cachorros! Para Látigo Gris sería desgarrador.

Al ver la mirada de desolación de Estrella Azul, se preguntó si no habría ido demasiado lejos, pero ella contestó con voz suave:

—Sí, lo sé. Y daría mucho por quedarnos con esos cachorros. Pero ¿hasta dónde llegará el Clan del Río para conseguirlos? ¿Lucharán? ¿Cuántos guerreros del Clan del Trueno arriesgarán su vida por criaturas que son en parte de otro clan?

Corazón de Fuego sintió un

hormigueo de miedo ante la imagen que Estrella Azul había bosquejado. Clanes en guerra por unos cachorritos llorosos… o el Clan del Trueno dividido porque sus guerreros peleaban entre sí. ¿Era ése el destino que el Clan Estelar había decretado para su clan cuando Jaspeada le advirtió que el agua podía apagar el fuego? A lo mejor no era la inundación lo que podía destruir al Clan del Trueno, sino los gatos procedentes del territorio que había junto al río.

—Ten coraje —lo animó Estrella Azul—. Esto todavía no conduce a una batalla. He logrado ganar algo de tiempo

hasta la próxima Asamblea, y quién sabe qué puede ocurrir antes de eso.

Corazón de Fuego no compartía la confianza de su líder. El problema de los cachorros no desaparecería. Pero él no pudo hacer otra cosa que inclinar la cabeza respetuosamente y retirarse a la guarida de los guerreros.

«Y ahora —pensó desesperado—, ¿qué voy a decirle a Látigo Gris?».

Para cuando el Manto Plateado se extendió sobre el cielo, todo el Clan del Trueno parecía saber a qué habían ido los gatos del Clan del Río. Corazón de

Fuego supuso que el lugarteniente se lo había contado a sus guerreros preferidos, que habían propagado la noticia entre el resto del clan.

Como la líder había predicho, las opiniones estaban divididas. Muchos gatos pensaban que, cuanto antes se libraran de aquellos cachorros híbridos, mejor. Pero aún había unos cuantos dispuestos a luchar, aunque sólo fuera porque entregar a los cachorros significaría una victoria para el Clan del Río.

Mientras tanto, Látigo Gris guardaba silencio, pensativo en la guarida de los guerreros. Sólo salió de allí una vez

para visitar la maternidad. Cuando Corazón de Fuego le llevó carne fresca, giró la cabeza. Por lo que el joven guerrero sabía, no había comido nada desde la muerte de Corriente Plateada, y parecía demacrado y enfermo.

—¿Hay algo que pueda hacer por Látigo Gris? —le preguntó Corazón de Fuego a la curandera al día siguiente. Había ido a verla nada más despertarse —. No come nada, no puede dormir…

La vieja gata negó con la cabeza.

—No hay ninguna hierba que cure un corazón destrozado —murmuró—. Sólo el tiempo lo conseguirá.

—Me siento tan impotente… —

admitió él.

—Tu amistad lo ayuda —respondió Fauces Amarillas con voz cascada—. Puede que ahora no se dé cuenta, pero algún día…

Se interrumpió al ver aparecer a Carbonilla. La aprendiza dejó un puñado de hierbas a los pies de la vieja curandera.

—¿Son éstas? —preguntó.

Fauces Amarillas olfateó brevemente las hierbas.

—Sí, éstas —maulló—. Tú no puedes comer nada antes de la ceremonia —añadió—, pero yo sí comeré. Estoy demasiado vieja y

achacosa para ir hasta las Rocas Altas y volver sin algo que me sustente. —Se inclinó ante las hierbas y empezó a engullirlas.

—¿Las Rocas Altas? —repitió Corazón de Fuego—. ¿Ceremonia? Carbonilla, ¿qué está pasando?

—Esta noche hay media luna —maulló la joven gata alegremente—. Me voy con Fauces Amarillas a la Boca Materna para convertirme en una aprendiza como es debido. —Y se retorció de alegría.

Corazón de Fuego sintió una oleada de alivio; parecía que Carbonilla había superado su desesperación tras la

muerte de Corriente Plateada y estaba deseando iniciar su vida como curandera. Sus ojos habían recuperado su antiguo fulgor, pero en sus profundidades azules había una nueva sabiduría y seriedad.

«Carbonilla está creciendo», pensó Corazón de Fuego, con una extraña sensación de pena. La entusiasta y a veces atolondrada aprendiza estaba madurando, transformándose en una gata de gran fuerza interior. El joven guerrero sabía que debía alegrarse por el camino que el Clan Estelar había escogido para ella, pero una parte de él deseaba que pudieran seguir saliendo juntos a cazar.

—Iré con vosotras, si os parece bien —se ofreció—. Por lo menos hasta los Cuatro Árboles.

—Oh, ¿de verdad, Corazón de Fuego? ¡Gracias! —exclamó Carbonilla.

—Pero no más allá de los Cuatro Árboles —intervino Fauces Amarillas, poniéndose en pie y relamiéndose la boca—. Esta noche en la Boca Materna es solamente para curanderas.

Se sacudió con brío y abrió la marcha entre los helechos en dirección al claro.

Al seguir a Carbonilla, Corazón de Fuego vio a Nimbo lavándose junto al tocón de árbol que había delante de la

guarida de los aprendices. El aprendiz blanco se levantó de un brinco en cuanto lo vio y corrió hacia él.

—¿Adónde vais? —preguntó—. ¿Puedo acompañaros?

Corazón de Fuego lanzó una mirada a Fauces Amarillas y, como la vieja curandera no puso objeciones, contestó:

—De acuerdo. Será un buen ejercicio para ti, y podemos cazar en el camino de vuelta.

Mientras ascendían el barranco tras las gatas, Corazón de Fuego le explicó a Nimbo adónde iban, y cómo Fauces Amarillas y Carbonilla continuarían solas hasta las Rocas Altas. En lo más

profundo de una caverna conocida como la Boca Materna se hallaba la Piedra Lunar, que relucía con una blancura deslumbrante cuando la luna incidía sobre ella. La ceremonia de Carbonilla tendría lugar bajo aquella luz sobrenatural.

—¿Y qué ocurre entonces? —preguntó Nimbo con curiosidad.

—Las ceremonias son secretas —gruñó Fauces Amarillas—. Así que no le preguntes nada a Carbonilla cuando regrese. No le está permitido contártelo.

—Pero todo el mundo sabe que recibirá poderes especiales del Clan Estelar —apuntó Corazón de Fuego.

—¡Hala, poderes especiales! —A Nimbo se le pusieron los ojos como platos, y observó a Carbonilla como si esperara que fuera a lanzar profecías a troche y moche.

—No te preocupes; seguiré siendo la misma Carbonilla de siempre —lo tranquilizó ella con un ronroneo risueño —. Eso no cambiará jamás.

El sol empezó a calentar con más intensidad mientras se dirigían a los Cuatro Árboles. Corazón de Fuego agradeció la estupenda sombra que proporcionaban los árboles, y el frescor de la alta hierba y los helechos cuando los rozaba. Todos sus sentidos estaban

alerta. Mantuvo a Nimbo ocupado, olfateando el aire e informando de qué olores distinguía. Corazón de Fuego no había olvidado el ataque de los clanes de la Sombra y del Viento. El Clan del Trueno los había derrotado una vez, pero eso no significaba que no fueran a intentar acabar con Cola Rota de nuevo. Además de eso, estaba casi seguro de que habría problemas con el Clan del Río por los cachorros de Látigo Gris. Suspiró. En una hermosa mañana como aquélla, con el verde follaje de los árboles y las presas saltando prácticamente en los arbustos a la espera de que las atraparan, costaba

pensar en ataques y muerte.

A pesar de sus preocupaciones, alcanzaron los Cuatro Árboles sin el menor contratiempo. Mientras descendían entre los arbustos hacia la hondonada, Corazón de Fuego aminoró la marcha para adaptarse al paso irregular de Carbonilla.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —le preguntó en voz baja—. ¿Es lo que realmente quieres?

—¡Por supuesto! ¿Es que no lo ves, Corazón de Fuego? —Los ojos de la gata, repentinamente serios, buscaron los del joven—. Tengo que aprender todo lo que pueda para que ningún gato

muera porque yo no sepa salvarlo, como sucedió con Corriente Plateada.

El joven guerrero se estremeció. Le habría gustado poder persuadir a su amiga de que la muerte de Corriente Plateada no había sido culpa suya, pero sería malgastar saliva en el intento.

—¿Y eso te hará feliz? Ya sabes que las curanderas no pueden tener hijos —le recordó, pensando en cómo Fauces Amarillas se había visto obligada a renunciar a Cola Rota y a mantener en secreto su vínculo con él.

Carbonilla ronroneó para tranquilizarlo.

—Mis cachorros serán todos los

gatos del clan —declaró—. Incluso los guerreros. ¡Fauces Amarillas dice que a veces tienen tanto sentido común como los recién nacidos! —Dio un paso para acercarse al joven y restregó su cara contra la de él afectuosamente—. Pero tú siempre serás mi mejor amigo, Corazón de Fuego. Nunca olvidaré que fuiste mi primer mentor.

Él le lamió la oreja.

—Adiós, Carbonilla —maulló quedamente.

—No me marcho para siempre —protestó ella—. Volveré mañana a la puesta de sol.

Pero Corazón de Fuego sabía que, en

cierto modo, Carbonilla se estaba marchando para siempre. Cuando regresara, tendría nuevos poderes y responsabilidades, y éstos no se los habría dado un líder de clan, sino el mismísimo Clan Estelar. Cruzaron juntos la hondonada, bajo los cuatro gigantescos robles, y ascendieron la ladera más alejada, donde ya los esperaban Fauces Amarillas y Nimbo. Los extensos y desiertos páramos se desplegaron ante ellos; un viento frío doblaba las robustas matas de brezo.

—¿El Clan del Viento no os atacará si cruzáis su territorio? —preguntó Nimbo con inquietud.

—Todos los clanes pueden pasar sin percances de camino a las Rocas Altas —le contó Fauces Amarillas—. Y ningún guerrero se atrevería a atacar a curanderos. ¡El Clan Estelar lo prohíbe! —Volviéndose hacia Carbonilla, preguntó—: ¿Estás preparada?

—Sí, ya voy.

Carbonilla le dio a Corazón de Fuego un último lametón y siguió a la vieja curandera por la retorcida hierba de los páramos.

El joven guerrero la observó alejarse con el corazón en un puño. Sabía que su amiga estaba en el inicio de una vida nueva y más feliz, pero aun

así sintió una punzada de pena agridulce al pensar en la vida que podría haber tenido.

Corazón de Fuego contempló cómo el sol ascendía por encima de los árboles.

—Garra de Tigre quiere que hoy mande a Nimbo a cazar solo —le contó a Látigo Gris.

El guerrero gris levantó la cabeza sorprendido.

—Qué pronto, ¿no? Si apenas acaba de convertirse en aprendiz.

Corazón de Fuego se encogió de hombros.

—Garra de Tigre piensa que ya está preparado. Pero me ha dicho que lo siga para ver cómo lo hace. ¿Te gustaría venir a echarme una mano?

Era la mañana siguiente del regreso de Carbonilla de la Boca Materna. Corazón de Fuego se la había encontrado cuando descendía por el barranco al atardecer. Aunque Carbonilla lo saludó cariñosamente, los dos sabían que ella no podía contarle lo que había vivido. Su rostro conservaba una expresión extasiada, y la misma luna parecía brillar en sus ojos. Él procuró no sentir que la había perdido por un camino desconocido.

Ahora estaba sentado junto a la mata de ortigas, disfrutando de un jugoso ratón. Látigo Gris, cerca de él, había escogido una urraca del montón de carne fresca, pero apenas la había tocado.

—No, gracias, Corazón de Fuego —contestó—. Le he prometido a Flor Dorada que pasaría a ver a los cachorros. Ya han abierto los ojos —añadió con un deje de orgullo.

Corazón de Fuego imaginó que Flor Dorada preferiría que Látigo Gris se mantuviera lejos, pero también sabía que jamás podría convencer a su amigo de dejar a sus cachorros.

—De acuerdo —repuso—. Te veré

más tarde.

Tras engullir el último bocado de ratón, fue en busca de Nimbo.

Garra de Tigre había pasado la mañana muy atareado, mandando a Tormenta Blanca con una patrulla a renovar las marcas olorosas en la frontera con el Clan del Río, y a Tormenta de Arena con otro grupo a cazar cerca de las Rocas de las Serpientes, por lo que había olvidado decirle a Corazón de Fuego dónde debía ir Nimbo a su misión de caza. El joven guerrero no sintió la necesidad de recordárselo.

—Puedes ir hacia las viviendas de

Dos Patas —indicó a Nimbo—. Así no tropezarás con las otras patrullas. Tú no me verás, pero yo te estaré vigilando. Me reuniré contigo junto a la valla de Princesa.

—¿Puedo hablar con ella si está allí? —preguntó el aprendiz.

—Está bien, siempre que para entonces ya hayas cazado muchas presas. Pero no puedes ir a buscarla en los jardines de Dos Patas. Ni dentro de sus casas.

—No lo haré.

A Nimbo le brillaban los ojos, y su pelaje níveo estaba esponjado de emoción. Corazón de Fuego no pudo

evitar recordar lo nervioso que estaba él antes de su primera evaluación; Nimbo, por el contrario, rebosaba de seguridad en sí mismo.

—Pues entonces ya puedes marcharte —maulló el joven guerrero—. Procura llegar allí para cuando el sol esté en lo más alto. —Y vio cómo el aprendiz salía disparado hacia el túnel —. ¡Tómatelo con calma! —gritó—. ¡Tienes un largo camino por delante!

Pero Nimbo no redujo el paso mientras desaparecía por la aulaga. Encogiéndose de hombros, más divertido que molesto, Corazón de Fuego buscó con la mirada a Látigo

Gris, pero no lo vio por ningún lado. Había dejado su urraca medio comida junto a la mata de ortigas. «Debe de estar ya en la maternidad», pensó, y dio media vuelta para seguir los pasos de Nimbo.

El rastro del aprendiz era intenso, y mostraba que había rastreado el bosque arriba y abajo a la búsqueda de presas. Un revoltijo de plumas sueltas indicaba un tordo abatido, y unas gotitas de sangre en el suelo señalaban que un ratón había caído bajo las garras de Nimbo. No muy lejos del lindero del pinar, Corazón de Fuego encontró el lugar en que el aprendiz había enterrado

las piezas para recogerlas más tarde.

Impresionado porque Nimbo cazara tan bien al inicio de su entrenamiento, Corazón de Fuego apretó el paso para alcanzarlo y observar cómo acechaba a las presas. Pero antes de alcanzar las viviendas de Dos Patas, vio a Nimbo, volviendo deprisa sobre su propio rastro oloroso, con el lomo erizado y un fulgor desencajado en los ojos.

—¡Nimbo!

El aprendiz corrió a su encuentro, con un repentino hormigueo de miedo. Frenó en seco, esparciendo agujas de pino y casi chocando contra su mentor.

—¡Pasa algo malo! —exclamó sin

resuello.

—¿Qué dices? —Unas garras heladas atenazaron el estómago de Corazón de Fuego—. No se trata de Princesa, ¿verdad?

—No, no es eso. Pero he visto a Garra de Tigre acompañado por unos gatos muy raros.

—¿Dónde? ¿Dónde viven los Dos Patas? —maulló Corazón de Fuego bruscamente—. ¿Dónde captamos su olor el día que visitamos a Princesa?

—Ahí precisamente. —Nimbo agitó los bigotes—. Estaban todos apiñados, muy juntos, justo donde empiezan los árboles. He intentado acercarme para

oír qué estaban diciendo, pero me daba miedo que vieran mi pelo blanco. Así que he venido a buscarte.

—Has hecho lo correcto —aprobó Corazón de Fuego, pensando deprisa—. ¿Cómo eran esos gatos? ¿Tenían olor de algún clan?

—No —respondió Nimbo arrugando la nariz—. Olían a carroña.

—¿Y no los has reconocido?

El aprendiz negó con la cabeza.

—Estaban muy flacos, como si pasaran mucha hambre. Tenían todo el pelo tiñoso. ¡Eran horribles, Corazón de Fuego!

—Y estaban hablando con Garra de

Tigre.

El aprendiz frunció el entrecejo. Ése era el detalle que le preocupaba. Se imaginaba quiénes eran los gatos raros: los antiguos guerreros del Clan de la Sombra a los que habían expulsado de su hogar junto con Cola Rota. Ya habían causado problemas antes, y, que él supiera, en esos momentos no había otros proscritos en el bosque. Pero era un misterio qué estaban haciendo con Garra de Tigre.

—De acuerdo —le dijo a Nimbo—. Sígueme. Y sé tan silencioso como si estuvieras acechando un ratón.

Se encaminó con sigilo a donde

vivían los Dos Patas, avanzando paso a paso sobre las agujas de pino, levemente quebradizas. Mucho antes de alcanzar el lindero del bosque, captó el intenso hedor de aquellos gatos. El único que podía identificar era el de Garra de Tigre, y como si pensar en él lo hubiera convocado, el lugarteniente apareció ante su vista en ese momento, saltando entre los árboles en dirección al campamento.

Bajo los pinos no había maleza donde esconderse. Lo único que Corazón de Fuego y Nimbo pudieron hacer fue agacharse en uno de los profundos surcos excavados por el

monstruo Cortatroncos, y rogar al Clan Estelar que no los vieran.

Un grupo de guerreros escuálidos corrió tras Garra de Tigre. Tenían la boca abierta de ansiedad y los ojos llameantes. Todos estaban tan absortos en la carrera que ni siquiera repararon en Corazón de Fuego y Nimbo, agazapados en su escondrijo a apenas unos conejos de distancia.

El joven guerrero levantó la cabeza y los observó hasta que se perdieron de vista. Por un momento se quedó helado de horror e incredulidad. Advirtió que el grupo era más numeroso que el que había dejado el Clan de la Sombra con

Cola Rota unas lunas atrás. Garra de Tigre debía de haber reclutado a más solitarios de algún lugar. ¡Y ahora los estaba conduciendo directamente al campamento del Clan del Trueno!



27

—¡Corre! —ordenó Corazón de Fuego a su aprendiz—. ¡Corre como nunca en tu vida!

Él ya había salido disparado entre los árboles, sin esperar a ver si Nimbo podía seguir su ritmo. No había más que una leve esperanza de adelantarse a Garra de Tigre y los proscritos y alertar

al clan.

«Garra de Tigre ha mandado a dos patrullas fuera esta mañana —pensó Corazón de Fuego, reprimiendo el pánico—. Y a mí me ha dicho que siguiera a Nimbo. Ha dejado el campamento sin apenas guerreros para defenderlo. ¡Ha estado planeando esto cuidadosamente!».

Voló a través del bosque, tensando y estirando sus potentes músculos en cada salto. Pero cuando alcanzó el barranco, descubrió que no había corrido lo bastante deprisa: por el túnel de aulagas estaban desapareciendo las colas de los últimos proscritos.

Lanzándose por la pronunciada pendiente del barranco, con Nimbo descendiendo tras él, Corazón de Fuego lanzó un maullido:

—¡Clan del Trueno! ¡Enemigos! ¡Nos atacan!

Se abalanzó hacia el túnel, y en ese momento oyó otro maullido procedente del campamento.

—¡A mí, Clan del Trueno!

Era el conocido grito de guerra, pero la voz era la de Garra de Tigre. Una idea se coló en la confundida mente de Corazón de Fuego: ¿y si se había equivocado? ¿Y si los proscritos no estaban siguiendo a Garra de Tigre sino

persiguiéndolo?

Irrumpió en el claro en el preciso instante en que Garra de Tigre se volvía contra los invasores, que se dispersaron maullando ante su ataque. La verdad es que parecía que el lugarteniente estuviese intentando echar del campamento a los enemigos, pero Corazón de Fuego se encontraba lo bastante cerca para ver que ni siquiera había desenvainado las uñas. Vaya, vaya. La valerosa defensa de Garra de Tigre no era más que una pantomima. Él había llevado a aquellos gatos hasta allí, pero era lo suficientemente astuto como para ocultar su propia traición.

No había tiempo para seguir pensando. Fuera como fuese que hubieran llegado, los proscritos estaban atacando el campamento. Corazón de Fuego se volvió rápidamente hacia Nimbo.

—Ve en busca de las patrullas y diles que regresen —ordenó—. Tormenta Blanca está por la frontera con el Clan del Río, y Tormenta de Arena ha ido a las Rocas de las Serpientes.

—Sí, Corazón de Fuego —respondió Nimbo, y salió corriendo por el túnel.

El joven guerrero saltó sobre el invasor más cercano, un atigrado con

manchas oscuras, y le arañó el costado. Gruñendo, el oponente se retorció hacia él, con las zarpas abiertas para atacar. Intentó inmovilizar a Corazón de Fuego contra el suelo, pero el joven guerrero le aporreó la barriga con las patas traseras y el proscrito se alejó aullando.

Se levantó penosamente y adoptó una postura de ataque, sacudiendo la cola y erizando el pelaje mientras miraba alrededor en busca de otro intruso. Delante de la entrada de la maternidad, Látigo Gris estaba peleando con un gato de pelo claro; los dos rodaban a un lado y otro intentando agarrarse con las uñas y los dientes.

Pecas y Cola Pintada luchaban contra un guerrero que las doblaba en tamaño. Cerca de la guarida de los guerreros, Musaraña hundía sus garras delanteras en el bíceps de un atigrado enorme, mientras que con las traseras le despellejaba el costado.

Entonces Corazón de Fuego se quedó helado de espanto: al otro lado del claro, Cola Rota se había abalanzado sobre su guardián, Manto Polvoroso, para clavarle los colmillos en el cuello. Manto Polvoroso se debatía furiosamente para liberarse, pero Cola Rota aguantaba; a pesar de estar ciego, seguía siendo un guerrero

formidable. Corazón de Fuego descubrió con pavor que Cola Rota no estaba luchando por el Clan del Trueno —el clan que se había arriesgado tanto para defenderlo cuando estaba herido y solo —, sino al lado de sus viejos compañeros de exilio, los gatos que habían dejado el Clan de la Sombra junto con él.

Una imagen asaltó su mente: Garra de Tigre y Cola Rota sentados juntos y compartiendo lenguas. Eso no había sido una muestra de la compasión del lugarteniente: ¡Garra de Tigre había estado tramando aquello con el antiguo tirano del Clan de la Sombra!

Pero ahora no había tiempo de pensar en todo eso. Empezó a cruzar el claro para ayudar a Manto Polvoroso, pero antes de llegar a la mitad fue derribado por un proscrito. Le ardió el costado por un zarpazo. Unos ojos verdes lo miraron con odio a sólo un ratón de distancia. Corazón de Fuego enseñó los colmillos e intentó morder el bíceps de su enemigo, pero éste lo rechazó de un golpe. Unas garras le rasgaron la oreja. Tenía el estómago expuesto, y no lograba zafarse. De pronto, el asaltante lanzó un gritó y lo soltó. Corazón de Fuego entrevió al joven aprendiz Espino, con los dientes

clavados en la cola del proscrito. El enemigo arrastró por el suelo a Espino hasta que éste abrió la boca, y entonces el otro huyó.

Resollando, Corazón de Fuego se levantó con dificultad.

—Gracias, Espino —dijo sin aliento —. Bien hecho.

El aprendiz asintió brevemente antes de correr hacia donde seguía peleando Látigo Gris, delante de la maternidad. Corazón de Fuego volvió a mirar alrededor. Manto Polvoroso había desaparecido y Cola Rota se había internado más en el claro, a trompicones, lanzando un extraño y

pavoroso maullido. Incluso ciego, el antiguo líder del Clan de la Sombra poseía un poder terrorífico que parecía impulsado por algo que no era mortal.

El claro bullía con gatos enzarzados en combate, pero cuando Corazón de Fuego se preparaba para unirse de nuevo a la batalla, advirtió algo que le provocó un escalofrío más helado todavía por la columna vertebral. ¿Dónde estaba Estrella Azul?

En un segundo, Corazón de Fuego descubrió que tampoco veía a Garra de Tigre por ninguna parte. Su instinto le decía que el peligro se cernía sobre ellos. Rodeó a Sauce, que se había

aferrado al lomo de un proscrito mucho más grande que ella y le estaba clavando los dientes en la oreja, y se dirigió a la guarida de Estrella Azul. Al acercarse, oyó la voz de la líder en el interior:

—Ya nos preocuparemos por eso más tarde, Garra de Tigre. Ahora el clan nos necesita.

Durante unos instantes no hubo respuesta. De pronto volvió a oírse la voz de Estrella Azul, sorprendida:

—¡Garra de Tigre! ¿Qué estás haciendo?

A lo que respondió un gruñido:

—Dale recuerdos al Clan Estelar de mi parte, Estrella Azul.

—Garra de Tigre, ¿qué es esto? —El maullido de la gata sonó más cortante, con un matiz de ira, no de miedo—. Soy la líder de tu clan, ¿o es que ya lo has olvidado?

—No por mucho tiempo —gruñó el lugarteniente—. Voy a matarte, y te mataré de nuevo. Tantas veces como haga falta para que te reúnas con el Clan Estelar para siempre. ¡Ya es hora de que yo lidere este clan!

La protesta de Estrella Azul fue interrumpida por el sonido de fuertes pasos en el suelo de la guarida, seguidos de un gruñido escalofriante.



28

Corazón de Fuego atravesó corriendo la cortina de liquen. Garra de Tigre y Estrella Azul estaban enzarzados en el suelo de la guarida. La gata arañaba sin cesar el omóplato del lugarteniente, pero éste pesaba mucho más y la tenía inmovilizada. Garra de Tigre estaba mordiendo la garganta de la líder, a la

que daba potentes zarpazos.

—¡Traidor! —bramó Corazón de Fuego.

Se abalanzó sobre Garra de Tigre, apuntando a sus ojos. El lugarteniente retrocedió y se vio obligado a soltar el cuello de Estrella Azul. Corazón de Fuego notó cómo rasgaba una oreja del atigrado, rociando sangre.

Estrella Azul fue tambaleándose hacia un rincón de la guarida, con expresión desconcertada. Corazón de Fuego no sabía si estaba muy malherida. Sintió un dolor brutal cuando Garra de Tigre le rajó el costado con un golpe de sus poderosas patas traseras. El joven

resbaló en la arena, perdió el equilibrio y cayó al suelo con el lugarteniente encima de él.

Los ojos ámbar de Garra de Tigre llamearon en los suyos.

—¡Excremento de ratón! —siseó—. ¡Voy a arrancarte el pellejo! Llevo mucho tiempo esperando esto.

El joven guerrero reunió hasta la última gota de destreza y energía. Sabía que Garra de Tigre podía matarlo, pero a pesar de eso se sentía extrañamente libre. Las mentiras y la necesidad de engañar habían terminado. Los secretos —de Estrella Azul y Garra de Tigre— estaban todos expuestos. Sólo quedaba

el evidente peligro de la batalla.

Apuntó a la garganta del lugarteniente, pero éste ladeó la cabeza y las zarpas del joven rasparon inofensivamente el denso pelaje atigrado. La maniobra aflojó la presión de Garra de Tigre y Corazón de Fuego rodó a un lado, esquivando por los pelos una dentellada letal en el cuello.

—¡Minino casero! —se mofó Garra de Tigre, flexionando las ancas para saltar de nuevo—. Ahora sabrás cómo pelea un guerrero de verdad.

Y se lanzó sobre el joven, quien se apartó en el último momento. Garra de Tigre intentó girar, pero patinó sobre una

mancha de sangre y cayó torpemente de lado.

Corazón de Fuego vio la oportunidad y lanzó un zarpazo al estómago del lugarteniente. Brotó la sangre, empapando el pelaje del atigrado. Éste soltó un maullido estridente. Corazón de Fuego se abalanzó sobre él, arañándole más la barriga y clavándole los colmillos en el cuello. Garra de Tigre se debatió en vano para liberarse; sus sacudidas se fueron debilitando conforme manaba la sangre.

El joven guerrero le soltó el cuello, plantándole una zarpa sobre una pata

delantera y la otra en el pecho.

—¡Estrella Azul! —llamó—. ¡Ayúdame a sujetarlo!

La gata estaba encorvada detrás de él, en su lecho tapizado de musgo. Le goteaba sangre por la frente, pero eso no alarmó a Corazón de Fuego tanto como la expresión de sus ojos. Parecían ausentes y empañados mientras miraba horrorizada ante sí, como si estuviera presenciando la destrucción de todo por lo que había trabajado siempre.

Cuando Corazón de Fuego habló, la líder saltó como si la hubieran despertado de un sueño. Moviéndose con la lentitud de una pesadilla, cruzó la

guarida y se colocó sobre las patas traseras de Garra de Tigre, aprisionándolo. Incluso con heridas que habrían atontado a un gato menor, el lugarteniente seguía revolviéndose. Sus ojos ámbar ardían de aversión mientras insultaba a Corazón de Fuego y Estrella Azul.

Una sombra atravesó la entrada de la guarida y se oyó una respiración ronca y entrecortada. Corazón de Fuego volvió la cabeza, esperando encontrarse con uno de los invasores, pero se trataba de Látigo Gris, que sangraba abundantemente por un costado y una pata delantera, y escupió sangre al

balbucear:

—E… Estrella Azul, hemos… —Se detuvo con los ojos como platos—. Corazón de Fuego, ¿qué está pasando?

—Garra de Tigre ha atacado a Estrella Azul —explicó el joven—. Siempre hemos tenido razón. Es un traidor. Ha traído a los proscritos hasta aquí para asaltarnos.

Látigo Gris siguió mirando sin pestañear, y luego se dio una sacudida como si acabara de salir de unas profundas aguas.

—Estamos perdiendo terreno —maulló—. Hay demasiados invasores. Estrella Azul, necesitamos tu ayuda.

La líder lo miró, pero no dijo ni una palabra. Corazón de Fuego notó que sus ojos seguían apagados y ausentes, como si descubrir la verdad sobre Garra de Tigre hubiera quebrado su ánimo irreparablemente.

—Yo iré —se ofreció el joven—. Látigo Gris, ayuda a Estrella Azul a sujetar a Garra de Tigre. Nos encargaremos de él cuando termine la batalla.

—Puedes intentarlo, minino casero —replicó el atigrado desdeñosamente.

Látigo Gris cruzó la guarida cojeando para ocupar el lugar de Corazón de Fuego, y plantó las zarpas

sobre el pecho de Garra de Tigre. El joven guerrero vaciló un momento, no muy seguro de si el malherido Látigo Gris y la conmocionada Estrella Azul podrían con el lugarteniente. Pero éste seguía perdiendo sangre, y cada vez se revolvía más débilmente. Corazón de Fuego dio media vuelta deprisa y salió corriendo.

A primera vista el claro parecía repleto de proscritos, como si hubieran expulsado a todos los guerreros del Clan del Trueno. Luego vislumbró figuras familiares aquí y allá: Rabo Largo, retorciéndose bajo un atigrado enorme; Centón, esquivando por los pelos a un

flacucho gato gris para girar sobre sí mismo y rajarle la nariz antes de lanzarse contra su barriga.

Corazón de Fuego procuró reunir todas sus fuerzas. La pelea con Garra de Tigre lo había dejado exhausto, y las heridas provocadas por sus zarpazos le ardían como fuego. No sabía cuánto tiempo podría resistir. Giró instintivamente cuando una gata canela intentó clavarle las garras en el lomo. Con el rabillo del ojo vio un cuerpo gris azulado y ágil que cruzaba el claro a toda prisa, maullando desafiante.

«¡Estrella Azul!», pensó pasmado, preguntándose qué habría ocurrido con

Garra de Tigre. Pero entonces reparó en que la guerrera que había visto no era Estrella Azul. ¡Era Vaharina!

Con un esfuerzo formidable, consiguió zafarse de la gata canela y ponerse en pie penosamente. Por el túnel estaban llegando guerreros del Clan del Río. Leopardina, Pedrizo, Prieto… Tras ellos aparecieron Tormenta Blanca y el resto de su patrulla. Eran fuertes y estaban cargados de energía, y cayeron sobre los invasores con las uñas desenvainadas y sacudiendo la cola con furia.

Aterrorizados por la repentina aparición de refuerzos, los proscritos se

batieron en retirada. La gata canela huyó con un maullido de espanto. Otros la imitaron. Corazón de Fuego los siguió un poco con pasos tambaleantes, bufando para que corrieran más deprisa, pero ya no era necesario. Sorprendidos cuando creían que su victoria era segura, y sin líder ahora que habían atrapado a Garra de Tigre, los proscritos ya no tenían razones para seguir luchando.

En sólo unos segundos todos desaparecieron. El único enemigo que quedaba era Cola Rota, que sangraba profusamente por la cabeza y los omóplatos. El gato ciego escarbaba la tierra, maullando quedamente como un

cachorro enfermo.

Los guerreros del Clan del Río se estaban reagrupando entre murmullos de inquietud cuando Corazón de Fuego se les acercó renqueando.

—Gracias —maulló—. Jamás me he alegrado tanto de ver a ningún gato en toda mi vida.

—He reconocido a algunos antiguos guerreros del Clan de la Sombra —dijo Leopardina muy seria—. Los que se marcharon con Estrella Rota.

—Sí. —Corazón de Fuego todavía no quería decir nada sobre la implicación de Garra de Tigre—. ¿Cómo habéis sabido que necesitábamos

ayuda? —preguntó.

—No lo sabíamos —respondió Vaharina—. Veníamos a hablar con Estrella Azul sobre…

—Ahora no —la interrumpió Leopardina, aunque Corazón de Fuego imaginó que Vaharina iba a decir «sobre los cachorros»—. El Clan del Trueno necesita tiempo para recuperarse. —Inclinó la cabeza cortésmente en dirección al joven guerrero—. Nos alegra haber sido de ayuda. Dile a tu líder que regresaremos pronto.

—Lo haré. Y gracias de nuevo.

Observó cómo se marchaban los gatos del Clan del Río, y luego miró

alrededor, sintiendo que se encorvaba de cansancio. El claro estaba alfombrado de sangre y pelo. Fauces Amarillas y Carbonilla habían empezado a examinar a los heridos. Aunque Corazón de Fuego no había reparado en ellas durante la batalla, las dos lucían marcas de garras enemigas.

Respiró hondo. Era hora de ocuparse de Garra de Tigre, pero no sabía si tendría las fuerzas necesarias. Las heridas le latían de dolor, y todos sus músculos se quejaban con cada paso. Mientras cojeaba hacia la guarida de Estrella Azul, una voz sonó a sus espaldas.

—¡Corazón de Fuego! ¿Qué ha pasado?

Al volverse vio a Tormenta de Arena, recién llegada a la cabeza de su patrulla de caza, con Nimbo jadeando justo detrás de ella. La guerrera miró el claro como si no pudiera creer lo que veía.

Corazón de Fuego negó con la cabeza desalentado.

—Los proscritos de Cola Rota —gruñó.

—¿Otra vez? —espetó Tormenta de Arena indignada—. A lo mejor ahora Estrella Azul se piensa mejor lo de darle asilo a Cola Rota.

—Es más complicado que eso. —Corazón de Fuego se sentía incapaz de explicárselo en ese momento—. Tormenta de Arena, ¿querrías hacer algo por mí sin preguntarme nada?

Ella lo miró recelosa.

—Depende de lo que sea.

—Ve a la guarida de Estrella Azul y ocúpate de lo que encuentres allí. Será mejor que te lleves a otro guerrero contigo… Fronde Dorado, ¿te importa? Estrella Azul os dirá qué tenéis que hacer.

«Bueno, eso espero», añadió para sí mismo mientras Tormenta de Arena, todavía ceñuda, hacía un ademán a

Fronde Dorado y se encaminaba a la Peña Alta. Aparte de todo lo sucedido, lo que más perturbaba a Corazón de Fuego era que Estrella Azul parecía haber perdido las ganas de liderar al clan.

Se quedó aturdido en el centro del claro, observando cómo Fauces Amarillas examinaba a Cola Rota para luego llevarlo hacia su guarida, medio a empujones y medio a rastras. El antiguo líder del Clan de la Sombra estaba apenas consciente; un hilo de sangre le bajaba por la comisura de la boca. «Es evidente que Fauces Amarillas sigue preocupándose por él —pensó Corazón

de Fuego confundido—. Incluso después de todo esto, ella no puede olvidar que es hijo suyo».

Al apartar su atención de la vieja curandera, vio a Tormenta de Arena saliendo de la guarida situada bajo la Peña Alta. La seguía Garra de Tigre, que avanzaba trabajosamente, dando tumbos. Tenía el pelo apelmazado con tierra y sangre, y un ojo medio cerrado. Se detuvo con un traspié y se derrumbó delante de la roca.

Fronde Dorado le pisaba los talones, alerta a cualquier señal de que el lugarteniente pretendiera atacar o huir. Tras él apareció Estrella Azul. Iba

cabizbaja, arrastrando la cola por el suelo. Corazón de Fuego se temió lo peor. La fuerte líder que tanto respetaba parecía haberse esfumado, dejando en su lugar a una gata frágil y herida.

Por último salió Látigo Gris, renqueando; se dejó caer de costado a la sombra de la Peña Alta. Carbonilla corrió hacia él para inspeccionar sus heridas con un ceño de inquietud.

Estrella Azul alzó la cabeza y miró alrededor.

—Venid aquí, todos —dijo con voz ronca, llamándolos con un movimiento de la cola.

Mientras el resto del clan se reunía,

Corazón de Fuego se acercó a Carbonilla.

—¿Puedes darle algo a Garra de Tigre para sus heridas? —preguntó a la aprendiza—. ¿Algo que mitigue su dolor? —Quería derrotar a Garra de Tigre más que ninguna otra cosa, pero no soportaba ver cómo un guerrero que había sido grande se desangraba hasta morir en el suelo.

Carbonilla levantó la vista de Látigo Gris. Para alivio de Corazón de Fuego, no cuestionó su petición de que tratara al traicionero lugarteniente.

—Claro —respondió—. Iré también a por algo para Látigo Gris. —Y se

marchó cojeando a la guarida de la curandera.

Los gatos del clan habían ocupado su lugar cuando Carbonilla regresó. Corazón de Fuego vio cómo se miraban unos a otros, preguntándose intranquilos qué significaría aquello.

Carbonilla avanzó con un puñado de hierbas en la boca. Dejó unas cuantas al lado de Garra de Tigre, y le dio el resto a Látigo Gris. El lugarteniente olfateó las hojas recelosamente y luego empezó a masticarlas.

Estrella Azul lo observó un momento antes de hablar.

—Os presento a Garra de Tigre,

ahora prisionero. Él…

Un coro de murmullos inquietos la interrumpió. Los gatos del clan se miraron conmocionados e indignados. Corazón de Fuego advirtió que no comprendían qué estaba sucediendo.

—¿Prisionero? —repitió Cebrado—. Garra de Tigre es tu lugarteniente. ¿Qué ha hecho?

—Te lo diré. —La voz de Estrella Azul sonaba más firme, pero Corazón de Fuego notó el esfuerzo que le estaba costando—. Hace unos momentos, en mi guarida, Garra de Tigre me ha atacado. Me habría matado si Corazón de Fuego no hubiera entrado a tiempo.

Los sonidos de protesta e incredulidad aumentaron. Al fondo de la multitud, un veterano soltó un maullido escalofriante. Cebrado se puso en pie. Era uno de los mayores partidarios de Garra de Tigre, como Corazón de Fuego sabía, pero incluso él parecía inseguro.

—Debe de haber algún error —espetó.

Estrella Azul levantó la barbilla.

—¿Es que crees que no sé cuándo un gato intenta matarme? —inquirió secamente.

—Pero Garra de Tigre…

Corazón de Fuego saltó.

—¡Garra de Tigre es un traidor! —

bufó—. Él ha traído a los proscritos hasta aquí.

Cebrado se volvió hacia él.

—Garra de Tigre jamás haría algo así. ¡Demuéstralo, minino casero!

El joven guerrero miró a Estrella Azul. Ella asintió y lo llamó a su lado con un gesto.

—Corazón de Fuego, cuéntale al clan lo que sabes. Todo.

El joven se acercó lentamente a donde estaba la líder. Ahora que había llegado el momento de desvelarlo todo, se sentía extrañamente reacio. Era como si fuese a demoler la Peña Alta y ya nada fuera a ser lo mismo.

—Gatos del Clan del Trueno… —empezó. Su voz sonó tan aguda como la de un cachorro, así que hizo una pausa para controlarla—. Gatos del Clan del Trueno, ¿recordáis el día que murió Cola Roja? Garra de Tigre os contó que Corazón de Roble lo había matado, pero mentía. Fue él quien mató a Cola Roja.

—¿Cómo lo sabes? —Era Rabo Largo, con su habitual expresión de desprecio—. Tú no estabas en aquella batalla.

—Lo sé porque hablé con alguien que sí estaba —replicó Corazón de Fuego con firmeza—. Cuervo me lo contó.

—¡Oh, qué gran prueba! —gruñó Cebrado—. Cuervo está muerto. Puedes decir que te contó cualquier cosa y nadie podrá demostrar que es falso.

Corazón de Fuego dudó. Había guardado el secreto de la huida de Cuervo para protegerlo de Garra de Tigre, pero ahora que éste se había convertido en prisionero, quizá ya no hubiera peligro. Y necesitaba confesar toda la verdad.

—Cuervo no está muerto —explicó con calma—. Yo me lo llevé de aquí después de que Garra de Tigre intentara asesinarlo por saber demasiado.

Más escándalo: todos los gatos

preguntaron y protestaron entre maullidos. Mientras Corazón de Fuego aguardaba a que se tranquilizaran, miró de reojo a Garra de Tigre. Las hierbas de Carbonilla estaban surtiendo efecto, y el enorme atigrado había empezado a recuperar algo de su fuerza. Se sentó sobre las patas traseras y se quedó mirando fijamente a la multitud, como desafiando a cualquiera a acercarse. La noticia sobre Cuervo debía de haberle impactado, pero no lo demostró ni con un simple movimiento de los bigotes.

Tormenta Blanca levantó la voz:

—¡Silencio! Dejad hablar a Corazón de Fuego.

El joven inclinó la cabeza como agradecimiento al veterano guerrero.

—Cuervo dice que Corazón de Roble murió cuando una roca le cayó encima. Cola Roja escapó de la caída de la roca y corrió junto a Garra de Tigre. Éste se abalanzó sobre él y lo mató.

—Es cierto —intervino Látigo Gris alzando la cabeza. Seguía tendido a la sombra, mientras Carbonilla le aplicaba hierbas en las heridas—. Yo estaba presente cuando Cuervo le contó todo eso a Corazón de Fuego.

—Y yo he hablado con gatos del Clan del Río —añadió el joven guerrero —. Todos repiten la misma historia: que

Corazón de Roble murió por el impacto de una roca.

Corazón de Fuego esperaba más estruendo todavía, pero eso no sucedió. Un silencio sobrecogedor se abatió sobre el clan. Los gatos se miraban unos a otros, como si en la cara de sus amigos pudieran encontrar una razón para aquellas revelaciones tan horribles.

—Garra de Tigre esperaba convertirse entonces en lugarteniente —continuó—. Pero Estrella Azul escogió a Corazón de León en su lugar. Después Corazón de León murió luchando contra el Clan de la Sombra, y por fin Garra de Tigre logró su ambición. Pero el puesto

de lugarteniente no era suficiente para él. Yo… creo que incluso le tendió una trampa a Estrella Azul junto al Sendero Atronador, pero fue Carbonilla quien cayó en ella.

Lanzó una mirada a Carbonilla y vio cómo se le dilataban los ojos y se le abría la boca de sorpresa.

Estrella Azul también parecía atónita.

—Corazón de Fuego me confesó sus sospechas —murmuró la líder con voz temblorosa—. Pero yo… fui incapaz… de creerlo. Confiaba en Garra de Tigre. —Bajó la cabeza—. Estaba equivocada.

—Pero ¿cómo iba a esperar

convertirse en líder si te mataba? —preguntó Musaraña—. El clan jamás lo habría apoyado.

—Pienso que por eso planeó este ataque —aventuró Corazón de Fuego—. Supongo que pretendía hacernos creer que uno de los proscritos había matado a Estrella Azul. —Su voz se endureció al añadir—: Después de todo, ¿quién esperaría que Garra de Tigre, el lugarteniente leal, le hiciera el menor daño a su líder? —Guardó silencio. Le temblaba todo el cuerpo, y se sentía tan débil como un cachorro recién nacido.

—Estrella Azul —dijo Tormenta Blanca—, ¿qué le pasará ahora a Garra

de Tigre?

Su pregunta generó un crescendo de maullidos furiosos entre el clan.

—¡Mátalo!

—¡Déjalo ciego!

—¡Destiérralo al bosque!

Estrella Azul permaneció inmóvil y con los ojos cerrados. Corazón de Fuego notaba el dolor que la recorría en oleadas, el amargo golpe de la traición al descubrir que el lugarteniente en quien confiaba desde hacía mucho tenía un corazón negro.

—Garra de Tigre —maulló Estrella Azul por fin—. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

El lugarteniente giró la cabeza hacia la gata y clavó en ella su mirada amarilla, llena de odio.

—¿Quieres que me defienda ante ti, patética imitación de guerrera? ¿Qué clase de líder eres? Mantienes la paz con los otros clanes. ¡Los ayudas! ¡Apenas castigaste a Corazón de Fuego y Látigo Gris por haber alimentado al Clan del Río, y los mandaste a buscar al Clan del Viento para devolverlo a su hogar! Yo jamás habría mostrado esa blandura propia de mininos caseros. Yo habría recuperado los antiguos días del Clan del Tigre. ¡Y habría hecho grande al Clan del Trueno!

—¿Y cuántos gatos habrían muerto para eso? —murmuró Estrella Azul, casi para sí misma. Corazón de Fuego se preguntó si estaría pensando en Garra de Cardo, el guerrero arrogante y sanguinario al que no había querido dejar el puesto de lugarteniente que era para ella—. Si no tienes nada más que decir, entonces te condeno al exilio —anunció la líder con la voz quebrada. Cada palabra parecía costarle un esfuerzo—. Abandonarás el territorio del Clan del Trueno ahora mismo, y si algún gato te ve aquí después de la salida del sol de mañana, tiene mi permiso para matarte.

—¿Matarme? —gruñó desafiante Garra de Tigre—. Me gustaría ver cómo lo intenta alguien.

—Corazón de Fuego te ha vencido —señaló Látigo Gris.

Garra de Tigre volvió su mirada ámbar hacia su enemigo, y el joven sintió que se le erizaba el pelo ante el puro odio que reflejaban sus ojos.

—Vuelve a cruzarte en mi camino, apestosa bola de pelo, y veremos cuál de los dos es más fuerte —le espetó.

Corazón de Fuego se levantó de un salto. La rabia le daba energía.

—Cuando quieras, Garra de Tigre —bufó.

—No —gruñó Estrella Azul—. No más peleas. Garra de Tigre, aléjate de nuestra vista.

El atigrado oscuro se puso en pie lentamente. Movió su enorme cabeza de un lado a otro mientras examinaba a los gatos reunidos.

—No creáis que estoy acabado —siseó—. Seré líder igualmente. Y cualquiera que venga conmigo será bien tratado. ¿Cebrado?

Corazón de Fuego alargó el cuello para mirar al principal partidario de Garra de Tigre. Esperó que Cebrado se levantara para irse con el antiguo lugarteniente, pero el lustroso atigrado

se quedó donde estaba, encorvado de tristeza.

—Yo confiaba en ti, Garra de Tigre —masculló—. Pensaba que eras el mejor guerrero del bosque. Pero tú conspiraste con ese… ese tirano —añadió, y Corazón de Fuego supo que estaba hablando de Cola Rota— y no me dijiste nada. ¿Y ahora esperas que vaya contigo? —Apartó la vista.

Garra de Tigre se encogió de hombros.

—Necesitaba la ayuda de Cola Rota para contactar con los gatos proscritos. Si prefieres tomarte esto como algo personal, es tu problema —gruñó—.

¿Rabo Largo?

Rabo Largo dio un respingo nervioso.

—¿Qué te acompañe, Garra de Tigre? ¿Al exilio? —Le tembló la voz —. Yo no… no puedo. ¡Soy leal al Clan del Trueno!

«Y también eres un cobarde», añadió Corazón de Fuego en silencio, al captar el olor a miedo de Rabo Largo, que retrocedió para ocultarse entre la multitud de gatos.

Por primera vez, un destello de incertidumbre cruzó por la cara de Garra de Tigre conforme los pocos guerreros en que confiaba le iban dando

la espalda.

—¿Y tú qué, Manto Polvoroso? —preguntó—. Conmigo tendrás beneficios mucho más provechosos de los que jamás obtendrás en el Clan del Trueno.

El joven atigrado marrón se levantó lentamente y se abrió paso entre los gatos que lo rodeaban hasta llegar a Garra de Tigre.

—Yo te admiraba —maulló con voz clara y firme—. Quería ser como tú. Pero Cola Roja fue mi mentor, y a él le debo más que a ningún otro gato. Y tú lo mataste. —Le temblaban las patas de furia, pero prosiguió—. Tú lo mataste y traicionaste al clan. Preferiría morir a

seguirte. —Dicho eso, dio media vuelta y se alejó.

Entre los gatos presentes brotó un murmullo apreciativo, y Corazón de Fuego oyó cómo Tormenta Blanca susurraba:

—Bien dicho, jovencito.

—Garra de Tigre —dijo Estrella Azul—. Ya basta. Vete de una vez.

El traidor se irguió al máximo; sus ojos brillaban con fría rabia.

—Me voy, pero volveré. Podéis estar seguros. ¡Me vengaré de todos vosotros!

Se separó de la Peña Alta con pasos desiguales. Al llegar cerca de Corazón

de Fuego se detuvo y le enseñó los dientes con un gruñido.

—Y en cuanto a ti… —siseó—. Mantén los ojos bien abiertos. Mantén los oídos alerta. Mira continuamente a tus espaldas. Porque un día te encontraré y te dejaré convertido en carroña.

—Tú ya eres carroña —replicó Corazón de Fuego, procurando ocultar el miedo que le subía por la columna vertebral.

Garra de Tigre bufó, y luego se alejó. Los gatos del clan se apartaron para dejarlo pasar, siguiéndolo con la mirada en su avance. El gran guerrero no tenía el paso completamente firme —

pese a las hierbas de Carbonilla, las heridas debían de dolerle—, pero no se detuvo ni miró atrás. El túnel de aulagas se lo tragó, y desapareció.



29

Mientras veía desaparecer a su enemigo derrotado, Corazón de Fuego no tuvo ninguna sensación de triunfo. Incluso se sorprendió sintiendo una punzada de pena. Si hubiera escogido la lealtad en lugar de la ambición, Garra de Tigre podría haber sido un guerrero cuyas hazañas se contaran a generaciones de

cachorros… Corazón de Fuego casi sintió deseos de maullar por aquel desperdicio.

A su alrededor se iniciaron conversaciones; los gatos hablaban alarmados entre sí sobre los asombrosos sucesos.

—¿Quién será lugarteniente ahora? —preguntó Viento Veloz.

Corazón de Fuego lanzó una mirada a Estrella Azul para ver si tenía intención de anunciar algo, pero la gata estaba bordeando la Peña Alta en dirección a su guarida. Llevaba la cabeza gacha y arrastraba las patas como si estuviera enferma. No habría

ningún anuncio de momento.

—¡Yo creo que Corazón de Fuego debería ser lugarteniente! —declaró Nimbo, saltando de emoción—. ¡Ha hecho un gran trabajo!

—¿Corazón de Fuego? —Cebrado entornó los ojos—. ¿Un minino casero?

—¿Y qué tiene de malo ser un minino casero? —Nimbo erizó el lomo ante el guerrero, mucho más grande que él.

Corazón de Fuego estaba a punto de levantarse para intervenir cuando Tormenta Blanca se interpuso entre Cebrado y el joven aprendiz.

—Ya basta —gruñó—. Estrella Azul

nos dirá a quién elige antes de que la luna llegue a lo más alto. Ésa es la tradición.

Corazón de Fuego relajó los omóplatos al ver que Nimbo salía corriendo para reunirse con los otros aprendices. Advirtió que el cachorro no era consciente de la gravedad de lo ocurrido. Los guerreros veteranos, los que conocían bien a Garra de Tigre, se miraban unos a otros como si su mundo acabara de tocar a su fin.

—Bueno, Corazón de Fuego —dijo Látigo Gris cuando su amigo se le acercó—. ¿Te gustaría ser lugarteniente? —Había dolor en sus ojos, y todavía

sangraba por la boca, pero parecía mucho más vivo de lo que Corazón de Fuego lo había visto desde la muerte de Corriente Plateada, como si la batalla y el desenmascaramiento de la vileza de Garra de Tigre le hubieran hecho olvidar un instante su sufrimiento.

Corazón de Fuego no pudo evitar sentir un leve cosquilleo de ilusión. ¡Lugarteniente del Clan del Trueno! Luego cayó en la cuenta de que sería una tarea muy dura: habría que reunir a todos aquellos gatos destrozados y volver a darles forma de clan.

—No —contestó a Látigo Gris—. Y Estrella Azul jamás me elegiría a mí. —

Se incorporó sacudiendo la cabeza, como para sacarse esas ideas de la mente—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó—. ¿Las heridas son muy graves?

—Estará bien —respondió Carbonilla—. Pero tiene un corte en la lengua que no deja de sangrar. No sé qué hacer para los cortes en la lengua. Corazón de Fuego, ¿podrías ir a buscar a Fauces Amarillas por mí?

—Claro.

La última vez que había visto a Fauces Amarillas, la gata estaba arrastrando a Cola Rota a su guarida, y no había reaparecido para oír la

condena de Garra de Tigre. Corazón de Fuego cruzó el claro y entró en el túnel de helechos. Mientras avanzaba entre las suaves hojas verdes, oyó la voz de Fauces Amarillas. Algo en ella —quizá su dulzura, tan insólita en la vieja curandera— lo hizo detenerse un momento al abrigo de las hojas arqueadas.

—No te muevas, Cola Rota. Has perdido una vida —murmuró Fauces Amarillas—. Vas a estar bien.

—¿Qué quieres decir? —gruñó Cola Rota, débil por la pérdida de sangre—. Si aún me queda otra vida, ¿por qué me siguen doliendo las heridas?

—El Clan Estelar ha sanado la herida que te mató —explicó la gata, con el mismo arrullo que le ponía los pelos de punta a Corazón de Fuego—. Las otras requieren la habilidad de una curandera.

—Entonces, ¿a qué estás esperando, vieja flacucha y latosa? —siseó Cola Rota—. Venga, dame algo para el dolor.

—De acuerdo, lo haré. —De pronto, la voz de Fauces Amarillas se tornó gélida, y Corazón de Fuego sintió un escalofrío de miedo—. Toma. Cómete estas bayas y el dolor desaparecerá del todo.

Por entre los helechos, Corazón de

Fuego vio cómo la curandera empujaba algo con la pata. Cuidadosa y lentamente, acercó rodando tres brillantes bayas rojas al herido Cola Rota, y le guió la pata hasta que pudo tocarlas por sí mismo. De repente, Corazón de Fuego se vio transportado a un día nevado de la estación sin hojas. Nimbo observaba un pequeño arbusto de hojas oscuras que daba unos frutos escarlata, y Carbonilla le decía: «Las bayas son tan venenosas que las llaman bayas mortales. Comer una sola podría matarte».

Tomó aire para dar la voz de alarma, pero Cola Rota ya estaba masticando las

bayas.

Fauces Amarillas se quedó observándolo con rostro pétreo.

—Tú y mi clan me echasteis, y llegué aquí —le siseó la gata al oído—. Fui prisionera, como tú. Pero el Clan del Trueno me trató bien, y al final acabó confiando en mí lo suficiente como para convertirme en su curandera. Tú también podrías haberte ganado su confianza. Pero ahora… ¿qué gato volverá a fiarse de ti?

Cola Rota soltó un bufido desdeñoso.

—¿Crees que me importa?

Fauces Amarillas se le acercó más,

con ojos centelleantes.

—Sé que a ti no te importa nada, Cola Rota. Ni tu clan, ni tu honor, ni tu propia familia.

—Yo no tengo familia —espetó él.

—Te equivocas. Has tenido a tu familia más cerca de lo que jamás habrías soñado. Yo soy tu madre, Cola Rota.

El guerrero ciego soltó un curioso sonido ronco, como un horrible intento de reír.

—Debes de tener telarañas en el cerebro, vejestorio. Las curanderas no tienen hijos.

—Por eso tuve que renunciar a ti —

explicó Fauces Amarillas, y sus palabras destilaban amargura—. Pero nunca dejaste de importarme… jamás. Cuando eras un joven guerrero, estaba muy orgullosa de ti. —Su voz se convirtió en un gruñido grave al añadir—: Pero entonces asesinaste a Estrella Mellada, tu propio padre. Mataste a cachorros de tu propio clan y me culpaste a mí. Habrías destruido nuestro clan por completo. Así que ya es hora de poner fin a toda esa traición.

—¿Poner fin? ¿Qué quieres decir, vieja…? —Cola Rota intentó levantarse, pero le fallaron las patas y cayó pesadamente de costado. Su voz se

convirtió en un débil chillido que le heló la sangre a Corazón de Fuego—. ¿Qué has hecho? No puedo… No noto las patas. No puedo respirar…

—Te he dado bayas mortales. —Fauces Amarillas lo miraba con los ojos reducidos a simples rendijas—. Sé que ésta es tu última vida, Cola Rota. Los gatos curanderos siempre saben esas cosas. Ahora, ningún gato más sufrirá daño por tu culpa.

Cola Rota abrió la boca en un grito de incredulidad y pavor. Corazón de Fuego creyó percibir arrepentimiento en él, aunque el guerrero ciego no pudo pronunciar ni una palabra. Sacudió las

extremidades y arañó el suelo con las zarpas; su pecho se agitaba luchando por tomar aire.

Incapaz de seguir presenciando aquello, Corazón de Fuego retrocedió y se quedó agachado en el extremo opuesto del túnel de helechos, temblando, hasta que cesaron los sonidos de la última batalla de Cola Rota. Luego, recordando la petición de Carbonilla, se obligó a volver sobre sus pasos, asegurándose esta vez de que Fauces Amarillas lo oyera avanzando entre los helechos.

Cola Rota yacía inmóvil en el centro del pequeño claro. La vieja curandera

estaba agazapada a su lado, con la nariz pegada a su costado. Cuando Corazón de Fuego se acercó, ella levantó la cabeza. Sus ojos estaban llenos de pesadumbre y parecía más vieja y frágil que nunca. Pero Corazón de Fuego sabía lo fuerte que era, sabía que la tristeza que sentía por Cola Rota no la destrozaría.

—He hecho todo lo que he podido —explicó Fauces Amarillas—, pero ha muerto.

Corazón de Fuego fue incapaz de decirle que sabía que estaba mintiendo. Jamás le contaría a nadie lo que acababa de ver y oír. Intentando mantener la voz firme, maulló:

—Carbonilla me ha pedido que te pregunte qué hay que hacer con los cortes en la lengua.

Fauces Amarillas se levantó penosamente, como si también ella sintiera el efecto paralizante de las bayas mortales.

—Dile que ya voy —respondió con voz ronca—. Sólo necesito recoger la hierba precisa.

Y fue hacia su guarida tambaleándose. No se volvió ni una vez para mirar el cuerpo inmóvil de Cola Rota.

Corazón de Fuego creía que no podría dormir, pero estaba tan agotado que, en cuanto se acurrucó en su lecho, cayó en una profunda inconsciencia. Soñó que estaba en un lugar elevado, con el viento alborotándole el pelaje y las estrellas del Manto Plateado resplandeciendo con un fuego helado por encima de su cabeza.

Un olor cálido y familiar llegó a sus fosas nasales, y al volverse vio a Jaspeada. Ella se le acercó y le tocó la nariz con la suya delicadamente.

—El Clan Estelar te está llamando

—murmuró la gata—. No temas.

Y dicho eso se desvaneció, dejándolo a solas con el viento y las estrellas.

«¿Que el Clan Estelar me está llamando? —pensó el joven guerrero, desconcertado—. ¿Es que me estoy muriendo?».

El miedo lo hizo despertar con un sobresalto, y jadeó aliviado al descubrir que estaba a salvo en la tenue luz de su guarida. Las heridas de la batalla le seguían doliendo, y cuando se levantó sus patas protestaron, entumecidas, pero estaba recuperando las fuerzas. Aun así, le costó controlar los temblores. ¿Es que

Jaspeada acababa de profetizar su muerte?

Luego advirtió que el frío que notaba no se debía sólo al miedo. La guarida, habitualmente caliente por los cuerpos que dormían en ella, estaba fría y vacía. En el exterior se oían murmullos de muchos gatos. Cuando se reunió con ellos, vio que casi todo el clan estaba congregado en el claro, con la pálida luz de la aurora elevándose sobre los árboles.

Tormenta de Arena se abrió paso entre un grupo de gatos.

—¡Corazón de Fuego! —maulló con urgencia—. La luna ha llegado a lo más

alto y ha vuelto a descender, ¡y Estrella Azul no ha nombrado al nuevo lugarteniente!

—¿Qué? —Alarmado, Corazón de Fuego se quedó mirando a la gata melada. ¡Se había quebrantado el código guerrero!—. El Clan Estelar debe de estar furioso —murmuró.

—Debemos tener un lugarteniente —continuó Tormenta de Arena, sacudiendo la cola de agitación—. Pero Estrella Azul ni siquiera ha salido de su guarida. Tormenta Blanca ha intentado hablar con ella, pero lo ha despachado.

—Sigue conmocionada por lo de Garra de Tigre.

—Pero ella es la líder del clan —replicó la guerrera—. No puede ovillarse en su guarida y olvidarse del resto de nosotros.

Tormenta de Arena tenía razón, pero Corazón de Fuego no pudo reprimir una punzada de compasión por su líder. Él sabía cuánto dependía de Garra de Tigre, al que había defendido lealmente contra sus acusaciones. Ella lo había escogido para que fuera su lugarteniente, y confiaba en que la ayudaría a liderar al clan. Debía de estar destrozada al comprender que se había equivocado desde el principio, y que ya nunca más podría contar con la fuerza de Garra de

Tigre y su destreza en el combate.

—Estrella Azul no olvidará… —empezó, y se interrumpió.

La líder del clan estaba rodeando la Peña Alta desde su guarida dando traspiés. Pareció vieja y débil al sentarse delante de la roca, sin intentar siquiera subirse a ella.

—Gatos del Clan del Trueno —dijo con voz ronca, apenas audible por encima de los ansiosos murmullos—. Ahora nombraré al nuevo lugarteniente.

Todos los gatos se volvieron hacia ella, y sobre el claro cayó un silencio escalofriante.

—Pronuncio estas palabras ante el

Clan Estelar, para que los espíritus de nuestros antepasados puedan oír y aprobar mi decisión.

La gata hizo una nueva pausa, y se quedó mirándose las patas tanto tiempo que Corazón de Fuego se preguntó si habría olvidado lo que iba a decir. Quizá no había decidido aún quién sería el nuevo lugarteniente.

Algunos gatos empezaron a susurrar con inquietud, pero enmudecieron en cuanto Estrella Azul alzó la cabeza.

—El nuevo lugarteniente será Corazón de Fuego —anunció la líder con voz clara. Y una vez dicho eso, se levantó y volvió sobre sus pasos con

patas que parecían de piedra.

Todo el clan se quedó helado. Corazón de Fuego sintió como si lo hubiera atravesado una espina. ¿Él, el nuevo lugarteniente? Quiso llamar a Estrella Azul para decirle que debía de haber un error. ¡Si él era apenas un guerrero!

Luego oyó el chillido de regocijo de Nimbo.

—¡Lo sabía! ¡Viva Corazón de Fuego!

Cerca de él, Cebrado gruñó:

—¿Ah, sí? Bueno, pues ¡yo no pienso aceptar órdenes de un minino casero!

Unos cuantos gatos se acercaron a Corazón de Fuego para felicitarlo. Látigo Gris y Tormenta de Arena estaban entre los primeros, y Carbonilla, que, ronroneando entusiasmada, se lanzó contra él para lamerle la cara de arriba abajo.

Pero Corazón de Fuego reparó en que otros gatos se dispersaban en silencio sin hablarle en absoluto. Era evidente que estaban tan asombrados por la elección de Estrella Azul como él mismo. ¿Era eso a lo que se refería Jaspeada en su sueño, al decirle que el Clan Estelar lo estaba llamando? ¿Llamándolo a nuevas

responsabilidades para con su clan? «No temas», le había dicho la gata.

«Oh, Jaspeada —pensó desesperado, con la mente desbordada de temor e incertidumbre—. ¿Cómo no voy a tener miedo?».



30

—Bueno, lugarteniente —le dijo Tormenta Blanca suavemente al oído—. ¿Qué te gustaría que hiciera ahora?

Corazón de Fuego notó que su oferta era sincera, y le dirigió una mirada agradecida al guerrero blanco. Sabía que Tormenta Blanca había esperado convertirse en lugarteniente, y su apoyo

sería muy valioso en los días venideros.

—Sí… ahora… —empezó, tratando de pensar frenéticamente cuáles eran las prioridades más urgentes. Con un sobresalto, advirtió que estaba imaginando qué habría hecho Garra de Tigre—. Comida. Todos necesitamos comer. Nimbo, empieza a llevar carne fresca a los veteranos. Di a los otros aprendices que ayuden a las reinas en la maternidad —añadió, y Nimbo salió disparado con una sacudida de la cola —. Musaraña, Cebrado, escoged dos o tres guerreros cada uno y salid en patrullas de caza. Repartíos el territorio entre los dos. Necesitaremos más carne

fresca enseguida. Y mientras tanto, estad ojo avizor por si veis a esos proscritos o a Garra de Tigre.

Musaraña se marchó tras asentir con calma, llamando a Fronde Dorado y Sauce mientras salía. Pero Cebrado se quedó mirándolo con mala cara tanto rato que el joven lugarteniente empezó a preguntarse qué haría si el guerrero oscuro se negaba a obedecerlo. Sostuvo la mirada de ojos claros sin arredrarse, y por fin Cebrado se alejó, diciéndoles a Manto Polvoroso y Rabo Largo que lo siguieran.

—Tendrás que vigilarlos de cerca —observó Tormenta Blanca viéndolos

marchar—. Son los antiguos simpatizantes de Garra de Tigre.

—Sí, lo sé. Pero desde luego han demostrado que son más leales al clan que a Garra de Tigre, ¿no? Espero que me acepten si no les toco las narices.

Tormenta Blanca soltó un gruñido evasivo.

—¿Yo puedo hacer algo? —preguntó Látigo Gris.

—Sí. —Corazón de Fuego le dio un lametón breve y amistoso en la oreja—. Ve a acostarte y descansa. Ayer te hirieron gravemente. Te traeré una pieza de carne fresca.

—De acuerdo, Corazón de Fuego.

—Látigo Gris le devolvió el lametón y desapareció en la guarida de los guerreros.

Corazón de Fuego se acercó al montón de carne fresca, donde encontró a Carbonilla sacando una urraca de la menguante pila.

—Voy a llevarle esto a Estrella Azul —dijo la aprendiza—. Tengo que volver a examinar su herida. Y luego le llevaré algo a Fauces Amarillas.

—Buena idea —maulló Corazón de Fuego, empezando a sentirse más confiado, pues parecía que sus órdenes estaban devolviendo las cosas a la normalidad—. Dile a la curandera que,

si necesita ayuda para recolectar hierbas, puede contar con Nimbo en cuanto acabe con los veteranos.

—Vale. —Carbonilla rió entre dientes—. Desde luego, sabes cómo hacer que tus aprendices trabajen, Corazón de Fuego.

Mordió la urraca, y la soltó de inmediato con una arcada de asco. La carne del ave se separó de los huesos, dejando a la luz una masa viviente de gusanos blancos. Un hedor repugnante alcanzó a Corazón de Fuego, que se estremeció.

Carbonilla retrocedió, pasándose la lengua por la boca una y otra vez,

mientras miraba fijamente el cadáver putrefacto. Su pelaje gris oscuro se había erizado y tenía los ojos como platos.

—Carroña —susurró—. Carroña entre la carne fresca. ¿Qué significa esto?

Corazón de Fuego no podía imaginarse cómo había llegado hasta allí aquella urraca podrida. Ningún gato la habría llevado al campamento; hasta los aprendices más jóvenes lo sabían bien.

—¿Qué significa esto? —repitió Carbonilla.

De pronto, Corazón de Fuego comprendió que la gata no estaba

pensando en cómo la presa agusanada había terminado materialmente en el montón de carne fresca.

—¿Crees que es un augurio? —preguntó con voz quebrada—. ¿Un mensaje del Clan Estelar?

—Podría ser. —Carbonilla se estremeció y se quedó mirándolo con sus grandes ojos azules—. El Clan Estelar no me ha hablado todavía, desde la ceremonia en la Piedra Lunar. No sé si esto es un augurio o no, pero si lo es…

—Debe de ser por Estrella Azul —terminó él. Se le erizó el pelo: aquélla era la primera señal de los nuevos

poderes de Carbonilla como aprendiza de curandera—. Tú ibas a llevarle la urraca. —Sintió un escalofrío de espanto al pensar qué podía significar el presagio. ¿Acaso el Clan Estelar intentaba decir que el liderazgo de Estrella Azul se estaba descomponiendo desde el interior, incluso aunque la amenaza exterior de Garra de Tigre había desaparecido?—. No —maulló con firmeza—. Eso no puede ser cierto. Los problemas de Estrella Azul han terminado. Algún gato ha sido descuidado y ha traído carroña por equivocación, eso es todo.

Pero ni siquiera él creía sus propias

palabras, y sabía que Carbonilla tampoco.

—Se lo preguntaré a Fauces Amarillas —maulló la gata, sacudiendo la cabeza con desconcierto—. Ella lo sabrá.

Tomó un campañol del montón de carne fresca y empezó a cruzar el claro todo lo deprisa que le permitía su cojera.

Corazón de Fuego le dijo mientras se alejaba:

—No se lo cuentes a nadie excepto a Fauces Amarillas. El clan no debe saberlo. Yo enterraré esto.

Ella sacudió la cola para indicarle

que lo había oído y desapareció entre los helechos.

El joven lugarteniente miró alrededor para asegurarse de que nadie había oído la conversación ni visto la urraca putrefacta. Le subió la bilis a la garganta al agarrar al ave por la punta del ala y arrastrarla hasta el borde del claro. No empezó a relajarse hasta que reunió la tierra suficiente para cubrir aquella repulsiva cosa.

Incluso entonces, no pudo sacárselo de la cabeza. Si la urraca podrida y llena de gusanos era realmente un presagio, ¿qué nuevos desastres tenía preparados el Clan Estelar para el Clan

del Trueno y su líder?

Cuando el sol llegó a su cénit, el clan volvía a estar en calma. Las patrullas de caza habían regresado, todos los gatos estaban bien alimentados, y Corazón de Fuego empezó a pensar que era hora de ir a la guarida de Estrella Azul para ver si le explicaba cómo dirigir al clan.

Un movimiento en el túnel de aulagas atrajo su atención. Aparecieron cuatro guerreros del Clan del Río, los mismos que se habían unido a la batalla el día anterior: Leopardina, Vaharina, Pedrizo y Prieto.

Leopardina tenía una herida recién curada en uno de sus omóplatos moteados, y Prieto tenía desgarrada la punta de una oreja, prueba de cómo habían peleado con el Clan del Trueno para expulsar a los proscritos. Corazón de Fuego quiso creer que sólo habían ido a ver si todos los guerreros del Clan del Trueno se encontraban bien, pero en lo más profundo sabía que su misión estaba relacionada con los cachorros de Látigo Gris. Intentando disimular el peso que sentía en el corazón, cruzó el claro e inclinó la cabeza ante Leopardina, no como la señal respetuosa de un guerrero a un lugarteniente, sino como el

recibimiento cortés entre iguales.

—Saludos —maulló Leopardina, con mirada de sorpresa ante la nueva actitud de Corazón de Fuego—. Necesitamos hablar con tu líder.

Corazón de Fuego vaciló, preguntándose cuánto explicar. Tardaría el resto del día en contar toda la historia de la traición de Garra de Tigre, y en describir cómo él mismo se había convertido en lugarteniente. En una brevísima pausa decidió no contarle nada a la patrulla visitante. Incluso el Clan del Río, pese a que ahora se mostraba amigable, podría sentirse tentado de atacar a un clan que parecía

debilitado. No faltaba mucho para la siguiente Asamblea; ése sería el momento apropiado para que lo supieran. Volvió a inclinar la cabeza y fue en busca de Estrella Azul.

Para su alivio, la líder estaba sentada en su guarida, comiendo una pieza de carne fresca. Volvía a parecer más la de siempre desde el ataque de Garra de Tigre. Cuando el joven lugarteniente se anunció en la entrada de la guarida, la gata alzó la vista, tragándose lo que le quedaba de ratón. Luego se relamió.

—¿Corazón de Fuego? Pasa. Tenemos muchas cosas que hablar.

—Sí, Estrella Azul —maulló él—, pero no ahora. Los guerreros del Clan del Río están aquí.

—Ah. —La líder se levantó estirándose—. Los esperaba, aunque no tan pronto.

Precedió a Corazón de Fuego hasta donde aguardaba la patrulla. Para entonces, Látigo Gris ya estaba allí y parecía estar intercambiando noticias con Vaharina. Corazón de Fuego esperó que no le estuviese contando demasiado, mientras se acomodaba a una distancia respetuosa.

Otros gatos se habían ido congregando alrededor; sus caras

traslucían curiosidad por la razón de la visita del Clan del Río.

Después de que Estrella Azul saludara a los recién llegados, Leopardina empezó:

—Hemos hablado sobre los hijos de Corriente Plateada, y hemos decidido que pertenecen al Clan del Río. Ayer murieron dos de nuestros cachorros; habían nacido prematuramente. Su madre, Verdeflor, ha aceptado amamantar a estos recién nacidos. Creemos que puede ser una señal del Clan Estelar. Los cachorros estarán bien cuidados.

—¡Aquí ya están bien cuidados! —

exclamó Corazón de Fuego.

Leopardina lo miró de reojo, pero siguió hablándole directamente a Estrella Azul.

—Estrella Doblada nos ha mandado a recogerlos. —Su voz sonaba tranquila pero resuelta, demostrando que creía sinceramente en el derecho de su clan a llevarse los cachorros.

—Además —terció Vaharina—, ahora los cachorros ya son más grandes, y el río ha descendido lo suficiente para cruzarlo sin ningún riesgo. Soportarán el viaje hasta nuestro campamento.

—Sí —maulló Leopardina, con una mirada de aprobación a la joven

guerrera—. Podríamos habérnoslos llevado antes, pero a nosotros nos importa su bienestar tanto como a vosotros.

Estrella Azul se levantó. Aunque se movía con rigidez y seguía pareciendo agotada, al menos había recuperado la autoridad de una líder.

—Los cachorros son en parte del Clan del Trueno —le recordó a Leopardina—. Ya os dije que sabríais mi decisión en la próxima Asamblea.

—No eres tú quien debe decidir —respondió la lugarteniente con frialdad.

Ante sus palabras, los gatos congregados elevaron maullidos de

protesta.

—¡Qué descaro! —bufó Tormenta de Arena, sentada cerca de Corazón de Fuego—. ¿Quién cree que es, viniendo aquí y diciéndonos qué hacer?

El joven lugarteniente se aproximó a la líder y le susurró al oído:

—Estrella Azul, se trata de los hijos de Látigo Gris. No puedes permitir que se los lleven.

Ella agitó las orejas.

—Podéis decirle a Estrella Doblada —dijo sosegadamente a los visitantes— que el Clan del Trueno luchará para conservar a estos pequeños.

Leopardina enseñó los dientes en un

gruñido incipiente, mientras los gatos del Clan del Trueno maullaban en señal de aprobación.

Entonces un grito se elevó por encima del resto:

—¡No!

A Corazón de Fuego se le erizó el pelo. Se trataba de Látigo Gris, que se adelantó para colocarse al lado de Estrella Azul.

Corazón de Fuego se estremeció al advertir las miradas recelosas que le lanzaba el Clan del Trueno al verlo pasar. Pero Látigo Gris parecía haberse endurecido contra su hostilidad. Tras mirar a la patrulla del Clan del Río y

luego a los gatos de su propio clan, maulló:

—Leopardina tiene razón. Los cachorros pertenecen al clan de su madre. Creo que deberíamos dejarlos ir.

Corazón de Fuego se quedó de piedra. Quiso protestar, pero no encontraba las palabras adecuadas. El resto del clan guardó el mismo silencio, excepto Fauces Amarillas, que masculló:

—Está loco.

—Látigo Gris, piénsalo mejor —lo instó Estrella Azul—. Si permito que Leopardina se lleve a los cachorros, los habrás perdido para siempre. Crecerán

en otro clan. No te reconocerán como su familia. Y puede que algún día incluso tengas que luchar contra ellos.

Corazón de Fuego notó la pesadumbre en su voz, y vio cómo sus ojos iban de Vaharina a Pedrizo. Sus palabras estaban cargadas de un conocimiento tan amargo que el joven lugarteniente se preguntó cómo ningún gato de los presentes comprendía la verdad sobre los cachorros que su líder había perdido mucho tiempo atrás.

—Lo entiendo, Estrella Azul —admitió Látigo Gris—. Pero ya he causado bastantes problemas a este clan. No le pediré que luche por mis hijos. —

Hizo una pausa y luego se dirigió a Leopardina—: Si Estrella Azul está de acuerdo, yo llevaré los cachorros a los pasaderos a la puesta de sol. Te doy mi palabra.

—Látigo Gris, no… —saltó Corazón de Fuego.

El guerrero gris volvió sus ojos amarillos hacia su amigo. En ellos había dolor y una desdicha inmensurables, pero también una determinación que le hizo comprender que Látigo Gris tenía en mente algo que él desconocía.

—No… —repitió quedamente, pero su amigo no respondió.

Tormenta de Arena pegó su hocico al

pelaje de Corazón de Fuego, murmurando unas palabras de consuelo, pero el joven se sentía demasiado paralizado para reaccionar. Advirtió apenas que Carbonilla empujaba suavemente a la joven guerrera susurrando:

—Ahora no, Tormenta de Arena. No hay nada que podamos decir. Déjalo solo.

Estrella Azul inclinó la cabeza largo rato. Corazón de Fuego notó cómo las fuerzas que la gata había reunido a toda prisa empezaban a menguar por la confrontación, y lo desesperadamente que necesitaba descansar. Por fin la

líder habló.

—Látigo Gris, ¿estás seguro?

El guerrero gris levantó la barbilla.

—Bastante seguro.

—En ese caso —repuso la líder—, accedo a tus demandas, Leopardina. Látigo Gris llevará los cachorros a los pasaderos a la puesta de sol.

Leopardina pareció asombrada por haber llegado a un acuerdo tan rápidamente. Intercambió una mirada con Prieto, casi como si se preguntara si podría ser una artimaña.

—Entonces aceptamos vuestra palabra —maulló la lugarteniente, volviéndose hacia la líder—. En el

nombre del Clan Estelar, procurad mantenerla.

Inclinó la cabeza ante Estrella Azul y guió a su patrulla fuera del campamento. Corazón de Fuego los observó marcharse, y se volvió de nuevo hacia Látigo Gris para seguir suplicándole, pero su amigo ya se había ido a la maternidad.

Mientras el sol descendía por detrás de los árboles, Corazón de Fuego aguardaba junto al túnel de aulagas. Las hojas susurraban por encima de su cabeza y el aire estaba lleno de los

cálidos aromas del final de la estación de la hoja nueva, pero él apenas era consciente de lo que lo rodeaba. No hacía más que pensar en Látigo Gris. De ninguna manera dejaría que su amigo renunciara a sus cachorros sin intentar detenerlo por última vez.

Por fin, Látigo Gris salió de la maternidad; delante de él, sus cachorros avanzaban con sus patitas cortas e inestables. El pequeño gris oscuro ya daba señales de ir a convertirse en un robusto guerrero, mientras que la gatita de pelaje plateado era una copia de su madre y una promesa de su misma belleza y agilidad.

Flor Dorada los siguió fuera de la maternidad y bajó la cabeza para tocar con su nariz las de los cachorros.

—Adiós, queridos míos —maulló tristemente.

Los dos pequeños empezaron a maullar desconcertados cuando Látigo Gris los apartó, y los propios hijos de Flor Dorada se restregaron contra su madre como si quisieran reconfortarla.

—Látigo Gris… —empezó Corazón de Fuego, avanzando cuando su amigo se acercó con los cachorros.

—No digas nada —lo interrumpió—. Enseguida lo entenderás. ¿Quieres venir conmigo a los pasaderos?

Necesito que me ayudes a cargar con los cachorros.

—Por supuesto, si es lo que quieres. —Corazón de Fuego estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa que le diera la mínima oportunidad de que Látigo Gris cambiara de idea.

Los dos guerreros caminaron juntos a través del bosque, como habían hecho tantas veces antes. Cada uno cargaba con un cachorro; las criaturitas maullaban y se retorcían como si quisieran andar por sí mismas. Corazón de Fuego no sabía cómo su amigo iba a soportar perderlos. ¿Estrella Azul se habría sentido así cuando miró a sus

propios hijos por última vez antes de que Corazón de Roble se los llevara?

Para cuando alcanzaron los pasaderos, la luz rojiza del crepúsculo se estaba difuminando. La luna estaba empezando a salir, y el río era una cinta de plata que reflejaba el cielo pálido. El murmullo líquido de la corriente llenaba el aire, y la alta hierba de la ribera resultaba refrescante bajo las patas de Corazón de Fuego.

El joven lugarteniente depositó a su cachorro en una mullida mata de hierba, y Látigo Gris colocó al otro a su lado cuidadosamente. Luego retrocedió un paso o dos, indicando a Corazón de

Fuego con la cabeza que lo siguiera.

—Tenías razón —maulló—. No puedo renunciar a mis hijos.

Corazón de Fuego sintió una repentina oleada de alegría. ¡Látigo Gris había cambiado de opinión! Podían llevarse los cachorros a casa y enfrentarse a la amenaza de Clan del Río, fuera lo que fuese. Pero se le heló la sangre cuando su amigo añadió:

—Voy a irme con ellos. Son lo único que me queda de su madre, y ella me dijo que los cuidara. Me moriría si me separara de ellos.

Corazón de Fuego se quedó mirándolo sin pestañear, con la boca

desencajada.

—¿Qué? ¡No puedes hacer eso! —exclamó con voz estrangulada—. Tú perteneces al Clan del Trueno.

Látigo Gris negó con la cabeza.

—Ya no. No me quieren desde que se enteraron de mi relación con Corriente Plateada. No volverán a confiar en mí. Y yo ni siquiera sé si quiero que vuelvan a confiar en mí. Creo que ya no me queda lealtad de clan.

Sus palabras se clavaron en el estómago de Corazón de Fuego como las garras de un enemigo que intentara despedazarlo.

—¿Y qué pasa conmigo? Yo sí te

quiero en el clan. Yo te confiaría mi vida, y jamás te traicionaría.

Los ojos amarillos de Látigo Gris rebosaban de pesar.

—Lo sé —murmuró—. Ningún gato ha tenido nunca un amigo como tú. Yo daría mi vida por ti; lo sabes.

—Entonces quédate.

—No puedo. Eso es lo único que no puedo hacer por ti. Pertenezco al lugar de donde sean mis cachorros, y ellos pertenecen al Clan del Río. Oh, Corazón de Fuego… —Su voz se transformó en un lamento angustiado—. ¡Me estoy partiendo en dos!

El joven lugarteniente se pegó más a

su amigo, lamiéndole la oreja y notando el temblor que recorría su poderoso cuerpo gris. Habían vivido muchas cosas juntos. Látigo Gris era el primer gato de clan con el que había hablado en su vida, cuando él era un gato doméstico perdido en el bosque. Había sido su primer amigo en el Clan del Trueno. Habían entrenado juntos y habían sido nombrados guerreros a la vez. Habían cazado en los calurosos días de la estación de la hoja verde, cuando el aire estaba cargado de aromas y del zumbido de las abejas, y durante una gélida estación sin hojas, cuando el mundo entero estaba congelado. Juntos habían

descubierto la verdad sobre Garra de Tigre, arriesgándose a sufrir la ira de Estrella Azul por hacerlo.

Y ahora todo eso estaba tocando a su fin.

Pero lo peor era que Corazón de Fuego no lograba encontrar las palabras para llevarle la contraria a su amigo. Era cierto que los gatos del clan seguían desconfiando del guerrero gris por su amor hacia Corriente Plateada, y no mostraban señales de aceptar totalmente a sus hijos. Si hubieran tenido que pelear por ellos, lo habrían hecho únicamente por el honor del clan. Corazón de Fuego no veía futuro para su

amigo y los cachorros dentro del clan.

Al final, Látigo Gris se separó para llamar a sus pequeños. Éstos se acercaron a trompicones, maullando con su vocecillas agudas.

—Es la hora —dijo Látigo Gris en voz queda—. Te veré en la próxima Asamblea.

—No será lo mismo.

Látigo Gris le sostuvo la mirada un largo instante.

—No, no será lo mismo.

Luego dio media vuelta y llevó a uno de los cachorros a la orilla y a través de los pasaderos, saltando de una piedra a otra con el pequeño bien sujeto por el

pescuezo. En la ribera opuesta, una silueta gris surgió entre los juncos y esperó mientras Látigo Gris iba a por el segundo cachorro.

Corazón de Fuego reconoció a Vaharina, la mejor amiga de Corriente Plateada. Sabía que la joven reina querría a aquellos cachorros tanto como a los suyos propios. Pero ningún gato tendría sentimientos más fuertes por Látigo Gris que los que había tenido él durante cuatro largas estaciones.

«Nunca más —lloraba su corazón—. No más patrullas ni peleas en broma. Se acabó compartir lenguas tras un día de caza. No más risas ni peligros

enfrentados uno al lado del otro. Se acabó».

No había nada que pudiera hacer o decir. Se quedó mirando con impotencia cómo Látigo Gris y el segundo cachorro llegaban al otro lado del río. Vaharina tocó con su nariz la del guerrero gris, y luego se agachó para olfatear a los cachorros. Ella agarró a uno y Látigo Gris al otro, y los cuatro desaparecieron entre los juncos.

Corazón de Fuego se quedó donde estaba largo rato, observando el agua plateada que pasaba ante la orilla. Cuando la luna ya estaba por encima de los árboles, se obligó a levantarse y

regresó al bosque.

Sintió más tristeza y soledad que nunca, pero al mismo tiempo notaba una oleada de energía que le brotaba desde lo más profundo. Había desvelado la verdad sobre Garra de Tigre e impedido que el antiguo lugarteniente siguiera causando destrucción en el seno del clan. Estrella Azul lo había honrado al elegirlo a él como segundo al mando. Podría seguir adelante, guiado por su líder y con Jaspeada y el Clan Estelar vigilándolo.

Apretó el paso inconscientemente, y para cuando alcanzó el barranco estaba corriendo. Bajo la violácea luz nocturna,

su pelaje del color de las llamas era un borrón en su ansiedad por regresar al Clan del Trueno y su nueva vida como lugarteniente.



Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, Los gatos guerreros.